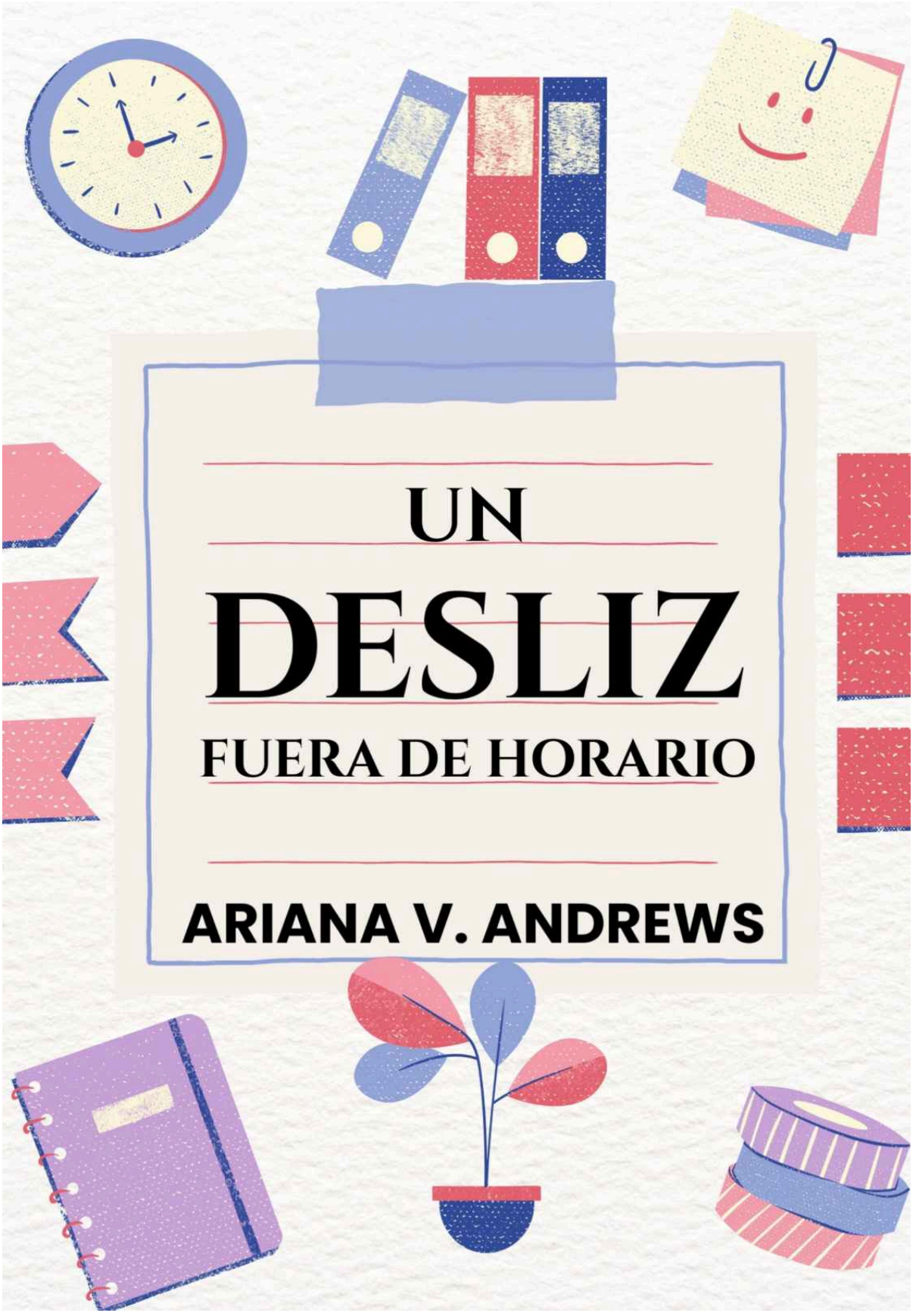

UN
DESLIZ
FUERA DE HORARIO
ARIANA V. ANDREWS
AV.



UN DESLIZ FUERA DE HORARIO

ARIANA V. ANDREWS

© 2025, Ariana V. Andrews

Título: Un desliz fuera de horario

ISBN: 9798289622297

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

@annekausten

booksbyannekausten.com

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne — K — Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ÍNDICE

1. ESTO NO ES UN SIMULACRO (AUNQUE OJALÁ)
2. MI NOTA SECRETA Y OTRAS FORMAS DE AUTODESPIDO ELEGANTE
3. CÓMO SOBREVIVIR A UNA MIRADA GRIEGA Y NO MORIR EN EL INTENTO
4. UN CAFÉ, DOS LÍOS Y MEDIA AUTOESTIMA
5.TORMENTA LOCALIZADA EN ZONA DE CONTACTO
6. EL ARTE DE MANTENERSE FRÍO MIENTRAS TODO ARDE
7. OXÍGENO, ANDREAS Y OTRAS SUSTANCIAS QUE ALTERAN EL PULSO
8. KALDI, KARALIS Y OTRAS AMENAZAS REALES
9. NO ES UNA CITA. NO ES UNA REUNIÓN. ES… ¿ESTO QUÉ ES?
10. POR TU BIEN (Y POR MIS PECADOS)
11. LA CONTABLE, EL LEÓN Y EL EXPEDIENTE FISCAL
12. NO ME TOQUES EL ERP QUE ME DESMAYO
13. LENGUA GRIEGA NIVEL LETAL
14. INFORME DE PÉRDIDAS Y CALENTONES
15. ERP: ERECCIÓN RESTRINGIDA PROFESIONALMENTE
16. EL COMITÉ DE CRISIS… Y LA CRISIS DEL COMITÉ
17. INFORME NIKOS: PÁNICO PREVENTIVO
18. MÉTODO 4-2 (NO APTO PARA CARDÍACOS)
19. TESTOSTERONA EN OFERTA
20. MÚSCULO GRIEGO EN SALSA ESPAÑOLA
21. CUATRO FUERA, DOS DENTRO… DE UN LÍO MONUMENTAL
22. CÓMO ROBAR UN TE QUIERO
23. SERVIDORES, SERVILLETAS Y OTROS BUGS DEL CORAZÓN
24. DEPURACIÓN DE CULPAS Y REINICIO CON CLORO
25. CAFÉ, AUTOESTIMA EN TOALLA Y CEO CON COMPLEJO DE CUPIDO
26. CAFÉ, KATANA Y 86.000 MOSQUITOS
27. DIMISIÓN EXPRÉS Y OTROS DEPORTES DE RIESGO CORPORATIVO
28. DE LA SERVILLETA HUMILLANTE AL MÁRMOL ARDIENTE
29. PASADO PISADO CON TACONES DE ALA DELTA
EPÍLOGO
EPÍLOGO DEL EPÍLOGO
NOTA DE AUTORA
AGRADECIMIENTOS
Y DESPUÉS…



1

Esto no es un simulacro (aunque ojalá)

«Iria»

El *tartar* de atún que nos han servido parece un minúsculo montículo de carne rosada en el centro de un plato enorme. Contengo la risa mientras me planteo seriamente fotografiarlo con la lupa del móvil, pero Raquel me da un codazo sutil —lo justo para que no tire la copa— y señala con la barbilla a Diego Morales, nuestro comercial estrella.

—Objetivo a las nueve en punto —murmura, dándose esos aires de «soy tu hada madrina laboral».

No miro enseguida. He aprendido que observar sin ser pillada es una disciplina de élite que exige paciencia…

Pero, claro, yo tengo la paciencia justa para estas cosas. Cinco segundos después, ya estoy asomando la nariz entre las hojas de una Monstera que parece querer unirse a la conversación.

Sigo la dirección de su barbilla y ahí está él: Diego Morales, el culpable de mis microinfartos diarios. Tiene hombros anchos que asoman del respaldo como si llevaran paraguas incorporado. El mentón barbudo encierra una sonrisa fácil, de las que destensan reuniones, la nariz algo torcida le da carácter y los ojos , casi negros, reflejan las luces rojas del neón.

No es un modelo de anuncio. Lleva esa curva honesta cuando se sienta sobre el cinturón que demuestra que come croquetas sin remordimientos, pero los bíceps tensan las mangas de la camisa como diciendo: «tranquila, que si hay que alzarte, se te alza».

Lo cual, sinceramente, es lo mínimo. Porque no voy a fingir modernidad en esto. Si en pleno revolcón no puede ponerme las manos en el culo y levantarme para empotrarme contra una pared, se me rompe la magia. Y todavía más si soy yo la que tiene que hacerlo todo. Estoy a favor del feminismo, no del *CrossFit*.

Se rasca la nuca, un gesto mínimo, y siento un destello absurdo de ternura. Mi cerebro hace clic y me quedo hipnotizada en la forma de ese pulgar, todo lo demás se vuelve borroso, como cuando el móvil desenfoca el fondo y apunta a lo importante, que es más o menos lo que le suele ocurrir dentro de mi cabeza constantemente.

—Estás babeando —pica Raquel.

—Mentira cochina. Solo… evalúo activos de la compañía.

—Activos, dice… —Alza la mano y caza al vuelo al camarero—. Chaval, otro par de gintonics, con Nordés y mucho hielo, gracias. Hoy no conducimos.

Estamos en la terraza de Picalagartos Sky Bar, en la novena planta del hotel NH de la Gran Vía en Madrid.

Todo muy de empresa multinacional. De fondo, risas. La gente empieza a desmelenarse, como si el hecho de estar al aire libre nos diera permiso para fingir que no trabajamos juntos el lunes.

Todo el departamento celebra que hemos cerrado trimestre sin hundir la nave. En otoño tocará cóctel en un hotel de la Castellana, en invierno cena formal con chaquetón obligatorio y en primavera algún after-work con vasos de plástico, pero la fiesta buena, la que todos esperan, es esta del solsticio, con la Gran Vía brillando debajo de esta terraza como un río de luciérnagas.

—¿Por qué no te acercas y listo? —sisea Raquel, apoyada en su silla.

—Porque no soy de acercarme. Soy de imaginar acercamientos y luego flagelarme en casa con Netflix y palomitas rancias.

La lengua me pica con datos triviales: llevo trece meses, dos semanas y un día midiéndole los bíceps al pasar por la impresora sin decirle nada.

Gracias, cerebro. Muy útil.

Raquel chasquea la lengua justo cuando aparece Andreas León Karalis, el gran jefe, por la esquina de la barandilla.

Parece sacado de un catálogo de GQ con sus hombros firmes, los músculos marcados y esa seguridad que te hace pensar que jamás suda.

Hay farolillos cálidos colgados sobre su cabeza y, de algún modo, consiguen que su pelo brille aún más, como si tuviera un foco privado del Teatro Real alumbrándole.

—Madre del amor hermoso —susurra mi amiga—. Ese hombre no camina, desfila.

Asiento para mis adentros. Andreas es griego, y no exagero si afirmo que podría ser un semidiós del Olimpo.

Es el hombre que nunca sonríe. Perfecto. Frío. Inconfundible.

Hoy ha dejado la americana en algún lugar, pero suele ir hecho un pincel, como un maldito modelo de pasarela. Unos cuantos botones menos atados en su camisa y podríamos ambientar un anuncio de perfume caro.

La verdad, ese hombre me intimida a lo grande. Tiene la mandíbula tan marcada que podría rallar queso en ella, y encima no da un paso en falso.

Y, si uno imagina a Apolo firmando nóminas en una multinacional, le pone un traje italiano y una mirada capaz de hacer que te replantees tu vida entera en un segundo… ese es Andreas.

Da la impresión de que lo han esculpido a mano. Ni un detalle fuera de lugar. La mandíbula, el porte, la mirada… Todo impecable.

A mí me hace sentir más torpe que un cachorrito en una pista de patinaje. No es que lo odie, ni mucho menos, pero me acompleja lo perfecto que parece, como si se paseara por aquí recitando a los filósofos de la Antigua Grecia.

—En fin, volvamos a lo que importa: Diego. —Raquel agita en alto una servilleta con el logo de la terraza—. Venga, escríbele algo. Bonito, pero con un puntito picante y divertidísimo. Como tú cuando te pones cínica. Luego lo firmas y doblas en mini-origami y se lo das.

—¿Tú te has fumado la carta de vinos? —En ese momento, Diego deja su silla y ambas ponemos cara angelical mientras él se pierde en dirección al baño. Me vuelvo a Raquel—. La última vez que le eché valor y le dije a un chico que me gustaba tenía quince años y me dijo que él jamás besaría a una ballena.

Raquel, que se conoce mi mapa mental, me clava los ojos.

—Iria, en la vida hay un montón de gilipollas que jamás sabrán apreciar el valor de una mujer como tú… o yo, ya puestos, pero eso no significa que debamos escondernos y dejar pasar las oportunidades. Y Diego habla de ti en la máquina de café, ¿sabías? Que si tu humor, que si eres ingeniosa… Dale la pista que le falta.

El DJ pincha algo de Vetusta Morla «Valiente». Sube la percusión, sube mi pulso. Raquel me clava la mirada como un alfiler.

—Es ahora o nunca. —Me deja un bolígrafo sobre la palma, tinta negra, suerte líquida.

Respiro hondo. El gin se desliza frío por la garganta y me suelta los músculos justos para sostener el temblor de la servilleta.

Diego sigue en el baño, su chaqueta azul marino cuelga en la silla, esperando por él.

Escribo pulso a pulso.

Sé que esto atenta contra el código laboral, la dignidad personal y probablemente algún principio básico de supervivencia emocional, pero…

A ver cómo te lo explico sin parecer una psicópata romántica. Llevas más de un año protagonizando mis calentamientos cerebrales. Eres mi excusa favorita para ir a imprimir informes de una página y fingir que tengo algo que encuadernar.

Sí, me pones un poco tonta. Bueno, bastante tonta.

Me gustas. Mucho. Como para aprender a conjugar verbos griegos por ti y eso que yo con el subjuntivo ya tengo guerra abierta.

Me gustan tus sonrisas cálidas, tus bromas torpes en las reuniones y ese pulgar con vida propia que se rasca la nuca como si estuviera escribiendo poesía en código Morse.

Me gustas de esa forma que una no debería confesar sin casco ni red de seguridad, pero aquí estoy, dejando esto por escrito por si alguna vez has notado algo raro en mis miradas y te has preguntado si había algo más. Pues sí. Cada día. Mucho más que simple interés.

P.D.: Si esto no te hace gracia, quémalo. Si te hace gracia… invítame a un café o lo que quieras. Tú decides el nivel de compromiso emocional.

Iria Beltrán.

Termino con un garabato que intenta ser una carita risueña, pero me sale una especie de alien con orejas.

Las guirnaldas titilan sobre nuestras cabezas y el gin me hace cosquillas en la tráquea cuando Raquel clava un codo en mis costillas.

—Ahora, cuando vuelva del baño, se la pones en la mano con un gesto sensual —ordena, chasqueando la lengua como si llevara fusta.

—¿Y enfrentarme a que lo lea delante de mí? —me sale un gallo —. Ni de coña. Ya bastante trauma tengo, paso de quedarme clavada como una farola mientras descodifica mis delirios.

—Pues déjasela sobre el plato.

—¿Encima de los restos de tartar? —Muevo el dedo sobre la porcelana, queda una mancha rosácea del tamaño de una peseta—. Si la coge otro y me convierte en meme matinal, me mudo a Andorra y no vuelvo.

Raquel gira los ojos.

—¡Joder, Iria! Métela en el bolsillo de la chaqueta y corre antes de que vuelva. Última oferta.

La palabra corre me golpea como un disparo de salida. Trago saliva, miro la mesa de Diego con tres compis de Logística charlando sobre pádel, no parecen peligrosos, pero igual captan el gesto. Diez pasos, un mundo.

Doblo la servilleta aún más—ahora es un dado—y me lanzo. El tacón resbala apenas. Finjo que busco una servilleta limpia por el asiento de Diego. Uno de Logística, Paco, me mira de reojo.

—¿Todo bien, Iria?

—Sí, sí, alergia al atún enano —susurro, con un gesto de picor en la nariz. Él vuelve a su cerveza.

Deslizo la mano. La tela de la chaqueta está tibia, huele a aroma caro y algo cítrico. Meto el cuadrado de papel en el bolsillo interior con el corazón desbocado, retiro los dedos… y en ese instante brrrr, un móvil vibra dentro, rugido de abejorro encerrado.

Joder, qué puto susto.

Salgo despavorida y Raquel me recibe con una sonrisa pícara.

—¿Lo has hecho? —susurra, con los ojos como platos.

Algo me dice que no contaba con que tuviera el valor suficiente.

—Sí, pero el móvil ha empezado a bailar y casi me caigo de culo.

—¡Ole tu arte! —Raquel me hace chocar su copa con la mía. El hielo canta, el gin salpica ácido.

En ese instante se abre la puerta acristalada. Espero ver a Diego… pero es Andreas. Avanza con ese paso felino de ejecutivo letal. Se detiene, escanea la terraza como un halcón corporativo y, sin pensarlo dos veces, se acerca y levanta la chaqueta, mi chaqueta. Bueno, de Diego. Mía emocionalmente.

Saca el móvil del bolsillo. Ese bolsillo. Se lo lleva a la oreja mientras se echa la chaqueta al hombro como quien se coloca una capa de rey antiguo y sale por la puerta acristalada que separa la terraza del interior.

Raquel se queda congelada.

Mi garganta emite un chirrido inaudible.

—¿Qué hace Apolo con la chaqueta de Diego? —sisea Raquel, tragando saliva.

Mi estómago se retuerce, la garganta se me seca y siento que mi cabeza hace un cortocircuito. Y entonces encaja todo.

No es la de Diego.

Nunca fue la de Diego.

La chaqueta azul marino, el corte italiano, el olor a bergamota y mediterráneo. Era de Andreas.

Y la servilleta con la declaración, el ridículo condensado en papel absorbente está pegada ahora mismo a la piel del jefe. A Andreas León Karalis. Al dios griego de Finanzas y Silencios Incómodos.

Raquel suelta el aire. Como un silbido bajito.

—Beltrán… tu declaración acaba de ser ascendida a dirección general.

Y yo solo puedo pensar: tic-tac, tic-tac…

—Ay, Dios… —susurro, echándome las manos a la cara—. Raquel, mi nota… está a punto de llegar a manos de Andreas.

Ella abre la boca, pero no dice nada. Se oye de fondo el tintinear de los cubiertos y un murmullo de risas que contrasta con el *shock*

que me recorre las venas.

El camarero pasa con una bandeja llena de copas, y me entran ganas de robarle todas de golpe. Raquel parpadea, intentando contener la risa y la preocupación al mismo tiempo.

—Tranquila, se dará cuenta de que no es para él en cuanto lea el nombre de Diego… Porque has puesto que era para Diego ¿verdad?

Me quedo inmóvil, sintiendo un escalofrío que me sube por la espalda y me borra cualquier atisbo de coherencia.

—No, solo puse mi nombre, no el suyo, Raquel.

—Vale, esto sí que no me lo esperaba —susurra, casi sin aire.

La risa de Raquel se convierte en un suspiro cómplice. Me mira con un brillo de «te has metido en un lío».

No sé qué hará Andreas cuando lea el contenido de ese papel. Ni cómo voy a explicarle que no iba dirigido a su imponente persona, sin que me despida.

Oh, Dios mío, me despedirá de todas formas. Estoy acosando al jefe. He escrito que me pone tonta, joder.

Y yo solo puedo pensar que quizás sea el momento perfecto para mudarme a Andorra.



2

Mi nota secreta y otras formas de autodespido elegante

«Iria»

La chaqueta azul oscila sobre su antebrazo como un trofeo inesperado cuando reaparece por la puerta acristalada. Andreas no corre, jamás correría. Se desliza entre las mesas con esa economía de movimiento que tienen los felinos bien alimentados y… se planta delante de mi mesa. Primera fila para mi propio funeral.

—Beltrán —su voz es grave, mansa en apariencia, trae ese leve arrastre del Egeo, las erres se le deshacen despacio, redondas, y alarga las *ís* medio suspiro más de lo habitual—, ¿puedes acompañarme un momento? Tengo algo que comentarte.

Mierda, la ha leído. La ha leído y ahora voy a tener que firmar una baja voluntaria por exceso de sinceridad idiota.

Raquel me lanza una mirada de «voy a rezar por ti» y aparta un poco su silla, dejándome el pasillo despejado como si fuera la pasarela de un reality gastronómico donde el plato soy yo.

Trago, asiento. Los tacones parecen haber encogido dos tallas. Late la vena de mi muñeca contra la pulsera metálica mientras lo sigo hacia el extremo de la terraza.

Se detiene ante una columna y se gira con la servilleta entre los dedos. Mis ojos se desvían un segundo hacia su camisa porque incluso en estos momentos mi cerebro se dispersa en miles de pensamientos inoportunos: la tela blanca, impecable, que deja entrever un cuello moreno y una nuez de esas marcadas, sexy, hipnotizantes cuando se mueven de forma provocadora. Un botón desabrochado muestra un leve atisbo de piel debajo, y juro que podría ver mi futuro reflejado en el hueco de su clavícula si no estuviera tan asustada.

—He encontrado esto en el bolsillo de mi chaqueta —dice elevando la servilleta, con ese logotipo en la esquina que grita: «no puedes ser más cutre, Iria».

—Ya… —murmuro, notando mi garganta más seca que un terrón de azúcar al sol—. No sabía que… Bueno, creía que la chaqueta era de…

Mi explicación suena a balbuceo absurdo. Él se pasa la mano por la barbilla, como si quisiera contener un amago de sonrisa o de asombro, qué sé yo.

—La he leído —me interrumpe. Hace un pequeño giro de muñeca, y me parece ver mis propias letras garabateadas. Allí están mis confesiones: «Me pones tonta, me gustas, etcétera, etcétera».

—Sí, sí, lo sé. —Abro y cierro la boca, sin saber por dónde seguir —. Verás, no… no era…

«Para ti», intento decir eso, pero me sale un «pra», un graznido patético. Quiero lanzarme por la barandilla, pero estamos en la novena planta, no sería muy elegante y bastante mortal.

Él alza la ceja, severo al principio, como si calibrara daños y bajas. Un segundo después su mandíbula se relaja y con ella mi diafragma.

—Impulsos así necesitan un contexto mejor que la cena de empresa —dice, y la voz suena con menos filo, más terciopelo—. Aunque debo decir que… —baja la vista al papel, ladea un poco la

cabeza y suelta una risa. Una. Risa. Andreas León Karalis riéndose. Que alguien lo grabe, porque esto no se lo cree ni el departamento de creatividad—. Pulgar con vida propia que se rasca la nuca como si escribiera poesía en código Morse —lee.

Estoy roja. No roja normal. R*ojo semáforo fundido*. No sé si tirar del cable de luz y provocar un apagón o fingir un desmayo. El tímpano me palpita.

—Me pones un poco tonta… Bueno, bastante tonta —cita, con la comisura de los labios curva—. Es directo.

—¿Te estás… riendo de mí? —deslizo la pregunta con un hilo de voz.

Él inspira, alzando la mirada.

—Creo que estoy… disfrutando del momento. No imaginaba que fueras tan valiente.

—Yo tampoco —farfullo, observando cómo sus ojos siguen sobre la servilleta—. Oye, Andreas, en serio, hay un… un malentendido.

—Beltrán, relájate. No estoy ofendido.
—Se apoya en la columna, la servilleta apretada entre dos dedos kilométricos con esa elegancia que solo él puede dominar—. Solo estoy sorprendido y desconcertado. Lo cual, te lo aseguro, no es fácil. No sabía que tenías esa vena literaria —añade, doblando con calma la servilleta.

—Bueno… fue algo… puntual. Un lapsus con tinta —logro decir, con esa entonación de «por favor, que me trague lo que sea y me escupa en otra dimensión».

Andreas asiente. El viento mueve apenas los farolillos sobre nosotros, y por un segundo parece que lo envuelve una luz más cálida de lo que estoy dispuesta a soportar sin derretirme.

—Beltrán —dice entonces, y me atraviesa entera—. Me gusta la gente valiente. Sobre todo, si se atreve a ser clara.

Eso es lo que cree que he sido. Clara. Directa. Honesta. Y ahora no sé cómo decirle que ha leído la nota equivocada sin parecer una adolescente metida en una comedia romántica mal rodada.

—Es que… en realidad yo no…

—Lo sé —me corta, y esa maldita sonrisa minúscula vuelve a asomar. No es burla. Es *jodida seguridad*—. No es tu estilo hacer esto. Pero lo has hecho. Y me parece… intrigante.

—No, o sea… es que no… —Trago saliva. Si le digo no iba para ti ahora, igual no le hace mucha gracia. Pero si no se lo digo, parezco la mujer más incongruente del mundo—. Mira, te juro que…

—Beltrán —me corta, alzando un dedo—. Permíteme que sea práctico, ¿de acuerdo?

Asiento, sin poder articular nada.

—Podemos quedarnos aquí, en mitad de la celebración, con todos mirando de reojo… —susurra, ladeando la cabeza hacia el gentío—. O podemos aclararlo en un lugar más discreto y con más calma. Por ejemplo, una cena el sábado que viene.

Yo. Me. Quedo. Congelada.

—¿Cenar?

—Sí. Comida, pero por la noche. Normalmente se llama cena —responde, impasible.

—Ya, ya… claro —me aclaro la garganta con un ruido tan poco sexy que podría ser un cerdo con alergia—. Pero… ¿por qué?

Sus ojos se fijan en los míos, de un color verde metalizado, intensos, firmes, y hay un matiz en su gesto que me desarma. No está jugando. No está tomándome el pelo.

—Porque es lo que me has pedido, que te invite a lo que quiera.

Me quedo boquiabierta. El jefe acaba de proponer romper la línea profesional, que nos une y nos separa a la vez, con un quedamos fuera del horario de oficina.

O sea, no me deja opción. Está haciendo lo que hace en las reuniones cuando alguien le da cifras erróneas: tomar el mando. La diferencia es que esta vez no está delante de un PowerPoint, sino de mí, con la camisa medio abierta y el pecho… Joder, menudo pecho.

—Vale —respondo. No sé ni lo que digo. Me he vuelto a perder en mis pensamientos.

—Viernes. A las nueve. Paso a buscarte —asiente, y suelta la servilleta dentro del bolsillo de nuevo, como si marcara territorio.

Se gira. Camina hacia su mesa como si acabara de firmar un trato multimillonario. Y yo me quedo plantada entre la barandilla, los farolillos y el sonido lejano de Vetusta Morla, intentando procesar que acabo de ser invitada a cenar por mi jefe. El jefe. El dios griego del Excel.



Raquel me espera con las cejas tan levantadas que parecen dispuestas a pedir asilo político en otro país.

—¿Y bien?

—Me ha invitado a cenar el viernes.

—¿Qué? Espera, ¿qué? —exclama impresionada— ¿Le has dicho que sí?

—No lo sé. Creo que sí. O lo ha decidido por mí. No estoy segura. Estoy en *shock*. Necesito azúcar. Y oxígeno. Y un coma inducido.

Ella me pasa su copa.

—Toma. Por si acaso esto es un sueño y necesitas confirmar que la ginebra todavía arde.

Brindamos. O algo parecido. Porque yo no sé si quiero llorar, reír, gritarle a la luna o volver al minuto exacto en que confundí la chaqueta y cambiar de dirección…

Raquel me observa con los ojos como platos. Literalmente. Como si en lugar de una cena de empresa acabara de presenciar la segunda venida de Cristo, pero en traje italiano y con mandíbula de mármol.

—Hostia… —susurra, bajando el gintonic hasta el borde de la mesa sin dejar de mirarme—. *Hostia puta*. Que le gustas, Iria.

—¿Qué? No. No, no, no. Eso no ha sido un me gustas. Eso ha sido… no sé, protocolo de crisis. Es jefe. Estaba gestionando un malentendido. Como cuando Recursos Humanos manda esos correos pasivo-agresivos sobre la nevera de la oficina. No es personal, es prevención de riesgos.

Raquel apoya los codos sobre la mesa y junta las manos como si fuera a recitar una oración.

—Cariño… te ha invitado a cenar. Con esa cara. Con esa voz. Con ese *ritmo*. ¿Qué parte de que esto no es una auditoría no estás entendiendo?

—Raquel, por favor. Es Andreas. ¡Andreas León Karalis! Ese hombre no se fija en personas como yo. Se fija en ejecutivas de dos metros de altura, con nombre de vino blanco y pómulos de ardilla. En diosas de LinkedIn que hacen yoga en ayunas y tienen la menstruación sincronizada con el calendario fiscal.

Ella resopla. Me apunta con la aceituna que se está comiendo desde un palillo como si fuera una varita mágica.

—Pues te ha mirado con hambre. Y no hace eso con nadie.

—Ya, porque yo para él soy una oveja. Y él, el lobo.

Raquel alza una ceja, se lo está pasando demasiado bien.

—¿Y?

—¿Cómo que y? —chasqueo—. Los lobos se comen a las ovejas, Raquel. No las sacan a cenar. Las devoran. Y luego se limpian el hocico con la servilleta que tú has convertido en mi sentencia de muerte emocional.

—¿Sentencia? Por Dios, si esto es lo más erótico que te ha pasado en lo que llevas de década.

—¿Erotismo? Esto es una distopía laboral. Yo no soy la chica que sale con el CEO. Yo soy la que se atraganta con esa aceituna en mitad del brindis y mancha la camisa del director financiero con vermú. Literal.

Ella da un sorbo, me mira con infinita paciencia… y sarcasmo.

—Cariño, si el lobo quiere cenar contigo, déjate de cuentos. No te está llevando al matadero. Te está llevando a un restaurante. Con reserva y probablemente carta de vinos con más sílabas que tu nómina.

—Me va a destrozar, Raquel.

—No. Te va a revivir, que no es lo mismo. Y sinceramente… ya te tocaba.

—¿Revivir? —repito, alzando una ceja—. ¿Tú has visto *Carrie*?

Raquel frunce el ceño.

—¿La de la niña esa con coletas que baila en TikTok?

—Dios… no. *Carrie*, Raquel. La peli de Stephen King o el libro, si quieres ponerte culta. Chica rara, marginada, con madre tarada. El chico más guapo del insti la invita al baile y ella se lo cree. Va, se arregla, se ilusiona. Y cuando sube al escenario, le tiran un cubo de sangre de cerdo en la cabeza. Delante de todos. Porque era una broma. Una puta broma.

Raquel deja la copa a medias. Me observa, esta vez sin risa.

—Iria…

—No me mires así. Solo digo que lo mismo este te «invito a cenar» no es lo que parece. Igual piensa que soy un experimento social. O peor: una anécdota graciosa para contar en el próximo consejo de administración. «¿Os acordáis de aquella del departamento de contabilidad que me dejó una nota como una quinceañera?» —suelto con sarcasmo, pero noto el temblor en la garganta.

—Eh, para. Tú no eres una víctima de instituto. Eres una mujer que ha sobrevivido a esa mierda.

—Ya, pero sigue siendo Apolo, Raquel. Y yo… soy la oveja rara del fondo. La que pesaba ochenta kilos con quince años y nunca volvió a confiar en una puta invitación sin pensar que detrás había una broma.

Ella se queda callada. Me coge la mano por debajo de la mesa y la aprieta con esa fuerza que dice «sé dónde estás». Y por una vez, no dice nada más. Solo sostiene. Y eso, en mi mundo, es casi mejor que tener razón.



3

Cómo sobrevivir a una mirada griega y no morir en el intento

«Iria»

Cruzo el vestíbulo de Helios & Olivo con las gafas puestas, aunque no haya sol dentro. Si alguien me pregunta, diré que son nuevas, con filtro de luz azul. Pero en realidad es para esconder las ojeras y el pánico. No por la resaca. Por *él*. Por Andreas León Karalis y la maldita servilleta cargada de consecuencias.

Helios tiene su cuartel general repartido en dos plantas del complejo AZCA, en pleno paseo de la Castellana, con vistas a ese hormiguero de rascacielos que late en el centro de Madrid.

La oficina es un catálogo muy bien iluminado de cómo debería ser el mundo si todos tomásemos aceite de oliva virgen extra tres veces al día.

Todo es natural, minimalista y caro. Tenemos paredes de cristal, sillas ergonómicas y dispensadores de frutos secos orgánicos que nadie toca porque cuestan lo mismo que una entrada de cine.

Helios & Olivo, S.A. se dedica a importar y distribuir productos gourmet del Mediterráneo como aceites griegos con etiquetas doradas, quesos italianos con D.O. y vinos españoles con nombres que suenan a premio literario. Es decir, lujo que se puede untar, verter o beber.

Trabajo en contabilidad. Soy la directora financiera y mi puesto está en un rincón luminoso que huele a café y donde se repite la palabra amortización más veces de las que un ser humano debería oír en una semana. Yo llevo los números grandes. Los que brillan. No es sexy, pero soy buena.

Hiperfoco contable con brotes de caos emocional, ya sabes.

La reunión de dirección comienza a las nueve en punto como si Andreas programara los relojes con el pensamiento.

Cuando entro en la sala de cristal, ya está allí. De pie. Inmóvil. Hoy lleva traje gris claro, camisa blanca, sin corbata. Elegante hasta en lo que no se pone. Su perfil podría tallarse en mármol. Ni una arruga. Ni una sombra.

No es ningún secreto que proviene de un linaje de ricachones con hoteles repartidos por medio Egeo y otras inversiones multimillonarias. Lo curioso es que, cuando se le pregunta, Andreas suele esquivar el tema con elegancia. Pero todos sabemos que no necesita este trabajo para pagar el alquiler, está aquí por orgullo y por seguir el legado familiar.

Me mira. Bueno, no. Me atraviesa. Con esos ojos serios que no pestañean si no hay un motivo de alerta mundial.

—Buenos días —dice, y es como si la temperatura bajara tres grados.

Nadie contesta en voz alta. Solo movimientos de cabeza y papeles que se ordenan con urgencia. El que diga que el miedo no es productivo nunca ha trabajado bajo las cejas de Andreas Karalis.

—La reunión de hoy será breve —anuncia, abriendo la carpeta sobre la mesa y encendiendo el proyector. Su tono suena tan frío y formal que me da un pinchazo de decepción, aunque no sé qué esperaba que sucediera o dijera frente a todos: «Buenos días, hablemos de la servilleta con mensaje erótico-emocional».

Miro a mi alrededor. Raquel se sienta a mi izquierda, jugueteando con un bolígrafo y dedicándome una mirada de «¿lista para el

show?».

Por otro lado, veo a Diego Morales —el comercial en cuestión— con esa media sonrisa en los labios que me derrite un poco por dentro. Menudo caos. Mi cerebro me recuerda que, en un mundo ideal, esa nota habría acabado en su chaqueta y hoy quizá estaríamos en mitad de un flirteo feliz.

Andreas se coloca junto a la pantalla, la espalda recta, como si todavía practicara la disciplina que lo llevó a rozar la gloria deportiva.

Sí, dicen que, cuando tenía unos veinte años, formó parte de la Selección Griega de Natación, que se entrenaba para competir en los Juegos Olímpicos hasta que una lesión de hombro lo apartó de las piscinas de élite.

Seguro que nadaba con la técnica de un dios heleno y ahora toda esa determinación se ha trasladado a su faceta de directivo donde compensa la falta de cloro con doctrina espartana.

Y se le nota. Madre mía, si se le nota. Tiene el cuerpo amplio, musculado, de esos que no se marcan por vanidad sino por genética y disciplina.

Todo en su espalda parece estar colocado con escuadra. Bíceps firmes bajo la camisa, cuello fuerte, hombros de cargar el mundo y seguir andando. No hay grasa innecesaria. Solo fibra, fuerza y la sospecha muy concreta de que podría alzarte sin pedir permiso.

Y luego está el gesto medido con el que pasa una página, en la tensión justa de los dedos cuando deja el bolígrafo sobre la mesa, la manera en que aguanta la respiración mientras espera una respuesta… como si aún viviera en apnea y cada músculo supiera cuándo moverse y cuándo resistir.

—Empezamos.

Suena el clic del mando y la pantalla muestra gráficos con curvas ascendentes de ventas de aceite verde picual, barras de queso feta, *forecasts* de especias sirias. Habla sin vacilación, frases medidas a

treinta y dos palabras exactas —lo he contado otras veces para relajar la ansiedad— y nunca baja la mirada a las notas.

—Beltrán —anuncia—, la previsión de tesorería.

Casi me atraganto. Aclaro la voz. Los papeles me sudan en las yemas. Explico en dos minutos cómo cuadran los pagos a proveedores de Kalamata con el flujo de caja del siguiente trimestre. No tartamudeo —milagro—, aunque el pulso me retumba en los tímpanos como si un batería ensayara dentro.

—Correcto —responde él. Ni un adjetivo de más. Luego mueve la vista a Diego—. Morales, *status* del nuevo catálogo.

Él habla con su humor de siempre, detalla márgenes, esboza esa sonrisa ladeada hacia mí. Noto el calor subirme por el cuello.

La reunión avanza, números, rutas, contenedores en Valencia. Andreas no pierde el hilo ni cuando la impresora, al fondo, decide expulsar treinta folios con ruido de tormenta. Se limita a arquear una ceja —ese gesto suyo que podría detener invasiones— y todos callamos.

09:45 h. Cierra la presentación, apoya las manos en la mesa, nudillos blancos, precisión de cirujano.

—Objetivos claros. Próxima revisión el jueves a la misma hora. Pueden volver a sus puestos.

Recoge su portátil, pero, antes de irse, sus ojos vidriosos me encuentran. Un dedo señala discretamente hacia mí. Nadie más lo ve, pero yo, sí. Mi estómago da una voltereta digna de la final olímpica que él nunca disputó.

Diego ya se levanta. Cuando pasa junto a mí roza mi codo con los nudillos. Un chispazo. Me sonríe como quien sabe algo divertido.

Me quedo esperando. El eco de tacones y sillas alejándose suena a resaca en una iglesia. Andreas sostiene la puerta con la mano, imperturbable.

—Iria —pronuncia, la erre se le deshace despacio, pero la orden es nítida—, necesito cinco minutos. Ven a mi despacho.

El pasillo hasta su despacho se me hace largo como una cinta de correr emocional. Ya no sé si sudo por los nervios o por la anticipación. Y eso que yo no anticipo nada ni tengo falsas expectativas, ¿eh? Yo solo he venido a trabajar, no a hacer prácticas de riesgo laboral.

Andreas abre la puerta de su despacho y me deja pasar delante. Lo hace sin gestos grandilocuentes, sin rozarme, pero con ese tipo de autoridad silenciosa que consigue que me tiemblen hasta los párpados.

Dentro, su despacho parece un showroom de revista de arquitectura con mármol claro, madera oscura y líneas limpias. Orden perfecto. Hasta las plantas tienen la compostura de alguien que cobra por no marchitarse.

Huele a bergamota limpia con un fondo salino, como si llevara el Mediterráneo guardado en el bolsillo interior como mi servilleta-maldita.

—Siéntate —dice, sin mirarme, mientras deja el portátil sobre la mesa. Me acomodo frente a él, cruzando las piernas como si eso fuera a darme más control.

Él ocupa la silla frontal, aunque sigue recto, sin recostarse un milímetro.

Sobre la mesa hay dos carpetas idénticas. Empuja una hacia mí.

—Necesito tu revisión de márgenes para la importación de aceites cretenses. Plazos, aranceles… lo habitual. —Un índice firme señala la columna de costes—. Pero, antes, quiero asegurarme de que la carga de trabajo te resulta razonable.

Levanto la vista. Esto es nuevo. ¿Desde cuándo Karalis 3.0 (espartano-corporativo) se preocupa por la carga de trabajo?

—Todo correcto, Andreas —respondo, casi sin tartamudear—. Lo tendré a las cuatro.

Él asiente, un gesto breve, suficiente, y saca una tarjeta magnética negra.

—Tu ordenador emitió un aviso de licencia caducada esta mañana. Habla con IT. Ya les he autorizado actualización premium. —La tarjeta queda frente a mí—. No quiero que pierdas tiempo valioso ajustando macros a ciegas.

Mi cerebro titubea. Aprobar una licencia especial para mí no es estándar. Eso plantea la incógnita de *por qué* un director general se adelanta a mis dramas de Excel.

—Gracias… no era necesario. —Acaricio el filo de la tarjeta para asegurarme de que es real.

Él asiente, despacio. Me observa unos segundos más y se levanta. Abre una pequeña nevera junto al armario empotrado, saca una botella de agua con una etiqueta en griego y me la ofrece.

—Para que te hidrates. Hablas muy rápido cuando estás nerviosa.

—No, no estoy nerviosa —digo, pero cojo la botella, por si acaso me derrito ahí mismo.

Se apoya en el canto de la mesa con esos dedos largos y el torso ligeramente inclinado y lo tengo a medio metro. Y, joder, parece que exhibe la mercancía ahí mismo.

Sin disimulo, sin pudor, como si el traje le quedara pegado por capricho del universo.

¿Cómo coño metía todo eso en los bañadores esos minúsculos que llevan los nadadores? ¿Con una técnica secreta? ¿Algún acuerdo con la física? Porque el pantalón se ajusta de forma ofensiva a un paquete que parece esculpido por alguien con un fetiche muy concreto por la perfección y… el gran tamaño.

Trago saliva.

—He leído el nuevo informe sobre márgenes de distribución —dice, sin saber que yo estoy ahora mismo haciendo cálculos mentales sobre su densidad muscular.

—Perfecto —consigo articular, mientras bajo la mirada a los papeles y no a la zona que clama por protagonismo.

—Pero hay un matiz en tu proyección que quiero discutir. —Se inclina y me señala un gráfico en mi carpeta abierta sobre mis muslos. Muy cerca. Innecesariamente cerca. La tela de su pantalón roza mi brazo. Yo contengo la respiración por miedo a que se me escape un jadeo.

—¿Matiz? —repito, con la voz aguda. Lo repito tan rápido que suena a alarma de microondas.

—El descuento por volumen no es proporcional a la tarifa logística. Lo que implica que si alcanzamos el 30 % del objetivo, el margen se estrecha.

Sé que eso es importante. Sé que debería estar atenta. Pero tengo la concentración atrapada en la línea de su antebrazo, donde la vena sobresale justo al apoyar el peso. Y en ese olor a limpio y mar salado que me revuelve como un cóctel bien agitado.

Y luego está la boca. Esa línea recta que no sonríe, pero insinúa. Y los dedos, que apuntan con una precisión quirúrgica y podrían muy bien desabotonarme el alma sin cambiar el gesto.

Me obligo a pestañear.

—Lo ajustaré. Lo reviso y lo recalculo. Lo... lo que sea —digo. No sé qué he dicho. Creo que acabo de prometerle una auditoría de mí misma.

Él no se aparta. Ni un milímetro. Solo me mira, con esa intensidad que no arde, quema despacio.

—Gracias. Confío en tu criterio —dice. Y no es la frase. Es cómo lo dice. Como si eso no fuera una cortesía laboral, sino una declaración no verbal que me deja el pulso patas arriba.

—Por cierto —añade, sin apartarse—, han llegado las credenciales para la feria Gourmet en Nueva York. Están en mi correo. Te las reenviaré. —Breve pausa—. Quiero que vengas conmigo.

Las rodillas me hacen *clack* internamente.

—¿Yo?

—Eres la responsable de cerrar los números con los proveedores americanos —explica, tono de obviedad—. Serás útil en las mesas de negociación. Además… —baja la voz un grado— confío en tu capacidad para traducir cifras a palabras persuasivas.

Vale. Eso suena estrictamente profesional… si no fuera por la mirada que acompaña la frase, lenta, que resbala desde mis ojos hasta el nudo invisible en mi garganta. Siento la piel arder debajo de mi camisa.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta sin dejar de observarme.

—Sí, sí… todo bajo control —consigo articular, si es que a eso se le puede llamar articular.

Me arrepiento de haber bebido café antes de venir. Tengo la tensión disparada.

—Sé que esto puede resultar… incómodo —admite, con un timbre más suave—. Somos jefe y empleada, y la empresa no fomenta las relaciones internas. Pero no es la primera vez que pasa algo así.

—¿Algo así… como qué? —farfullo, con el pulso redoblándome en las sienes.

—Como… sentimientos que interfieren en la dinámica laboral. —Sus ojos no se apartan de los míos—. Si has decidido abrirte así, con esa nota, entiendo que estabas dispuesta a asumir el riesgo.

La fuerza de su presencia me hace olvidar que, en realidad, todo este enredo no va con él.

—Yo… no quería que esto afectara al trabajo. —Muevo la mano con torpeza y casi se me cae la carpeta—. De hecho, ni siquiera

pretendía… —Trago aire—. Bueno, lo escribí con un par de copas encima… No sé cuánto de validez le podemos dar a eso…

—¿Me estás diciendo que para ti solo era un juego? —La pregunta rasga el aire. No sube el volumen, pero cada sílaba cae como una granada—. ¿Que te divertía probar hasta dónde aguantaba tu jefe la broma?

La palabra *jefe* suena a frontera. Me encoge el estómago.

—Fue auténtico —admito, apenas audible—, pero estaba… desinhibida. No pretendía poner en riesgo nada.

Él aprieta los labios apenas un segundo, ese amago de enfado contenido que transforma el despacho en cámara de vacío.

—Escucha, Iria. —La *i* dura un suspiro, las erres se suavizan, pero la exigencia brilla—. He tolerado muchos errores, nunca de honestidad. Si me vas a tratar como material desechable, dímelo hoy. Nos ahorraremos bastante teatro.

Me revuelvo en la silla. Me arde la cara. Me pica la nuca. *Me tiembla la dignidad*.

—Es que… no sé cómo decirlo sin… —Trago saliva—. No estaba… —Respiro hondo. Cierro la boca. Casi lo digo. Casi confieso que no era para él. Pero algo me frena. Algo que huele a cobardía total o a suicidio profesional. No estoy segura—. No esperaba esto.

—¿El qué? —replica. Sus ojos brillan con una dureza que me parte el aliento—. ¿Te asusta mi reacción?

—La tuya, la mía… la del universo cuando todo vuelva a su orden original. —Muevo la carpeta en mis brazos, como si fuera un salvavidas—. Es complicado, Andreas. Es… un embrollo que ni yo misma sé manejar.

Él cierra los ojos un segundo, como para contenerse.

—¿Y crees que yo sí? —Musita con amargura—. Me has obligado a cuestionarme cosas por las que, francamente, no pensaba dejarme llevar.

—Lo siento —me sale en un susurro, sincero.

—La cena sigue en pie. —Una afirmación, no una pregunta—. Y Nueva York también.

Asiento. No sé si por reflejo, por pánico o porque hay una parte de mí que quiere saber qué puede pasar.

Y cuando estoy saliendo, con la carpeta abrazada al pecho como si pudiera protegerme de lo que acaba de ocurrir, le oigo decir:

—Ah, Iria.

Me detengo. Giro la cabeza.

—Me gustas más cuando no intentas esconderte.

Y ahí sí que me tiemblan las rodillas. Pero consigo marcharme sin darme la vuelta. Porque si lo hago, me trago el puto despacho entero.



4

Un café, dos líos y media autoestima

«Iria»

La cafetera de cápsulas escupe un chorro tembloroso como si compartiera mi estado emocional. Me apoyo contra la encimera y respiro hondo. Me tiemblan los dedos. Me late la sien. Y lo peor es que *no estoy segura de si me ha reprendido, me ha perdonado o me ha fichado para espionaje internacional*.

—¿Te ha empotrado sobre la mesa o ha sido más rollo soy tu mentor emocional? —pregunta Raquel a mi espalda, con su café en una mano y el móvil en la otra. Me mira como quien ya sabe la respuesta, pero quiere disfrutar del espectáculo.

—Ni una cosa ni la otra, ha sido… Andreas. Versión griega del acero inoxidable.

—¿Acero inoxidable? —Raquel alza una ceja mientras mete otra cápsula en la máquina—. Será piedra caliza. Cada día estoy más convencida de que fueron sus antepasados Karalis los que posaron para esas estatuas griegas en pelotas.

—Imposible —respondo sin pensarlo, removiendo el café con fuerza.

—¿Imposible por qué?

Levanto la vista. No quiero decirlo. Pero lo digo.

—¿Te has fijado bien en esas estatuas? ¿En el tamaño de sus penes?

Raquel se queda quieta un segundo. Luego me mira como si acabara de revelar una verdad universal.

—No.

—Los griegos antiguos creían que los penes grandes eran obscenos, vulgares. Elegían modelos con miembros pequeños porque lo veían como símbolo de autocontrol, sabiduría, elegancia… ese rollo. Así que, si me preguntas, lo que tiene Apolo no entra dentro de esos estándares clásicos.

Ella parpadea.

—A ver, por partes. Uno: ¿cómo coño sabes eso de las pollas de las estatuas?

—Bueno, desde que tengo un jefe griego, mi curiosidad por esa cultura ha crecido proporcionalmente a su presencia en mi vida. No lo voy a negar.

Raquel se apoya en la encimera, con los brazos cruzados.

—Y dos… ¿cómo sabes que la tiene tan grande?

La miro sin pestañear. Y entonces, muy despacio, alzo una ceja.

—Porque cuando se inclinó sobre la mesa, no me dio, pero me rozó el alma.

Raquel suelta una carcajada seca.

—Tía, estás perdida.

—Sí. En territorio Karalis. Y sin GPS emocional.

—Cuéntamelo todo. Y no escatimes en detalles. Sabes que tengo la imaginación visual muy desarrollada.

—Ha sido raro. Formal. Pero intenso. Algo así como «Iria, me estás liando la existencia, pero te sigo invitando a cenar y por si fuera poco te vienes conmigo a un viaje a la feria gourmet en Nueva York». Y claro, mi cerebro se puso en modo polvorón y retuve la mitad de la información y la otra mitad la perdí mientras le miraba el… la vena del antebrazo.

Raquel me da un codazo.

—Ay, por favor, no me digas que le has analizado las venas. Eso es de cardióloga, no de contable.

—Culpa del TDAH. —Suspiro, levantándome de golpe—. Cuando me hiperfocalizo en algo, se me va la pinza. He fichado cada centímetro de su anatomía, y ya me estoy arrepintiendo porque ahora no podré dormir sin verle reptando por mi cerebro como una calculadora con patas.

—¿Y lo de Nueva York? ¿Te lleva con él?

Asiento. Me llevo el vasito a los labios sin beber.

—Y encima me ha renovado la licencia de Excel antes de que se lo pidiera a versión premium. ¿Eso qué significa, Raquel? ¿Es un gesto de seducción o un chantaje emocional encubierto?

Raquel entorna los ojos.

—Depende. ¿Te ha ofrecido también una pantalla secundaria o aún no habéis llegado a la segunda base?

—No estoy para bromas —miento.

—Estás exactamente para bromas, y si no lo admites es porque estás a punto de colapsar.

—No estoy colapsando.

—Iria. Llevas dos minutos mirando tu cápsula como si pudiera responderte en griego clásico.

Suspiro. Me paso la mano por la cara y me sirvo el café como si eso fuese a arreglar el universo.

—Es que no sé qué me pasa. Tengo el cerebro como una pestaña en bucle. Y no ayu… ¡Mierda! He vuelto a dejar la tostadora de casa encendida. ¿O era el humidificador? O ninguna. Da igual. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—TDAH con café, es como meterle wifi a una lavadora del 86 — dice Raquel, y no sé si es una crítica, una metáfora o ambas.

—Oye, no me insultes a mí y a mis impulsos neuronales sin supervisión. Que una hace lo que puede. Diagnóstico tardío, ¿vale? A los treinta. Antes solo pensaban que era distraída, dispersa y un caos mental lleno de ideas en remolino.

—¿Y no lo eres?

—Claro que lo soy. Pero ahora tengo un papel oficial que lo acredita.

Raquel me observa con la taza en los labios.

—¿Y cómo lo supiste?

—Porque me pasaba la vida perdiendo llaves, olvidando citas, perdida en mil pensamientos y procrastinando tareas como si el tiempo no existiera... salvo cuando hiperfocalizaba durante ocho horas en algo sin beber agua ni ir al baño. El caso es que como en las mujeres no se manifiesta como hiperactividad motora, sino como agitación interna es más difícil de diagnosticar. Mi psicóloga dice que tengo una mente brillante con el sistema operativo ligeramente en llamas.

—Una mente brillante en llamas… me suena a documental de Netflix.

—O a excusa válida para haber confundido chaquetas y arruinado mi carrera con una servilleta. Que el viernes solo iba a dejar una nota sexy y de pronto estoy en una novela de romance de oficina protagonizada por Apolo y su empleada emocionalmente disfuncional.

Raquel me da un golpe suave con la cadera.

—Vamos a ver si lo tengo claro: confundiste la chaqueta, escribiste tu libido en una servilleta corporativa y ahora tu impresionante jefe quiere cenar contigo, llevarte de viaje y probablemente verte en bragas de alta gama. ¿Y estás dudando de que esto te está saliendo bien?

—Me está saliendo catastróficamente bien. Que es peor.

—¿Por qué?

—Porque me gusta tener su atención, pero también me asusta. Porque me conozco. Y esto no va a salir bien. Mi cerebro no tiene botón de «mantente ecuánime». Tiene obsesión, pánico y despistes y un hiperfoco tan agudo que hasta se me olvida comer. Y, además, ¿qué pasará si se entera de que la servilleta no era para él?

Raquel da un sorbo y suspira.

—Vale. Entonces hagamos un plan.

—¿Un plan?

—Sí. Tú vas a ir a esa cena. Vas a ponerte un vestido que diga soy peligrosa pero gestionable. Y vas a disfrutar. *Solo eso*. No te adelantes, ni te flageles, ni le busques tres pies griegos al gato. ¿Entendido?

—Eso suena maduro. Y poco propio de ti.

—Llevo media hora leyendo sobre aceites de trufa para redactar una promo. Estoy evolucionando.

—¿Te hace daño la evolución?

—En el hígado.

Nos quedamos en silencio. Mi café ya no humea. Pero sigo abrazada al vaso como si me mantuviera viva.

—Raquel…

—¿Qué?

—¿Y si la vuelvo a fastidiar?

Ella sonríe, bajito. De esas sonrisas que solo sacan las que han metido la pata muchas veces, pero siempre se han levantado.

—Entonces te equivocas con gusto. Y con condimento griego.

La puerta de cristal se abre con un «psss» que suena más a peligro que a acceso autorizado.

Raquel y yo giramos la cabeza al unísono. Y ahí está Diego Morales, sonrisa ladeada, camisa de cuadros arremangada. Le acompaña Héctor, uno de los chicos de almacén que siempre huele a suavizante y tiene nombre de guerrero, pero cuerpo de osito cariñoso.

—¿Interrumpimos tertulia existencial o podemos usar la cafetera? —pregunta Diego, con esa voz que parece siempre tener un punto de humor.

Raquel se aparta teatralmente.

—Pasad, pero que conste que aquí se estaban tratando temas de seguridad emocional.

Diego me lanza una mirada de reojo mientras pulsa el botón largo.

—¿Tú, bien? —pregunta, sin rodeos.

—Sí. Bueno. Nivel lunes...

—Te he visto salir del despacho del jefe con cara de «no sé si me han ascendido o fichado para una secta».

Raquel tose. Yo finjo dignidad.

—Es mi cara de concentración. Muy profesional —respondo, apretando el vaso con fuerza.

—¿Concentración o combustión espontánea?

Lo miro sin pestañear. Él sonríe. Esa sonrisa que antes me provocaba microinfartos.

Pero de repente... ya no cala igual. Con Diego todo era posibilidad segura, cómoda, inofensiva.

Andreas no es seguro. Andreas es vértigo.

Y yo, por alguna razón, no quiero volver al suelo.

—Me tienes intrigado, Beltrán.

—¿Intrigado por qué?

—No sé. Tienes cara de guardar secretos últimamente. Y eso te sienta bien.

Héctor se atusa la barba, incómodo. Diego coge su café, le da un sorbo y me lanza una última mirada de complicidad.

—Nos vemos luego.

Se van.

Raquel me mira con la boca torcida.

—Vale. Confirmado. Ese tío sigue en el juego.

—¿Qué juego?

—El juego en el que a ti te gustaba antes, pero ahora se huele que alguien más está metiendo ficha y quiere volver al tablero.

—Maravilloso. Estoy en medio de un triángulo.

—Y sin haber estrenado cama. Que eso es lo peor.

Me echo el café por encima sin querer. Solo unas gotas. Pero suficientes como para querer meter la cabeza en el congelador.

—Me voy a limpiar la camisa antes de que alguien más venga a lanzarme indirectas.

—Hazlo. Y cuando lo hagas, piensa en que ninguno de esos dos es estúpido. Y tú tampoco. Así que decide qué quieres... y cómetelo.

—¿Literal?

Raquel sonríe.

—Espero que sí.



Camino al baño con el vaso aún en la mano. Abro la puerta, me encierro y dejo el vaso junto al lavabo. El espejo no me espera: me enfrenta. Siempre lo hace.

Ahí estoy. Camisa manchada de café, ojeras suaves, labios sin color. Ojos verde avellana, de esos que viran a ámbar cuando el sol los toca, y una melena castaña oscura con reflejos cobrizos, ahora rendida en una coleta improvisada que lleva demasiado rato en la batalla.

La piel es clara, punteada de pecas diminutas que colonizan el puente de la nariz como confidencias tercas, y unas cejas anchas que se resisten a la pinza dominical.

Me observo con la atención quirúrgica que se entrena durante años cuando has sido la *gorda de clase*. Cuando cada espejo ha sido enemigo. Cuando aprendiste a medir cuánto ocupas en una silla o si tu sombra invade el espacio ajeno.

Usé una 48. Luego una 36. Ahora estoy en la zona gris de la 40. Ni lo de antes, ni lo de después. Solo estoy.

Entreno cinco veces por semana. Peso la avena. A veces me doy atracones. Otras, lo anoto todo en *MyFitnessPal* con un *emoji* de calavera. Llevo una gestión continua y emocional con datos que no siempre cuadran.

Me limpio la mancha de la camisa con agua fría y papel del dispensador. El reflejo sigue ahí, claro, cruel, curioso.

Y sin embargo, algo en mis ojos brilla hoy.

Quizá por el miedo. O por el deseo. O por la jodida posibilidad de que alguien como Andreas me haya mirado como si pudiera ser una mujer deseable, no solo descartable.

Y me dan ganas de llorar. No porque me duela. Sino porque, por fin, algo no duele.

Alzo la barbilla. Me aliso un mechón. Me limpio un poco más la mancha. Y salgo del baño con una frase atravesada en el pecho.

«Si esta historia va a estallar… al menos que me pille mirándome de frente».



5

Tormenta localizada en zona de contacto

«Iria»

La sala de estiramientos está casi vacía. Huele a goma, a sudor seco y a ese perfume sintético que usan en los gimnasios para que el esfuerzo parezca más elegante.

Me dejo caer al suelo con un suspiro que suena a final de jornada, con la camiseta pegada a la piel y las piernas gritándome en un idioma ancestral.

Acabo de terminar una sesión de CrossFit. Porque si algo me funciona para no pensar demasiado, es reventarme las piernas mientras suena reguetón distorsionado a volumen de apocalipsis**.**

Treinta segundos de burpees.

Treinta de saltos al cajón.

Treinta de remar sin agua.

Treinta de preguntarme por qué narices vine.

Mi cuerpo obedece porque está entrenado. Porque llevo años castigándolo y celebrándolo con la misma rutina. Porque después de una adolescencia en guerra con la báscula, lo único que me salva es moverme. Sudar. Golpear el suelo con zapatillas de Halcón Milenario como si el mundo dependiera de mi cadencia.

Y mientras salto, mientras jadeo, pienso. O más bien *pienso con ecos*.

Porque eso es tener TDAH.

El problema, claro, es la cabeza.

Esa no se calla nunca.

La mayoría cree que el TDAH es moverse mucho. Hablar sin filtro. Saltar de una cosa a otra como una luciérnaga epiléptica. Y sí, a veces es eso. Pero no siempre. Y casi nunca en mujeres.

En nosotras suele disfrazarse mejor. Se cuela como un caos silencioso, como desorganización emocional de fondo. Nos llaman intensas, caóticas, desordenadas, dramáticas. Nadie dice TDAH, pero sí afirman: «siempre tiene la cabeza en otro sitio». Como si fuera un lujo.

Hasta que me diagnosticaron, yo solo pensaba que era torpe y despistada, que me faltaba voluntad o era la típica que compra una agenda nueva cada septiembre y la pierde antes de octubre.

La que empieza dietas, abandona, empieza otra, se obsesiona, se olvida de comer y luego devora una tableta de chocolate entera de madrugada. La que llega tarde porque se distrae. Que se distrae porque está cansada. Que está cansada porque no descansa. Que no descansa porque no puede parar de pensar.

Es estar hiperconectada con todo a la vez.
El sonido, el gesto de la chica de al lado, el rebote del pelo contra mi nuca, el número de repeticiones que acabo de perder por culpa de pensar en Andreas sin camiseta.

Y luego, de golpe, el foco.

El hiperfoco.

Una máquina mental que ignora al mundo y se obsesiona. A veces con los números o la lectura. Otras, con lo que llevo puesto. Y últimamente… con cierta persona

Cuando me lo dijeron, no me dio miedo. Me dio alivio. Por fin tenía nombre y podía dejar de culparme y empezar a entenderme. Porque no era pereza ni falta de madurez. Tampoco gula, ni torpeza, ni cosas de mujeres. Era un sistema nervioso encendido de más, con sensores que no se apagan y una atención que no sabe dónde quedarse. Todo brilla. Todo interrumpe. Todo pesa.

Incluso ahora. En esta sala medio vacía, con los músculos temblando y el sudor secándose en la nuca, mi cabeza sigue encendida.

Porque no se puede silenciar un cerebro como el mío.

TDAH no es correr por los pasillos como una niña sin filtro. Es querer parar los pensamientos y que sigan viniendo igual, como una lluvia fina, constante, molesta.

Es recordar de golpe que no he comido desde las dos.

Es tener una lista de tareas y estar ahora mismo obsesionada con un músculo en el cuello de mi jefe.

La forma absurda de enamorarme en bucle.

Una cabeza brillante con ventanas abiertas en segundo plano.

Y un corazón que va detrás intentando entender algo.

Es caos. Y foco. Y culpa. Todo a la vez.



Al terminar, el sudor me cae por la espalda como si me estuviera vaciando. Me voy hacia los vestuarios arrastrando los pies, con la toalla al hombro y la camiseta empapada. Y entonces lo veo.

A través del cristal de la zona de spa. No me lo puedo creer. Lo he materializado con mi pensamiento. Bueno, mis mil pensamientos por minuto.

Andreas León Karalis, saliendo de la piscina.

Lento. Preciso. Como si Cronos le hubiera prestado la elegancia para flotar incluso fuera del agua.

Bañador negro, de esos ajustados, pero por el muslo. Pelo mojado. Gotas resbalando por su cuello, bajando por un torso que no es de gimnasio, es de escultura viva.
Hombros amplios. Espalda que parece tener instrucciones. Abdominales como teclas de piano.

Sin un solo pelo a la vista sobre su cuerpo. Todo depiladito, pulcro, como si se hubiera pasado el aspirador por su ADN. Y la gran incógnita es hasta dónde llega esa declaración de intenciones: ¿finaliza en las ingles o tarifa plana por todo el polo sur?

Me detengo. Literalmente me quedo clavada junto a una fuente de agua y un cartel motivacional que dice:

«Tú puedes con todo».

Mentira. Yo ahora mismo no puedo con mi sistema nervioso. Me congelo. En todos los sentidos. El alma, las neuronas, la lengua.

—No —susurro. Literalmente lo digo en voz baja—. No puede ser. ¿Qué demonios hace Apolo en mi gimnasio? Primero se queda con mi chaqueta, luego con mi servilleta, más tarde con mi dignidad y ahora esto también.

Él no me ve. O eso creo. Pero se detiene, se seca el cuello con una toalla blanca y levanta la mirada. Justo hacia la zona donde estoy. Su boca se curva en una media sonrisa. Tranquila. Letal.

Y entonces pasa algo peor.

Saluda con un asentimiento de cabeza.

Como quien no está sorprendido de esta coincidencia.

Yo intento reaccionar. Fingir que estaba mirando otra cosa. El techo, el reloj, la vida. Pero todo en mí está mirándolo.

Y lo peor o lo mejor es que yo ya estaba pensando en él. En cómo se mueve. En cómo habla. En cómo me mira como si el mundo se callara.

Es eso. No su cuerpo, ni su poder, ni su presencia intimidante. Es el silencio que deja cuando entra. El silencio que yo, con este cerebro que no se calla nunca, escucho con claridad cuando él está cerca.

Y eso no es normal.

Eso, para mí, es un milagro.



Salgo del vestuario aún con el pelo húmedo pegado a la nuca y el cuello ligeramente enrojecido por la ducha caliente.

Camino sin prisa. Aún no estoy lista para volver al mundo real, a las calles con tráfico, a la lista de la compra que no he hecho.

Entonces lo veo.

Andreas está junto a la puerta de salida, apoyado en la pared con una botella de agua en la mano y el pelo mojado y revuelto como si acabara de salir de un maldito anuncio. Parece esperar a alguien sin tener la decencia de parecer impaciente.

Lleva una camiseta técnica oscura, pegada aún al cuerpo por el agua y pantalones grises de chándal. Me mira. Sin sorpresa. Sin prisa. No sonríe. Pero la boca le hace un amago que ya me conozco.

—No sabía que venías a este gimnasio —suelto. No como acusación. Más bien como esto no estaba en el guion.

—Desde hace años —responde. Su voz suena limpia, sin rastro del traje ni del despacho—. Natación, casi siempre.

Asiento. Hago como si no pasara nada. Como si no lo hubiera visto salir de la piscina como si acabara de emerger del Mediterráneo directo a mi sistema nervioso.

—Entonces hemos coincidido antes.

—Más veces de las que imaginas.

Eso me deja sin respuesta durante un segundo de más.

—¿Y nunca dijiste nada?

—Parecías concentrada. O decidida a no mirar a nadie.

—No es personal —respondo, recolocándome el elástico de las mallas cortas que siempre tienden a enrollarse hacia arriba como un puñetero matasuegras—. Es pura estrategia mental —le explico—. Si empiezo a fijarme en la gente mientras entreno, me descentro y acabo preguntándole al monitor si ha visto mis auriculares en la nevera. Es un método de supervivencia.

—Lo sé —dice él, bajando la mirada a su botella antes de volver a levantarla hacia mí—. Por eso nunca he tratado de acercarme, aunque hoy sí que me has visto.

Hay algo en su tono que no he oído antes. Ni en la oficina, ni en los pasillos. Una especie de delicadeza que no esperaba encontrarle. Me sostiene la mirada como quien no busca respuesta, solo presencia.

—El problema ha sido el bañador. Es difícil pasar desapercibido con tanta desnudez.

Ahora sí, se ríe. Bajo. Una risa que se le escapa como si no lo hiciera a menudo. Y eso me desarma un poco. Solo un poco.

—Tú tampoco pasas desapercibida —añade—. Aunque lo intentes.

Me echo a reír, suave. No porque me lo tome a broma, sino porque no sé qué otra cosa hacer con el nudo que me está creciendo en el estómago.

—¿Y entonces es cierto lo que dicen?

—¿Qué dicen?

—Lo de que ibas para campeón olímpico de natación. Hay una leyenda en la oficina. Nivel oráculo de Delfos.

Él gira un poco la botella en la mano, pensativo, como si no le gustara mucho el tema.

—No sé si iba para campeón —responde al cabo de un segundo —, pero sí estuve a punto de participar. Preseleccionado. Tenía plaza técnica... hasta que me reventé el hombro. Y ahí acabó el ciclo.

—¿Y cómo lo llevaste?

—Al principio mal. Muy mal. Luego peor. —La frase no suena amarga. Suena vivida—. Cuando has dedicado todo a una sola cosa y desaparece, no sabes muy bien quién eres. Ni para qué vales. Ni si sirves para algo más.

Lo dice con calma, pero noto el filo detrás. No es un discurso. Es una cicatriz.

—Supongo que por eso se te da tan bien ahora tu trabajo —murmuro—. Has convertido el control en refugio.

Él alza la mirada, como si no esperara que alguien se lo dijera tan directo.

—Supongo que el traje de directivo me vino bien para canalizar el ansia competitiva. La natación también es metódica. Brazada, respiración… Casi no hay lugar para el error si quieres ganar. El control me resulta más fácil que la improvisación.

—Te entiendo —asiento—. A mí me pasa con mis rutinas y mis números. Si me salgo del plan, el caos me devora.

Sus ojos se fijan en los míos con curiosidad.

—¿Y tú? —pregunta, con ese tono de Andreas que no aprieta, pero pesa—. ¿Qué haces cuando no estás evitando mirar a la gente en el gimnasio?

—Correr. Pensar. Cagarla. Comer chocolate del malo, del que engorda un montón. Medirme. Reprocharme. A veces también me río. A veces me quiero. Depende del día y del grado de caos.

—¿Y hoy?

—Hoy no me estoy odiando del todo. Pero no te hagas ilusiones. Ha sido un día raro.

Él asiente. Hay una pausa cómoda. De esas que no piden nada. Que simplemente existen.

Una pareja intenta salir del gimnasio. La puerta se abre con su típico *psss* automático, pero ellos ocupan casi toda la salida y no cabemos todos. Me aparto para dejarles paso y, sin querer, me pego demasiado a Andreas. La mano se me escapa «plof» directa a su pecho. Calor. Pectoral firme bajo la tela. Se me hiela el pulso. Oigo su inhalación breve. Ambos miramos mi mano, luego nuestros ojos chocan.

No dice nada. Yo tampoco. Pero no me aparto enseguida. Y él tampoco se mueve. De pronto me siento como si estuviera midiendo latidos con la yema del dedo.

—Perdón —susurro, pero no aparto la mano.

—No te disculpes —contesta, voz baja, grave—. Apenas ocupas espacio.

Mentira piadosa. Ocupo demasiado aire en este instante. Respiro hondo, el olor a limpio y a bergamota me llena la nariz.

—Así que… casi olímpico —retomo, buscando refugio en la charla —. ¿Mariposa, espalda… o el estilo ese que parece que te peleas con

el agua?

—Cien y doscientos mariposa —responde. El pecho sube bajo mi palma, que se siente realmente bien ahí—. Lo otro era entrenamiento cruzado.

Nos cruzamos la mirada y descubro que, de cerca, sus iris cerca de las pupilas tienen vetas color aceituna, como si tuviera embotellado el mediterráneo y lo llevara de contrabando en cada ojo.

—¿Y tú? —pregunta, sin prisa—. ¿Qué meta perdiste antes de aprender a pegarte maratones de CrossFit en tu tiempo libre?

—La de gustarme entera —respondo antes de filtrar—. A veces lo logro; otras, me odio en *Dolby Surround*.

Arquea una ceja, interesado, no juzga. El foco que pone en mis palabras me despista más que su tórax.

La puerta sisea otra vez a nuestra espalda. Un tipo con auriculares gigantes intenta salir cargando un bidón gigante de proteína.

Andreas apoya su mano en mi cintura con naturalidad implacable y me desplaza medio paso hacia él. El pecho que estaba bajo mi palma queda ahora pegado contra mi antebrazo y, por un segundo, no sé dónde acaba su respiración y empieza la mía.

—Creo que estamos taponando la salida —murmuro, aferrándome al sarcasmo para no desmayarme.

—Bloquear salidas es mi nueva disciplina favorita —responde sin mover un ápice la mano. El pulgar roza el elástico de mi *legging* y una corriente me fulmina en el vientre—. La gente puede bordearnos.

El pulso se me dispara. Cada sentido registra algo: la humedad de su camiseta, el olor a champú secándose, el latido de su corazón en las yemas de mis dedos, la vibración sorda de la puerta

automática abriéndose otra vez sin que ninguno se mueva un milímetro.

—¿Quieres que te acerque a tu coche? —pregunta. El tono es neutro, pero late algo por debajo que no es obligación, pero sí intención.

—Voy andando. Vivo a tres calles. —Y antes de que interprete excusas, añado—: Me ayuda a ordenar la tormenta.

—En ese caso… —Saca el móvil del bolsillo y desbloquea la pantalla—. Déjame un segundo.

Teclea y, sin mostrar aún la pantalla, alza la mirada y entonces mi teléfono vibra dentro de mi mochila.

—Es mi número personal. Envíame un mensaje cuando llegues a casa. No hace falta que sea largo —dice—. Solo algo que confirme que tu tormenta ha amainado.

—¿Y si sigue tronando? —pregunto, medio en broma.

—Entonces… puedes enseñarme a capearla.

La respuesta se clava como un alfiler caliente y me sorprendo riendo, flojo.

—Vale. Te mando el parte meteorológico… quizá con probabilidad de chubascos.

—Lo esperaré. —Gira la pantalla y me enseña un chat nuevo a mi nombre, vacío salvo por el signo de saludo—. Primer canal libre de servilletas.

El silencio vuelve, más denso porque lo elegimos. Él no toca; yo tampoco. Solo sostenemos la distancia justa para que el aire resuene entre ambos. El monitor nos lanza una mirada fugaz. Parece más curioso por la quietud que por cualquier gesto evidente.

—Supongo que debo… irme —murmuro al fin.

—Claro. —Asiente—. Aunque parece que no quieres.

—No es que no quiera. Es que no me fío de mis piernas ahora mismo.

Su risa es apenas un soplo, pero la siento en el estómago. Como una descarga que no mata, pero deja marcas.

Finalmente, retiro la mano de su pecho. Lo hago despacio, resistiéndome a soltarlo del todo.

Echo andar hacia la salida. Él, hacia el ascensor que lleva al garaje subterráneo. Después de tres pasos, giro la cabeza. Me está mirando, igual que en la piscina, con la misma media sonrisa mínima, formal, perfectamente ilegal.

—Mañana tengo sesión de natación a las siete —dice de pronto, voz más suave—. Calle tres. Si quieres puedes probar el silencio que deja el agua…

El ofrecimiento me golpea entre las costillas. Imagino el agua templada, los focos subacuáticos, el eco de nuestro aliento en un vaso azul, yo en bañador delante de él. No, imposible.

—Vale —dice mi boca, mierda, que era no—. Pero si me ahogo, que conste que la culpa será del entrenador.

—Te saco en brazos —contesta, sereno—. Ventajas de la natación de potencia. Levanto lo que haga falta.

Joder…, si quería mojarme, lo ha conseguido sin necesidad de piscina.

Paso un mechón húmedo detrás de la oreja y asiento. La puerta del pasillo se abre de nuevo. Un segurata hace la ronda. Andreas se aparta un paso, gesto mínimo, cortesía impecable. El guardia nos dedica un «buenas noches» mecánico y sigue.

Cuando desaparece, Andreas me ofrece la mano, esta vez sí siento el contacto firme, cálido, que eriza el vello del antebrazo.

—Te veo aquí a las siete —confirma—. Y, por si dudas, dejaré la calle reservada a tu nombre.

—Suena oficial —bromeo.

—Suena inevitable. —Da un paso hacia atrás sin dejar de mirarme—. Buen descanso, contable.

Cuando llego a casa son casi las diez. Me quito las zapatillas sin desatar, dejo la mochila tirada en el pasillo y me sirvo agua como si eso fuera a bajarme el pulso. No lo hace.

Enciendo solo la luz de la cocina. Me siento en el sofá, todavía con los leggins puestos, y ahí es cuando vibra el móvil.

Andreas:

«Calle tres reservada. Que no se te olvide respirar».

Sonrío, sin querer.

Me quedo quieta. Releo el mensaje una vez. Dos. Es sencillo. Pero tiene esa forma de hablar que tiene él: directa, concreta, sin nada de más… salvo todo lo que no dice. Escribo sin pensar demasiado. O justo lo contrario.

Yo:

«Tensión atmosférica estable. Probabilidad alta de tormenta interna».

Tardo dos segundos en enviarlo. Y luego tres en arrepentirme. Pero cuando la pantalla se queda quieta, sin respuesta, sin burbujas, sin puntos de escritura flotando en el aire, lo entiendo: él ya ha dicho lo que tenía que decir.



6

El arte de mantenerse frío mientras todo arde

«Andreas»

No me gustan las salas de reuniones con ventanas ciegas. Prefiero la luz natural, poder ver la calle o el cielo, medir el paso del tiempo. Pero en Helios & Olivo, la sala principal es un cubo acristalado que da al pasillo interior, como una pecera de oficina. Perfecto para quien quiera curiosear, un poco menos para quien valore la privacidad.

Ahora mismo, estoy revisando el informe de ventas del último trimestre, pasando de una hoja a otra sin prisa aparente. A mi lado, Morales se balancea ligeramente en la silla. Lleva esa corbata con un nudo un poco demasiado informal y suelta algún comentario chistoso que recibe las risas del resto. No las mías.

Es curioso cómo la costumbre nos vuelve ciegos a ciertos detalles. No para mí. Observo. Siempre lo he hecho. Desde mi época en las piscinas, aprendí que cada movimiento importa, y que el contrincante más peligroso no siempre es el más rápido, sino el que guarda energías para el último giro.

—Entonces, ¿quedamos en que el catálogo nuevo se presentará el día 15? —pregunta Morales, alzando la voz lo justo para imponerse en la sala.

Asiento con un movimiento breve, sin apartar la vista del texto. No me distraigo fácilmente.

—Sí. Y te pido puntualidad, Morales. Si algo he aprendido es que retrasar una presentación cuesta el doble en gastos de imagen.

Él me dedica una sonrisa profesional, esa que usa con los clientes y también, sospecho, con las compañeras. Me dan igual sus coqueteos en abstracto, incluso con Iria.

Nunca planeé acercarme a ella. Aunque algo captara mi atención más que el resto. Me quedaba absorto observando su caos que brilla, su sarcasmo protegiendo su inseguridad. Y estaba jodidamente intrigado por lo que intuí sobre ella desde el principio: ella ve el mundo a mil por hora y yo, en cambio, vivo en pausa, soy rutina, silencio.

Pero no hice nada.

Era más fácil así. Ella tenía su vida, hecha de fuegos artificiales imprevisibles. Yo la mía, hecha de repeticiones seguras y márgenes calculados.

No era cuestión de interferir. Solo de mirar desde lejos.
Y ella no me miraba. No a mí. No directamente.

Miraba a Morales.

Sí. A él.

Y yo pensaba que no me importaba. Que no necesitaba que lo hiciera.

Eso creía.

—Quedará listo. —Morales esboza esa media sonrisa del que se sabe simpático—. Iria puede confirmarte la parte de costes para la exportación.

—Lo hará —accedo, sin emoción aparente—. De hecho, ya me ha enviado un preinforme.

Ella no dice nada.

Y yo pienso en la maldita servilleta que, en realidad, no decía Andreas por ninguna parte.

Había referencias en clave como su mención a rascar la nuca, a las bromas torpes en reuniones, sus encuentros en la impresora. Características de Morales, no mías.

Pero la chaqueta era mía, joder. Y eso me bastó.
Decidí callarme. Porque no quería perder esa posibilidad.

¿Mentira? No. Llamémoslo *omisión estratégica*. La honestidad absoluta es un lujo, la franqueza, una herramienta. Elegí la herramienta.

Porque en el fondo, pensé que Morales no la veía como yo la veía.

No eran celos. Ni posesión en el sentido que la mayoría lo entiende. Era… otra cosa. Fue algo más bajo, más primario. Una mezcla de impulso, miedo, deseo de no perder lo poco que tenía con ella, aunque fuera una ilusión.

Y tomé lo que no era mío, su error, su confusión y la oportunidad. Fingí creer que su confesión amorosa era para mí y la empujé con suavidad, con mi tono medido, mi voz y mi sutileza a entrar en mi campo. Sin darle oportunidad de explicarse.

Sí, fue una jugada sucia.

Sí, fue una cabronada.

O quizás solo cobardía bien disfrazada. Qué sé yo.

Porque no fue para quedármela. Fue para tenerla cerca un poco más. Y no me arrepiento porque ella ha empezado a mirarme.

—Perdona, ¿has dicho algo? —pregunta Morales, ladeando la cabeza. Me doy cuenta de que quizá he apretado los labios en un gesto sutil.

—Nada. —Cierro la carpeta y le dedico una mirada que podría cortar la brisa—. Continúa, por favor.

Asiente, y durante unos minutos más comenta los contactos que ha establecido con varios clientes. Yo escucho, anoto, y cuando veo que se detiene a saborear una broma, corto la frase con una precisión calculada.

—¿Y los plazos de entrega? ¿Están confirmados o seguimos en fase de negociación?

—Negociación avanzada —responde, rápido. Su sonrisa se apaga por un instante—. Los cerraré esta semana.

—Perfecto. Entonces quiero tener la documentación antes del jueves —sentencio, deslizando la carpeta hacia él—. Y nada de improvisaciones de última hora esta vez.

Diego Morales ocupó la silla que yo había elegido esa noche mientras yo hablaba con el gerente, pasando por alto que había dejado mi chaqueta colgada en el respaldo, pero no fue ninguna ventaja para él, de lo cual me alegro.

—Andreas, ¿quieres revisar los ingresos? —interviene de pronto uno de los jefes de sección.

—No hace falta —respondo, volviendo al presente—. Beltrán se ocupará de ello.

Veo cómo Diego reacciona a la mención de Iria con un brillo en los ojos. Mínimo, pero lo detecto. Me pregunto si él sospecha lo que ocurre, si sabe que pone tonta a esa mujer». Tal vez sí, tal vez no. Lo cierto es que Iria ahora me mira a mí por primera vez.

—¿Alguna cuestión más? —inquiero, dedicando al resto un vistazo general.

Silencio en la sala. Morales revisa sus notas, se pasa la mano por la nuca, y por un instante me acuerdo del fragmento de servilleta que hablaba de ese gesto exacto. Me froto la barbilla, sin sonreír.

—Bien. Reunión terminada. La próxima sesión el lunes, nueve en punto.

Los tacones se alejan, las corbatas se aflojan. Espero. Cuando Iria pasa a mi lado la corriente fría del aire acondicionado me trae su perfume. No la toco. Ella se detiene un segundo, pero sigue sin volverse.

Morales sí se vuelve. Sonríe como quien entrega rosas imaginarias.

—Andreas —me dice en voz neutra—, si me necesitas en Nueva York, avísame.

—No serás necesario —replico, ladeando apenas la cabeza—. Quiero que centres tu talento en los márgenes, no en las anécdotas.

En una fracción de segundo, su sonrisa se agrieta antes de recomponerse. La competitividad no nace sola, se entrena. Y en el agua siempre acaban dominando los que saben regular mejor la respiración sobre el cronómetro.

Pero con Iria no quiero disputarme nada. No es una carrera. Es más bien la sensación de que, si me descuido, la línea de meta se me escapa sin haber entendido siquiera el recorrido. Me aterra que abandone sin haber pronunciado la verdad completa, que se marche con la peor idea de mí.

¿Podría soltarla? Claro. De hecho, cada vez que la veo dudar, me pregunto si no debería facilitarle la salida. Sin embargo, hay algo. No es una ambición, sino una necesidad casi torpe que me empuja a quedarme un poco más cerca, a descubrir hasta dónde podemos llegar sin que su miedo, o el mío, nos obligue a retroceder.

Lo que me fascina es comprobar cómo, incluso temblando, busca la manera de sostenerse. Cuando empieza un «en realidad…» y se queda en silencio, no es un triunfo para mí, sino una alerta de que aún no se siente a salvo para contarlo todo.

Compito, sí, pero contra mi propia impaciencia, contra la tentación de medirlo todo en resultados. Compito contra esa parte

de mí que, por orgullo, cerraría la puerta antes de reconocer que tal vez Diego le hace bien y yo no. Solo espero aprender a regular la respiración lo bastante rápido para no quedarme sin aire cuando al fin decida confiar.

Entrecierro los ojos.

«Me pones un poco tonta… Bueno, bastante tonta».

La palabra tonta me jode. Porque no le pega, porque no la define, porque es una puta simplificación de algo que no se deja atrapar así de fácil. Quiero ser el hombre que reescriba esa línea y la convierta en algo digno: me enciendes, me retas, me desarmas.

—Tonta… —musito en voz baja, con un deje de ironía.

Es un deseo egoísta, sí, querer que pierda la razón por mí, no por otro.

Sin embargo, hay una trampa en toda esta historia que yo mismo he tejido. Mientras ella no sepa la verdad, no puedo, ni debo, ponerle ni un dedo encima.

Porque sería un abuso, y no se trata solo de normas de la empresa o de moral profesional, sino de mi propio límite personal. No sería justo llegar tan lejos cuando sé que todo se basa en un engaño que ella ignora.

Es como retener a alguien en una partida de ajedrez sin decirle que todas las jugadas están amañadas desde el inicio.

Porque aunque no lo diga en voz alta, me importa que cuando lo haga, si alguna vez lo hago, sea real. Y libre.

Hasta entonces, guardaré la calma. No es sencillo convivir con la urgencia cuando uno se ha entrenado para la paciencia. Pero he nadado pruebas de larga distancia. He soportado la fatiga de interminables sesiones en la piscina, conteniendo el aliento y mirando la línea azul del fondo. Sé lo que es aguantar.

«Me gustas mucho. Como para aprender a conjugar verbos griegos por ti».

Sonrío sin querer. Qué curioso que hablara de verbos griegos. Era como si su cerebro, con su efervescencia constante, hubiese presagiado mi intervención.

Vibra el móvil.

Pantalla iluminada: Mamá.

Respiro hondo. No debería cogerlo. Pero si no lo hago, vendrán los mensajes, uno detrás de otro, como un asalto emocional planificado: *¿estás bien?*, *¿has comido?*, *¿vas a morirte solo?*

Pulso el icono verde.

—Yassou, μάμα.

—¡Andreas, agapi mou! ¿Por qué no contestas nunca? ¿Estás bien? ¿Sigues vivo? ¿Te estás alimentando o solo respiras trabajo?

—Estoy en la oficina —digo, como si eso fuera una respuesta válida.

—Eso me confirma que no has comido. Ni amado. Ni dormido. —Pausa—. Me ha escrito Nikos. Dice que te ve raro. ¿Estás raro?

Nikos. El mayor. Tres hijos, una finca en Paros y un matrimonio estable que se enriquece con varios negocios y felicidad. Nikos es el que no cayó de pie en el agua, pero sí en la vida.

—Estoy igual que siempre.

—Ese es el problema —resopla—. Siempre igual no es vivir, Andreas. Es repetir. ¿No te cansas de subsistir sin que nadie te quiera?

Me echo hacia atrás. Miro el techo como si me fuera a lanzar una respuesta que yo no tengo.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad.

—Estoy bien, μάμα.

—No, esa no es la verdad —dice, suspirando—. Te pasas la vida trabajando. ¿Y para qué? Para que las chicas escriban cartas de amor y tú no las leas.

Cierro los ojos. Me apoyo en el respaldo. Esta mujer es un oráculo griego en versión maternal.

—Leo las que no son para mí.

Ella se ríe, sin entender del todo, pero feliz de oírme hablar con un mínimo de ironía.

—Entonces dime, ¿hay alguien?

Pienso en Iria. En su boca apretada, en su torpeza preciosa, en esa forma de resistirse mientras cae.
Y miento, claro.

—No. Solo trabajo.

—Pues dile al trabajo que no te va a dar nietos —responde.

A veces creo que la única que me gana en manipulación emocional es ella.

—Le estoy enseñando a planchar y a no hablar durante las comidas. Es mi pareja ideal.

—Muy gracioso. —Hace una pausa, esa de madre que prepara artillería emocional—. Tu padre ha tenido otra de sus ideas.

Cierro los ojos.

—¿Ahora qué?

—Quiere invertir en una plantación de pistachos. En Tesalia. Dice que el aceite es estable, pero que el futuro está en el producto seco.

—¿Está loco?

—Eso mismo le he dicho. Pero ya sabes cómo es. Y desde que Nikos lo animó con la idea del viñedo boutique, se ha crecido.

—Pues que lo frene Nikos. Él empezó con esto.

—Nikos está a lo suyo. Ya sabes que cuando tu padre se obceca, solo tú puedes…

—No, mama. Yo no. Que Nikos le diga que no es viable. O que lo maquille con excusas técnicas. Me da igual. Pero yo no voy a ser el que vuelva a discutir con él. No otra vez.

—Andreas…

—No. —Me paso una mano por la cara—. Ya fue suficiente la última vez. La finca de Kalamata, la idea de exportar a Canadá, el contrato que firmó sin leer... y luego el infarto. Casi se lo lleva al otro barrio.

—Por eso mismo te llamo. Porque sé que él no escucha a nadie. Solo a ti. Y me da miedo que esta vez no sea casi. Quiero que lo frenes sin que se dé cuenta. Como sabes hacer tú.

—Está bien. Lo haré. No te preocupes.

Silencio.

—¿Sabes qué me preocupa más? —añade al cabo de unos segundos—. Que pareces entero, pero te estás vaciando.

—Estoy bien.

—No lo estás. Pero no te lo dirás hasta que ya no quede nadie cerca para verte.

—Mama…

—Solo cuídate. Y come. Y si hay una mujer, no la asustes. Las mujeres con alma no aguantan la frialdad mucho tiempo.

Sonrío.

—Lo tendré en cuenta —miento.

—Ya. Y yo soy la Reina de Inglaterra —resopla—. Buenas noches, mi niño. No trabajes hasta tan tarde.

Cuelga antes de que pueda responder.

Miro el móvil en la mesa. Y por primera vez en semanas, me siento cansado de verdad. No físicamente. Eso se entrena, pero esto… Una madre griega preocupada.

Esto no se entrena.



7

Oxígeno, Andreas y otras sustancias que alteran el pulso

«Iria»

He tardado veinte minutos en elegir un bañador.

No porque tenga tantos. Porque tengo dos: uno negro deportivo y otro con rayas diagonales que prometía estilizar, según la web, pero que en la práctica me deja la cadera dividida en franjas emocionales.

Después de probármelos cuatro veces, volver a mirar la hora y *googlear* «qué bañador usar si tienes cuerpo de persona real y un jefe con abdominales olímpicos», he optado por el negro. El clásico. El de las guerras. El de los entrenamientos.

Podría quedarme peor. Lo sé.

Pero tampoco me hace sentir imbatible.

Y ese es el problema.

La lycra se pega a la piel como una verdad incómoda. Me veo en el espejo del vestuario y lo que aparece no es una diosa.

Es una mujer, con muslos fuertes, estrías que no se van con exfoliante caro y una colección de complejos que se activan con la luz blanca.

Aunque el espejo no es el enemigo. Lo soy yo.

Respiro. Recoloco el tirante. Me ato el pelo con rabia bajo el gorro.

Me he pasado años castigando mi cuerpo por no encajar, por no desaparecer cuando el mundo me hacía daño. Ahora lo cuido. Lo alimento. Lo entreno.
Pero eso no siempre basta.

Porque hay días, como hoy, en los que el miedo a ser observada pesa más que los jodidos kilos.

Y porque, aunque me mate a sentadillas, todavía no sé estar en paz con mi propia imagen. Pero ya no me hace falta tenerlo todo resuelto. No soy perfecta. Ni valiente todos los días. Pero soy adulta.

Y voy a entrar en esa piscina con este cuerpo. Con este miedo.

Y conmigo.



En la piscina hay un silencio azul que me relaja y me acojona a partes iguales. Huele a cloro, a agua limpia, a promesa de contacto visual bajo la superficie. Y ahí está él.

Andreas.

Calle tres.

Como dijo.

Bañador y gorro oscuros, gafas en la mano, cuerpo que parece esculpido por alguien con mucho tiempo libre y obsesión por la perfección.

Me ve y asiente. Yo trago saliva.

—Beltrán —saluda, con la voz más baja de lo legal.

—Karalis —respondo, intentando no sonar como quien acaba de pelearse con un espejo y ha perdido.

—Pensé que igual cambiabas de opinión.

—Cambié de bañador tres veces. ¿Eso cuenta?

Su boca se curva apenas. No en una sonrisa, sino más bien en… aprobación silenciosa.

—Has venido. Eso es lo que cuenta.

Silencio. No el incómodo. El suyo. El que te coloca en el centro de su atención sin necesidad de adornar nada.

No baja los ojos. Andreas no es de los que recorren con los ojos. No hay descaro.

Y sin embargo… hace que me arda la piel sin que nadie la toque.

Solo contempla, y esa apreciación tranquila, limpia, absoluta, consigue lo que nunca lograron los espejos: desactivar la sirena interna que repite defectos en bucle.

—¿Estás lista? —pregunta.

—¿Lista para qué? Porque si esto es una competición, me rindo.

Él niega despacio.

—No has venido a ganar. Has venido a escuchar.

—¿A ti?

—Al agua.

Eso me desconcierta. Pero no digo nada. Me acerco al borde. El vapor es mínimo. El agua, quieta. No hay más gente y eso es rarísimo a estas horas. Solo él y yo, como si hubiera espantado a todos los demás. Y un reloj de pared que marca las 19:03 como si cada minuto fuera una advertencia.

—Quiero que te metas —dice—. Despacio. Sin miedo.

—No tengo miedo.

Mentira. Lo tengo, pero no del agua, de él.

—Yo aprendí a callarlo aquí dentro. Vamos, entra.

Me acerco al borde. El agua tiene ese azul casi artificial que parece querer imitar algo más puro. Me arrodillo primero, tanteando con la mano, como si no supiera cómo se entra. No es el frío lo que me frena. Es el aire, ese que me pesa justo entre el esternón y la duda.

No es la primera vez que nado, claro, pero nunca lo hago frente a alguien que me impone, y mucho menos vestida de esta sinceridad que deja ver mis estrías, mis dudas y mi respiración irregular.

Andreas, por el contrario, parece haber nacido ahí, en medio de la luz azulada y el leve olor a cloro, con esa quietud que lo define y que a mí me falta.

—Deslízate con cuidado —musita, sin mover los labios más de lo necesario. Tiene la mirada clavada en la superficie del agua, como si conversara con ella.

Obedezco. El borde afilado cede al contacto de los dedos y una corriente glacial me trepa por los gemelos. El corazón late como tam-tam tribal en una cueva. Puedo contar los decibelios, uno por cada obsesión que aún zumba en mi lóbulo frontal: la raya del bañador que se me hunde en las caderas, los diez gramos de chocolate de anoche, la servilleta, el jefe que ahora me mira.

Todo baila en la superficie de mis pensamientos como polvo en un rayo de sol… hasta que el segundo pie rompe el espejo y bajo hasta que el agua se me cierra alrededor de la cintura con un abrazo de seda tensa.

Me aferro al canto rugoso de la loseta como quien apura el último escalón de un acantilado. Me hundo hasta el pecho y, aunque conozco de sobra la sensación de ingravidez, hoy algo vibra distinto

como la mirada fija de Andreas, anclada en mis pupilas con una serenidad indecente, igual que si pudiera sostenerme entera sin que sus manos me rozasen.

—Inhala por la nariz —indica él, apoyando la mano abierta sobre el bordillo, a mi altura—. Y deja que salga muy despacio por la boca. Aquí manda el diafragma, no la mente.

Obedezco. Entonces Andreas se acerca más. Apenas un desplazamiento, el líquido se abre sin salpicar y coloca la mano, abierta, sobre el dorso de mi muñeca. El contacto es tibio, firme. No me empuja ni me agarra.

—Respira conmigo: cuatro tiempos fuera, dos dentro —marca, igual que un metrónomo entrenado para domar océanos—. Cuenta en silencio y déjate hundir un palmo cuando exhales y escucha cómo calla todo.

Obedezco de nuevo. Me lleno de aire, exhalo y hundo la cabeza bajo el agua. De golpe, todo sonido se nubla. Es un silencio denso, líquido, completamente distinto al de una habitación vacía. Aquí no hay ausencia de ruido, sino una multitud de micropartículas que absorben cada vibración. La nada suena a eco de concha marina.

Los dedos de Andreas resbalan desde mi muñeca hasta descansar en el hueco que hay entre mi codo y la cara interna del brazo como un ancla viva.

Aquí abajo el pensamiento se desacelera. No hay números que cuadrar, ni servilletas asesinas, ni Diego rascándose la nuca. Solo un tambor dentro de mis costillas y la sensación física de cada latido empujando sangre al cerebro.

Abro los párpados bajo el agua, el cloro pica, pero la luz de los focos parte el azul y lo vuelve catedral. A mi izquierda, el contorno de Andreas flota como una estatua tallada en jaspe. Hombros desplazados hacia atrás, pecho erguido, barbilla apenas inclinada.

Entiendo entonces lo que significa dejar la mente en blanco. No es desechar todo pensamiento, es permitir que el único sea este:

estoy aquí. La vergüenza de las estrías, la obsesión con la talla, el miedo a que me comparen… todo cae como piedritas al fondo.

Cuando la falta de oxígeno pide paso, subo. Rompo la superficie con un resoplido torpe.

—¿Y? —pregunta, sin ápice de burla. Solo curiosidad científica—. ¿Menos ruido?

—Mucho menos —asiento, sorprendida de oír mi voz tan suave.

—Bien. Hagamos que se acostumbre.

Trago agua dulce del termo que me acerca. Una gota resbala por la barbilla. Él la sigue con la mirada, con contención.

Un calor insólito me trepa desde el vientre hasta las clavículas.

—Ahora nada —dice, más bajo.

Siento su mano rozando la base de mi nuca. Es un toque técnico. Breve. Pero todo mi sistema nervioso decide encender las luces de emergencia. Desliza el pulgar por mi columna como quien corrige la línea de un nadador novato.

—Brazo derecho primero, cadera relajada —explica—. Tres brazadas, giras la cabeza y coges aire. No corras. Deja que el agua te sostenga.

Me impulso. La pared se aleja. Cuento uno, dos, tres… Giro, respiro, sigo. Al tercer ciclo el cuerpo se acuerda de lo que sabe: patada corta, brazos largos. El silencio se cuela otra vez en los huecos de la mente.

Cuatro largos después, el alicatado celeste del otro extremo se alza como una meta discreta. Apoyo las manos, jadeo ligera. Andreas ya está allí, sujetándose al borde. La corriente nos empuja en un balanceo mínimo hasta que mi hombro roza su pecho. No retrocede. Tampoco avanza. Sencillamente permite que el agua nos arrime.

—Muy bien, contable —murmura. El soplo me resbala por la oreja y me estremece más que los metros nadados—. Respiración

firme, piernas fuertes. Ni rastro de prisa. ¿Y cómo estás?

Lo miro.

La piel mojada, las pestañas llenas de gotas, y esa calma suya que no se disuelve ni con un huracán.

—Extrañamente... tranquila.

—Eso ya es mucho —murmura.

Su dedo índice recorre mi clavícula con una lentitud que no tiene excusa. Como si quisiera memorizar la forma, no solo rozarla. Apoya la otra mano en la loseta, justo detrás de mí, y el movimiento —o la propia agua— termina de pegarnos.

No lo pienso. Alzo mi brazo con torpeza y apoyo los dedos en la base de su nuca.

Su piel está tibia, húmeda, casi vulnerable. Andreas cierra los ojos, apenas un instante, y por un segundo creo que me he extralimitado.

Entonces lo noto .S u respiración se acelera.

Y bajo la superficie, sus piernas se abren solo lo justo para que yo encaje en ellas, sosteniéndome entre sus rodillas para que no me hunda. Ese gesto silencioso, cómplice, preciso, íntimo, me atraviesa más que cualquier frase.

—¿Y ahora, silencio otra vez? —pregunto, intentando sonar ligera.

—Ahora dejamos que hable el pulso —contesta. El roce de su nariz contra la mía es tan leve que no sé si lo imagino—. A veces dice más que cualquier palabra.

No tengo tiempo de buscar respuesta porque él gira apenas la muñeca al sujetar mi brazo sobre su hombro y la corriente hace el resto. Mi espalda toca su pecho y me sostiene en ese hueco cálido entre la pared y él. Siento cada respiración suya, lenta, medida, como si intentara marcarle el compás a mi corazón desbocado.

—Inclina la cabeza —dice de pronto, desde detrás.

No es una orden. Es una afirmación disfrazada de petición. No se lo pienso. Giro apenas el cuello, dejo que vea el lateral, el hueco exacto donde late.

Andreas sube una mano. Lo hace con una calma que me pone más nerviosa que cualquier torpeza. Su mano se desliza lenta desde mi clavícula hasta el hueco donde late la yugular. El pulgar se queda allí.

Firme.

Técnico.

Letal.

Presiona ligeramente, como si quisiera adivinar el código Morse que mi corazón acaba de inventar para hablarle solo a él.

El agua nos mantiene medio suspendidos y cada leve movimiento de sus piernas hace que la corriente me empuje un poco más contra su cuerpo.

—Quédate quieta —murmura, y la voz me vibra en el pelo mojado—. Si te mueves, pierdo la cuenta.

«Qué cuenta», pienso, si yo ahora mismo ni sé sumar. Pero obedezco y dejo que mis omóplatos se apoyen por completo en su pecho duro. Su nariz roza el borde de mi oreja, inspira, y el aire que exhala me calienta la piel bajo el gorro.

—¿Lo oyes? Demasiado rápido —murmura muy bajo, muy grave.

Claro.

—Lo estás acelerando tú —susurro, intentando sonar como si tuviera la más mínima autoridad en esta conversación.

De pronto su pulgar resbala un centímetro y se detiene justo bajo la barbilla. La corriente nos tambalea, mi culo choca contra su muslo y la fricción breve rompe la calma como un relámpago en el cielo.

Él traga saliva detrás de mí, un sonido tan leve que lo confundo con el chasquido del agua.

—No subas los hombros —dice, pero su tono ha cambiado, grave, un poco desgastado por algo más que cansancio.

Intento relajarme y el movimiento provoca que nuestras cinturas se alineen y él libera un gemido bajo, sofocado como si se le hubiese escapado sin querer.

Entonces ocurre y su boca, húmeda y tibia, se apoya justo donde palpaba el pulso, en la curva entre cuello y mandíbula. No es un beso abierto, ni un mordisco. Es un roce concentrado, como si necesitara certificar con los labios que la sangre corre de verdad tan deprisa.

La conmoción me atraviesa de la nuca a los dedos de los pies. Huele a cloro, a jabón neutro y a esa nota de bergamota que siempre lleva en la piel y que, aquí dentro, se vuelve más salvaje, menos contenida.

—Andreas… —Mi voz suena ronca, nada que ver con la contable que cuadraba balances esta mañana.

Él aprieta un poco la mano en mi cintura, justo donde el bañador marca la frontera entre la lycra y la carne. Ese agarre dice muchas cosas que la boca todavía no se atreve a pronunciar.

—Respira —ordena otra vez, aunque ahora parezca él quien necesita el recordatorio. Su nariz roza mi piel al hablar—. Una más. Cuatro tiempos fuera…

—…Dos dentro —susurro, completando la consigna con un hilo de voz que vibra, literalmente, en sus labios.

Obedezco y exhalo. Luego dejo caer la cabeza hacia atrás, contra su hombro. Él aprovecha la línea que dejo expuesta y me desliza los labios por la garganta en una caricia lenta, casi científica. La mente intenta dispararse, ficha todos los efectos que su boca provoca en mi cuerpo.

La mano que antes medía mi pulso se aventura por encima del esternón, resbala sobre la lycra mojada hasta apoyarse entre los pechos, donde el corazón pega golpes. Su palma entera late conmigo.

—Noventa y cuatro —murmura contra la piel, divertido y, sin embargo, vibrando de tensión—. Me temo que el silencio no sirve de mucho esta vez.

Intento girarme, la respiración encallada, pero él me retiene con un gesto mínimo, firme.

—No te muevas —pide. La voz sale rasgada, como si esas tres palabras rozaran algo áspero por dentro.

—Coge aire —susurra, con la boca aún contra mi piel.

Obedezco. Inspiro hondo, siento cómo el pecho se expande contra su mano. En cuanto el oxígeno me llena, Andreas flexiona las rodillas y nos deja caer. El mundo se disuelve en azul tras un chapoteo mínimo cuando nos volvemos a hundir dentro del agua.

Él me gira sin brusquedad, solo lo justo para que quedemos frente a frente, cuerpos alineados de hombro a rodilla. Siento su mano apretando mi cadera para mantenerme cerca, casi encajada en su cuerpo. Es un instante de ingravidez absoluta, de confianza ciega, flotando en mitad del silencio perfecto.

Una burbuja escapa de mis labios, y Andreas ladea la cabeza para acercarse más. No es un beso convencional: nuestras bocas se encuentran y mis labios se abren por puro instinto, y él me pasa aire, suave, como si estuviéramos compartiendo un secreto vital. Su pulgar se curva en la concavidad de mi cadera, anclándome a él, hundiendo mi vientre contra el suyo mientras la otra mano acaricia la base de mi nuca, manteniéndome en el ángulo exacto.

Mis costillas vibran. La mente, contra todo pronóstico, sigue muda, como si el agua hubiera apagado el ruido interior para siempre. Solo existe esta corriente cálida que viaja de su boca a la

mía, este latido compartido en suspensión, este deseo que late sin permiso.

Cuando el oxígeno empieza a escasear, bate las piernas con un impulso experto y nos impulsa hacia arriba. Subimos pegados, torso contra torso. Noto su fuerza en cada centímetro, la firmeza con la que me sostiene, la determinación con la que no me deja resbalar ni un milímetro.

Rompemos la superficie en la misma exhalación.

Respiro—jadeo, más bien—y en ese instante comprendo que acabo de vivir el beso menos dramático y más poderoso de mi vida. No hubo lengua exploradora ni gemido escandaloso, solo la convicción absoluta de que su boca era lo único importante para mí en ese momento.

—¿Ves? —musita, con la voz ronca del esfuerzo y algo más—. El silencio no siempre está vacío.

No respondo. Solo rozo con mis dedos la comisura de su boca, todavía húmeda, como si necesitara comprobar que no he imaginado nada. Él cierra los ojos un segundo. Noto su pecho subir y bajar, la calidez que se desprende de esa piel firme y, por un segundo, me olvido de qué día es, de dónde estamos. Me olvido de las fichas que no encajaban en mi cabeza.

Cuando vuelve a mirarme, ahí están otra vez en sus ojos esas vetas color aceituna que parecen prometerme todo el Mediterráneo si me atrevo a pedirlo.

—Otro largo —susurra, casi una broma, casi un reto.

Le sonrío, aún sin aliento.

—Solo si prometes… callar el ruido otra vez al final.

Andreas ladea la cabeza, deja que el agua nos meza medio centímetro y responde con la misma media sonrisa mínima que empezó todo esto.

—Hecho.

Y, por primera vez, me parece que es la oportunidad más real que he tenido de respirar sin miedo.



8

Kaldi, Karalis y otras amenazas reales

«Iria»

Camino hacia la impresora con el pulso todavía alborotado por el café de media mañana y la cabeza llena de *post-it* mentales: confirmar la reunión con Finanzas, actualizar la hoja de costes, anotar los macronutrientes del dónut que me acabo de comer… En fin, la clásica avalancha de microcaos que me define.

Voy a por el informe de tesorería y, como si el universo disfrutara del *déjà vu,* allí está Diego Morales alimentando al monstruo del tóner. Camisa de rayas, sonrisa de anuncio… y esa manera de recostarse que grita *«la impresora y yo somos un dúo dinámico»*.

—Otra vez coincidimos —saluda, restándole importancia al destino.

«Incauto».

—Tú, yo y la impresora somos como un triángulo amoroso —respondo.

Él se ríe. Agradezco que pueda presenciarlo sin que me tiemble nada anatómico. Hoy mi sistema de medición usa nanómetros Karalis, no centímetros Morales.

Su mano roza la pantalla táctil para cancelar su propio trabajo y priorizar el mío. Dieciséis páginas de análisis de flujo de caja que podrían curar el insomnio de un rockero.

—Te cedo turno —dice—. Las facturas siempre ganan a mi catálogo de sueños.

—Gracias, caballero de la impresora —ironizo, pero su gesto amable me descoloca un poco. Miro el reloj interno que llevo en la cabeza: tic-tac, Andreas revisará estos documentos en treinta minutos.

—Te noto zen —insiste con su audacia habitual.

—No empieces con insultos a esta hora —me burlo.

El humor matutino necesita rodaje y, sobre todo, cafeína.

Ríe.

—¿Semana tranquila? —pregunta, apoyando un codo en la carcasa como si fuera la barra de un bar.

—Más bien… acuática —digo.

Sus cejas se alzan.

—¿Has ido a la piscina? Curioso… —Me dedica un vistazo de arriba abajo—. Tú y tus disciplinas. Entre el crossfit, las facturas y ahora natación… ¿cómo demonios encuentras tiempo?

Y durante un segundo —uno breve, uno peligroso— me dan ganas de decirle la verdad, que entreno para no pensar, que corro para huir de lo que duele y no volver a sentirme «la gorda de clase». Que no paro para poder respirar. Y que ayer alguien me enseñó a hacerlo de verdad.

—Café. En vena —resuelvo, alisando el nuevo taco de páginas.

Diego asiente, quita su propio informe de la bandeja y hace que su olor a *after shave* masculino invada un instante el espacio reducido.

—Por si nadie te lo ha dicho hoy: te ves bien —musita, con voz suave y honesta.

Me giro justo cuando la impresora decide atascarse.

—No, otra vez —se queja con desesperación, pero su sonrisa desmiente su mal humor.

—Creo que tienes que levantar la tapa lateral y tirar de la palanca verde —explico con aire de experta en reparaciones improvisadas.

—Sabes de todo, ¿eh? —responde él, sin borrar la sonrisa. Luego hace un gesto rápido—. ¿Me ayudas?

Asiento y, con cuidado, deslizo la mano hasta la palanquita que libera el papel atascado. La hoja arrugada asoma como un acordeón víctima del pánico. Al tirar de ella, Diego coloca su mano encima de la mía por inercia, queriendo ayudar. Rozamos los dedos.

—¿La sacas tú o la saco yo? —pregunta, todavía con la mano apoyada.

El doble sentido planea en el aire.

—A cuatro manos siempre sale mejor —bromeo, y justo entonces oigo un leve chasquido tras nosotros y unos pasos medidos, pisada cara.

—Curioso servicio técnico el de hoy —comenta Andreas León Karalis con su voz grave, las erres despachadas con parsimonia—. Ignoraba que Helios & Olivo ofreciera… asistencia a dúo.

Tiene un montoncito de contratos doblados bajo el brazo y una mueca que no llega a sonrisa. Lleva el traje gris acerado que usa los viernes, ese que parece venir de serie con la palabra *control* escrita en el forro, y ahora también con sarcasmo afilado a temperatura ambiente.

—Solo era un atasco —me justifico, con ese tono que uso cuando no sé si estoy explicando o disculpándome.

—Ya —dice él, ladeando apenas la cabeza—. Pero visto desde fuera, parecía un episodio piloto de algo... más participativo.

Diego se ríe. Claro que se ríe. Él no ha nadado en la calle tres.

—Viernes y rebeldía van de la mano —contesta.

—Veo que estabais… *sacándole partido* —Andreas remarca la pausa con bisturí.

Le sostengo la mirada un segundo. No hay reproche abierto, solo esa electricidad estática que levanta la piel. Aclaro la garganta.

—Hay que desenchufarla, esperar treinta segundos y volver a enchufar.

—Procede, entonces —concede el jefe, depositando su mano —cómo no— cerca de la mía sobre el panel táctil.

Tiro del cable, cuento mentalmente *uno-dos-tres…* Diego mata el tiempo soplando el borde encajado de la tapa.

—Si tienes prisa, puedes sacar tus copias primero —le digo a Andreas intentando sonar funcional.

Él hace un leve gesto, casi un asentimiento invertido.

—No es urgente —dice, y deja los contratos sobre el mostrador auxiliar. Se cruza de brazos y observa los menús del panel como si fueran un informe trimestral. Ni una queja. Ni un suspiro. Solo atención clavada… ¿en la pantalla o en nosotros? No lo sé.

Levanto la tapa lateral, Diego sujeta la guía y contamos juntos hasta diez, enchufamos de nuevo y la máquina pita obediente. El ventilador interno empieza a girar y yo trato de convencerme de que ese zumbido, ese calor súbito en las mejillas, no tienen nada que ver con la presencia de nuestro director general pegado a la espalda.

—Listo —anuncio al fin, sacudiendo el folio dañado como si fuera un pañuelo de rendición.

Diego se limpia las manos en el pantalón y me guiña un ojo sin malicia.

—A cambio del rescate de mi informe te debo un café. ¿Te vienes cuando acabes?

Tardo medio segundo en procesar la invitación. Ha sido amable, casi automático… pero me llegan dos tipos de silencio: el mío, dudoso, y el de Andreas, que se ha vuelto piedra junto al mostrador. Antes de decidir contesto lo lógico.

—Claro, necesito cafeína si quiero acabar la previsión. —Sonrío, intentando que parezca natural.

Para mi sorpresa, Andreas interviene con absoluta calma.

—Me vendrá bien a mí también. Hasta Kaldi decía que las cabras rinden más con café —comenta, como si hablara del tiempo.

Silencio.

Diego parpadea. Yo también. Y estoy segura de que la impresora habría levantado la ceja si pudiera.

—¿Kaldi? —pregunta Diego, por si acaso no ha oído bien o quiere fingir interés.

—El pastor etíope que descubrió el café —aclara Andreas, con esa voz suya de enciclopedia sexy—. Observó que sus cabras estaban más activas después de masticar ciertas bayas. El resto es historia… y productividad.

Me muerdo el carrillo por dentro.

No para no reírme.

Por sobrevivir.

Diego parpadea. No lo esperaba, pero se encoge de hombros con deportividad.

—Pues nos hacemos un trío cafetero —dice, enseñando las palmas.

Yo no entiendo nada. ¿Desde cuándo Andreas socializa en la sala de descanso? ¿Por qué esa quietud tan… férrea? Debe de ser que necesita aclarar una muestra del catálogo con Diego. Algo lógico. Profesional.

La bandeja escupe mis dieciséis páginas. Las tomo al vuelo y me despido con un gesto rápido.

—Os alcanzo en dos minutos —miento porque necesito aire en otro pasillo para ordenar neuronas.

Antes de que me marche del todo, Diego se inclina ligeramente hacia mí, como quien busca asegurarse de que he cogido todo. En voz muy baja, con media sonrisa que no le llega a los ojos, suelta:

—Hostia… Karalis se ha leído el manual de cómo intimidar con cultura general. ¡Qué nivel!

Toso para disimular una sonrisa. No es lo que dice, es cómo lo dice. Con la calma del que no está tan despistado como parece.

Andreas no reacciona., pero nos observa con dejadez.

Cuando me alejo, oigo a Diego intentar romper el hielo con un comentario sobre el Real Madrid. Andreas responde con monosílabos corteses. Nada raro, en realidad… salvo la sensación de que ambos hablan idiomas distintos y no se enteran de por qué.

Lo divertido es que yo tampoco. No tengo una sola pista de por qué Andreas se ha apuntado a ese café, ni de por qué Diego parece caminar sobre canicas desde que él llegó.

Solo sé que, en cuanto llegue a la minúscula cocina-office, voy a meterme en un embudo de porcelana con el hombre al que le escribí en una servilleta «me pones tonta» —y que jamás leyó gracias a Dios— y con el hombre que la leyó y pensó que era suya.



Cuando doblo la esquina compruebo que la sala de café está ocupada por… una becaria que enrosca la tapa de un yogur y los dos hombres.

Diego con su cháchara sobre el partidazo de ayer, Andreas con la distancia exacta de quien ha calculado cuántos milímetros necesita para no rozarse con nadie mientras la becaria le sonríe embobada como si fuera su día de suerte.

El vapor del molinillo hace de cortina. Diego rebusca cápsulas. Andreas se recuesta contra la encimera, brazos cruzados, mirada modo auditoría.

—¿Te va un *ristretto*? —pregunta Diego, extendiéndome la cápsula azul como si regalara joyas Tiffany.

—Triple cafeína o muerte—respondo, pero lo que necesito es ketamina, pero no lo cubre la mutua.

Andreas no dice nada, pero alarga la mano, pulsa un solo botón y la máquina obedece. Ni cápsula, ni consulta. Se diría que la cafetera le teme. Es la misma actitud con la que firma contratos millonarios. Quien quiera interpretarlo, que lo haga.

—Sabes que eso es agua de calcetín, ¿no? —bromea Diego.

Andreas ladea la cabeza, casi divertido.

—La extracción larga evita subir demasiado la presión —replica —. A veces menos, es más. Hay que saber elegir la intensidad.

¿Menos es más? *Subir la presión.* ¿Soy la única que oye dobles lecturas? Diego frunce el ceño medio segundo, luego vuelve a su show e introduce mi cápsula, baja la palanca y el gorgoteo del café llena la estancia de un hormigueo que me recorre la espina dorsal.

Cuando termino mi traguito, Diego vuelve al ataque.

—Iria, esta noche podríamos…

—No puedo —le corto, agitando mi *café-arma blanca*—. Esta noche… estoy ocupada.

Palabra maldita. *Noche.* Los ojos claros de Andreas se clavan en mí como si acabara de revelar información clasificada.

—¿Plan nocturno? —pregunta, con voz neutra, pero el aire vibra.

--Sí, algo así —respondo ocultándome tras la taza de café.

Diego sonríe, quizá creyendo que hablo de copas post-oficina.

—Yo le debo un gintonic desde hace siglos. Podríamos…

Andreas apura su café-calcetín y replica con la parsimonia de un notario:

—Me temo que ya está comprometida.

Diego pestañea. Yo, atragantada entre la sorpresa y la cafeína, solo consigo toser.

— ¿Comprometida…? —repite él.

—¿No la has escuchado? Tiene algo así —aclara Andreas, como quien lee un dato del ERP.

Diego no entiende la mitad, pero el mensaje aterriza. Hay un *algo* que no incluye un gintonic con él. Y Andreas vuelve a la carga.

—¿Acabaste cansada después de nuestra sesión en la piscina? —suelta sin anestesia, dirigiéndose a mí con un tono apenas menos formal.

El corazón me pega un latigazo. ¿En serio vas a sacar el tema delante de Diego? Me quedo parada, tragando saliva. Diego ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Estuvisteis juntos en la piscina? —pregunta, dejando viajar su mirada entre Andreas y yo.

—Eh… sí, Andreas suele ir a menudo. Y a mí me venía bien para desconectar la cabeza.

—Y la desconectaste muy bien —comenta Andreas, con un matiz en la voz que me enciende las mejillas. No sonríe, pero una chispa baila en sus ojos.

Diego me dirige una ceja alzada, como si no entendiera nada de esa complicidad nueva.

—¿En serio tienes un entrenador personal y no me lo habías contado? —La voz de Diego suena ligera pero el ceño se le frunce lo justo para delatar curiosidad (o algo que se le parece).

Andreas no se molesta en corregirlo. Se limita a depositar el vaso de cartón en la papelera de reciclaje, como si la conversación fuese mero trámite en su día a día. Su pulso, sin embargo, lo adivino en la fibra tensa de su antebrazo. Un diapasón que vibra solo cuando está a punto de decir algo que importa.

Yo, que ni siquiera he digerido el expreso, muevo el estuche de cápsulas para mantener ocupadas las manos.

—No fue exactamente una clase… —balbuceo, consciente de lo pobre que suena la explicación.

—Fue una demostración práctica de respiración y… resistencia —interviene Andreas con absoluta neutralidad, aunque la pausa antes de *resistencia* es lo bastante larga para que me ardan las orejas.

Diego deja caer el cuerpo contra la encimera, brazos cruzados, sonrisa en modo «cuéntame más».

—Vaya, qué completo. Y yo creyendo que la contabilidad era lo único que te interesaba.

Andreas esboza una sonrisa, joder, qué miedo, una puñetera sonrisa terrorífica pulida de cordialidad.

—El control de costes y la capacidad pulmonar pueden convivir, Morales. Es cuestión de pulir procesos —remarca la última expresión como si hablara de auditorías cuando en realidad nos recuerda a los dos lo que pasó bajo el agua.

La becaria, que aún revolvía su yogur, comprende por instinto que aquel aire se ha saturado de significado para adultos. Cierra el

envase, se cuela entre nosotros con un tímido «permiso» y se esfuma con la cuchara todavía en la mano.

Quedamos el trío en escena.

Diego rompe el mutismo con un golpecito a mi vaso.

—Entonces, ¿qué decías de esta noche? Dame una hora para más tarde y ese gintonic corre de mi cuenta.

Abro la boca, pero Andreas da un paso lateral, invadiendo milímetro a milímetro mi espacio visual, sin llegar a tocarme. El gesto es tan sutil que parece casual, salvo por el destello de advertencia que le cruza los ojos cuando se planta junto a mí.

—Beltrán y yo tenemos una cena previa para la apertura del nuevo trimestre. Para hablar de proveedores griegos, previsión de márgenes… —enumera, como si Diego fuese parte del comité de dirección—. Querías las cifras para tu catálogo antes del martes, ¿cierto?

Diego asiente, algo perplejo.

—Sí, pero… pensaba que lo hablaría con contabilidad la semana que viene.

—La semana que viene es julio fiscal —corta Andreas sin alzar la voz—. Cuanto antes concretemos, mejor estará tu margen bruto en la presentación del quince.

Hay un brillo minúsculo, afilado, en la palabra margen. Diego lo percibe y, aunque mantiene la sonrisa, yo advierto la lenta bajada de defensas. La clásica retirada estratégica del comercial cuando huele que el director general no está para tertulias.

—Entendido —dice—. No quito más tiempo.
Me mira un instante, con un guiño cómplice.

—Otro día.

Yo asiento con una curvatura amable de labios. No me sale más.

Cuando Diego se marcha con su vaso humeante y su dignidad en pie, la sala de café se reduce a un rectángulo de paredes blancas, el clic-clac del reloj de pared y nosotros dos.

Andreas no se mueve, pero examina el halo de vapor que aún trepa desde la cafetera como si contara segundos en la superficie.

—Si aceptabas ese gintonic ibas a necesitar otra sesión de respiración —dice por fin, tan bajo que el zumbido del fluorescente casi lo tapa.

—¿Qué…? —empiezo, pero él gira despacio la cabeza y me mira de frente. En sus ojos no hay enfado, sino una contracción muy densa de algo que se parece al deseo y que todavía no sé nombrar.

—No voy a competir con invitaciones improvisadas cuando te cité primero —aclara, sin rastro de broma.
Mi corazón aprieta un tambor en la tráquea—. Soy muy transparente cuando quiero, Iria, y no he venido a jugar a los cafés. He venido a verte elegir.

No sé si me tiemblan más los dedos o la voluntad.

Mi móvil vibra con saña —tres, cuatro sacudidas seguidas— y la pantalla parpadea: Jerónimo (hermano yoga-gurú).

Alcanzo el teléfono con la misma urgencia con la que se silencia un despertador en mitad de un funeral, pero es inútil. En cuanto deslizo el dedo, su voz se desborda por el auricular como un encargado de ambulancia sin filtros acústicos.

—Perdona, es mi hermano —murmuro, haciendo un ademán a Andreas para que me deje atender.

—Adelante —responde él, con un ligero alzamiento de ceja. No se aparta ni un milímetro.

—¿Qué pasa? —susurro, en automático.

La voz que responde no necesita altavoz.
Se proyecta sola como una alarma sísmica con eco de incienso.

—¡¡¡Iriaaaaaaa, he tenido un sueño!!!

Me despego del suelo medio centímetro. Me palmeo la frente, consciente de que Andreas lo está oyendo todo. Sus ojos entornados transmiten algo parecido a diversión.

—Ya estamos —respondo, cerrando los ojos.

—¡Pero escúchame! Era clarísimo. Totalmente profético. ¡Te mordía un león en el cuello!

Andreas alza lentamente una ceja. *León*, repite mi cerebro como si se encendiera un letrero luminoso con su segundo nombre.

—Ajá… ¿y el león se escapaba de un zoo o solo pasaba a saludar? —gruño, modulando un poco la ironía.

—Nada de eso. Te arrastraba a su cueva rollo «mi tesoro». Y no te dejaba salir. No te burles del símbolo, Iria. El león representa fuerza, deseo, protección… y *posesión*. Lo he buscado en un foro de oniromancia tántrica. ¡Y yo creo que significa peligro, te lo digo! ¡Ten cuidado, no te fíes de leones que parezcan mansos!

Esto último lo suelta a pulso de altavoz. Podría jurar que los fluorescentes parpadean avergonzados. Le lanzo a Andreas una mirada de pánico. Él no sonríe, pero la comisura derecha asoma como una promesa.

—Mira, gurú, tengo una previsión de tesorería acechando mi cuello ahora mismo. Luego me cuentas lo de la selva, ¿vale?

—¡Te estoy avisando! ¡El León ya te ha olido! ¡Lo sentí en el tercer ojo!

Se refiere a ese que, según él, abrió en Dharamsala, en el templo budista, después de tres semanas de ayuno y un taller de respiración holotrópica.

Andreas se adelanta un paso cuando cuelgo el teléfono. El aire se comprime entre nosotros y el aroma a bergamota parece más denso.

—Los miembros de mi familia son muy… gráficos —balbuceo, sintiendo el rubor subir como mercurio—. No le prestes atención.

Practica meditación a volumen épico.

Él ladea la cabeza, como quien admira una pieza valiosa que no tiene prisa por comprar.

—¿Sabes por qué los leones muerden el cuello? —pregunta, tan bajo que la pregunta casi es aliento sobre mi clavícula—. Porque ahí late la arteria carótida. El mensaje que dejan es claro: *«Podría acabar contigo, pero solo te reclamo».*

Las rodillas amenazan con aflojarse. Andreas se coloca muy cerca con parsimonia casi ceremonial.

Apoya la mano en la encimera, justo detrás de mí. No me toca, pero el calor me recorre como si lo hiciera. Su voz baja, medida, roza la piel de mi cuello con la intimidad de un roce de sábana .

—Si fuera ese león —susurra—, elegiría el lado izquierdo. Justo aquí.

La yema de su índice roza el hueco entre mi clavícula y el cuello bajo la camisa. Un roce mínimo, técnico, y sin embargo mi cuerpo responde con un espasmo.

—¿Te ha mordido alguien alguna vez, Iria?
Me atraganto con el aire. No con el café, no. Con el aire. El maldito oxígeno se convierte en yeso y me bloquea la tráquea.

—¿Perdón? —me sale un tono que debería estar regulado por sanidad emocional.

—Digo… metafóricamente —continúa, sin apartarse ni un milímetro, como si su voz pudiera anidar bajo mi escápula—. Esa sensación de que alguien te conoce tanto que podría dejarte marcas en la piel.

—No, no así.

El corazón me retumba en el pecho. Cierro los ojos un instante, intentando ordenar mis neuronas. Al abrirlos, lo veo a solo un suspiro de mi boca, y juro que la cordura se me escapa en un hilo.

Agradezco que la habitación esté vacía, que la becaria se haya marchado, que no haya testigos de la tensión que nos rodea.

—¿Sabes lo que hacen los leones cuando encuentran algo que desean de verdad? —pregunta, tan bajo que el zumbido del fluorescente parece música de fondo—. No muerden, devoran, pero despacio.

—¿Esto sigue siendo una metáfora o estamos hablando de…? —digo, y mi voz suena como si hubiese pasado por un colador de nervios.

—De apetito, Iria —responde—. El mío. Que, por cierto, no comparte mesa.

Y ahí está. Un mordisco sin dientes. Una declaración que no necesita decibelios.

—Andreas… —susurro, sin saber qué pretendo decir. Quizá suplicarle que me bese de una vez.

—Cuando quieras que pare, dímelo —advierte, leyendo mi desconcierto en mis pupilas—. Pero si no lo dices, me temo que seguiré.

Sus dedos, con la mano apenas alzada, rozan la parte más alta de mi brazo, donde empieza el hombro, en un recorrido sigiloso que me estremece hasta la raíz del pelo. Estoy a un suspiro de abandonarme a ese deseo en un sitio tan poco apropiado como el *office* de la empresa.

Y justo cuando creo que se va a acercar más, que va a quebrarse esa frontera tensa entre nosotros, se aparta.

Así. Sin más.

Da un paso hacia atrás. Recupera su espacio, su compostura, su autocontrol quirúrgico. Vuelve a ser Andreas León Karalis. El hombre que no da un paso sin haber previsto los siete siguientes.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre morder y devorar? —pregunta entonces, ya a una distancia segura, como si le hablara a

una sala llena de accionistas en lugar de a la mujer que casi deja sin respiración.

Niego. Ni idea. No sabría ni decirte la diferencia entre respirar y jadear ahora mismo.

—El que muerde se impacienta —continúa—. El que devora... espera.

Me quedo ahí, con el café ya frío en la mano y el corazón haciendo parkour entre costillas.

Y entonces añade, con esa voz suya que no necesita volumen para mandar:

—Y yo… no tengo prisa.

Se gira. Sale.

No hay beso.

No hay contacto.

Y yo me quedo sola, temblando por culpa de un hombre que no me ha tocado, pero me ha desmontado por dentro como si lo hubiera hecho todo.



9

No es una cita. No es una reunión. Es… ¿esto qué es?

«Iria»

Andreas:

«Comparto trayecto. Estoy a seis minutos.»

Iria:

«Bajo en cuanto llegues.»

Mentira piadosa. Todavía estoy descalza, el rímel en modo panda y mi salón parece la zona cero de una colada nuclear.

Vivo en Chueca, en una tercera planta sin ascensor. Lo bueno es que tendrá que dejar el coche aparcado lejos y venir andando si quiere plantarse en mi puerta. Y luego el plan es bajar y descubrir por el camino a qué templo gastro me lleva. Pero el punto azul de su GPS se detiene…

Y entonces la pantalla vibra de nuevo.

Andreas:

«Subo.»

¿Sube?

En julio, a las ocho y cuarto de la tarde, con treinta grados y media ciudad sudando cerveza podría esperarme abajo o mandar a su chófer imaginario. Pero no. El CEO de Helios & Olivo va a trepar los cuarenta y siete escalones de un edificio centenario, sin ascensor y con peldaños que crujen como borrachos, para recoger a alguien que todavía no se ha puesto los zapatos.

Me doy cinco minutos para supervivencia básica como esconder la torre de tazas que coloniza la encimera, empujar la colada limpia (sin planchar, nunca plancho) contra el respaldo del sofá y barrer con el antebrazo un puñado de bragas y sujetadores que se habían declarado república independiente sobre el asiento. No llego a tiempo y rezo para que Apolo no tenga vocación de arqueólogo doméstico.

Tres golpes. Tac-tac-tac. Suenan militares. Abro una rendija y respiro.

Allí está con un blazer finísimo color acero, camisa abierta un botón, *sneakers* blancas. La civilización veraniega en persona y esa manera de ocupar el quicio como si la madera fuera parte de sus dominios.

—Iba… a bajar ya —miento, sosteniendo el pomo con la misma firmeza con la que una falda plisada sujeta la decencia en un vendaval.

—Tenía curiosidad por el paisaje —contesta. Su mirada se escapa, con una panorámica rápida hacia el pasillo estrecho, el póster despegado de Bowie, los focos LED que parpadean con ansiedad. No hurga, solo registra.

Al inclinarse, huele a bergamota recién desenvainada.

—Pasa… pero no mires mucho.

Demasiado tarde. Sus ojos resbalan por el sofá donde descansan un sujetador color merlot y un arsenal de ropa interior que ayer fue «tenderete» y hoy parece exposición.

Se queda quieto, con las manos en los bolsillos, como si valorara la instalación artística.

—Sistema de clasificación cromática interesante —murmura.

—Es arte *performance*. Tengo los derechos.

Recojo encaje, calcetines huérfanos y un top deportivo del crossfit mientras él hace un escáner respetuoso… y divertido.

—¿Necesitas ayuda logística?

Logística significa brazos griegos plegando lencería como acta notarial. Niego con vehemencia y empujo la montaña textil bajo un cojín como si fuese una piñata indecente.

—Listo —miento otra vez.

Andreas ladea la cabeza.

—Hay un matiz importante entre listo y presentable.

Su voz rebota contra los ladrillos vistos.

—¿Es un consejo o una crítica? —respondo, cruzando los brazos para que no vea que mi manicura ha muerto en combate.

—Ni lo uno ni lo otro, aunque podría aceptar un tour guiado por la exposición Bowie–Bragas.

—Exposición cerrada. Próxima visita con cita previa. —Me aparto del marco—. Espera aquí, cinco minutos.

—Recuerda que tengo un cronometro interior.

—Mejor apágalo.

Él se queda en el umbral, deslizando los ojos por mis torres de libros torcidos: economía conductual, poemas de Szymborska, «Cómo hacer tres cosas a la vez y fallar solo en dos». Le oigo barajar los lomos con los dedos, respetuoso, como quien toca eslabones de un rosario ajeno.

Lo peor (o lo mejor) es que el vestido ya está puesto desde hace diez minutos. Es de satén rojo amapola, con tirantes mínimos, la

espalda descubierta y un drapeado estratégico, más una apertura en la falda que se abre como una bengala cuando camino.

Pero sigo descalza, con un pie sobre el talón de un *stiletto* y el otro intentando localizar el zapato gemelo bajo la mesa del recibidor, esa en la que amontono facturas y tazas con posos de hace tres ciclos lunares.

—Tu caos tiene estructura —dice, con un amago de sonrisa.

—Tengo un algoritmo secreto: pila para planchar, pila quizá un día, pila Dios sabrá. —Me agacho, localizo el tacón fugitivo y lo rescato como quien extrae un fósil—. Dame un segundo y prometo que la civilización volverá a instaurarse. Solo me falta el pegamento anímico.

—¿Pegamento?

—Llamo así al perfume cuando necesito que la autoestima no se despegue. —Pulverizo un halo de *Black Orchid* y huelo a jardín nocturno y a tarjeta Visa temblando—. Vale, cuenta atrás final.

Apoyo una mano en la pared y encajo el zapato. El satén rojo se estira sobre mis muslos y me late la idea de que estoy exponiéndome demasiado, pero él no aparta la mirada.

Al girarme, lo descubro observando mi tatuaje mínimo—un punto y coma—que asoma sobre la curva de la cadera en la línea baja lumbar que el bañador de natación no dejaba ver.

Levanta la vista sin un solo comentario, como si lo hubiera archivado en una carpeta privada titulada: «Detalles que importan».

—¿Bajamos? La mesa nos espera a las nueve —dice.

—¿Dónde, exactamente?

—A cinco minutos de aquí. Saddle —susurra, como si desvelara la contraseña de un club privado.

—Es imposible conseguir mesa un viernes.

—Eso dicen.

Esa pequeña arrogancia me provoca una combustión lenta detrás del esternón. Andreas tuerce la muñeca, consulta la hora.

—Quedan quince minutos. —Y me cede paso.

Cierro la puerta, meto la llave al bolso y empiezo a contar mentalmente los escalones: uno, dos, tres. A la altura del quinto, él extiende la mano.

Ese tramo es más empinado y mis tacones, traicioneros y se la acepto. Su palma envuelve la mía con calor, certeza, un leve pulso que sincroniza el mío. Es muy agradable. Demasiado.

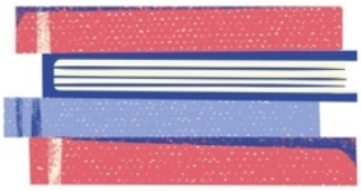
Dos vecinas nos adelantan y lanzan una mirada furtiva al hombre guapo, extranjero y desproporcionadamente tranquilo que baja el puerto de montaña de la escalera con una mujer vestida de semáforo en celo. Ni me inmuto. Voy blindada por esa mano.

Al llegar al portal, la bruma de julio huele a jazmín y a helado derretido. Chueca late en terrazas y risas.

—Taxi o paseo —propone.

—Tengo tacones asesinos, pero orgullo madrileño.

—Entonces caminemos —dicta él, y lo sigo. Rojo sobre adoquines, zancada larga sobre la noche de julio.



—¿Sabes que estás rompiendo todas las reglas del manual del jefe perfecto? —le digo, intentando sonar casual.

—¿Existe tal cosa? —responde con una sonrisa ladeada.

—Claro que sí. Capítulo uno: No invitarás a tu empleada a cenar en un restaurante fuera del horario del trabajo. Capítulo dos: No subirás a su apartamento sin previo aviso. Capítulo tres: No mirarás su ropa interior con tanto interés.

Él suelta una carcajada, esa que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Debo admitir que no he leído ese manual. Pero si lo hubiera hecho, probablemente lo habría ignorado.

—Por supuesto que sí —murmuro, más para mí misma que para él.

—¿Y si nos olvidamos de que yo soy tu jefe y tú, mi empleada?

—¿Y si resulta que yo no sé funcionar sin estructura jerárquica?

—No sé por qué crees que eso, pero lo que yo sé es que eso no funciona en una cena.

—Bueno… podríamos llamarlo reunión de trabajo. Eso lo facilitaría todo.

—Si te sientes más segura, adelante, pero no lo es.

—No es que… —farfullo, sin saber cómo tocar el tema con sutileza—. Andreas, ¿esto qué es…?

Él se inclina, conspirador, sin dejar de caminar. Su aliento me roza la sien.

—Dímelo tú. ¿Sientes que se parece a nuestros encuentros en la oficina?

Tengo cargo de conciencia por omisión. Porque no debería dejar que esto vaya tan lejos. Claro que me gusta Andreas, cada vez más, pero esa nota no era para él y eso… Me come por dentro.

Casi sin pensarlo, suelto el tema en mitad de un semáforo. El tráfico nos envuelve en un murmullo lejano y el neón de un bar ilumina nuestros perfiles.

—Oye, Andreas… respecto a lo de la servilleta…

—Hablaremos de la servilleta más adelante, Iria, pero ahora no —Lo dice con una suavidad implacable, casi acariciando cada sílaba. Desliza su mano un instante por mi espalda desnuda.

—¿Ahora no? —repito, notando la calle entera pulsar a nuestro alrededor. Respiro hondo, siento un escalofrío. No sé si es por la brisa o por la forma en que su mirada me sostiene.

Él ladea la cabeza, con un gesto mínimo y decisivo.

—No. No es el momento aún.

La brisa me trae el aroma discreto de su perfume, y un taxi pitando a lo lejos me sobresalta. Andreas desliza los dedos por mi antebrazo con una delicadeza que me desarma, luego retira el contacto, ofreciéndome espacio.

Me cuesta mantener la compostura, deseando soltarle todas las dudas que me remueven el estómago. Pero su presencia tan firme me frena.

—De verdad… quiero hablarlo —murmuro, bajando la mirada al asfalto.

—Lo sé —contesta, en un susurro, sin moverse del sitio—. Lo sé. Pero no aquí.

Un nudo me sube a la garganta, incapaz de replicar. Siento que me invade una mezcla de frustración y una extraña seguridad. Parece que lo tiene todo calculado y, al mismo tiempo, yo no estoy más cerca de comprender nada.

Al cabo de un latido, Andreas me mira—la comisura de su boca se tensa, revelando algo que no termina de expresar en palabras.

—Vamos —dice, su tono suavizado—. Prefiero que esto no acabe en mitad de un paso de cebra.

Y no es una orden, pero sí un punto final provisional, un aplazamiento que me deja con el corazón en vilo. Continúo a su lado, intentando seguir su ritmo pausado sin tropezar. En mi cabeza, mil preguntas dan vueltas. ¿Por qué rehúye el tema?

—¿Te has dado cuenta de que te miran mucho? —pregunta de repente, ladeando la cabeza hacia mí mientras avanzamos entre las calles animadas. Su tono es una mezcla perfecta entre inocencia fingida y provocación consciente.

—Se llama efecto semáforo —replico, deslizando las manos por la falda del vestido rojo, intentando controlar mis nervios—. En rojo es difícil pasar desapercibida.

—Dudo que el color tenga toda la culpa. —La sonrisa de Andreas aparece lenta, confiada, provocadora.

Levanto una ceja, tratando de sostener su mirada sin que mis mejillas compitan con el vestido. El corazón golpea fuerte contra mis costillas, y aprieto los labios para evitar que note mi sonrisa nerviosa.

—¿Intentas halagarme para que me relaje? —murmuro, bajando la voz con fingida sospecha.

—¿Funciona? —pregunta él, enarcando una ceja, con expresión divertida pero expectante.

—No del todo. Sigo con la sensación de estar en un episodio piloto que jamás estrenarán.

—¿Y quién soy yo en esa serie? —Andreas se inclina hacia mí ligeramente, los ojos intensos, buscando mi respuesta.

—El personaje principal con demasiadas expectativas —suspiro, fingiendo dramatismo y mirándole de reojo con una pizca de desafío.

Él suelta una carcajada corta, suave, que provoca que algo dentro de mí se derrita un poco más.

—Las expectativas son tu especialidad, Iria.

—¿Me lo dices como jefe o como cita? —Mi voz tiembla un poco en la última palabra, traicionando mi fachada indiferente.

—Como el tipo que subió tres pisos sin ascensor en julio solo para verte. —Andreas mantiene la mirada fija en la mía, firme y segura, dejándome sin palabras unos instantes.

Río, ahora de verdad, con una mezcla de timidez y sorpresa auténtica.

—Apuesto a que tu chófer imaginario se siente muy ofendido.

—Tendrá que superarlo. —Sonríe, llevándose una mano distraídamente al bolsillo, relajado y en control—. Además, prefiero los pequeños esfuerzos personales.

—Te veo muy seguro de ti mismo, Andreas. ¿No te da miedo equivocarte? —pregunto suavemente, sinceramente curiosa, sintiendo cómo su proximidad me acelera el pulso.

—Me aterra —confiesa, sorprendiéndome con una sinceridad que me obliga a detenerme un segundo—, pero he decidido correr riesgos calculados. Por ejemplo, salir a cenar contigo.

—¿Y qué dice tu cálculo? —pregunto con un toque de ironía.

—Que es muy posible que te escapes corriendo antes del postre. —Sus ojos brillan divertidos, mientras me ofrece el brazo para seguir caminando.

—¿Puedo hacerlo después del postre? No se debe renunciar a él fácilmente.

Andreas suelta una risa leve, pero genuina.

—Siento celos del dulce.

—Vamos, Andreas… tú vas por la vida con cara de postre prohibido. Algo entre tiramisú de pecado y tarta de queso emocionalmente no disponible.

Él se ríe, de esa forma que le cambia el gesto por completo, y algo en sus ojos se ablanda sin perder intensidad.

Y con eso cruzamos el umbral, los dos conscientes de que hemos traspasado otra frontera invisible. Mientras el maître nos recibe con una reverencia discreta, siento un aleteo en el pecho. Estoy en un sueño que no había imaginado y, sin embargo, me siento más centrada que nunca. El cosmos de mi TDAH se organiza de pronto

alrededor de este instante: Andreas, su mano en mi espalda, las miradas de los camareros.

El maître me tiende la carta con un suave ademán, y mis dedos se quedan suspendidos un segundo, como si me resistiera a cogerla.

El lugar, Saddle, tiene esa atmósfera que intimida con una iluminación tenue, mesas perfectamente espaciadas y un rumor de conversaciones que se desvanece a la altura de las copas. Ni un atisbo de bullicio incontrolado. Aquí cada gesto está pensado, cada sonido parece calibrado para no romper la serenidad.

Andreas observa la sala con la misma mirada analítica que he visto en la oficina cuando lee un documento importante. Detecto su calma, esa contención casi clínica que esconde un pulso en tensión. Y, por primera vez, soy consciente de que no es la calma de un jefe con su subordinada, es la de un hombre que lleva a alguien a cenar y prueba a descifrar si ella está a gusto… o a punto de salir corriendo.

—Es... un sitio tranquilo —murmuro, rozando la servilleta de lino con las yemas—. No pensaba que te gustasen los entornos tan… solemnes.

—Tal vez prefiera la sencillez, pero pensé que merecíamos algo más especial —responde sin rodeos, echándose ligeramente atrás en la silla. Una mueca casi imperceptible en su boca me indica que está midiendo mis reacciones.

Asiento en silencio, clavando la mirada en su perfil. Observo la finura de su mandíbula, la sombra discreta de su barba, y me pregunto en qué momento dejé de ver a «Karalis, el director general» y empecé a ver a un hombre que me revuelve por dentro. Bajo la vista y rozo la copa de agua, intentando hallar una postura que no me delate.

—Bueno —susurro al fin—, no creía que la cita, o la cena, o lo que sea esto, tuviera que ser tan… elevado. Podríamos haber ido a cualquier lugar.

—No se trata del lugar, sino del gesto —explica, sin apartar los ojos de mí—. Quiero que entiendas que no busco algo improvisado. Esto no es un accidente, Iria. Me tomé el tiempo de hacerlo bien.

La palabra accidente me pica. Por un instante, recuerdo la servilleta maldita y cómo acabó en su chaqueta y sí, todo lo que nos ha traído aquí ha sido un accidente.

—Prometo no mencionar ninguna servilleta esta noche —suelto conciliadora. Lo menos que puedo hacer es aceptar su petición después de lo que dice y es—. Aunque todavía me planteo el exilio por culpa de ella.

—Sería una pena, tendríamos que hacer reuniones virtuales y odio Zoom.

—No te imagino odiando nada. —Lo miro, ahora con más confianza.

—Pues lo hago. Odio cuando las personas no son auténticas porque creen que deben impresionar —dice, jugando distraídamente con la base de su copa.

—¿Es una indirecta? —pregunto, con falsa indignación.

—No, tú me intrigas —dice. Sus ojos buscan los míos, serios, sin rastro de ironía—. ¿Cuándo vas a creer que estás aquí porque quiero estar contigo?

Mi estómago se encoge.

Me quedo en silencio un segundo. No porque no tenga respuesta. Sino porque, si la doy, sé que no será ligera. Así que desvío la mirada a la carta como si fuera experta en vinos blancos y no en huidas emocionales.

—¿Por qué escogiste economía conductual? —pregunta entonces, bajando el tono, como si supiera que necesito un puente para no derrumbarme.

—Porque soy un desastre emocional y pensé que la racionalidad podría salvarme.

—¿Y funciona?

—Claramente, no. Estoy cenando con mi jefe, tengo mariposas mutantes en el estómago y estoy al borde de una crisis nerviosa —confieso, mirándole brevemente a los ojos antes de bajar la vista a mis manos.

Andreas ríe suavemente, el sonido vibrando en mi pecho.

—¿Y tú? ¿Por qué Helios & Olivo? —pregunto ahora yo, observando cómo su expresión se vuelve más introspectiva.

—Me gustan los retos. Y España es todo menos predecible.

—O sea, viniste buscando caos.

—Lo encontré. —Me mira directamente, y siento mi pulso acelerarse otra vez—. Y ahora estoy cenando con él.

—Oye, cuidado, que tengo sentimientos —digo medio en broma, medio en serio.

—Los estoy contando todos, créeme —asegura, y algo en su tono es tan genuino que mi pecho se contrae con fuerza.

Nos sirven el vino y él brinda conmigo, manteniendo la mirada fija.

—Dime algo más que nadie sepa de ti.

—¿Estás recopilando información para usarla en mi contra? —pregunto, ladeando la cabeza con falsa sospecha.

—Tal vez. O tal vez solo intento conocerte. —Su tono se suaviza, invitándome a abrirme.

—De pequeña recitaba los decimales de pi para dormir porque las ovejas me parecían demasiado erráticas. ¡Ah! Y me gusta cantar boleros cuando limpio.

—¿Desafinada?

—Muchísimo.

—Eso me tranquiliza. Eres humana —bromea, provocando mi risa inmediata.

—Muy humana. ¿Y tú?

—Soy griego, con lo que eso implica.

—¿Mitología o tragedia?

—Ambas cosas. —Sonríe suavemente, sus ojos brillando con complicidad.

—¿Te preocupa lo que piense la gente, Andreas?

—Me importa más lo que piensas tú ahora mismo.

Mi pecho se acelera, y por primera vez esta noche me permito aceptar la realidad de este momento, sin barreras.

—Pienso que podrías ser peligroso.

Él sonríe, inclinándose un poco más cerca, intensificando la intimidad.

—Lo soy, pero no tanto para quien me interesa realmente.

Noto cómo mi respiración se vuelve más superficial mientras su mirada me envuelve, cálida y segura.

—¿Y quién más está en esa lista? —pregunto, con voz baja y algo tímida.

—Ahora mismo, solo tú.

Lo dice con una sinceridad tan absoluta que siento que mi corazón se detiene un instante antes de continuar, latiendo ahora más fuerte que nunca.

—¿Consideras esto un reto? —me aventuro a preguntar, bajando la voz.

Andreas curva levemente los labios, pero no contesta de inmediato. Un destello casi travieso asoma en su mirada, algo nuevo en él. Una soltura, una fracción de picardía. Reconozco ese brillo. Es

parecido al que vi en la piscina cuando se hundió a mi lado y me besó bajo el agua.

—Más bien lo llamo oportunidad —aclara—. Una que no pensaba que se presentaría, y que, de un modo u otro, me alegro de haber sabido aprovechar.

—No soy tan interesante —murmuro, en un tono que rezuma esa timidez que no logro esconder.

Él alza una comisura en esa semisonrisa que es pura canallada y totalmente divina.

—Llevo tiempo… —calla un segundo, como si midiera sus palabras—, observándote. Y he mirado mucho —demasiado— desde mi despacho. Me enteré de muchos detalles de ti a través de tu forma de manejar los números.

—¿Cómo qué?

—Que somos diametralmente opuestos. Yo vivo con cada objeto en su sitio, sin dejar margen al desorden. Y, sin embargo, tu forma de reorganizarte bajo presión me parece fascinante. Es como ver un vendaval que, en lugar de arrasar, crea nuevos espacios.

…Y ahí está. Un dios griego confesando que mi desorden le intriga. Es la confesión menos romántica y más romántica que me han dicho en la vida, como el beso no beso y ese *no-sé-qué* ardiendo en cada pausa.

Así es Andreas León Karalis. Aparentemente sereno, a veces casi frío, pero con una devoción silenciosa por cada rareza que se me escapa.

El tipo de hombre que se fija en la forma en que se me alborotan los *post-it* mentales y los convierte, a su manera, en una sinfonía de estímulos que le enciende la mirada.

Y yo aquí, intentando que no se me note que esa mirada... me desordena cosas que ni yo sabía que estaban ordenadas.



10

Por tu bien (y por mis pecados)

«Andreas»

El maître retira los platos salados y deja el postre en mitad de la mesa, una milhoja casi indecente, coronada por un velo de azúcar avainillado que brilla bajo las luces. Iria hunde la cucharilla, la crema cede con un gemido suave, uno suyo, involuntario, apenas aire y vocal, y mi cuerpo reacciona.

Hay un golpe sordo en las venas y la sangre desciende hasta el punto exacto de gravedad.

Carraspeo para no delatarme, le doy un trago a la copa de vino e intento concentrarme en cualquier otra cosa: la carta, las luces del salón, la pareja discutiendo en la mesa del fondo… da igual. Mis ojos vuelven a ella, a cómo el vestido se le desliza un par de milímetros con cada inclinación.

—Tienes una relación peligrosa con el azúcar —comento, solo para oír mi voz y no el tic tac del deseo.

Ella lame una esquinita de crema del labio inferior y rueda los ojos, extasiada.

—No confíes en nadie que no suspire por el postre.

Y luego:

—Mmm, la crema está… —gime otra vez, y no sé si lo hace adrede, pero a mí se me encienden todas las alarmas— espectacular. Me dan ganas de llorar.

El brillo que le queda en el labio inferior es pornografía pura.

Cuando lo lame rápido, casi distraída, siento que la bocanada de aire que tomo pesa el doble.

Un suspiro y, joder, me hierve la sangre.

—Derrumbarte por un pastel sería memorable —contesto, y me sorprendo de lo ronca que suena mi voz.

—Me alegra que tu manual del jefe no incumpla invitar a empleadas a postres de estrella Michelin —responde, lanzándome una mirada desafiante.

—Lo quemé en el segundo peldaño de tu casa —contesto, muy bajo—. Y ahora negocio conmigo mismo no averiguar hasta dónde llega la crema.

Ahí queda. Yo mismo me asombro de lo que acabo de soltar. Pero mis ojos no mienten, la devoran poco a poco. La punta de sus orejas se sonroja. Baja la mirada un instante, respira… y cuando vuelve a alzarla descubro que, por fin, cree a medias la locura que llevo horas gritándole con los ojos.

Iria traga saliva y su expresión se debate entre la sorpresa y algo más oscuro, más excitante. Baja la vista al plato, moviendo la cucharilla en círculos.

Pero ella insiste:

—Quiero contarte algo… importante. Sobre el viernes. Sobre la nota.

Lo dice casi en un susurro. Mis entrañas se contraen, la cuchara repiquetea contra la porcelana al dejarla. Si lo confiesa ahora, mi coartada se evapora. Un caballero se apartaría. Un predador… no suelta la presa a cuatro pasos de la cueva. Y yo ya he probado su piel.

—No —la corto, antes de que suelte la bomba—. No ahora.

—¿Vas a seguir con el no hasta que nos jubilemos? —Su tono es mezcla de fastidio y anhelo.

Se muerde el labio y la veo debatirse entre la culpa y el alivio. La disculpa aún sin pronunciar late en sus pupilas. Dobla la servilleta en cuatro, respira hondo.

—Eres increíblemente bueno posponiendo lo incómodo, ¿no crees?

Diego le habría pedido otro gintonic y ahora mismo estaría acodado sobre su silla, dejando que el alcohol hiciera el resto. Él iría sobre seguro. Sin tener que inventarse excusas para retenerla. Y la tocaría, claro que sí. Estaría deseando llevársela de allí para besarla, para probar esa crema de su boca, pero yo no puedo hacerlo todavía.

Me lo repito porque, si la toco ahora, la verdad de la servilleta se interpondrá como una bala perdida en mitad del placer. Porque un caballero recoge su dignidad cuando la situación se lo exige.

Mi juego es más viejo. Un asedio lento, en el que puedo cercar el aire que respira hasta que lo confunda con el mío.

—¿Estaba todo a su gusto? —pregunta el maître.

—Perfecto —respondo sin mirarlo. Solo a ella.

Liquido la cuenta con mi tarjeta, sin ceremonias. Si yo invito, yo pago.

En cuanto nos levantamos, deslizo la palma por la curva expuesta de su espalda. Sintiendo la piel ardiente bajo el satén frío.

Ella aspira una bocanada tan breve que apenas la oye el mundo, pero yo sí. La siento bajar por mi esternón como fuego destilado.

En la calle, Madrid huele a jazmín y asfalto tibio.

Cuento los pasos que la falda abre para regalarme la vista del muslo. Tres pasos y se cierra. Tres; se abre. Un metro más y perderé

la cortesía.

—¿Y ahora qué? —pregunta, ajustándose la tira del vestido en el hombro. Está tensa. Lo noto en la forma en que esquiva mi mirada.

—Tenemos mi coche aparcado a un par de calles —respondo, alzando la barbilla hacia el norte—. Había pensado llevarte a un sitio.

—¿Vas a secuestrarme, oh jefe? —bromea, con un atisbo de sarcasmo.

—Ya no soy tu jefe, al menos por esta noche —replico, intentando sonar relajado—. Te llevaré a un sitio con buenas vistas… y, con suerte, sin demasiada gente.

—Bueno, supongo que no me voy a quejar. Podríamos haber terminado en un after de reguetón, y en cambio me llevas a sitios interesantes.

—Créeme —respondo con una semisonrisa—, no va a sonar reguetón.

Caminamos hasta la calle paralela donde he aparcado. Un Audi oscuro y discreto, sin chófer, ni siquiera imaginario. Le abro la puerta. Ella me dedica una mirada a medias agradecida y a medias burlona —eso de que no la trate como una empleada todavía la confunde—. Pero se mete con la falda acomodada con cuidado y yo rodeo el frontal para subirme.

El motor enciende con un ronroneo suave. Madrid a estas horas sigue viva con gente en las terrazas, luces, risas al pasar. Iria se remueve en el asiento, cruza las piernas y la raja del vestido sube un poco más. Me obligo a mirar el retrovisor y no su muslo.

—¿Me vas a decir ahora dónde vamos? —inquiere, girando la cara hacia mí.

—A enseñarte algo más dulce que la crema que casi te hace llorar —respondo, sin desviar la vista del frente.

Avanzo por algunas calles, intentando esquivar el tráfico del centro, y, de reojo, miro cómo ella se distrae con su móvil o con los

edificios.

—¿Falta mucho? —pregunta, mirando por la ventana.

—Unos diez minutos.

Asciendo, adentrándome en la zona de Príncipe Pío, y finalmente aparco en un sitio semioscuro, cerca del Parque del Oeste, por la zona del Templo de Debod. Sé que a estas horas, con la iluminación nocturna, la vista de Madrid es espectacular. También sé que a menudo las parejas vienen por aquí a comerse la boca sin tapujos. Yo, que había jurado llevar la iniciativa sin caer en el cliché, descubro que me he conducido solo a un escenario de postal. Genial, Andreas, un paso más hacia tu propia trampa.

—¿Templo de Debod? —adivina ella, frunciendo el ceño con sorpresa—. ¿En serio me traes a un mirador de enamorados?

—No suena tan mal —bromeo, saliendo del coche y rodeando para abrirle la puerta—. Si te resulta cursi, podemos fingir que estamos aquí por la arqueología egipcia.

Ella baja con cuidado, el vestido rojo resaltando en la penumbra. Cierra la puerta y se apoya un instante en la carrocería, mirando el contorno de la ciudad iluminada y las sombras de los árboles. Me sitúo a su lado y el aire fresco me despeja un poco la cabeza.

—No me pongo cursi con facilidad —dice, ladeando la cabeza—, pero reconozco que es precioso.

—¿Has estado aquí antes? ¿Con quince años quizá dándote el lote? —pregunto, tirando de su humor.

—A mí con quince años no me besaba ni el tato —replica con fastidio falso—. Nadie —repite, casi para sí—. Ni con quince, ni dieciséis… Ni un beso decente. Pero seguro que tú eras un ligón.

—No era tan ligón —respondo, meneando la cabeza—, estaba demasiado obsesionado con la natación.

Ella suelta un suspiro.

—Pues yo, a esa edad, estaba obsesionada con adelgazar, con tratar de ser suficiente para que alguien me mirase. Y como no lo logré… me convertí en la chica invisible.

Trata de bromear. Ella ladea la cabeza y se lleva un mechón tras la oreja, pero los ojos no acompañan. En ellos resbala ese brillo de quien recuerda demasiadas veces haber esperado algo sencillo, pero que no llegó.

Podría contestar cualquier frase neutra: «yo tampoco era popular» —mentira—, «algún tonto se lo perdió» —demasiado fácil —, «no sabes lo que vales» —demasiado pronto. Todas suenan a yeso mal puesto.

Opto por el silencio. Me acerco solo un paso, suficiente para que mi sombra la cubra.

—Andreas… —susurra.

Su mano se posa en mi pecho, a la altura del corazón, como pidiendo permiso para creérselo. No la aparto y el calor de su palma atraviesa la camisa.

Su respiración roza la mía. El tiempo se estira y entiendo que estoy peligrosamente cerca de acabar contra la puerta del Audi, con su vestido a la altura de la cintura y mi buen juicio enterrado en la grava. Ella se impulsa en la punta de los tacones, se inclina, busca mi boca con una timidez que me golpea en la garganta. Sus labios rozan los míos, apenas un roce de alas… y mi cuerpo, ingrato, pide hundirse en ella.

Pero mi cabeza, la muy cabrona, proyecta la servilleta como una bengala: *«No era para ti.»* Si cedo, si la beso de verdad, no tendré freno y cuando confiese la verdad, el daño será doble.

Me aparto un milímetro, uno solo, pero es suficiente para que el contacto se rompa.

La distancia que abro es mínima, pero ella la percibe como un portazo. Los párpados se le elevan, confundidos, y sus labios se entreabren buscando aire.

—Perdón —susurra, bajísimo—. Es que… creí que…

Levanto la mano para retener la disculpa que no quiero oír, pero ella ya ha bajado la cabeza. El «creí» me taladra. Porque sí, ella creyó e hizo bien. Yo la hice creer. Y mi silencio la hace sentir ridícula.

—Iria —empiezo, alargando la mano hacia su mejilla, intentando reparar la grieta—. No es que no quiera…

—¡Claro que no quieres! —se adelanta, forzando una risita que duele—. Es lógico. Trabajo para ti y solo soy esto. Estaba confusa. Lo siento. Solo… solo llévame a casa, ¿vale? El lunes discutimos los balances o lo que sea.

Retrocede un paso. Aprieta los brazos contra el torso. El satén cruje como si también se hubiera equivocado.

Esto es lo que no salía en mis hojas de cálculo, que una fracción de segundo pueda desordenar a un vendaval. Que el depredador retroceda por miedo a devorar demasiado pronto, y que la presa se crea indeseada. Amo el control, pero esta noche le veo las costuras.

—Iria, mírame —pido con voz baja. No lo hace.

—De verdad, no pasa nada. No es la primera vez que meto la pata.

Su intento de chiste es solo humo. Lo veo temblar antes de disiparse.

La ciudad entera es un eco de motores y risas difusas, pero aquí, en esta franja de acera mal iluminada, todo se comprime dentro del contorno de su cuerpo y del mío.

El pulso me golpea en las sienes. La mano que aún tengo a medio camino hacia su rostro arde de indecisión. Si la acaricio, mentiré. Si no lo hago, legitimaré el rechazo que ella ya se ha colocado como un abrigo viejo.

La única salida digna es la verdad, y sigo sin poder darle esa verdad. Ni la servilleta, ni Diego, ni mis horas de mirarla desde el

despacho. Solo tengo un pronombre y un verbo que suenan rotos: yo quiero.

—Te besaría —confieso, modulando cada palabra para que no suene a disculpa, sino a declaración—. Quiero hacerlo desde que te vi con ese maldito postre. Y antes, en la escalera. Y en la piscina. Pero si empiezo aquí, no voy a parar. No confío en mis frenos contigo. Y ahora mismo solo tengo dos opciones: devorarte o llevarte a casa entera.

Ella alza por fin la mirada. La bruma que empaña sus pupilas se aclara un ápice, volviéndolos dorados. La incredulidad lucha contra la desilusión.

—¿Qué tiene de malo devorarme? —pregunta, casi en un hilo—. ¿Temes perder puntos en tu carnet de autocontrol o has hecho alguna especie de voto de penitencia?

—Temo ser injusto.

Silencio. El viento mueve uno de sus mechones de pelo suelto y roza su mandíbula. Lo atrapo y se lo aparto de la boca. El roce es castigo y premio al mismo tiempo.

—Así que esta es tu jugada perfecta —musita—. Me ofreces decencia como si fuera un comodín.

—No. Te ofrezco elección —corrijo—. Y te juro que me está costando cada célula, pero no quiero besar a medias, Iria. Ni que tú me beses creyendo otra cosa. Si lo tomo ahora, me lo estaré cobrando con intereses que no te he explicado.

La confusión le oscurece los ojos.

—¿Y si a mí no me importa la letra pequeña?

—Me importaría a mí —admito. Y añadir «soy así de idiota» no mejora el cuadro.

Pero si ahora la beso, será un abuso de la posición que yo mismo acomodé. No quiero que mi deseo se confunda con privilegio y si

confieso que sé que esa servilleta no era para mí, se me acaban las excusas para mantenerla cerca de mí y lejos de Diego.

—Yo… yo no quiero seguir con este experimento tuyo o lo que sea. No pienso terminar bañada en sangre de cerdo en la próxima cena de empresa, ¿entiendes? —Su ironía sabe a derrota.

Abro la boca para negarlo —*ni por asomo soy el matón del baile* —, pero levanta la mano, palma abierta, como una señal de STOP.

—Ahora comprendo por qué no quisiste oírme hablar de la servilleta —dice, sin alzar la voz—. El truco es sencillo: interrumpes, aplazas… y dejas que el otro se pudra con las dudas. Bien jugado.

—Iria, no es eso. Déjame explicarme…

—No. —Su tono es contundente, idéntico al que yo empleé en el restaurante—. Ya he escuchado bastante. Y si voy a equivocarme otra vez, prefiero hacerlo con un poquito de dignidad. Llévame a casa.

Quedo mudo. Ella me está pagando con la misma moneda y tiene todo el derecho.

«Llévame a casa».

Dos palabras. Pero en su voz suenan a no me vuelvas a romper.

—De acuerdo —respondo despacio, conteniendo la jauría que me late en las costillas.

El camino de vuelta es un maratón de silencios. Ella mira por la ventanilla y yo cuento semáforos. En cada alto, mi mano se crispa sobre la palanca de cambios, hambrienta de su muslo. Solo trago saliva y repaso, una vez más, el hilo de excusas que me mantienen atado.

Aparco en doble fila cerca de su casa. Apago el motor y bajo del coche. Una parte de mí quiere al menos asegurarme de que sube entera; la otra, estira el momento por puro masoquismo.

—Gracias por la cena, de verdad –repite mientras sale del coche y comienza a alejarse—. No hace falta que me acompañes.

La voz se me escapa más suave de lo que pretendía.

—Iria, espera.

—El lunes hablamos de… balances —interrumpe, sin dureza, solo exhausta.

Sale disparada antes de que pueda añadir una sola palabra y yo clavo los ojos en su espalda mientras se aleja, aferrándome al único resplandor que todavía me concede. El punto y coma que asoma bajo la cintura cuando su cadera se balancea.

En el coche, el reflejo del retrovisor me devuelve una mueca que apenas reconozco. No soy el ejecutivo que calcula márgenes, ni el nadador que medía brazadas; soy un hombre que acaba de descubrir la grieta exacta por la que puede colarse el desastre o la salvación. Y sé qué elegiré.

Arranco. La madrugada abre la Gran Vía como un río de faros y yo solo pienso en dos cosas:

1. Cómo convertir mi silencio de hoy en una confesión que la salve de sus fantasmas…

2. Cómo mantenerme lo bastante lejos hasta que pueda dársela, y lo bastante cerca para que no crea, ni un segundo más, que nadie querría besarla.

El punto y coma late en la oscuridad. No es un final, es la promesa de la próxima línea.



11

La contable, el león y el expediente fiscal

«Iria»

Mi cubículo no tiene puerta, solo un biombo de metacrilato con mi nombre mal escrito: «Iria Beltràn».

Dentro caben una mesa en L, dos monitores que parpadean con el ERP en modo drama y suficientes papeles para empapelar Chueca.

Raquel irrumpe sin llamar. Se deja caer en la silla plegable y alza un vaso de *ristretto* como si brindara con dinamita mientras coloca dos vasos más en mi mesa.

—Canta, pajarillo —ordena—. Quiero el after-movie de tu cena con *Míster Índice Bursátil*. He traído la artillería: *ristretto*, arábica, descafeinado de mentira… elige tu suero de la verdad.

Elijo el más oscuro porque el drama exige intensidad.

—No hay nada que contar —murmuro, removiendo el café sin azúcar—. Y no pienso entrar en detalles.

—O sea que no hubo magreo post cena.

Mi risa suena hueca.

—Raquel, de verdad, no quiero dramatizar…

Me clava la mirada. Una de esas miradas que te despegan las capas de ironía como quien arranca un apósito.

—¿Os besasteis?

—No.

—¿Te tocó?

—Tampoco.

—¿Declaraciones épicas, promesas de amor griego, juramentos sobre helios y aceitunas?

—Nada.

Raquel parpadea, descolocada.

—¿Qué demonios pasó, pues? ¡Fuisteis a Saddle! Ni yo llevo a mi mejor cita Tinder allí.

Bebo un sorbo volcánico para evitar respuestas inmediatas. Me abraso la lengua y finjo que era el plan.

—Pasó que mi brújula de señales sociales volvió a girar como una ruleta rusa —admito—. Creí que… bueno, que había química. Hubo miradas, metáforas, calor… y cuando reuní valor para acercarme, hablamos de décimas de segundo, él se echó atrás. Punto.

—¿Atrás cómo? —Raquel arquea una ceja—. ¿Del tipo «perdona, me he dejado el gas abierto» o «perdona, me he acordado de que soy tu jefe»?

—Más bien «perdona, estoy a un beso de perder el control, así que mejor te devuelvo a casa entera».

—¡Eso suena apasionado!

—Eso suena a excusa con nudo de corbata —contradigo—. Vamos, Raq, ¿un tío como él, dejando pasar la oportunidad de un beso si realmente le apetece? No cuadra.

Raquel resopla.

—Tal vez es un caballero.

—O tal vez se siente moralmente obligado a fingir interés —razono—. Piénsalo. Lee mi confesión por error, teme que yo me muera de vergüenza, decide endulzar el mal trago con cumplidos… pero cuando llega la hora de la verdad, se da cuenta de que sería abusar del malentendido.

Raquel chasquea la lengua.

—Eso suena a guion de serie posmoderna que acaba en demanda de recursos humanos.

—Y súmale que soy su contable. —Me encojo de hombros—. Igual solo quiere tenerme contenta para que no me descuadre. Una Beltrán contenta, cero marrones inesperados.

Raquel resopla.

—¿Y tú te crees tan peligrosa como para que alguien necesite neutralizarte con cena y crema pastelera?

—No sé. Solo intento entender por qué alguien se acerca tanto… para no tocarte ni con el pensamiento.

Raquel me analiza un segundo, luego niega despacio.

—Estás construyendo una muralla para tapar lo obvio. Te gusta. Y te asusta gustarle.

—Porque no le gusto. —Me río sin gracia—. Mira esa vitrina llena de tazas alineadas, cucharillas ordenadas… Ese es el mundo de Andreas. ¿Ves mis *tuppers* olvidados en aquella esquina? Esa soy yo. El caos no se fusiona con el acero inoxidable, sino que lo ralla.

—¿Sabes lo que rallan también? —Raquel señala mi cabeza—. Tus inseguridades. Cuidado, que puedes convertir un quizá en un nunca con un par de conclusiones precipitadas.

Me muerdo el labio. Todo late todavía. El no-beso, su mano apartando mi mechón, la promesa de devorar o no.

Y lo peor es que no estoy siendo lógica ni razonable. Porque si no se acercó… igual fue porque no quiso. Punto. Me obligo a aterrizar.

—No quiero repetir la historia—murmuro—. Ya pasé por la fase de quizá le gusto con otros. El final ya lo conocemos: desengaño servido en bandeja fría.

Raquel suaviza el gesto, se acerca y aprieta mi antebrazo.

—O sea que estás acojonada —resume Raquel, apurando su café como si fuera un chupito de yodo—. Y por eso, en tu cerebro, Diego estaba en la casilla plan A, porque era cómodo sentirse atraída por él.

—Plan A, B, C y D —confieso—. Con Diego todo es… fácil. Le lanzo una gracieta, él me guiña, tomamos un café, flirtea lo justo… Nadie corre el riesgo de salir herido.

—Querrás decir que nadie te ve de verdad —masca Raquel—. Él se queda con la superficie. Te invita a un gintonic, te cuenta el penúltimo fichaje del Madrid y listo. Cero exposición emocional.

—La exposición emocional mata más que el colesterol —gruño, señalando mi mural de post-it—. Andreas me desordena las moléculas y todos mis chakras o lo que sea.

—Pues ahí está la diferencia, Beltrán.
Diego es un sofá comodísimo. Andreas es una escalera de incendios. Con uno echas la siesta, con el otro aprendes a saltar edificios.

Me encojo porque la imagen es demasiado gráfica.

—Además —prosigue— Diego te gusta…

—GustABA —corrijo.

—Porque podrías gustarle —continúa ella como si yo no hubiera hablado—. Con Andreas te tiemblan las rodillas aunque creas que NO le gustas. ¿Te das cuenta de la inversión de riesgo?

—Raquel, ¡mi vida no es una teoría de probabilidades!

—Claro que lo es. Diego = riesgo 10 %, retorno emocional 20 %. Andreas = riesgo 90 %, retorno incalculable.

—Él es un león y yo un pobre conejillo. Conmigo no tiene ni por donde empezar y por eso no lo hace.

—Igual eso no fue un «no te deseo», sino un «te deseo demasiado para empezar de cualquier modo».
Piensa en ello. Si un tío frena es por dos motivos: o no le interesas o le interesas tanto que no quiere estropearlo.

—Con mi suerte, vota la primera.

—Con tu miedo, asumes la primera.

—¿Y si todo estalla cuando se entere de… —trago— de que la servilleta no era para él?

—Pues estallará. Pero estallará igual, aunque te escondas detrás de tus dudas —sentencia—. Así que decide. ¿Prefieres quemarte por tu cuenta… o arrepentirte por no haber saltado?

Me sostengo al borde de la mesa para girar mi silla y respiro hondo. Aún puedo sentir, como un eco, el milímetro de distancia que él dejó entre sus labios y los míos. Un abismo diminuto donde caben todos mis complejos.

—Hoy solo quiero sobrevivir al lunes —susurro—. Balance de cash-flow, facturas y cero situaciones emocionales. ¿Me ayudas?

Raquel asiente, y desliza la tercera taza hacia mí y me guiña.

—Sobrevivir es mi segundo nombre. Pero esta historia aún no ha acabado, Iria. Lo sé por cómo tiembla tu taza cada vez que hablas de él.

Agarro el café y finjo ignorarla. Pero dentro de la taza, el líquido oscila como mi pulso: inestable, achocolatado, inevitablemente vivo.

—Y súmale que hoy, mientras conciliaba ventas, salieron un par de avisos naranjas. Raros —añado, bajando la voz.

—¿Raros cómo?

—No sé… cifras que no cuadran con la previsión de caja y hoy un informe medio bloqueado. Pero puede ser fallo del ERP —el

programa con el que casamos cada venta con su cobro—. Tú sabes lo que pasa los lunes, pero de todas formas voy a tener que documentarlo.

Raquel frunce el ceño.

—¿Y quién tocó ese informe por última vez?

Me encojo de hombros.

—Ni idea. El registro está… difuso.

—Difuso suena a problema futuro.

—Difuso suena a ahora mismo no quiero pensarlo. Prefiero centrarme en no volver a meter la pata sentimental.

Raquel se inclina, conspiradora.

—Vale, pero tendrás que hablarlo con el jefe.

—Eso me temo…

Raquel me dedica un gesto de «luego seguimos» y se marcha buscando su móvil en su chaqueta.

Respiro hondo. Café, tóner y el zumbido del fluorescente. Lunes en estéreo.

Estoy intentando que el café se confunda con mi sangre cuando alguien golpea suavemente el borde del biombo.

—¿Se admite visita sin cita previa?

Es *Diego-smile™,* con una bolsa de la pastelería Lorenzo en la mano.

—Depende de cuántas calorías aportes —respondo, soltando el ratón.

Entra con la confianza de quien estrena anuncio de perfume. Saca un donut cubierto de glaseado verde y lo hace girar delante de mi nariz.

—Pistacho gourmet. Dicen que sube la serotonina y la productividad. Y he pensado: «Iria necesita ambas cosas».

Me río.

—Puede que necesite primero un teclado nuevo. El mío lleva tres cafés volcados.

—Te lo cambio por un favor pequeñísimo —apoya el donut en mi archivador—. Necesito un certificado de ventas para el proveedor alemán, hoy mejor que mañana. Tú tardas nada y yo quedo como un rey.

—Mándame el número de pedido y lo preparo después de comer —ofrezco.

Diego dibuja un mohín teatral.

—Ainssss… El alemán quiere verlo antes de las cuatro. —Mira el reloj, después mis pantallas.

Diego acerca el donut a un centímetro de mi nariz.

—Anda, Iria, no me castigues con burocracia. Sabes que tú tardas diez minutos.

Antes de que pueda contestar, una sombra se proyecta sobre nosotros. Diego da un paso atrás, casi pegado a la pared, y me guiña un ojo como diciendo *ni se te ocurra delatarme*.

Andrés Karalis se detiene en el umbral. Lleva una camisa blanca, gesto hermético y la certeza de que su presencia basta para cambiar la densidad del aire. No entra, solo apoya una mano en el marco.

—Beltrán, ¿puedes acompañarme un momento? —me pide en tono formal.

Asiento con la cabeza un poco perturbada por la petición solemne y el gesto serio.

Dejo a Diego escoltado por su glucosa y *camuflado* y sigo a Andreas. Él ajusta el paso, apenas un compás más lento, lo justo para que yo no pierda ritmo mientras atravesamos el pasillo.

En la sala dos me espera una Tablet apagada. No me invita a sentarme, se limita a apoyarse en la mesa y, por fin, habla.

—La comunicación oficial saldrá en quince minutos. Dos pisos más abajo hay dos inspectores de Hacienda con un requerimiento para revisarlo todo —contesta Andreas sin apartar los ojos de mí—. Iria, necesito que te centres y que lideres la entrega de documentación.

—¿En serio? —balbuceo.

—En serio —asiente—. Tranquila, lo tienes todo en la cabeza. Respira.

—Estoy respirando —digo, aunque es mentira. Hiperventilo en silencio—. ¿Por qué Hacienda? ¿Por qué hoy?

—Salto aleatorio del algoritmo o alguien nos ha señalado. Da igual. No necesitan excusas. Necesito que mantengas la cabeza fría.

Me clavo las uñas en la mano para no parecer aturdida o que mi atención se divida en mil pensamientos inútiles en un momento como este.

—Cabeza fría, contable —repite, señalándose la sien—. Los inspectores mirarán primero la concordancia con el Modelo 303. Prepara también los justificantes bancarios, con este trimestre al corriente más el anterior. Yo me encargo de ganarles veinte minutos de cortesía.

Me quedo petrificada. Él interpreta mi silencio como pánico y suaviza el tono.

—No están aquí para arrestar a nadie. —Hace una pausa, ladea apenas la cabeza—. Y, por si te lo preguntas, confío en mi responsable financiera.

Tardo un segundo en procesar la carga emocional de *mi responsable financiera*. Me enderezo.

—Vale —susurro—. Facturas, conciliaciones bancarias, Modelo 303… Les armo un pack bonito y didáctico.

Salgo de la sala dos con un cosquilleo eléctrico en la nuca. La alfombra gris me traga los tacones como si el edificio entero quisiera

quitarme velocidad, pero acelero. La cabeza fría será todo lo que tenga cuando los de Hacienda empiecen a hacer preguntas con cara de piedra pómez.

Al doblar la esquina, mi biombo aparece como un naufragio en miniatura. El donut de pistacho sigue ahí, pero no Diego. Ni su perfume especiado, ni su sonrisa. Solo queda un cursor parpadeando sobre el documento 34B como un faro en mitad del pantano.

El corazón me pega un latigazo.

Cierro la hoja de cálculo.

Cierro el ERP.

Cierro el correo.

Como si sellara compartimentos de un submarino antes de la implosión.

Abro una carpeta nueva —«Requerimiento AEAT 26/06»— y empiezo a arrastrar PDFs, facturas emitidas, recibos bancarios, liquidaciones trimestrales. Cada archivo cae en la carpeta con un *clic* que suena a cuenta atrás.

Cinco minutos después tengo las manos heladas y la frente perlada, pero el pack «bonito y didáctico» está completo. Lo copio en un pendrive corporativo, lo cuelgo en la nube interna y preparo un resumen de una página, lo bastante claro para que hasta un inspector de hielo lo entienda.

Cuando me giro para coger aire, descubro mi reflejo en el metacrilato. El moño se me ha deshecho y un mechón rebelde me cruza la mejilla izquierda justo el mismo que Andreas me apartó en la piscina. Me lo recojo con un clic de clip. Hoy no tengo energía para darle sentido poético a un mechón fuera de sitio.

Entonces llega el mensaje interno al móvil.

CEO del Olimpo:

«Sala de Juntas. Ya».

Cojo el pendrive, la carpeta impresa y las copias que he hecho de todo para Andreas. Ahora mismo también me vendría de lujo un inhalador de emergencia para doble ración de oxígeno.

Camino hasta el ascensor repitiendo mentalmente una letanía de tranquilidad: facturas OK, bancos OK, modelo 303 OK. Y con esa misma letanía atravieso la puerta de la Sala de Juntas.



12

No me toques el ERP que me desmayo

«Iria»

Dos inspectores esperan. Él con chaqueta azul marino y gesto de estatua fiscal, ella con moño tirante y cara de saber exactamente cuántos pecados tendría que confesar. Ambos llevan maletines idénticos y rostros que podrían pulir diamantes.

Andreas está de pie junto a la cabecera, impecable, pero detecto la tensión en los nudillos mientras juguetea con un bolígrafo Montblanc. Cuando entro, alza la vista. Sus ojos verdes me sujetan con algo que no se decide entre orgullo y preocupación.

—Señores —dice, girándose hacia los visitantes—. Mi responsable financiera acaba de prepararles el material que solicitaron.

Avanzo con dignidad, deslizo la carpeta y el pendrive como si no estuviera sintiendo lo mismo que cuando el ginecólogo me pide que me relaje antes de entrar en materia.

—Aquí tienen facturas, extractos conciliados bancarios y liquidaciones de IVA correspondientes al último semestre —explico —. Están ordenadas por trimestre y numeradas conforme a la base

imponible declarada. Les he hecho un índice para que puedan saltar directamente a las ventas que prefieran revisar.

Uno de los inspectores toma el pendrive, el otro hojea la carpeta. Andreas no se sienta; vigila la escena como un guardaespaldas en versión traje italiano.

—Perfecto, señorita Beltrán —murmura el de la carpeta, sin entonación—. Empezaremos por los saldos de clientes. Después iremos bajando. Si necesitamos acceso al ERP, la avisaremos.

Asiento, pero el nudo en el estómago se contrae un punto más.

Andreas me señala la silla a su derecha. Me siento, aliso la falda y poso las manos sobre los muslos para que no se note que me tiemblan. El segundo inspector abre la primera tabla y empieza a desplazarse línea a línea. Mi corazón acompasa cada *scroll*.

Revisan en silencio durante casi una hora. Garrido, el de la chaqueta marino y la corbata de funcionario que ha visto todos los trucos, hace anotaciones con un boli que parece una varita de interrogatorio, y la inspectora Sanz teclea con ritmo de velocista judicial. Yo intento no mirar a Andreas, que sigue de pie, firme, como si sostuviera toda la fiscalidad del país en los hombros.

El inspector Garrido levanta la vista del portátil y enarca una ceja.

—Señorita Beltrán, ¿es consciente de que a las 11:41 de esta mañana alguien borró ciento ochenta mil euros de facturación trimestral y el sistema dejó su firma electrónica?

Miro la hora en el proyector, 12:16, y el panel luminoso salta entre minutos igual que mi atención. 12:17, 12:18… El TDAH me descose la cronología.

Intento rebobinar. ¿A las 11:41 estaba con Andreas? ¿O fue 11:24? ¿Fueron siete minutos? ¿O diez? Las agujas internas giran sin clic de parada y el hilo de la mañana se enreda con ruido de papelajos, donut de pistacho, voz grave de Andreas, la carpeta azul que dejé en la impresora y un ping de *Whatsapp* que ni abrí.

—Señorita Beltrán —repite Garrido—, el ajuste consta a las 11:41 justo después de que avisáramos de nuestra inspección. ¿Dónde se encontraba en ese instante?

Pregunta simple. Respuesta topológica imposible. Con TDAH las horas no son cajas ordenadas, son pompas de jabón. Tocas una y estalla.

—Estaba conmigo —corta Andreas antes de que el inspector vuelva a clavarse en mí—. A esa hora revisábamos el modo de actuar frente a la inspección en la Sala dos.

La voz de Andreas no se altera, pero llena la sala como una cláusula blindada. Garrido ladea la cabeza con la paciencia de quien se ha dejado convencer demasiadas veces.

—Excelente. Ya tenemos la mitad del enigma. Falta la otra mitad. ¿Qué me garantiza que no manipulaban el fichero precisamente los dos?

El aire se vuelve denso. El corazón me rebota entre la tráquea y las sienes: ta-ta-ta, pulso desbocado. El TDAH barre los minutos como papeles sueltos: doce minutos sin vigilancia, doce de agujero negro.

Andreas ni pestañea. Sencillamente, empuja la pregunta de vuelta con la cortesía cortante de una hoja nueva.

—¿Y cuál sería, a su juicio, la motivación para restar —no añadir — ciento ochenta mil euros de ingreso al trimestre anterior?

Garrido entrelaza los dedos sobre el teclado, como si sopesara el tono antes que la respuesta.

—Reducir la base del IVA, maquillar el beneficio, ganar tiempo mientras localizamos la documentación real… —enumera—. En inspección fiscal los móviles suelen ir en esa línea.

Andreas no concede ni un parpadeo. Yo, entretanto, cuento los latidos: uno, dos, tres… Mi mente proyecta mini-clips detrás de los ojos: el donut verde, el cursor parpadeando en el documento 34B,

Diego guiñándome el ojo mientras se oculta de Andreas. El inspector no puede verlos, pero yo intento atraparlos antes de que vuelvan a esfumarse.

—Entiendo —dice Andreas, apoyando la palma sobre la mesa—. Sin embargo, una rebaja de ingresos tan concreta provoca un efecto colateral inmediato. Nuestra facturación diaria pública bajaría y los comerciales advertirían la caída al instante. No es, pausa mínima, una estrategia particularmente discreta. ¿Está seguro de que busca un fraude y no un error?

Garrido alza una ceja, quizá sorprendido de que el director general le ofrezca la palabra error ya masticada. Abre la carpeta, consulta otra casilla.

—Verificaremos las sesiones de usuario y el log de red —concede —. Pero, señorita Beltrán, hasta que tengamos la trazabilidad, la firma electrónica es suya. Y la responsabilidad, también.

Trago saliva con la urgencia de quien teme atragantarse con aire.

—Colaboraré en todo lo que necesiten —consigo articular—. Si fue un descuido técnico, lo documentaremos. Si fue un acceso indebido, lo rastrearemos. Hay registros de dispositivos conectados a cada puerto.

No es del todo posible. Sé que el ERP no guarda trazas de ratón, solo de usuario y hora. Pero la palabra *rastrearemos* me da un segundo de oxígeno. Garrido asiente, anota algo, cierra el portátil con un clic neutro.

—Seguiremos revisando los movimientos bancarios desde nuestra terminal. Gracias, de momento.

Se levantan. Recogen sus ordenadores, su carpeta, el pendrive y desaparecen con sus maletines pegados al cuerpo como si transportaran secretos nucleares.

La puerta de la sala amortigua el clic cuando Andreas la cierra detrás de ellos. El silencio que queda no es de alivio, es la antesala de algo más denso.

Él alarga el brazo sin mirarme y recoge las copias que he hecho para él de la carpeta, del pendrive y los marcadores como quien embolsa pruebas de un crimen.

Se inclina sobre mí para liberar el cable HDMI que han utilizado los inspectores y, sin querer, me encierra entre su pecho y la mesa. Me estremezco. Me llega su aliento, tibio, mezclado con bergamota y algo metálico. El recuerdo exacto de la piscina cuando me decía *cuatro tiempos fuera, dos dentro*. Solo que ahora el latido es una batería heavy a contratiempo.

Andreas no se aparta enseguida. Tarda un segundo más de lo necesario en enderezarse. Sus pupilas se clavan en las mías como si comprobaran daños: «¿sigues entera?». Luego retrocede el espacio justo para no rozarme.

—A mi despacho —ordena, y no suena a propuesta.

Le sigo pasillo arriba. El aire acondicionado exhala un frío que huele a moqueta nueva y, aun así, me arde la nuca. Andreas abre la última puerta a la izquierda, esa de madera maciza que lleva su apellido en vinilo negro.

Dentro, la luz se enciende sola al detectar movimiento. Cierra de nuevo, esta vez con un giro de llave silencioso y deja el material sobre el tablero, bien alineado.

—Vamos a revisar hasta el último asiento de ventas del último año —anuncia, sin dejar de mirarme. Yo me siento como el cervatillo delante de los focos del coche—. No cuentes con salir de aquí antes de que anochezca.

Su frase no es una amenaza, es una sentencia sin posibilidad de alegato. Me indica la mesa redonda junto a las ventanas y reforma el despacho para convertirlo en campo de batalla contable. Dos portátiles encendidos y enfrentados, una torre de archivadores, marcadores de colores alineados como bisturíes.

Me quito la americana y me siento en la silla ergonómica que me tiende y todavía lleva la curva de su espalda. Él permanece de pie,

desanudándose la corbata con un gesto más impaciente de lo que querría admitir. El nudo cede y el primer botón de la camisa le abre un triángulo de piel tibia que me despista un segundo demasiado largo.

—Empieza por clientes A-L —dice—. Yo cubro M-Z y las pasarelas de pago. Y, por favor, Iria… —su voz se ablanda un grado, apenas—. Si algo no te cuadra, lo verbalizas al momento. Cero heroicidades, ¿de acuerdo?

Abro Excel. Respiro cuatro tiempos y fijo los ojos en la primera línea:

Adriática Proyectos, 7.430 € facturados, 7. 430 € ingresados.

Bien. Empiezo a cantar mentalmente los números para que el TDAH no me descosa la atención. Siete mil cuatrocientos treinta. Verde.

—Ve hablando si ves un hueco raro —dice sin apartar la vista de su pantalla. Su voz baja recorre la sala como un cable de acero que nos mantiene unidos a distancia.

Él trabaja de pie, moviéndose a mi espalda como un metrónomo. Consulta, anota en silencio, planta la mano sobre el respaldo de mi silla cuando necesita apuntar algo sobre mi pantalla. Ese apoyo dura segundos, pero cada vez que lo hace, la presión de sus dedos me transmite energía y vértigo a partes iguales.

—Asiento 41.107—me murmura al oído, voz de terciopelo macerado en urgencia—. Comprueba el neto con el flujo de caja del cuatro de febrero.

Su aliento me roza la nuca y una corriente desciende directa a la boca del estómago. Aprieto Ctrl-F sin fiarme de mis manos.

—Cuadra—consigo decir—. Y el IVA coincide con la liquidación de marzo.

—Bien—susurra. No me felicita, me constata como si hubiera dudado exactamente cero de mi control.

El reloj corre: 13:10, 13:47, 14:22… Él deja caer un paquete de barritas energéticas sobre mi teclado.

—Proteína de avellana—explica—. No se desmigaja sobre las teclas.

Lo miro, incrédula.

—¿Siempre abasteces al personal cautivo?

—Solo a quien no me conviene que se desmaye antes de cuadrar las cuentas.

Una sombra de sonrisa cruza su boca y se aleja. Cuando vuelve, trae dos botellas de agua. Las deja sin tocarme, pero la yema de su dedo toca mi muñeca. El roce es ínfimo, intencionado o no, pero suficiente para que mi pulso suba dos pisos.

Sigo. Febrero, marzo… Y entonces encuentro el pozo.

Blue Ridge S.L., 12 450 € facturados, 0 € ingresados. Comisión satisfecha tres días después.

Una corriente fría me trepa los antebrazos. Contengo el impulso de llamarle. Capturo pantalla, la guardo en una carpeta nueva: INDICIOS. Escribo una nota al margen.

Patrón probable – revisar logs Diego.

—Ruido en marzo —informo con voz neutra—. Pero puede ser un asiento diferido. Lo apunto para cruzarlo luego.

Él clava los ojos en mí. Esa franja aceituna se oscurece. No dice nada, pero asiente despacio. Me dedico a no derretirme.

A las 17:30 la oficina se vacía y el edificio entona el zumbido grave de los fluorescentes en ahorro. Nosotros seguimos. Los cables de los portátiles cruzan la mesa como lianas. Nuestros brazos, también. Cada vez que Andreas cambia de pantalla, su antebrazo roza el mío y la piel me late justo en el punto de contacto.

A las 18:12 me equivoco al sumar, lo detecto y gruño un *joder*. Él se agacha a mi altura.

—Ojos fuera de la pantalla un minuto—murmura—. Parpadea. Mírame.

Levanto la vista. Su rostro está a escasos centímetros, ojos, verde claro con aceituna, ensombrecidos por las luces del techo. No hay gesto profesional en esa mirada. Es la misma que me hundió en la piscina.

—Cuatro tiempos fuera—susurra, evocando aquel mantra acuático mientras apoya su mano en el respaldo de mi silla—. Dos dentro.

Le obedezco. El oxígeno entra, sale. Y algo se afloja bajo mi esternón. Podría inclinarse un centímetro y alcanzar mi boca. Veo el pulso en su cuello. Vibra como cuerda tensa. Me atrevo a pronunciar su nombre.

—Andreas…

—No—susurra, los ojos clavados en los míos antes de que mi cerebro elija siquiera un verbo.

La negativa me golpea en el resquicio que une mi orgullo con la vergüenza.

—¿No qué? —pregunto, más afilada de lo que pretendía.

—Sea lo que sea, no —repite, como si estuviera firmando una orden de alejamiento para todo lo que habita entre nosotros.

—No iba a decir nada importante. —Bueno, salvo que a veces tengo la sensación de que, si me rozara la boca, me volvería a colocar el alma en su sitio. Pero claro, nada importante. No voy a regalárselo a alguien que no me deja ni intentarlo.

Andreas aprieta la mandíbula y un músculo le tiembla junto al oído. Durante un segundo parece considerar algo —quizá un «lo siento», quizá otro «espera»—, pero se traga las palabras y asiente apenas.

—Entonces trabajemos —dicta.



13
Lengua griega nivel letal

«Iria»

No sé ni qué hora es, pero fuera ya es de noche cuando Andreas se descalza sin previo aviso. Deja los zapatos italianos a un lado y los calcetines finísimos también. Luego desliza los pies desnudos por la moqueta. Se sienta a mi izquierda, demasiado cerca, y extiende la mano.

—Muéstrame los movimientos de abril.

Abro la hoja. Siento el calor de su rodilla contra mi muslo. No hay contacto directo, pero la proximidad tira de mi piel como de un imán. Maneja el teclado de mi portátil con dedos largos, precisos, que rozan los míos al desplazarse. El roce parece accidental, pero ninguno de los dos se aparta.

—Aquí —susurra. El vaho de su aliento me roza la mejilla—. ¿Ves la misma deriva?

El cursor destaca otra línea huérfana de ingreso, de nuevo con comisión pagada.

Trago saliva, consciente de que mis labios se han entreabierto —no por la cifra— sino por la manera en que pronuncia «deriva», muy cerca de mi oído. Me obligo a concentrarme en la pantalla, no en su voz.

—Sí. Mismo patrón. —Tecleo un comentario a toda velocidad para que mis manos tengan algo a lo que aferrarse—. Lo añado a la carpeta de *Indicios* y seguimos.

—Bien. —Permanece inclinado, pero no vuelve a tocar nada. Solo me observa. El silencio que se instala entre nosotros es espeso y eléctrico.

Me giro apenas. Sus pupilas dilatadas me registran con una intensidad que no es estrictamente profesional. Estoy segura de que percibe mi pulso en el cuello, porque yo noto el suyo latiendo en la sien.

Y entonces mi tripa suena, más bien cruje como si se replegara sobre sí misma del vacío que siente como una tienda de campaña que se viene abajo de hambre.

Andreas alza la ceja, ni rastro de burla, y deja el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Tienes hambre?

La pregunta resbala suave, como si me ofreciera una confesión sin consecuencias. Yo tuerzo la boca, entre avergonzada y a punto de comérmelo a él sin pan.

—Un poco —confieso, bajando la vista a la hoja de cálculo que ya me parece un tablero de ajedrez derretido.

—Propongo una tregua estratégica: cenamos y seguimos.

—¿Tregua… en la sala de descanso? —pregunto, consciente de que a estas horas el comedor es territorio fantasma.

—En mi casa —precisa, frotándose el puente de la nariz—. Tengo nevera con provisiones decentes.

Me toma tan en frío que ni siquiera alcanzo a sentir el calor que nos separa solo unos milímetros.

¿Su casa?

Las neuronas chocan entre sí buscando la objeción correcta: protocolo, jerarquía, orgullo herido, todo a la vez.

—Andreas, yo…

—No es una invitación social —interrumpe, suave—. Es un plan de contingencia. Necesitamos cabeza clara… y energía.

Podría insistir en quedarme, podría recordarle aquel beso fallido que aún me arde bajo la piel. Pero la palabra contingencia suena tan seria y aséptica que me convence por agotamiento.

Además, si vamos por fases: comer, cotejar, dormir —en casas distintas— tal vez logre salir viva y con los números a salvo.

—Está bien —cedo—, dame cinco minutos para exportar la última tabla y cerrar sesión.

Él asiente, se incorpora, recoge los zapatos y se sienta de nuevo para ponérselos. La imagen resulta indecentemente íntima. Un semidios, no obstante, que acaba el día arrastrando su propia armadura de gerente para calzarse como un mortal que también sufre cordones rebeldes**.**

Me quedo mirándolo sin darme cuenta porque hay algo brutalmente humano en la forma en que dobla la pierna, mete el talón en el zapato y tira del empeine con esos dedos precisos. Los mismos que hace unas horas revisaban decimales como si fueran cables de alta tensión.

La piel de su muñeca asoma entre el puño de la camisa y la manga del traje. Un instante mínimo de desnudez que no pertenece al director general ni al deportista de elite, sino a un hombre cualquiera, cansado.

Me sorprendo conteniendo la respiración.

Él ajusta el otro zapato, hace un leve giro de pie para comprobar la horma y el gesto, casi protocolario, estira la tela del pantalón lo justo para que se dibuje la potencia de sus muslos.

Esos músculos, talla olímpica, memoria de miles de largos en la piscina, quedan encajonados en un traje que intenta domesticarlos, pero falla. El paño se tensa sobre la línea del cuádriceps y, cuando él adelanta la pierna para alcanzar el cordón, el hilo invisible de la costura parece ponerse a prueba… al alzar la cabeza me descubre observándolo.

—¿Todo bien? —pregunta, aflojando todavía un nudo invisible dentro de la lengua italiana.

Parpadeo, como si me hubiera pillado copiando en un examen.

—Sí—claro—. Solo repasaba los pasos que nos quedan —miento, cerrando de golpe la tapa del portátil. El clic retumba más alto de lo necesario.

Andreas ladea la cabeza, la sombra de una sonrisa que no llega a revelarse del todo.

—Si has memorizado el plan, vamos ganando tiempo —dice con suavidad. Sin juicio. Sin escarnio.

Me enderezo, carraspeo y recojo mis cosas con dignidad pospuesta.

—Perfecto. Solo prométeme que en tu nevera no hay postres. Ya tengo bastante con el hambre emocional… que me provocas.

Él ladea la cabeza, sin responder. Pero su sonrisa, esta vez, aparece. Y arde.

Cierro el portátil, me cuelgo el bolso y camino hacia la puerta con todo el aplomo que una mujer puede fingir cuando lleva cinco minutos evaluando el valor cotizable de unos muslos.



La planta de dirección está desierta con las luces en *modo penitencia*. Solo se oye el zumbido bajo de los routers y el chasquido intermitente de nuestros talones. Los suyos firmes, los míos en busca de territorio seguro.

Al pasar por mi mesa una punzada me recuerda que no he comido nada sólido desde el mediodía. Giro la cabeza y ahí está el donut de pistacho que Diego me dejó, reluciente bajo el fluorescente, como un guiño verde fosforito a mi hipoglucemia.

—Un segundo —susurro.

Cojo la caja de cartón, la cierro y la abrazo contra el pecho con vergüenza de colegiala. Andreas levanta una ceja con aire de fiscal benevolente.

—Beltrán, eso no es comida.

—Mi estómago discrepa —murmuro—. Y discrepa en voz muy alta.



Mientras caminamos hacia el ascensor, la luz de emergencia nos alarga las sombras en las paredes de cristal. Él va dos pasos detrás. Puedo sentir su atención deslizándose por mi espalda, midiendo el vaivén de la falda.

—No deberías picar antes de cenar —advierte con tono de profesor que corrige a una alumna rebelde.

—No deberías reprimir a una mujer hambrienta —respondo sin girarme. Bajo la voz—. Provoca consecuencias imprevisibles.

Abro el cartón, parto medio donut con un *crack* suave del glaseado y el olor a praliné de pistacho explota en el pasillo vacío. Mantequilla, azúcar tostada, algo a fruta seca que invita a la rendición.

Al detenerse junto al ascensor, apoya el dorso de la mano sobre el marco de acero bruñido. La caída de la chaqueta abre un ángulo que permite adivinar la parte alta del glúteo, firme, y la tensión que se reparte por la corva cuando flexiona ligeramente la rodilla.

En ese segundo, la fantasía atraviesa la eficiencia. Imagino deslizar los dedos por la raya de la costura, notar el latido caliente de la piel atrapada bajo la lana fría, comprobar cuánta fuerza se esconde en ese aparente reposo.

—¿Vienes? —pregunta, sin volverse, como si me sintiera dudar en esa inspección silenciosa. Su voz viaja grave, envolvente, y el muslo izquierdo se tensa apenas cuando entra dentro del cuadrado de acero.

Sí, voy. Pero antes guardo el fotograma en mi archivo mental «Muslos, Andreas, definición 8K» por si las largas horas que aún nos faltan entre facturas y tablas piden una dosis extra de inspiración.

Se cierran las puertas y quedamos dentro de una caja metálica de aire comprimido. Dos adultos peligrosamente conscientes de su propia respiración.

No digo nada. Solo arranco un bocado al medio donut con los dedos aún manchados de glaseado. El crujido es suave,

pornográfico, y la crema tibia de pistacho se deshace en mi lengua como una declaración impúdica.

Andreas no pestañea. Me observa masticar como si acabara de ejecutar un acto ilegal en horario laboral.

Me relamo despacio —por reflejo, por placer, por pura supervivencia— y sus pupilas se oscurecen un grado. Se apoya en la pared contraria, pero la tensión le dibuja cada músculo como si el traje estuviera a punto de rendirse.

—¿Un bocado? —Le ofrezco el otro medio círculo esmeralda que aún espera dentro del cartón.

No responde. Solo clava la mirada en el borde azucarado, después en mis dedos manchados de glaseado. Da un paso que anula toda distancia y mi espalda encuentra la pared fría, el cartón chirría entre nosotros.

—Jamás pensé que el pistacho pudiera parecerme… provocador —susurra. La voz baja, ronca, golpea directo al plexo.

Atrapa mi muñeca y se inclina directamente hacia el donut en mi mano.

Muerde.

El glaseado se raja, los labios se manchan de verde pálido y el tendón de su cuello se marca cuando traga. Yo olvido el alfabeto.

Un hilo de crema verde le roza el labio inferior antes de que su lengua lo atrape en un gesto obscenamente lento. El ascensor baja de la planta 9 a la 8, pero mi pulso se descuelga hasta la planta -200.

—Se supone que era mi mitad —me quejo ligeramente.

—La posesión se perfecciona con la entrega —responde él, apenas un murmullo mientras, sin soltarme la muñeca, abre la boca otra vez y muerde un segundo pedazo. La yema de su pulgar se mancha de azúcar y pistacho.

—Pruébalo —ordena, apenas un soplo mientras lleva ese pulgar a mi boca. Cierro los labios alrededor de su yema. El ascensor desciende lento, como si gozara de la escena.

Chupo —muy despacio— y la sal del fruto seco se mezcla con el azúcar, el sabor de su piel y un amago de gemido que se me escapa. Sus pupilas se expanden.

—Reconoce que esto está indecentemente bueno —murmuro, más caliente que avergonzada.

—Indecente es aguantar sin morderte a ti entera. —Su mano libre se apoya junto a mi cabeza, arrinconándome; la otra, aún alrededor de mi muñeca, sube hasta el codo y tira de mí hacia él.

El aire chisporrotea. Siento el calor de su cuerpo a milímetros —tórax firme, pecho que sube y baja despacio— y el perfume cítrico mezclado con azúcar. Todo mi eje vital está en la franja que separa su boca de la mía.

Entonces, sin previo aviso, él detiene el ascensor pulsando el botón de parada de emergencia. La cabina se sacude, la luz parpadea. Ahora solo se oye la ventilación y el temblor de mis costillas.

—¿En serio acabas de parar el ascensor? —pregunto, medio riendo—. No puedo creérmelo.

—Pues a mí me parece un sitio estupendo para hacer cosas lentas —dice, muy serio.

Su nariz roza mi pómulo y se desliza hasta la comisura de mis labios. Los abro en reflejo, pero no llega el beso. Su boca se queda a medio centímetro, respirando mi aliento, torturando el deseo. Casi toco la punta de su lengua, casi.

—Jamás hubiera imaginado que el pistacho me gustara —confiesa en un murmullo cargado de amenaza sensual—. Ni a ti, ya puestos.

La frase vibra en mi pelvis.

—Me lo ha traído Diego esta mañana… —susurro, y el nombre sale antes de que el filtro de cordura lo detenga.

Silencio brusco.

Él se congela. Sus dedos se aflojan en mi muñeca como si recordaran algo desagradable a destiempo. El destello verde aceituna se ensombrece un tono hasta casi negro tinta.

—¿Morales? —No es una pregunta, es un torniquete secándose.

Andreas se separa un palmo. La luz mortecina dibuja un filo duro en su mandíbula. Se limpia el glaseado del labio con la lengua —gesto que arde— pero ha vuelto el control de acero a sus facciones.

No dice nada durante tres segundos. Cuatro. El ascensor sigue en pausa, igual que su cuerpo, que parece hecho de mármol caliente. Sus ojos me perforan como si el nombre de Diego le hubiera resquebrajado algo entre la costilla y la mandíbula.

Entonces, muy despacio, me arrebata el resto del donut. Lo envuelve con gesto quirúrgico en la servilleta, lo mete dentro del cartón con un solo giro de muñeca… y lo aplasta como si fuera plastilina y lo aparta de nosotros como si fuera un objeto contaminado.

—Ya no me gusta —dictamina, seco.

Me muerdo el labio, confundida entre el deseo y la culpa por estar deseándolo de nuevo a él y que me importe una mierda el donut, Diego o cualquier pensamiento sensato.

—¿Y qué quería Morales a cambio de la glucosa, Iria? —pregunta, sin moverse ni un milímetro. Su voz no tiembla. Pero yo sí.

—Solo… un certificado de ventas —murmuro, sin dejar de observarle como se vigila a las fieras que no sabes que reacción tendrán.

—Incorrecto, contable. —Da un paso. La pared me muerde los omóplatos—. Lo que quiere es meterse debajo de tu falda.

Suelto aire en una risa breve, incrédula.

—¿Perdona?

—Joder, Iria, voy a aclararte conceptos. —Su cuerpo se pega al mío—. Uno: el ERP no va a explotar si toco tu boca, pero mi capacidad de razonar, sí. Dos: No vas a dejar que Morales te distraiga con bollería de nuevo. Tres… —revisa mi expresión. Su aliento roza mi mandíbula— si todavía crees que no te deseo, vas a tener que detenerme tú.

Cruza una mano detrás de mi nuca, pero no tira. La deja allí, abierta, creando un calor húmedo que me derrite la espina dorsal. Su pulgar traza un semicírculo sobre mi cuello, justo donde late la carótida.

—Di no, y pongo el ascensor en marcha —me advierte, ronco.

Mi cerebro debería repasar las cláusulas de cualquier protocolo de recursos humanos, pero mi boca decide otra cosa.

—No pienso copiar tu manía de decir no.

La exhalación que suelta es puro alivio mezclado con amenaza. Un segundo después, su boca se apoya en mi clavícula —no en los labios, aún— y su lengua recoge la carne. El estremecimiento que me arranca se convierte en fuego bajo el ombligo. Arrastra los dientes por mi garganta y mi cuerpo se inclina hacia él, desesperado.

Después no me besa.

Me muerde el labio inferior con los incisivos, un pellizco húmedo que cruje como el glaseado del donut. Tira, suelta y lame el punto exacto donde duele. El gemido que escapa de mi garganta es un hilo tembloroso. Él lo bebe antes de que se enfríe, sorbiendo el sonido como si fuera vino prohibido. Su lengua explora la carne recién mordida, saborea la sal de mi piel, recoge los últimos cristales de azúcar y los arrastra en un paseo lento, obsceno. Siento cómo me palpita la boca, cómo la necesidad se vuelve urgente.

Él gruñe un *joder* ronco que vibra en mi pecho antes de que llegue a mis oídos y me clava aún más contra la pared acolchada sin

brusquedad, pero sin duda, encajando su muslo entre los míos. El pantalón se tensa contra mi falda y la fricción despierta una oleada líquida que me hace arquear la espalda.

Me sostiene la cara entre el pulgar y el índice, como si temiera que me evapore, y me obliga a mirarlo a los ojos. Son apenas dos segundos, pero en ellos arde toda la tensión que nos hemos negado desde la servilleta.

Inclina la cabeza un grado solo un grado y suelta un gemido grave, me abarca la cintura y me alza medio centímetro, el justo para que nuestras bocas encajen en ángulo perfecto. Ahora sí, presiona, abre, invita.

Yo respondo y abro la boca, le entrego el aire, la lengua, lo que pida.

Mis manos se cuelgan de sus hombros, una enreda los dedos en su pelo. Las lenguas chocan, resbalan, se reconocen a lametazos cortos primero, después en círculos más hondos, como si cartografiaran un territorio que solo existe entre nosotros.

Un hilo de saliva nos conecta cuando se aparta medio segundo, antes de partirse y deslizarse por mi mentón. Él lo persigue con la boca abierta, lo recoge y lo devuelve a mi piel con una lamida lenta que desciende hasta la base del cuello. Su lengua roza mi clavícula, succiona, deja un chupetón silencioso que late como un faro rojo bajo la blusa.

Lo agarro del pelo y tiro hacia atrás, obligándolo a mirarme. Sus pupilas son dos pozos de aceite caliente. Me sonríe de lado como un canalla. Nunca vi algo tan sucio y tan precioso.

Me traga de nuevo y esta vez el beso entra hasta la raíz. Su lengua invade, barre mi paladar, toca el lateral interno de mis mejillas. Siento que me despega la piel desde dentro. Le respondo succionándole la lengua hasta que él rompe el compás y chasquea los dientes contra los míos. El choque resuena a hueso contra hueso, un eco erótico que hace a mis muslos apretarse contra su muslo prisionero.

El oxígeno es un lujo. Cada vez que uno lo necesita, el otro lo roba.

Él exhala y yo inhalo, yo gimo y él lo engulle.

Una mano se cuela bajo mi falda en la cara externa del muslo y presiona. El pulso se me dispara en ese punto exacto, como si la sangre se hubiera despistado y elegido emigrar allí.

Nos besamos como si estuviéramos desnudos y perdidos, como si la lengua fuera la única extremidad que pudiéramos usar para salvar la noche. Hay saliva que resbala, que empapa los bordes, que brilla en mi barbilla. Él la lame, la comparte, la firma en mi labio y la reclama de nuevo. Muerde mi lengua con cuidado, la aprisiona entre sus labios y succiona.

Cuando al fin se aparta un milímetro, mi boca late, hinchada. Él respira contra mi mejilla, su aliento me abanica la oreja.

Él sonríe, un destello feroz, y antes de que el ascensor recuerde que tiene destino, vuelve a sellarme la boca en un beso menos beso y más declaración: dientes que reclaman, lengua que firma, saliva que ancla, gemidos que pactan.

Sexo comprimido en centímetros y condensado en un chasquido húmedo que hace del ascensor un santuario de jadeos.

Joder, ni el *beso francés* ni gaitas.

Lo de Andreas es un fogonazo helénico en toda regla**,** categoría olímpica.

Caliente como un agosto en Mikonos, desenfrenado como una carrera de carros en Epidauro y —pon aquí el adjetivo que quieras— *telúrico*, por ejemplo, porque te sacude desde el suelo pélvico hasta la coronilla*.*

Trago saliva. El ascensor vuelve a moverse y, con él, mi cerebro. A ver, Beltrán, respira. Ahora entiendo por qué se contiene. Porque sus besos pueden dejarte chalada si no te preparas mentalmente y yo no lo estaba.

—¿Sabes que un beso así debería venir con prospecto y método anticonceptivo incluido? —farfullo, carraspeando.

Andreas se permite una risa grave, de esas que se oyen más en el estómago que en la boca.

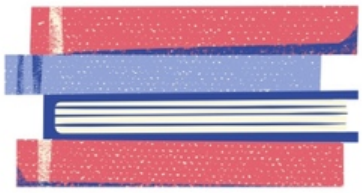
—Acepto encargárselo al departamento de I+D… si añades adicción inmediata en letras pequeñas.

Nos quedamos a un suspiro de distancia. El silencio es grueso, casi masticable, como si el ascensor necesitara otro botón, el de pánico.

En mi cabeza, redacto el prospecto imaginario.

Posología: un Andreas cada cuatro horas.

Efectos secundarios: temblor de piernas, pérdida de ironía defensiva y riesgo elevado de volver a pedir más dosis.



Trago saliva. Él me estudia como si fuera un balance a punto de descuadrarse.

—¿Y ahora qué? —pregunto al fin, con voz mucho menos firme de lo que pretendía.

—Ahora me lamento por dejar que mis inseguridades tomen el control de mis emociones e intentamos volver a centrarnos en las cuentas sin arrancarnos la ropa.

—¿Inseguridades? —me sale casi una risa, medio ahogada aún por el beso—. Tú, que podrías dirigir las mareas con un gesto, ¿de

qué demonios vas a dudar?

Andreas se pasa el pulgar por el labio inferior, el que acaba de devorarme, y asiente, sin ironía.

—Claro que sí. —Traga, como si la confesión le rascase por dentro—. Tengo la autoridad para decidir tu sueldo y, al mismo tiempo, unas ganas absurdas de decidir qué parte de tu cuello beso primero. Y… de que se me adelanten mientras yo sigo midiendo riesgos.

Me quedo muda. Su sinceridad golpea más fuerte que el frenazo del ascensor. Aún puedo oír el eco de nuestras bocas, y ahora la explicación encaja como un broche.

—Vale. Íbamos a cenar y a cazar gremlins contables. El beso olímpico lo archivamos como «ensayo de emergencia». ¿Seguimos?

Andreas apoya la frente en la mía y sonríe, ahora sí, sin sombras.

—Acepto, contable.



14

Informe de pérdidas y calentones

«Andreas»

La calle Goya se desliza bajo el Audi como una cinta de asfalto húmedo. El climatizador marca 26 °C. Mi nuca, bastante más.

Iria mantiene la vista en las luces de los semáforos mientras yo recito blasfemias mudas contra mi propio diccionario de autocontrol.

Excelente estrategia, Karalis. Tanta norma, tanta espera y, al final, te bastó un maldito donut para estrellarte contra sus labios.

Competitividad.

La palabra zumba en el cuadro de mandos con la misma insistencia que el sensor de distancia del coche. No debería dolerme que Morales aparezca en cada una de nuestras ecuaciones, pero duele. Mucho.

Mis dos únicos deslices —la servilleta y el ascensor— se activaron con él involucrado con Iria.

En conclusión, poseo el temple de un orate cuando de ella se trata. Y eso me hace peligroso… o, peor, impredecible.

Toca cambiar de táctica:

1. Ser caballero blanco no ha funcionado. Iria no es damisela, es incendio. Necesita un hombre que la haga arder, no un apaga-llamas con metáforas de cabra etíope y Kaldi.
2. Recuerda el objetivo de hoy. Tenemos una auditoría que puede reventar la compañía. Hoy no es el día.
3. Medidas urgentes ahora mismo:
   — Alimentarla.
   — Darle un mapa claro de lo que busco y solo es verdad, números limpios y ella completa.
   — Enseñarle, sin reservas, dónde cabe en mi vida.

El semáforo de Serrano se pone en rojo y su silueta se recorta contra el neón de una marquesina. La falda recogida hacia arriba deja entrever parte de sus muslos. Aprieto el volante.

Si bajara la mano ahora mismo y le apartara la tela dos centímetros…

No.

Ni lo pienses.

«Andreas, no es el momento para recreos mentales con categoría X.»

Pero la curva exacta donde el muslo se funde con la cadera...

Joder.

Mi mandíbula se tensa.

—¿En qué piensas? —pregunta, sin apartar la mirada del cristal.

«En que si me dejara llevar dos minutos… te invitaría a sentarte sobre mí. Y no estoy seguro de que tú dijeras que no».

—En pasta integral —contesto.

Ella se ríe, la nota más limpia que se ha oído en este coche.



La puerta del garaje se abre con un zumbido discreto. El ascensor privado nos lleva directamente al piso doce, en pleno Barrio de Salamanca, a dos manzanas de la Puerta de Alcalá. Cuando compré este ático, el precio ya era ofensivo. Hoy roza lo obsceno. No lo compré por ostentación, sino por la calma que garantiza.

El salón se abre con ventanales de suelo a techo y vistas dobles. Hacia el oeste, la cúpula de San Manuel y San Benito queda recortada en la noche. Al este, el perfil oscuro del Retiro. El suelo es de roble envejecido, la cocina entera en negro mate, con una encimera larga y sólida, rematada en piedra caliza traída de la isla de Tinos. A alguien le importaban los acabados. A mí, la funcionalidad.

En la terraza hay una piscina estrecha con borde de cristal y una hamaca de teca que jamás he usado. Todo lo que me rodea tiene valor, pero no apego. El lujo existe, sí, pero aquí cumple su función. Yo nado, trabajo y duermo. Nada más.

El ascensor desemboca directamente en el recibidor. Cuando las puertas de acero se abren, Iria se queda a un paso, entre fascinada y en guardia.

—Vale —susurra—. No esperaba la versión madrileña del Monte Olimpo.

—Y tú has llegado sin toga. Claramente un fallo de protocolo —bromeo. Ella niega, divertida—. Ven, la comida vive al fondo.

La cocina se ilumina con sensores que detectan el movimiento. Abro la vinoteca, saco la botella de Assyrtiko que compré en Santorini el pasado septiembre. La apoyo sobre la isla.

—¿Blanco con denominación sentimental? —pregunta al leer la etiqueta escrita a mano.

—Exacto. Mi madre etiqueta cada botella que cree que no debo beber solo.

—Pues agradezco su instinto. —Sonríe, más relajada.

Le cedo el taburete junto a la isla, abro la puerta del frigorífico y saco provisiones sin consultarle: espaguetis trafilados al bronce, tomates pera, un manojo de albahaca, un bloque de feta en salmuera y de la balda vegetal, un calabacín que aún huele a tierra.

—Creía que ibas a ponerme a trocear —dice, estirando el cuello para espiar el interior de la nevera.

—Esta noche soy cocinero y auditor.

—¿Dos gorros a la vez? —Arquea una ceja—. ¿Seguro que tu ego no explota?

—Mi ego se porta mejor cuando mis invitados no se desmayan de hipoglucemia. —Le deslizo un vaso de vino—. Bebe. En treinta minutos estará la cena.

Afilo mi cuchillo japonés. El chasquido sobre la chaira llena el silencio del ático.

Ella observa desde el taburete, piernas cruzadas, portátil abierto como si aquello fuese solo una reunión tardía. Pero el modo en que aprieta los muslos cuando oye el metal, el leve temblor de su tobillo descalzo… todo me canta otra partitura.

—¿Siempre cortas tan… concentrado? —pregunta, distraída un segundo de la hoja de cálculo.

—El filo respeta a quien lo respeta —replico, pasando el calabacín por el acero—. Igual que los números, si los rozas a medias, te abren en canal.

Sus labios se curvan. Anota algo en un post-it fluorescente. «Metáforas peligrosas», alcanzo a leer de refilón.

Cubro la sartén con aceite Koroneiki, echo dos dientes de ajo aplastados, un golpe de peperoncino.

Cuando chisporrotea dejo caer los tomates troceados y un puñado de alcaparras. El olor llena la cocina con una bofetada mediterránea. Iria inspira como si acabara de entrar en una panadería a las seis de la mañana.

—Eso sabe a verano —susurra.

—Verano griego, concretamente —contesto.

Escurro los espaguetis con un giro de muñeca, los llevo directos a la sartén. El almidón liga la salsa. Desmigajo feta con los dedos y lo dejo caer como nieve salada. La albahaca la rompo a mano para que esparza clorofila fresca.

Le acerco un tenedor y un bol negro mate. El contraste de colores parece pensado para Instagram, pero lo único que quiero fotografiar es el brillo que se instala en sus ojos cuando huele el plato.

—Prueba —le pido.

Enrosca un bocado, sopla, cierra los labios alrededor del tenedor. Cuando traga, el suspiro que suelta hace que mis nudillos se tensen sobre la encimera.

—Es obscenamente bueno —dictamina—. No debiste mostrar esa carta, Karalis. Ahora te pondré a cocinar cada vez que cuadre balances.

—¿Me dejarás besarte a modo de propina?

La pregunta se me escapa cruda. No la decoro. Ella se queda inmóvil, espagueti suspendido a mitad de camino.

—Pensé que volverías a interpretar el papel de jefe perfecto.

—Lo quemé junto con el manual del jefe perfecto. —Bebo un trago de Assyrtiko para enfriar la afirmación—. Prefiero ser el hombre que reconoce que está celoso de quien te regala bollería barata.

Su risa es un mordisco en la penumbra.

—¿Celoso, tú? Creía que en tu ADN solo había mármol y fondos de inversión.

—Celos. En griego, en español y en binario, si hace falta —confieso, encogiéndome de hombros con menos coraza de la habitual—. Y si la táctica de contención no funciona, cambiaré de táctica.

Ella pincha otro bocado, pero sus ojos no se despegan de los míos.

—¿Y cuál es la nueva táctica, Andreas?

—Muy simple. Enseñarte cada vértice de mi terreno para que quieras andar descalza sobre él.

Dejo caer la mano en la encimera, muy cerca de su muslo. El silencio se vuelve un hilo que vibra entre los dos.

—Come —ordeno, suave—. Luego nos ponemos a trabajar.

Se lleva el bol, luego el portátil y se instala en el sofá. Yo cargo mi plato, pero no me siento. Prefiero caminar detrás del sofá y repasar columnas en la pantalla a contraluz, lo bastante cerca para que sienta mi sombra y lo bastante lejos para que la tensión se mantenga afinada.

Cada tanto suelta un ajá, marca un registro, me lo dicta, yo valido con la cabeza y lo apunto en el iPad. Nos convertimos en una maquinaria bicéfala: engranes, vapor y una corriente subterránea de calor sexual que hila cada dato.

Y cuando finalmente me siento en una butaca frente a ella tacha la última anomalía de mayo, deja el bol vacío sobre la mesa baja y se estira, brazos sobre la cabeza. La blusa se alza, revela un centímetro de vientre terso y abre las piernas revelándome más piel de la que ella imagina. El lametazo visual me corta el oxígeno.

—Llegaremos a agosto antes de que el vino se acabe —dice, nadando entre agotada y triunfal.

Me basta ordenar la tabla de Incidencias por usuario firmante para que el patrón salte como un puñetazo.

Fecha	Cliente	Impacto	Comisión	Firmante
14-03	Blue Ridge	–12 450	418	IBELTRAN
18-04	Cobalto Media	–9 800	329	IBELTRAN
07-05	Fussion Events	–15 200	506	IBELTRAN

Siempre la firma digital de Iria… y en cada línea, la comisión va a parar a Diego Morales.

No hay que ser Hércules Poirot para ver quién se benefició. Siento el latido en la garganta demasiado rápido para alguien que presume de autocontrol. No es solo fraude, es su nombre entrelazado con el de ella, como si hubiera usado su llave para entrar en mi casa.

Camino hasta el sofá donde está ella con la cabeza hundida en la hoja de cálculo. Apoyo las manos en el respaldo.

—Recuérdame a qué hora exacta te dejó Morales el donut.

—Las… once y media, más o menos —contesta sin mirar.

Giro el portátil hacia ella. 11:41 en rojo. El color se le escapa de las mejillas.

—A esa hora —digo muy despacio— *tu* firma borró ciento ochenta mil euros.

—Lo sé… —susurra.

—*Tu* firma, *tu* ordenador, *su* comisión. ¿Por qué no me lo contaste en cuanto lo viste? ¿Lo estás cubriendo, Iria?

Ella se pone de pie nerviosa. Normal, porque ahora mismo debo dar bastante miedo.

—Porque necesitaba encajar las piezas antes de acusar a alguien con pruebas cogidas con pinzas. No cubro a nadie.

—¿Y sabías que Morales se quedó solo con tu equipo? —insisto.

—Estaba conmigo cuando viniste a buscarme y me llevaste a la sala dos para avisarme de la visita de los inspectores.

—¿Y no pensaste en decírmelo? —El filo se me cuela en la garganta—. ¿Creíste era buena idea esperar y cruzar los dedos? ¿O que podías cubrirle las espaldas mientras mi empresa era acusada de fraude?

—Pensé que si iba donde ti con un «tengo un presentimiento» íbamos a acabar en el mismo punto que ahora, con los inspectores interrogando y sin un dosier digno —espeta—. ¡Necesitaba certezas!

Su «¡necesitaba certezas!» aún retumba en las vigas cuando mi paciencia se parte en dos como una traviesa de tren.

—¿Certezas? —escupo la palabra como si quemara—. Las certezas se construyen avisando a tu director, no jugando a la detective en solitario.

—¿Perdona? —Su mandíbula se tensa—. No iba a plantarme delante de ti diciendo que creo que tu comercial estrella me está falsificando la contabilidad sin algo sólido.

—Pues enhorabuena, Beltrán, ahora lo sólido es que la AEAT tiene mi apellido subrayado y tu firma digital al lado. —Alzo el Excel entre nosotros como un arma blanca—. ¡Aquí pone I-BEL-TRÁN! No pone Diego Morales. Tu firma. ¡Tu maldito token de seguridad ha estado engordando las comisiones de Morales! Primero inflaba los ingresos para cobrar más cada mes y hoy, a las 11:41, los borra para que el exceso no salte en la investigación. El resultado es que él ya ha cobrado, Hacienda ve un descuadre, y la única firma que respalda toda la maniobra es la tuya.

Mi voz retumba más de lo que pretendía y me obligo a ladear la cabeza y a no gritar. Ella aprieta los puños, se coloca entre la mesa y el sofá, como si necesitara una trinchera de roble para no venirse abajo.

La culpa y el orgullo chocan como placas tectónicas.

—Podía haber sido un virus… —murmura, buscando un resquicio de lógica que no la involucre.

—¿Un virus que ingresa comisiones a la cuenta de Morales? —Me río sin humor—. Claro, el troyano Robin Hood que roba a la empresa y paga al comercial. ¡Vamos! Te repito la pregunta —insisto, más bajo—. ¿Me lo ocultaste para protegerle?

Se gira de golpe. La rabia le enciende las mejillas.

—¡No te atrevas! —Me clava un dedo en el pecho—. Llevo doce horas sin pestañear para salvar tu margen bruto y resulta que ahora dudas de mí. Si no lo dije antes fue porque prefería llegar con balas, no con petardos.

—¿Y en qué momento pensabas decírmelo? —bufo—. ¿Cuando Hacienda bloquease las cuentas? ¿O en la comida de Navidad, con la fiscalía brindando?

—En cuanto terminara mayo de este año —se defiende—. Faltaban diez malditos meses, Andreas. Iba a imprimirlo, coserlo y ponértelo encima de la mesa con un lazo.

El argumento tiene sentido, pero el veneno ya corre. La idea de que Diego hubiese podido manipular mis cifras mientras yo la arrastraba a la sala me quema el estómago.

—Pues enhorabuena —respondo, helado—. Tu silencio les ha regalado un relato sencillo. Iria falsea, Morales cobra. ¿Sabes lo que significa prisión preventiva por fraude continuado?

La veo palidecer un segundo. Luego sube el mentón como una espada.

—Sí, pero me duele más que has duda de mí.

Deja caer el bolígrafo, alza la barbilla. El coraje le tiembla bajo la piel como un animal atrapado.

Trago. Mi voz sale más baja, menos cortante.

—No dudé… de ti. Dudé de todo. La empresa, la inspección, mi propio criterio. Y cuando vi tu nombre hilvanado a ese desastre, algo

me encendió.

—¿Algo tipo «me traiciona»? —suelta, con una carcajada sin humor—. Felicidades, Karalis, has clavado el diagnóstico. Te ofende más pensar que te fallaba yo que el agujero de ciento ochenta mil euros.

Clavo los ojos en los suyos y me descubro desnudo en esa frase. Porque tiene razón. El golpe al ego contable fue menor que la puñalada fantasma en el estómago.

—Puede —admito, con un hilo de honestidad que raspa—. Y no debería haberte soltado la sospecha en la cara sin escucharte primero.

Ella inspira hondo. El aire le sube el pecho, baja, le puebla los ojos de algo entre furia y alivio.

—Y yo debería haberte dicho que se quedó solo con mi equipo —concede, mordiendo cada sílaba—. Pero, joder, Andreas, tenía pavor a descubrir que… que era la idiota de siempre. Durante años he sido la tonta a la que se acercaban con un cumplido barato para sacar ventaja. Un apunte, un trabajo copiado, una simple burla lo que fuera. No quería ser esa persona otra vez, ¿vale? Tan patética que confunde un halago interesado con cariño de verdad y acaba pidiendo perdón por existir.

Las palabras le salen atropelladas, secas, sin lágrimas, pero duelen solo de escucharlas. Quiero decirle que no, que de patética no tiene un átomo, que el imbécil es quien se cree listo por aprovechar el brillo de alguien como ella. Pero me muerdo la lengua. Un discurso paternalista solo añadiría sal.

La rabia se me desinfla un poco, pero es que en mi cabeza solo oía «lo está protegiendo». La rabia no se esfuma, solo cambia de forma, late bajo la piel como una fiebre.

—Dejemos esto claro —sigo, más bajo—. Si alguien se burla de ti, se burla de nosotros. Y te juro que hoy mismo ese alguien va a notar la diferencia entre moverse en tu sombra y moverse en la mía.

pero, demonios, Iria, ¿por qué te jugaste el cuello para darle a él el beneficio de la duda? ¿Te costaba aceptar que tu proveedor de bollos era un estafador? —escupo, más ácido de lo que pretendía.

—Si no te bastan mis explicaciones, despídeme y busca a alguien que te ladre sospechas sin molestarse en confirmarlas.

—No pienso despedirte —susurro—. Pero todavía quiero saber qué parte de ti pensaba que él merecía ese margen de error. ¿Te importa su opinión? ¿Te importa él?

El chasquido que hace al aspirar es un disparo seco, pero se calla y eso me mata.

—Si de verdad tu interés por él es solo profesional, ¿por qué callar? —ladeo la cabeza, acechante.

Su silencio se me clava, pero es su respiración la que me perfora: rápida, agitada, la blusa abierta un par de botones de más… y el rubor que le sube en oleadas. No sé dónde acaba mi enfado y empieza la necesidad visceral de marcar mi territorio.

Doy un paso. Ella retrocede hasta que el borde del sofá la hace sentarse de nuevo sobre él.

—¿Sabes lo que veo? —le gruño, apoyando las manos a cada lado de su cintura, cercándola—. Veo a mi contable defendiendo a un comercial que la usa como pantalla. Y me corroe pensar que, durante un segundo, él tuvo tu confianza… la que yo me estoy ganando a tiras.

Apoyo las manos a cada lado de su cintura, la acorralo entre mi cuerpo y el asiento.

—Ahora vas a repasar una a una las comisiones que ese cabrón se ha embolsado —gruño, obligándome a no rozarla—. Y mientras lo haces, quiero tu cabeza fría.

Abro la hoja de enero en la su portátil y me siento frente a ella, lo bastante cerca para oler el vino que aún le tiembla en el aliento, lo bastante lejos para no dejarme atrapar por el vaho de su piel.

—Empieza desde enero —insisto.

Su espalda se yergue. Hace clic. Su voz, tediosamente profesional, escupe la primera cifra desviada. Yo anoto en mi iPad, mandíbula apretada, rabia todavía viva pero canalizada. Haremos de este documento la soga de Diego.

Enero.

Febrero.

Marzo…

Con cada trimestre los párpados de Iria pesan más. El reloj digital sobre la encimera marca las 02:38. Cuando por fin tiñe de verde la última celda, sus hombros se desploman.

—Falta este último trimestre, pero… no veo claro, Tengo la visión borrosa —murmura, frotándose las sienes.

La ira se me enfría al verla así. Más de doce horas sosteniendo tormentas, cuatro horas sosteniendo mi furia. Cierro el portátil con suavidad.

—Basta por hoy. —Me levanto y ella parpadea, confusa—. Mañana lo rematamos antes de que lleguen los inspectores.

Hace amago de protestar, pero le tiembla la voz.

—Andreas, puedo seguir…

—No. —La corto, algo más tierno de lo que querría admitir—. Aquí mando yo.

Se ríe sin fuerza y segundos después un bostezo la traiciona. Deslizo un brazo bajo sus rodillas y el otro a la espalda. Alza la mirada, sorprendida, pero no se resiste cuando la levanto.

—Es de locos —musita, medio avergonzada—. Nunca me han llevado en brazos.

—Acostúmbrate a las contingencias —respondo, avanzando hacia mi dormitorio.

Empujo con el pie la puerta y la dejo en mi cama, sobre el colchón. La blusa se le abre un poco más, pero me obligo a no mirar. Busco la manta a los pies y la deslizo hasta cubrirla hasta la cintura.

Sus pestañas caen, pesadas.

—Tu cama no entra en mi convenio —bromea en un susurro ronco.

—Añadiré la cláusula mañana.

Salgo sin encender luces. Dejo la puerta entornada. El ático se expande silencioso. La ciudad parece dormida, pero Madrid nunca duerme y abril todavía parpadea ámbar en la esquina del monitor. Me arremango, vuelvo a la isla y apoyo los nudillos sobre el mármol frío.

—Vamos, Karalis —murmuro al Excel—. Tres meses más.



15

ERP: Erección Restringida Profesionalmente

«Iria»

Despierto envuelta en un silencio tan espeso que parece agua. Tardo un latido en recordar dónde estoy, otro en darme cuenta de por qué mi respiración no es la única que ocupa la habitación.

Su brazo descansa, pesado, sobre mi cintura como un ancla cálida que me sujeta al colchón. Podría apartarlo con un gesto, pero descubro que no quiero moverme. Me fascina la cadencia con la que su pecho sube y baja contra mi espalda, el modo en que la yema de su pulgar roza, casi sin querer, la costura de mi braga.

La falda tubo con la que caí rendida anoche ha desaparecido. Y estoy casi segura de que he sido yo la que se la ha quitado aún en sueños.

Hay algo reverencial en ese roce, en la caricia descuidada de quien todavía navega el último tramo del sueño… y, aun así, nunca pierde el control.

Lo mismo que leí en el pliegue de sus labios anoche, cuando me acomodó entre las sábanas tan resuelta a resistirme que caí dormida antes de protestar.

Me giro con cuidado, su brazo cede y vuelve a encajarme, esta vez con la palma abierta sobre la curva de mis nalgas, como si mi cuerpo fuera el hogar lógico para su mano. Cierro los ojos un instante largo y respiro por la nariz. Su olor mezcla a jabón de cedro, a una vaga nota cítrica y a algo íntimo que solo aparece cuando la piel se rinde al calor.

Andreas parpadea, lento, como si el sueño se resistiera a soltarle. El verde de sus ojos está todavía desdibujado. No dice nada. Apenas aprieta la mano, lo justo para que entienda que me ha sentido.

—Buen día —susurra, voz rasposa, recién desgajada de alguna profundísima oscuridad.

Mi saludo no alcanza a ser palabra completa. Se diluye en mi boca cuando se inclina y roza mi labio superior con los dientes, ligero, antes de retirarse medio centímetro. Una provocación microscópica que me incendia la garganta.

Alargo la exhalación y, cuando el aire vuelve, Andreas deja que el pulgar dibuje un semicírculo sobre la tela fina que cubre mi cadera. No exige, no invade solo explora.

—¿Cómo estás, contable? —pregunta, tan bajo que vibra en mi esternón.

—Descuadrada —respondo, sin filtros. Y él se ríe, un soplo que agita mi pelo.

El gesto le sube la comisura derecha, apenas. Al verlo tan cerca, entiendo por qué anoche me pareció cruel dejarle con las manos vacías. La noche se tragó la discusión, sí, pero la tensión sigue ahí, fresca, palpitando entre los dos.

Su risa se apaga en el momento exacto en que la yema de su pulgar se aventura bajo el borde de mi braga. Cinco milímetros de piel más bastan para que todo mi cuerpo se erice. No hay prisa. Lo noto en su pulso, lento, disciplinado. Él observa mi reacción como un químico que cataloga el cambio de estado de una sustancia volátil.

Vuelve a mover el pulgar por mi cadera. No es un roce, es un metrónomo: tic, tac, tic, tac. Cada latido hace que mi atención —que suele irse como un globo suelto— se me ancle justo ahí, donde él decide.

El TDAH me dispara imágenes cruzadas: la inspección, mi firma robada, Diego con su donut pistacho… y el vendaval que nos derribó en el ascensor.

El cerebro patina, salta, pero Andreas presiona mi piel y todo se ralentiza. Como cuando me enseñó a relajarme en la piscina.

—Cierra los ojos —ordena bajo, junto a mi oreja.

—Si los cierro, me pierdo la vista —bromeo, pero la voz me sale temblorosa.

—Confía en mí. Solo quiero que respires.

Obedezco.

Su palma asciende por mi abdomen —pausada, tibia— y se detiene sobre el esternón. Siento el pulso de ambos compases superpuestos, igual que cuando sincronizábamos brazadas.

—Cuatro fuera —susurra—. Dos dentro.
Inhalo contando mentalmente… uno, dos, y exhalo en cuatro. El latido se aquieta. El mundo se estrecha a un punto minúsculo, la yema de sus dedos justo sobre mi corazón.

—Ahora nombra lo que sientes —pide—. Sin filtros.

—Calor… ahí —respondo, señalando invisible el centro del pecho.

—¿Qué más?

—Mi blusa pegándose a la piel. El aire oliendo a cítrico y a madera. Tus pestañas rozándome el pelo.

—Bien. Sigue.

—Tus dedos… que suben…

Y suben. Resbalan entre los botones. Aflojan el primero con un clic que retumba como un disparo. Nos mantenemos en silencio. El segundo botón cede, luego el tercero. Siento el aire en la cima de mis pechos y mi mente, en vez de irse por ramas dispersas, se aferra a ese hilo de pura sensación.

—Céntrate en lo que late dentro de ti, justo aquí —susurra, rozando mi lóbulo—. Todo lo que no sea piel, aliento y este instante… déjalo para luego.

Sus dedos se deslizan por la costura de encaje que ciñe el pecho. Con un tirón suave del pulgar, aparta la copa hacia abajo y deja el pezón al aire. No lo roza aún, lo bordea describiendo un óvalo lento que me obliga a arquear la espalda y, al hacerlo, mi cadera choca con su muslo. La fricción despierta chispas que se derraman hasta las rodillas. Intento hablar, pero él me detiene con un leve «shhh».

—Describe —insiste.

—Hormigueo… en espiral. Desde el pezón hasta… abajo.

—¿Cuánto abajo?

Trago.

—Hasta mi clítoris.

La yema de su dedo índice traza un espiral desde la base del pecho hasta la aureola bajo el sujetador. Cada giro es un milímetro más cerca del centro, y mi mente, entrenada para saltar, queda atrapada en esa circunferencia única, como un satélite sin combustible.

Cuando alcanza el pezón, apenas lo roza con la yema, un golpecito casi insolente. Se retira y vuelve. Golpecito. El pequeño latido viaja directo al vientre. Mi espalda quiere arquearse, pero su antebrazo en mi costado me ancla.

—Color —susurra, exigiendo el reporte sensorial.

—Cobre… brillante —respondo entrecortada.

Aprueba con un murmullo y, ahora sí, su boca sustituye al dedo. Y su lengua plana lame lentamente, luego sus labios succionan delicadamente. El pezón se tensa entre succión y aire fresco cuando se aparta. Alterna temperatura y presión hasta que mi respiración se vuelve chispazos.

—Mantente —ordena sin dejar de jugar—. Solo aquí.

Me aferro al mandato, pero él decide que es hora de descender.

La mano navega por el flanco, lenta, reclamando territorio. Cuando alcanza el borde de la braga se detiene. No invade. Espera. El silencio se hincha como un globo que está a punto de estallar.

—¿Puedes concentrarte en un punto? —pregunta.

—Lo intento. —Las palabras me salen en un hilo.

—Entonces, céntrate en mi voz. Solo ella. Y dime cuándo.

«Cuándo» significa permiso. Lo sé. Lo sabe. Y, aun así, espero un latido más porque mi cerebro siempre tarda en alinearse. Pero lo hace.

—Ahora.

Su mano se cuela lenta bajo la tela. No es brusca, tampoco tímida. Avanza despacio hasta que el pulgar encuentra la cresta del hueso púbico. No sigue. Solo presiona ahí, leve, como un indexador. Yo alzo la pelvis un centímetro buscando más, pero él retira la mano.

Luego repite el gesto: acaricia, presiona, se aparta. Cada vez que desaparece, mi mente galopa para seguirlo. Cuando vuelve, todo converge en ese punto: respiración, sangre, memoria, deseo.

—No dejes que se disperse —advierte—. Vuelve al centro.

—Lo intento… —gimo.

El pulgar dibuja círculos alrededor del borde de la tela, nunca dentro, y mi TDAH intenta sabotearme como siempre me ocurre durante el sexo: tabla de ventas, el ERP sin trazas de ratón, Diego

con comisión fantasma. Andreas percibe la deriva y me da un ligero golpe con la palma abierta sobre el sexo y la presión firme me ancla.

—Haz que mi voz sea tu única distracción legítima —ordena, ronco.

Asiento.

—Voy a contar —dice—. Cuatro pulsaciones hacia fuera… dos hacia dentro, igual que en la piscina. Y cada par me dices qué sientes. No pienses en palabras, piensa en colores, texturas, sonidos.

Empieza el conteo. Con cada uno, el pulgar roza el encaje. Con cada dos, presiona apenas más abajo, por encima de la tela. En tres, su boca se pega a mi sien y exhala. En cuatro, la mano se repliega. Y yo, obediente, recito:

—Gris líquido. Seda rugosa. Truenos lejanos.

Su risa es mínima, un estallido contra mi piel.

—Otra ronda —susurra.

Repite el ciclo y ahora los círculos se estrechan. La yema roza el centro húmedo a través de la braga sin llegar a invadirlo. Mi pelvis se arquea, suplicante contra él. Él niega con un leve chasqueo de la lengua.

—Quiero que llegues tú —murmura—. Quiero que me digas el momento exacto en que tu mente se queda en blanco.

Mi respuesta es un leve gemido agarrado a la garganta. Empiezo a pulsar contra su mano, pequeña danza que no controlo. El TDAH se disuelve en destellos: cifras abstractas, tablas que se deshacen como azúcar, el ascensor detenido entre pisos. Todo arde y se licua en la punta de su pulgar.

—Describe —exige.

—Rojo… muy rojo —respondo—. Metal fundido. Zumbido eléctrico en la base del cráneo.

Se ríe, un gruñido grave.

—Esa es mi contable —susurra, y al fin, desliza un poco más la mano, lo justo para apartar la tela húmeda y rozarme la piel desnuda.

El mundo se contrae. Túm tum, túm tum. Su pulgar, ya dentro, dibuja un pequeño ocho que me sacude y entonces oigo mi propia voz —ignoro qué palabra suelto. Tal vez nada comprensible— mientras los músculos se tensan y se rinden al mismo tiempo.

—Cuenta para mí —pide—. Cuatro golpes, dos círculos. Mantén la mente ahí.

Su lengua deja un camino húmedo desde mi clavícula hasta el ombligo y su mano se adelanta, tirando suave de la braga. La tela desciende por mis piernas y el aire nuevo roza mi sexo desnudo y me saca un gemido que vibra en la habitación quieta.

—Describe.

—Seda líquida…— mi voz tiembla—. Y un latido… dentro.

—Bien. —Su voz ronca se cuela entre mis piernas antes que su aliento.

Acomoda su cuerpo entre mis muslos y yo los separo sin que lo pida. El TDAH intenta lanzarme la imagen de las celdas de agosto, pero su primer beso, ligero, en mi pubis, anula toda distracción. No lame aún, pero respira allí, como si inhalara mi pulso.

Con la lengua, da un toque vertical que roza el clítoris apenas con la punta. Se aparta. Otro toque. Mi cadera tiembla, buscando más contacto, pero su mano firme presiona mis caderas contra el colchón.

—Concentra el color —susurra—. Dame el matiz exacto.

—Escarlata…—jadeo—. El escarlata que arde detrás de los párpados.

Premio: su lengua traza un camino lento desde el clítoris hasta la entrada. No penetra, dibuja. Luego su pulgar sustituye la lengua y

hace círculos apretados, pulso por pulso, mientras la boca se dedica a los labios internos.

Succiona, lame, muerde suave.

Siento mi humedad extenderse entre sus labios y el sonido leve que hace me ruboriza de pies a cabeza.

Empieza la secuencia.

Presión con el pulgar sobre el capuchón.

Pequeño golpe con la punta.

Succión breve.

Descanso de una respiración.

Repite. Cada vuelta reduce la distancia que hay entre mi placer y la explosión final. Yo intento verbalizar.

—Metal líquido… chisporroteo…

Pero la frase se me rompe porque, en la quinta repetición, introduce dos dedos, despacio, deslizando por la humedad. Me llena al ritmo de mi exhalación. El pulgar no abandona el clítoris y ahora alterna círculos con pequeños tacs rítmicos «tac-tac-tac» que resuenan como percusión interna.

—Cuenta para mí —pide—. Cuatro golpes, dos círculos. Mantén la mente ahí.

Sigo el juego: uno-dos-tres-cuatro, círculo-círculo. El mundo exterior deja de existir. Cada número es un destello, cada golpe un chispazo que se acumula bajo mi piel. Siento cómo los músculos internos se aprietan alrededor de sus dedos cada vez que completa la secuencia, y él utiliza esa presión para empujar apenas, encontrando ese punto profundo que hace vibrar mi visión.

Mi voz deja de ser voz. Se convierte en un hilo entrecortado, y cuando el patrón se repite por octava vez—tac-tac-tac-tac, círculo-círculo el universo se contrae a un núcleo incandescente. No pienso, no recuerdo, no analizo, solo estallo.

El orgasmo llega como un relámpago horizontal que me arquea, apaga el aire de mis pulmones y enciende un chillido que no reconozco como mío. Él no se aparta. Mantiene el pulgar golpeando suavemente el clítoris mientras los espasmos me desarman. Cada golpecito es una chispa que prolonga la descarga hasta que me licuo, me rindo, me derramo. Solo entonces retira la mano, lame con reverencia y apoya la frente en mi vientre, respirando conmigo.

Tardo un siglo en volver. Cuando abro los ojos, Andreas alza la mirada. Sus pupilas, dilatadas, chispean orgullo y algo parecido a ternura feroz.

—Color —susurra.

—Blanco… radiante —respondo, todavía temblorosa.

Su aliento sigue ardiendo en mi vientre cuando levanto la vista. Andreas se pone de rodillas y se sienta sobre sus talones en el colchón, con los hombros tensos y la respiración contenida.

El bóxer negro forma una tienda de campaña imposible. Su polla empuja la tela con un pulso furioso que contrasta con la serenidad de su mirada.

Me incorporo un poco, todavía temblando.

—¿Y tú…? —balbuceo, avergonzada de haberme deshecho sola.

Él desliza el dorso de los dedos por mi muslo, gesto tranquilizador.

—Estoy bien. —La voz le sale ronca, pero firme—. Esto—señala su propio bulto con una media sonrisa torcida—es solo disciplina mal enfocada.

Frunzo el ceño.

—¿Disciplina?

Se encoje de hombros.

—Cuando competía—dice—pasaba días, a veces semanas, sin correrme antes de una final. Creía que así toda la energía bajaba al

músculo correcto en el momento correcto. Viejo hábito, supongo.

Entiendo de golpe: la inspección, los descuadres, la presión. Él ha convertido mi placer en ejercicio de control propio.

—Pero esto no es una piscina olímpica —susurro, con el ceño fruncido.

—Créeme, me muero por soltar el freno, Iria —admite con un gruñido—. Pero quiero la mente afilada para desmontar a Morales y para que nada —su pulgar acaricia mi labio inferior— absolutamente nada vuelva a estorbar entre tú y yo cuando finalmente te folle.

Intento entender su lógica, pero el deseo me quema. Andreas cierra los ojos con la mandíbula tallada en piedra.

—Si continúas mirándome así y con las piernas abiertas, perderé un mes de entrenamiento mental —advierte con la voz dos tonos más grave.

—¿Quieres que las cierre? —bromeo, coqueta, y juro que no me reconozco.

—Solo por ahora.

Me recuesto, satisfecha al ver el temblor que le he arrancado.

—Entonces, campeón, ve a por tu medalla. Ya me contarás cuando quieras que vuelva a abrirlas.

Su risa estalla, profunda, antes de inclinarse para besarme en la frente.

—Estate preparada. Vas a comprobar qué tan explosiva puede ser la post-competición.

Se levanta. El sol entra en oblicuo y dibuja su silueta de hombros tallados, trapecios duros, la columna dibujando un mapa que invita a ser recorrido con los dedos.

El bóxer late —sí, late— bajo la tela oscura, pero hay más que carne tensada ahí. Es la voluntad indomable de un hombre que ha decidido esperar al instante perfecto.

Me sorprendo sonriendo, un gesto tonto y amplio que me calienta las mejillas.

Nunca nadie se contuvo para mí.

Nunca alguien convirtió mi placer en prioridad absoluta.

Andreas apoya el portátil en la cama, las manos extendidas como si fuese a arrancar de nuevo desde los tacos de salida. Antes de sentarse me busca con la mirada, y ese simple cruce de ojos hace que el mundo se quede sin aire. Hay orgullo en su media sonrisa, pero también un asombro casi reverente, como si admirara el temblor que aún me vibra en los muslos.

Ha descubierto mi caos y, lejos de juzgarlo, lo convierte en un camino de regreso a mis propios sentidos.

Observo cómo flexiona los dedos antes de posar las yemas sobre el teclado. Los nudillos se le marcan, la vascularización corre bajo la piel como un río domesticado a fuerza de brazadas infinitas. Puedo imaginarlo, años atrás, en la cámara de llamadas de un campeonato con su respiración medida, los músculos cargados, toda la testosterona contenida en la línea de salida para estallar justo en la meta de los cien metros.

Ahora esa misma energía late para mí.
Para mi nombre pronunciado en la penumbra.
Para mi cuerpo al que acaba de enseñar a silenciar el ruido del mundo.

Me arrolla una gratitud feroz, íntima. Andreas no solo me desea, me está enseñando a desearme. A habitar cada pulgada de mi piel sin culpa.

Y en algún rincón de mi disco duro mental que todavía no ha colapsado, sé que la verdad sigue en pausa.



16

El comité de crisis… y la crisis del comité

«Iria»

El eco de mis tacones se queda atrapado entre las paredes de cristal del comité de crisis. Andreas en la cabecera, yo a su derecha, dos jefes de área como testigos y una silla vacía al fondo.

Diego llega tarde, por supuesto. Cuando empuja la puerta, trae la sonrisa de siempre, la que vende lubricante verbal en las ferias de proveedores, y una carpeta azul chillón que ondea como bandera de paz.

—¿Me llamabais? —pregunta con ese tono que finge sorpresa—. He oído algo de una incidencia contable.

Andreas no contesta. Solo alza la mano y proyecta en la pantalla el informe que hemos terminado esta mañana con las columnas de ajustes engordados a su favor y mi firma digital recortada a lo grande en la última modificación para tratar de ocultarlo en el último trimestre.

—Explícamelo —ordena. Sin alzar la voz.

Diego lee dos líneas, carraspea, cambia de peso sobre los pies.

—Diría que eso es… un error de Iria. —Gira la cabeza hacia mí con una mirada de buen chico pillado en una travesura—. Ya sabes

cómo es mil cosas a la vez, concentración dispersa…

—Un desliz que te regala miles de euros cada mes solo a ti —ataja Andreas.

La sangre me zumba en los oídos.

Diego da un paso hacia la pantalla, como si la distancia fuera a diluir la evidencia.

—Oye, no quiero acusar, pero… —se encoge de hombros—. Iria y yo nos llevamos bien. Demasiado bien, quizá. Igual intentó… —mira a Andreas, arquea las cejas—, llamémosle, quedar bien conmigo.

El aire se parte de golpe. Los testigos se revuelven en las sillas. Yo siento que se me vacía el estómago.

Diego sonríe a medias, falsamente comprensivo.

—No es la primera vez que alguien se equivoca por cariño, jefe. A veces una invitación a un gintonic se interpreta como… ya sabes, algo más. Quizá Iria pensó que ese bonus extra me haría feliz.

Cada palabra es un dardo. Pero lo peor es que lo dice sin despegar la mirada de Andreas, como si yo fuera mobiliario.

El clic seco del bolígrafo Montblanc me sobresalta. Andreas lo parte en dos sin pestañear. Solo entonces habla, muy, muy despacio.

—¿Y por qué intentaste modificarlo en el documento 34B ayer a las 11:42 horas desde su puesto de trabajo? El informe de actividades muestra que justo en ese intervalo se crearon nueve nuevas notas de abono. Y, casualidad, solo rebajan *tus* ventas.

El silencio tras la pregunta de Andreas es tan denso que puedo oír cómo el aire se comprime en mis oídos.
Diego parpadea un par de veces, el clásico reajuste de foco cuando su show pierde público, y ensaya una risa breve.

—¿Documento 34B? —Pone cara de sorepresa—. No tengo ni idea. Yo estaba en mi planta revisando presupuestos. Ese usuario es de Iria, ¿no? Quizá exportó mal un fichero y, para cuadrar rápido, tocó mis cifras. Cosas que pasan cuando hay prisa.

Abro la boca, pero Andreas eleva un dedo. Son casi dos metros de calma engañosa.

—Iria estaba conmigo en la Sala dos a esa hora.

—Sea como sea, la firma es suya —insiste sin que le tiemble la voz—. El ERP no miente.

Suspira, muy convincente. Los dos jefes de área intercambian miradas incómodas. La autorización «IBELTRAN» brilla en pantalla como un letrero de neón.

—Ayer a las 11:42 estabas *tú* en mi puesto —digo, manteniendo la voz helada—. Tres personas pueden atestiguar que no estabas en tu lugar de trabajo.

Diego parpadea, la soberbia le patina.

—Quizá fui a por un café. ¿Qué pruebas tenéis de que yo estuve allí? Ninguna. Cámaras, cero. Registros, cero. Es su palabra contra la mía.

Ha construido una historia para salvarse. Andreas no pestañea.

—¿Seguro que fue idea de Iria? —pregunta con calma Ártica.

—Vamos, Andreas, no te dejes engañar. Lo único que mueve a Iria es lo colgada que está de mí y lo sola que se siente. Incluso me escribió toda una declaración de amor… y muy subidita de tono, por cierto.

Siento cómo la sangre me abandona las piernas y el suelo se inclina. ¿Habla de la servilleta? Es imposible.

Me giro despacio hacia Andreas, pero él mira a Diego, como un depredador que acaba de localizar la última salida de la presa.

—Di su nombre otra vez y te juro que te largas de aquí en ambulancia.

Diego retrocede un paso y su talón tropieza con la silla vacía.

—Solo quería demostrar que la señorita Beltrán tiene… motivaciones —balbucea.

Andreas apoya las dos manos sobre la mesa con los nudillos blancos, las venas señaladas como cables.

—Te ofrecí una salida digna —ruge en un susurro que me eriza el vello—. Ahora solo te queda la vergüenza pública. Firma la restitución. Sin condiciones.

—No firmo nada —grazna Diego, pero su voz se resquebraja.

Andreas se inclina. El músculo del cuello palpita.

—Pensemos qué versión le gustará más a un juez: el comercial que falsificó ventas y luego quiso culpar a una compañera insinuando favores sexuales o un error de la contable obsesionada que, casualidad, solo te beneficia a ti… y que tú jamás notificaste.

Hace una pausa. Deja que las opciones floten, tóxicas, en la habitación.

—Firma el reconocimiento de la deuda y asume tu culpa y tendremos solo un delito económico. Niega y sumas obstrucción, falsedad documental… y acoso laboral. Porque acusar de esa forma a una compañera para encubrir un fraude es acoso. ¿Te suena?

—Lo consultaré con mi abogado —responde Diego—. Mientras a ti te tocará explicar el desfalco de tu propia empresa.

—¿Crees que puedes amenazarme? Lo haré con esta investigación minuciosamente detallada. Reza para que tu abogado consiga un trato antes de que Hacienda suba el informe a la fiscalía y yo la presente ante un juzgado. Mientras tanto recoge tus cosas y desaparece de mi empresa. Estás inhabilitado de forma inmediata.

Esta vez Diego no tiene réplica.

Los dos jefes de área se levantan en cuanto él sale airadamente por la puerta, dejando que golpee la pared.

Andreas les reconoce con un leve gesto.

—Gracias por asistir a esta preciosa declaración de principios.

La puerta se cierra, dejándonos solos, y la catarsis me alcanza como una corriente ascendente. Me tiemblan las rodillas, el estómago se me pliega y el mundo se desenfoca un segundo.

Andreas rodea la mesa en dos pasos, se detiene frente a mí y, con una firmeza medida, apoya su mano en mi hombro. Me inclina hacia él con ese gesto que no es empujón ni abrazo, sino un anclaje.

Su otra mano se apoya en mi cintura, sosteniendo el temblor, y siento el calor de su pecho a través de la tela de mi blusa.

—Color —masculla, ronco, como si necesitara un código para comprobar que sigo aquí. Un peso enorme se me desploma del cuerpo. No sé si respirar o romper a llorar. Opto por respirar. Cuatro fuera, dos dentro.

Dejo que el latido encuentre su tonalidad.

—Granate ardiente —respondo, con la voz aún trémula, pero entera.

—Aguanta un poco más. Te necesito centrada para enfrentarnos a los inspectores, Iria.

Tengo la garganta anudada con algo que no sé si es rabia… o pura vergüenza. El nombre del destinatario de la maldita servilleta todavía flota en el aire, como un confeti tóxico que nadie ha barrido.

Trago saliva y clavo los ojos en la mesa pulida.

—Andreas, eso que ha dicho Diego… —el temblor de mi voz me traiciona.

—No —interrumpe, con la misma calma densa que ha usado para desarmar a Diego. Sus dedos se aprietan en mi cintura—. No ahora.

—Déjame explicarlo, por favor. —El ardor sube a las mejillas. Sé que mis ojos empiezan a nublarse.

Andreas niega una sola vez, despacio.

—Hoy no voy a pensar nada que ponga en duda tu integridad. —Su pulgar se mueve, dibuja un círculo tibio en mi hombro—.

Hablaremos cuando el último inspector se vaya y yo pueda permitirme escucharte con la cabeza despejada. ¿Entendido?

El nudo detrás de mi esternón estalla en un suspiro que me sale roto. Asiento. Es eso o echarme a llorar. No puedo, no delante de él, no a minutos de que Hacienda nos meta la lupa.

Andreas se endereza y recupera el tono de comandante en cubierta.

—Respira, Iria.

Obedezco. Uno, dos, tres, cuatro… aire nuevo. La presión cede un milímetro. Al abrir los ojos, descubro el reflejo de mis pupilas en los suyos. Sigo temblando, pero ya no me ahogo.

—Color —susurra.

—Cobalto, justo antes del rayo —logro articular. Es nuestro salvavidas privado y funciona.

Él inclina la cabeza, satisfecho.

—Bien. Ahora vamos a preparar el paquete para los inspectores.

—Vale. Primero números, luego servilletas.



Al salir al pasillo, siento cómo la adrenalina vuelve a encajarme los huesos.

Andreas avanza un paso por delante, rígido pero contenido. Yo intento seguirle con la cabeza en modo auditoría con el estómago todavía haciendo eses.

Al girar la esquina choco casi de frente con Raquel.
Lleva el móvil apretado contra el pecho y los auriculares colgando como dos signos de interrogación.

—¿Todo bien? —susurra, con esa media sonrisa suya, la de cuéntame el chisme, pero hoy no parece un guiño de socorro mutuo. Brilla raro, afilado.

—Sesión maratón con Hacienda en veinte minutos, imagina. —Me obligo a sonar objetiva, casi neutra.

Raquel asiente, pero sus pupilas se desvían un segundo hacia Andreas, un vistazo fugaz, evaluador, y vuelven a mí con un destello de comprensión.

Entre los dedos le asoma un pedacito de papel azul claro, arrancado de un cuaderno. Lo dobla deprisa cuando me doy cuenta de que lo estoy mirando.

—¿Vienes luego a comer algo? —pregunta.

—Si salgo viva —bromeo sin ganas.

Raquel ladea la cabeza. Ese gesto que significa «ánimo, jefa».

Andreas me roza el codo.

—Beltrán, logística primero —recuerda.

—Voy —respondo.

Raquel se aparta, pegándose a la pared de cristal. Cuando paso a su lado me llega su susurro.

—Luego te cuento una cosa, ¿vale? No dejes que te explote en la cara.

No sé si se refiere a la inspección, a Diego o… a algo nuevo que todavía está por estallar. Pero no tengo tiempo de preguntar. Andreas ya ha abierto la sala de juntas pequeña y me espera con el portátil encendido y el rictus del cirujano que se lava antes de la operación.

Cierro los ojos un segundo. Cobalto. Rayo. Cuatro fuera, dos dentro.

Abro los párpados y entretanto Andreas ya ha colocado dos botellines de agua sobre la mesa. La manera en que alinea las etiquetas contra el filo indica que el combate empieza antes de que lleguen los árbitros.

Cinco minutos más tarde el inspector Garrido irrumpe con su maletín blindado, otro técnico detrás cargado de un portátil oficial y un precinto amarillo canario que anuncia evidencia.

—Señor Karalis, señorita Beltrán —saluda sin perder el paso—. Vamos a ser operativos. Necesito la documentación prometida y una declaración de incidencias.

Andreas asiente, le ofrece la carpeta impresa y el pendrive sellado. Garrido los coloca en fila, abre un formulario y empieza a teclear como si no hubiera oxígeno de sobra.

Yo trago saliva y doy el primer golpe.

—Inspector, si finalmente no logramos demostrar la suplantación, me reconozco autora material de los ajustes. La decisión fue mía, sin conocimiento ni participación de la dirección. Asumiré la vía penal. La empresa, solo la administrativa.

Las teclas de Garrido se detienen. Alza los ojos, neutros, inquisitivos.

—¿Entiende que una confesión falsa puede constituir obstrucción a la justicia? —pronuncia cada sílaba como quien desinfecta una herida—. Y que, de probarse el acceso de un tercero, usted añadiría a sus cargos responsabilidad por alteración de pruebas.

—Lo entiendo. Prefiero enfrentarme a un juez antes que ver mi nombre perjudicando a Helios & Olivo. —El ardor me regula la voz, pero no tiembla, arde a temperatura constante.

—Objeto —entra Andreas, firme como una cláusula notarial—. La compañía no consentirá un sacrificio personal para proteger su

imagen. Presentaremos querella contra el verdadero autor y asumiremos el acta que corresponda. Cualquier ajuste tributario lo soportará el accionista, no un trabajador.

—Bien. Les propongo una vía razonable. Les requiero la entrega de soporte informático íntegro y no alterado en un plazo máximo de setenta y dos horas. El acta quedará abierta. La señorita Beltrán constará como responsable contributiva subsidiaria en investigación, no como culpable firme. Si aportan un peritaje solvente, evitaremos imputaciones innecesarias.

Teclea la cláusula, imprime, firma, hace girar el bolígrafo hacia mí. Firmo sintiendo la tinta pesar diez kilos. Andreas rubrica después. Su caligrafía es impoluta.

Garrido guarda los documentos y, antes de marcharse, deja constancia, voz en pecho.

—La colaboración voluntaria reduce la sanción un treinta por ciento. No lo olviden.

Cuando la puerta se cierra, solo queda el eco. Andreas suelta el aire que llevaba prisionero.

—No vas a hundirte para salvarme —musita mientras recoge las botellas intactas—. Déjame pelear esta guerra.

—Tienes que inhabilitarme, Andreas. —Mi voz suena como el borde de una copa a punto de astillarse—. Era mi responsabilidad que las cuentas cuadraran y he fallado.

Él deja las botellas sobre la mesa sin apartar la mirada de la mía.

—Tú no tienes la culpa de que un imbécil te haya engañado, Iria.

—Podría haber hecho mejor mi trabajo y asegurarme de que eso no ocurría. —Me abrazo el cuerpo, como si así pudiera apretar el error hasta que desaparezca—. Si me apartas, demostrarás diligencia ante Hacienda. Y ante la junta.

Andreas niega despacio, mandíbula tensa.

—Para empezar, lo hiciste. Detectaste las anomalías y las documentaste. No puedes cargar con que él manipulara las ventas después. —Da un paso, sus zapatos resuenan sobre el mármol—. Bastante tenías con llevar todo el peso financiero mientras medio departamento aún funciona con grapas y fe.

—No es suficiente. —Me obligo a mantener el mentón alto—. El expediente habla de mi firma, no de su treta. Mientras sea así, soy un ancla para la compañía.

Frunce el entrecejo, como si la palabra ancla le doliera.

—Eres el mástil, no el lastre. Y hasta que un juez diga lo contrario, no pienso apartarte. Puedo poner a Flores de interino para que los inspectores vean medidas de refuerzo, pero tu nombre seguirá en el organigrama.

—Eso es maquillaje —susurro.

—Eso es estrategia. —Sus dedos se posan en mi codo—. Me pediste que te dejara pelear. Ahora déjame pelear a mí. No voy a perder a mi directora financiera porque un don nadie coleccione comisiones con tu contraseña.

La obstinación que brilla en sus ojos es el mismo acero que partió el Montblanc hace un rato. Siento que, si insisto, terminaré dándome contra una muralla construida con el peso exacto de su fe en mí. Y, maldita sea, esa fe arde más que la culpa.

—Andreas…

—Ni hoy, ni mañana. No voy a firmar tu inhabilitación. —Sus pupilas se ablandan un grado—. Cuando todo esto pase, si aún quieres colgar el título, hablamos. Ahora necesitamos que revises los *logs* con un perito y encuentres la maldita huella de Morales.

Asiento, tragando el nudo que me raspa la tráquea. Él entiende el gesto y me roza la muñeca con el pulgar, un toque mínimo que me devuelve a este lugar y tiempo.

—Conque cobalto, ¿eh? —murmura, como si intercambiara contraseñas secretas—. Recuérdame que pintemos alguna pared del despacho cuando acabemos. Necesitarás un color propio para celebrar la victoria.

—Primero ganemos. —La voz me sale ronca, pero sin grietas.

—Eso está hecho. —Su semisonrisa de dios termina de soldar el aire entre nosotros—. Ahora ve a comer con tu amiga. Yo hablaré con Jurídico y con la junta y… conseguiré al mejor perito.

Salgo de la sala con la carpeta abrazada al pecho. Cuando cruzo el umbral, me vuelvo y lo encuentro mirándome todavía. Al otro lado del cristal nuestros reflejos siguen allí, separados por la línea vertical del marco, pero esta vez la distancia parece un simple trozo de pintura.



17

Informe Nikos: Pánico Preventivo

«Iria»

La llamada de «Jero-hermano zen» parpadea sobre la pantalla de mi móvil justo cuando termino de imprimir el último listado para el perito.

Son las ocho y algo de la tarde y el despacho de Andreas está vacío de ruido, pero lleno de facturas, y yo solo quiero disolverme en el aire acondicionado. Aun así, deslizo el dedo.

—¡Feliz cumpleaños, chispitas! —gruñe la voz de mi padre antes de que el vídeo se estabilice.

—Que cumplas muchos más, hija —añade mi madre, desde su móvil, semienterrada tras un ramo de gerberas rosas tamaño ofrenda funeraria.

—¡Sorpresa cuántica desde Tailandia! —remata Jerónimo, con un moño samurái, torso *ahí-ahí* entre *influencer* de yoga y pollo tandoori. El 4G del templo lo deja congelado con cara de emoji espiritual.

Retrocedo mentalmente: auditoría, fraude, Andreas, donut, sexo telepático, inspectores… Felicidades, Iria. Vuelves a cumplir años en modo sudoku extremo.

—Hola —suspiro, deseando que la cámara no delate las ojeras ni el temblor que me recorre desde ayer por la mañana.

Papá sostiene su móvil demasiado cerca y solo veo su nariz y el bigote canoso estilo aspersor. Mamá aparece detrás del ramo, agitando la mano como si diera permiso de aterrizaje a un Boeing. Jerónimo, por su parte, se acomoda en posición de loto sobre una esterilla fluorescente.

—¡Cuéntanoslo todo! —ordena mi madre.

—¿El qué? —atesoro tres mil incendios en la cabeza y ninguno es materia de sobremesa familiar.

¿La puñalada de Diego? ¿El inspector-Terminator? ¿Mi jefe Hércules-edición-traje? ¿Por dónde empiezo?

Jerónimo alza la palma, ceremonioso.

—Antes de embarullar su aura, debo compartir mi visión —declara, modulando la voz como un monje que acaba de descubrir las vocales. Cualquier día factura por palabra.

—Jero, no —ruego. Pero el wifi del templo ignora mis súplicas.

—Anoche vi un león dorado —empieza—. Caminaba por su caverna y tú ibas detrás. El león se daba la vuelta y te gruñía luego te enseñaba los colmillos para devorarte.

—Pues a este paso no sé yo… —murmuro, medio en broma medio en serio, mientras me recoloco el moño-nido.

Mi madre suelta un «¡ay!» marca de la casa. Papá pone los ojos en blanco. Él es hombre de películas de John Wayne y jamón ibérico, no de mística selvática.

—Hijo, deja de asustar a tu hermana —refunfuña—. Bastante tendrá con la reunión de antiguos alumnos.

—¿Reunión de antiguos alumnos? —pregunto, desconcertada.

—Este sábado, los de tu promoción han quedado para cenar en Toledo —prosigue el druida—. Noelia «la de mates que lo metes»

me quiso fichar de pareja comodín a través de Instagram. Ya sabes que tuve un rollete con ella y nos seguimos.

El corazón se me encoge hasta el tamaño de un sello. Nadie me ha invitado. Ni un mísero mensaje de «oye, por si te apetece». Claro, la chica invisible de bachiller ni siquiera figura en la lista de invitados.

—No te preocupes, Iria —dice mamá, interpretando mi silencio—. Igual se despistaron.

Des-pis-ta-ron. Lo pronuncia como quien barre migas de la mesa.

—Deberías ir —anuncia Jerónimo con descaro—. Les diré que te reenvíen el enlace. Los reencuentros escolares son demasiado poderosos para perdérselos. Sobre todo cuando te conservas mejor que los demás o has perdido la mitad de ti misma…

Mi padre le lanza una mirada taladro. Jerónimo se encoge de hombros, místico, pero no tonto.

—Gracias por la profecía y por el consejo —murmuro—, pero tengo que colgar. Hacienda me espera.

—¿Estás haciendo tus meditaciones para controlar tu mente? —interroga Jerónimo.

—El único ritual que cumpliré hoy es sobrevivir —replico, más áspera de lo que quisiera.

Mamá golpea la mesa, «ti-ti-ti», código Morse de madre preocupada.

—Cuando esto pase, vente a casa a soplar velas. Te hago arroz con leche.

—Lo haré —aseguro.

Papá alza la mano libre.

—Estamos orgullosos de ti, capitana. —Su voz ronca atraviesa kilómetros y pantallas con la firmeza de siempre.

Y, entonces, la grieta. Siento que todo el líquido del cuerpo se me sube a los ojos. Trago. Sonrío.

—Os quiero —consigo decir.

Cuelgo antes de que derrame la primera lágrima. Apoyo la frente en el borde frío de la mesa de cristal.

«Feliz cumpleaños, Beltrán: fraude fiscal con tu nombre, un excompañero y exaspiración romántica, que te hunde, una fiesta a la que nadie te ha invitado y un león dorado sin apetito».

La puerta batiente se abre como si recibiera un puñetazo y Andreas atraviesa el umbral igual que un boxeador que acaba de escuchar el gong final. Trae el traje arrugado, la corbata medio desanudada y los nudillos tan blancos que el Montblanc partido de la mañana parecería un juguete en sus manos ahora.

Cierra con el antebrazo, apoya la nuca un segundo en la madera, respira hondo y al volverse sus ojos verdes se oscurecen un matiz.

—¡Qué cojones! —gruñe, entre rabia y espanto. La sesión con el consejo ha durado ocho horas y cada frase aún le pesa en los hombros.

Se gira con la furia latiéndole en la mandíbula.

No dice «sigues aquí», porque es evidente que, con la auditoría encima, mi lugar es este. Su mirada pasa de los papeles a mi rostro, luego al suelo como un recuento silencioso de todo lo que aún queda por resolver.

—¿Qué tal los listados para Price & Brookes? —pregunta, la voz áspera de ocho horas de junta.

—Listos —respondo, colocándolos sobre la mesa auxiliar—. Mañana a primera hora los subiré al servidor espejo.

Andreas asiente apenas, como si marcara un tick mental. Echa la cabeza atrás, desabrocha el botón del cuello. La furia se mezcla con un cansancio que le hunde los hombros, pero bajo la superficie vibra otro impulso.

Avanza hacia su mesa, deja caer la corbata sobre el tablero, se pasa una mano por el pelo… y se detiene. Sus ojos se posan en mí con un destello diferente como si necesitara recalibrar el mundo a través de mi piel.

—Cierra la puerta con llave—ordena, grave.

Me levanto y lo hago. El clic de la cerradura silencia hasta el zumbido del aire acondicionado. Al girarme, él rodea la mesa y se planta frente a mí en un solo paso, y mi espalda ya siente el borde del escritorio.

—Ocho horas —escupe—. Ocho. Y cada minuto ha sido «¿Está usted seguro de que la señorita Beltrán no se dejó seducir por Morales?», «¿No será que intentaba agradarle?».

Pronuncia *seducir* como si se atragantase con veneno.

Se apoya en la mesa, las manos abiertas, la tensión marcándole los tendones.

—Mi padre, mi hermano, los consejeros… Un desfile de incredulidad con corbata italiana. —Golpea el tablero con la palma—. Pretenden que paguemos la sanción y, de paso, que te coloquemos la diana de femme-fatale contable.

Mi estómago se encoge, pero él no me da tiempo a replicar. Levanta la mirada, jadeante.

—He dicho que antes me cortaría la mano derecha que firmar algo que te manche. Y ¿sabes qué han contestado? Que *mi juicio está nublado*. —Se ríe sin humor—. Nublado, Iria. Como si no pudiera distinguir entre tus curvas y la verdad.

Intento hablar, pero no me sale voz.

—Además —masculla—, han exigido meter un perito neutral para adelantar parte del volcado.
Frota los nudillos contra la madera, como si quisiera lijar la rabia.

—¿Price & Brookes no basta? —pregunto todavía aferrada al filo del escritorio.

—No. —Su mandíbula se tensa un grado más—. Necesitaban sentirse seguros y he jugado mi última carta: Nikos Karalis.

El nombre cae como un sello de lacre. He oído de él. El hermano mayor, matrícula olímpica igual que Andreas, pero en la piscina de la ciberseguridad.

Él se endereza lentamente, desliza los nudillos por la madera hasta rozar mi cadera.

—¿Tu Nikos? ¿El que le hackeó la agenda al ministro de Economía… en directo? —balbuceo.

Andreas asiente, labios apretados.

—Vendrá mañana. Con su propio kit forense y su ego tamaño Partenón. Dice que en tres días desmonta cualquier sombra… o confirmará lo que sea necesario. Y, de paso —su mirada se clava en la mía—, *te* estudiará.

La forma en que lo dice me eriza hasta los empeines.

—¿Estudiarme? —pregunto, sin aliento.

Andreas apoya la yema del pulgar en mi esternón, justo donde late el pálpito granate.

—Nikos huele la debilidad como un tiburón. Si ve un resquicio, abre la carne hasta encontrar hueso. —Traga—. Y cree que soy idiota por fiarme de ti.

El comentario duele más de lo que esperaba, pero la forma en que Andreas lo admite, con un deje de vergüenza y furia mezcladas, me hace apretar el escritorio en vez de apartarme.

—Entonces —susurro—, mañana tendré a otro Karalis midiéndome el pulso.

—Sí. —Su mano desliza del esternón a mi clavícula—. Pero este no querrá acariciarlo, querrá triturarlo.

Su declaración vibra entre nosotros.

—¿Algo más que deba saber? —pregunto, buscando aire.

—Sí. —La sonrisa que curva su boca es oscura—. Nikos nunca acepta perder. Así que va a probar todos tus números, tus correos, lo que dices y lo que no. Así que necesito saberlo, Iria... ¿aún sientes algo por Diego Morales?

La pregunta retumba entre nosotros.

—¿Aún? —Echo el aire—. ¿Cómo sabes que…?

—Era evidente —interrumpe, los ojos un tizón verde boreal—. No soy tonto, aunque prefería ignorarlo. Y Nikos vendrá a hurgar donde yo no quise.

Trago. El despacho se encoge.

—Creo que en realidad solo me gustaba la idea de gustarle yo, de que me prestara atención —confieso—No siento nada… solo náuseas por haber sido tan idiota.

Andreas cierra los ojos y el músculo en su mandíbula se relaja milímetros, pero no la tensión.

—Di que no sientes nada por él otra vez —susurra.

—No siento nada de nada por Diego Morales —repito, temblando, pero no de miedo. Tiemblo por la proximidad de Andreas, que me tiene atrapada entre la firmeza de su mesa y la de su cuerpo.

Su pulgar late contra mi pulso y la otra mano, plantada sobre la madera, clausura cualquier vía de escape. Entonces me alza sobre la mesa colocando las manos en mi cintura con un gruñido. Los papeles vuelan.

—Pero tienes que saber una cosa, Andreas…

—Silencio —ordena, pero no suena a castigo, sino a ruego. Sus ojos oscurecidos suplican un lugar donde descargar la furia sin romper nada que no estemos dispuestos a recomponer.

Su mano desciende por mi costado y se detiene en el borde de mi falda y comienza a subirla.

—Ahora sí, contable —dicta, y su voz vibra en mis vértebras—. Abre las piernas. Necesito que me dejes entrar… de todas las formas posibles.



18

Método 4-2 (No apto para Cardíacos)

«Iria»

Andreas desliza los dedos bajo el dobladillo y lo va empujando hacia arriba, milímetro a milímetro, mientras yo aflojo las rodillas y dejo que las piernas se separen, respirando en un hilo que solo él escucha.

El aire acondicionado acaricia mi piel y la eriza. Andreas jadea, devorando la escena con los ojos.

—Más.

Nunca toca deprisa. Primero sondea, como si cada centímetro fuera un dato que memoriza. Separo bien las piernas para darle una vista espectacular de mis bragas.

—Color —pide, sin levantar la vista.

—Carbón encendido —respondo, y la voz se me quiebra en la sílaba final.

Él suelta un «uf» que me prende la sangre.

La comisura de su boca se curva, fiera.

—Respira, contable. Cuatro fuera, dos dentro.

Obedezco. Cuatro fuera, me vacía. Dos dentro, me recoloca. Cuando vuelvo a exhalar, su mano ya me acaricia la pantorrilla, sube a velocidad de ascensor ochentero: planta uno, rodilla; planta dos, muslo. Se detiene a un dedo del encaje y hace un círculo lento.

Con la otra mano, afloja los botones de mi blusa: uno, dos, tres. El sujetador asoma con cada pulso cuando el pulgar roza el pezón a través de la fina malla color merlot, él reconoce el sujetador con una sonrisa.

—Mi nuevo color favorito —susurra ronco.

Sube el pezón con la yema con lentitud precisa y lo suelta. Mi gemido es aire afilado.

Sigo el conteo. Cada exhalación desata un nudo viejo. Él observa cómo mi pecho se alza, estudia la vibración en mi garganta.

Desliza la mano entre mis rodillas y me las abre un poco más. Sus ojos se clavan en los míos, oscurecidos, casi carbón, y me doy cuenta de que no parpadea porque está midiendo mi pulso con la vista.

—Nombra lo que sientes —ordena, sosteniéndome el mentón con dos dedos.

—Calor… aquí —digo mientras marco con un leve gesto el pecho que late.

—¿Y ahora? —pregunta cuando deja caer el pulgar justo en el borde del encaje de mi sujetador.

—Un chispazo… cobre brillante.

—Quiero el matiz exacto. —Su boca roza mi comisura, un beso que no llega a ser beso y, sin embargo, lo enciende todo.

—Cobre líquido, casi ámbar —corrijo, jadeante.

Entonces baja la boca a la base de mi cuello, lame el pulso. Su lengua dibuja una ruta que desmiente cada pizca de prisa. Se toma

el tiempo de recorrerme, saborear.

Al llegar al centro de mi pecho, por fin aparta la tela y envuelve el pezón con los labios. Su lengua describe un círculo perfecto, después aprieta entre dientes para soltar un pellizco dulce. El contraste me incendia bajo el ombligo.

Cada latido empuja la sangre a mis sienes. El despacho se convierte en un capullo de ruido blanco. Solo se oyen nuestras respiraciones y el leve susurro de tela cediendo.

Poco a poco, mis manos cobran vida. Planean sobre su espalda hasta la curva definida de su culo. Me moría por tocarlo. Aprieto, madre mía, esto no es un culo. Es un hemisferio griego esculpido a base de largos olímpicos, firme y redondo como si la tela hubiera nacido para abrazarlo. La yema de mis dedos resbala y casi se me olvida mi propio nombre.

—¿Pero qué clase de injusticia arquitectónica es esta? —susurro contra su cuello, con las manos bien puestas donde deben estar.

Sonríe contra mi piel, travieso.

—¿Te estás distrayendo, Iria? —Su voz vibra entre clavícula y esternón—. Vuelve aquí.

Él se inclina y me toma la boca con un beso de los suyos, versión olímpica. Primero tantea, luego profundiza, y cuando su lengua entra lo hace girando lento, lento, lento, como si examinara cada rincón para reclamarlos todos. Pierdo la cuenta de las respiraciones. Solo sé que mi corazón escapa del pecho para latir en su boca.

Recorre mi muslo hasta el borde de la braga y presiona ahí, al nivel del hueso, como pulsando un botón de silencio interno. El mundo se estrecha al diámetro de su dedo.

—Siente solo esto —susurra contra mis labios—. Que todo lo demás se derrumbe a tu espalda.

Sin aviso, da un suave golpe con la palma abierta sobre la tela húmeda, justo en el centro sobre mi clítoris.

Ese *tap* cristaliza la atención: ni inspector, ni Nikos, ni cumpleaños fantasma. Solo la vibración caliente que se expande con eco.

Estoy suspendida de sus dedos y su respiración.

—Ahora, Iria, describe el sonido.

—Trueno en la base del cráneo —resbalo contra la palabra.

Cuando separa los labios, sus dedos ya han esquivado la braga y rozan piel desnuda con un trazo vertical y presión suficiente para que mis caderas se arqueen contra su mano en una súplica inconsciente. Sonríe, un destello de maldad deliciosa, y me sostiene contra la mesa con la otra palma en la parte baja del vientre, manteniéndome exactamente dónde quiere.

—Concéntrate aquí —susurra, empujando su pulgar entre los pliegues y girando lento, un pequeño ocho. Dame el color cuando cambie.

Todo mi sistema se incendia en rojo anaranjado, después carmesí. Cuando se lo digo, él introduce un dedo, despacio, eterno, y el carmesí se vuelve granate oscuro. Añade otro y la presión interna se estira hasta el borde provocando un dolor dulce. La mesa cruje, yo también.

—No huyas —me guía, besando mi ceja—. Cuatro fuera…

Exhalo. En la pausa, su pulgar golpea el clítoris con un ritmo suave, regular. Taps que marcan la locura de placer que me provoca.

Inhalo y siento cómo sus dedos se curvan justo donde el mundo se deshace. Abro la boca para avisar, pero la palabra se queda atrapada en un gemido que él engulle con su boca.

Sin previo aviso, se separa y yo suelto un gemido de protesta muy poco profesional. Lo oigo reír bajito en mi piel. El tío disfruta torturando con arte.

Me acerca al borde de la mesa contra él y noto su polla rozarme a través de la tela, su peso, su urgencia, su invitación. No hace falta

ver para entender la magnitud de lo que late allí. Lo siento pulsar contra mí, duro como una piedra.

Exhala un juramento en griego y yo lo siento bajar como lava dulcísima.

—A la mierda la disciplina —repite, esta vez ronco, como si la frase le naciera desde el estómago.

Me alza un palmo más, de modo que las carpetas esparcidas crujen bajo mis caderas y desliza mis bragas por mis piernas hasta deshacerme de ellas.

Su brazo se estira detrás de mí, la línea del dorsal se marca bajo la camisa blanca y con una mano rebusca a ciegas en el cajón superior de su mesa.

Aprovecho el momento. Libero el botón más alto. La tela cede con un chasquido casi inaudible. Él apenas frunce el ceño, consciente de mi maniobra, pero no la detiene. Su mano sigue buscando algo en el fondo del cajón mientras mi pulgar desliza por la abertura recién creada, rozando la piel tibia que asoma entre los pliegues.

El segundo botón resiste un instante, pero lo venzo y la ranura se abre lo suficiente para que la luz acaricie la curva suave de su clavícula y el relieve firme del pectoral.

El contacto me hechiza. Paso la yema de los dedos desde el esternón hasta el borde del músculo, siguiendo la sombra que el flexo proyecta sobre su piel.

Deslizo los pulgares hasta rozarle los pezones con pequeños círculos primero y apenas presión, lo justo para que la piel se frunza y él suelte un soplo áspero que me golpea la mejilla.

Siento cómo el músculo se tensa bajo mi mano, Andreas inhala hondo. Noto el torso expandirse bajo mi mano y el latido constante que vibra contra mis dedos.

Aún agachado sobre el cajón, murmura un «sigue» apenas audible. Yo obedezco y deslizo la palma abierta por la pendiente de su pecho hasta su abdominales y descubro la textura cálida y tersa de cada fibra, y me pierdo allí, en ese mapa de mármol vivo, mientras él cierra el cajón a ciegas y se endereza, dejando que mis manos terminen de desabotonarle la camisa como si fuese la única tarea importante del mundo.

Oigo el sonido de plástico nuevo rasgándose en una caja y luego el desgarrar leve del envoltorio de un látex.

«Caja recién comprada» pienso, y un chispazo de ternura se cuela entre mi nube de placer.

Su cinturón chasquea y luego la cremallera se desliza hacia abajo.

Quiero mirar. Lo necesito.

Bajo los ojos, sigue con los pantalones puestos y apenas se ha bajado un poco el bóxer, pero me encuentro ahí su polla erguida, firme arrogante bajo el látex que desliza por ella. Toda la sangre del universo parece latir en esa una única pieza de arte que se arquea hacia su vientre.

El dorso es liso, tirante y una vena salta como una firma azulada que corre desde la base hasta el borde rosado del glande, donde brilla una gota diminuta y obstinada.

Y debajo… piel pulida. Su pubis está completamente depilado, impecable, sin una sombra. Ni rastro de vello que reste definición al conjunto. Liso como mármol tallado.

Preciosa, tan perfecta que parece esculpida a conciencia.

Andreas intercepta mi mirada.

—¿Estás hiperfocalizando, contable?

Él desliza la mano por su propio eje, aprieta un instante la raíz, ese gesto de control me arranca un jadeo inesperado.

—Creo que sí —respondo apenas.

Asiente, orgulloso y apoya la punta contra mí. No entra, solo roza. Un toque cálido que convierte todo el despacho en un único punto incandescente.

—Mírame a mí —exige. Sus pupilas dilatadas oscurecen sus ojos.

Avanza despacio, tan despacio que siento cómo la presión va cediendo, milímetro a milímetro. Llevo tanto tiempo sin sexo que le cuesta entrar y su tamaño no ayuda.

Se queda quieto, dejando que mi cuerpo se acostumbre a su invasión con el cuerpo tenso, como si sujetara el mundo entre sus manos. Apoya la frente en mi hombro, exhala y el aire caliente me recorre la clavícula.

Con cada exhalación la presión cede un milímetro más, hasta que mi cuerpo lo reconoce y la mete entera.

Él levanta la cabeza. Sus ojos me interrogan: «¿todo bien?».

Asiento, y algo se afloja en su mandíbula.

—Dime lo que sientes —musita, la voz pegada a mi boca.

—Una ola**...** Una ola que sube, revienta y lo inunda todo…

Una de sus manos atrapa la mía sobre la mesa y entrelaza los dedos. La otra se apoya en la base de mi espalda, sujetándome contra él.

Empieza el movimiento lento, medido, con esa elegancia de nadador que reparte fuerza sin despilfarro. Sale casi nada, vuelve despacio, rozando todas las paredes que acaban de cederle paso. La mesa gime a su propio ritmo. Yo lo sigo, el cuerpo entero en vilo, cada fibra en alerta deliciosa.

—No te vayas —ordena cuando mi atención se disgrega hacia el techo—. Quédate aquí, justo donde chocamos.

Cierro los ojos y me agarro al sonido, al leve golpe de sus caderas, su respiración que se acelera, el roce de papel todavía bajo mi cadera y la humedad formándose entre nosotros. Me quedo ahí, en el punto de fricción que ya late púrpura ardiente.

Retrocede un par de centímetros antes de entrar de nuevo, lento, profundo. El movimiento me provoca un jadeo. Él vuelve a salir despacio y provoca un sonido húmedo.

Acaricia con la punta apenas la entrada y se detiene como si necesitara comprobar que estoy al 100% centrada en esto.

Roza mi clítoris con el pulgar en un círculo lento. La yema dibuja un ocho que me hace crujir los muslos contra su cadera.

—Ahora dime textura.

—Goma de borrar caliente —respondo entre jadeos—, esa que se ablanda cuando la aprietas mucho.

Su risa es apenas un gruñido satisfecho, primitivo. Me regala un empuje corto, casi de advertencia, y se queda dentro solo un instante. El pulgar no deja de girar.

Mis párpados tiemblan bajo la presión de los latidos.

—Sigue ahí —indica, y me pide otra descripción con un movimiento de cadera que roza, se retira, vuelve.

—Seda… ardiendo… contra mármol fresco.

—Perfecto. —Un segundo impulso, un poco más rápido—. Y ahora, ¿sonido?

—Truenos blandos… en una cueva —susurro, sorprendida de mi propia metáfora.

—Me encanta tu cueva —gruñe. Y entonces, como premio, embiste con fuerza. Sale y entra sin perder la fricción del pulgar, marcando un ritmo que alterna presión y caricia hasta que la coherencia se me funde en blanco.

Cuando acelera, el vaivén ya no es elegante, es hambre contenida y feroz. Mi nombre se quiebra entre sus dientes y siento la ola crecer, empujar desde el centro del pecho al vientre.

Me empuja y me espalda cae sobre la mesa. Me sujeta por detrás de las rodillas y alza mis piernas. La nueva inclinación lo deja

entrar entero, profundo. Mis caderas se vuelven locas contra él. Ya no controlo nada ni mis gemidos ni mis movimientos.

Solo siento y me dejo llevar concentrada en su pelvis, en sus dedos apretando mi carne, en la punta de su polla presionándose contra el final. Su cadera golpea la mía con un ritmo firme, regular, nada fino. Pura necesidad bien dirigida.

Una, dos, tres embestidas más, y la ola revienta. Un estallido que me arquea, me vacía, me incendia mientras abro la boca para gritar sin contención, como nunca en mi vida lo he hecho durante el sexo.

Él gime algo en griego. Suena roto, urgente, se hunde una vez, dos, y se quiebra. Lo oigo gruñir y un temblor seco sacude su cuerpo dentro del mío cuando se corre, presionándose tan fuerte contra mí que mueve la mesa hacia atrás unos centímetros.

Se queda quieto, respirando contra mi cuello, y yo rodeo su cintura con las piernas para no perder ni un milímetro de esa paz líquida.

Pasa un minuto —o una vida— antes de que suelte mi mano y acaricie mi mejilla con los nudillos.

—Color —susurra, suave.

—Luz —respondo—. Toda la luz que cabe en un cuerpo.

Su sonrisa se curva, agotada y orgullosa.

Se aparta despacio, se da la vuelta apenas lo justo para deshacerse del condón con esa eficacia discreta que tienen los hombres que respetan hasta el último gesto.

Lo anuda con un movimiento rápido, sin aspavientos, y lo tira a la papelera junto al mueble de los archivadores.

Yo alcanzo a ver el extremo blanquecino lleno de semen antes de que desaparezca dentro.

Se acomoda el pantalón, recoge un par de carpetas caídas y las apila sin apenas mirarlas. Después me ayuda a deslizarme al suelo y bajarme la falda mientras yo recupero mis bragas y me las pongo.

Nos apoyamos hombro con hombro contra la mesa, tratando de recuperar una respiración que ya nunca será igual.

—Nikos lo sabrá en cuanto ponga los ojos sobre mí —dice.

—¿El qué?

—Que me tienes totalmente desmontado, Iria. Eso debilitará mi defensa de ti.

—No soy tan frágil —respondo, aún con la voz empañada—. Ni tú tan desmontable.

Él deja escapar una risa corta, incrédula.

—Eso se lo dirás mañana a él cuando Nikos empiece a diseccionarnos y al primer vistazo comprenda que, si te acercas a mí, se me apaga medio sistema.

—No va a encontrar nada que tú y yo no podamos explicar.

—Lo único que me preocupa es que te sientas sola en la diana.

—Estaré bien.

Nos mantenemos así un momento, silencio tenso pero cómodo. Entonces él carraspea, se aparta un paso y mira la hora en el móvil.

—Son casi las diez y sigues trabajando el día de tu cumpleaños —murmura—. Eso sí es un delito.

—No se suponía que lo supieras… —gruño, sonrojada.

—Soy griego, no ciego —dice con una sonrisa satisfecha como si no fuera la rima más tonta de la historia.

Me río, cansada y feliz.

Él se acerca a la puerta, gira el cerrojo, después vuelve, se encaja la chaqueta y me tiende la mano.

—Vamos a buscar el trozo de tarta más obsceno de todo Madrid y a ficharlo como prueba irrefutable de que este día tuvo su parte dulce —dictamina con media sonrisa—. Tú disfrutarás comiéndolo y yo… disfrutaré de verte hacerlo.

—¿Y los listados? —le lanzo, arqueando una ceja.

—Los listados pueden esperar. Nikos no aterriza hasta las seis de la mañana. —Me aprieta los dedos.

Respiro hondo. Plata líquida en los pulmones, granate profundo latiendo todavía entre las piernas.

Él sujeta la puerta con el hombro mientras me acomodo la falda-que-ya-no-será-igual. El eco en el pasillo es el de dos conspiradores y no el de un jefe con su contable, y me sorprende que la vergüenza no asome por ninguna esquina. Debe de haberse quedado pegada al tablero junto con los post-it.

«El mejor sexo de toda mi vida se queda corto», pienso mientras camino. No ha sido solo sexo. Ha sido un tutorial exprés sobre cómo vaciar la cabeza de números a golpe de mete saca guiado por un GPS griego. Un hito histórico para alguien que, hasta hoy, creía que correrse con la penetración era solo un mito urbano.

Conclusión de la auditoría interna.

1. Requisito previo para el orgasmo vía penetración: poseer un Apolo personal con *voz de mindfulness* y herramienta olímpica.
2. En caso de duda, aplicar el método «cuatro fuera, dos dentro» (sí, Andreas, ya sé que en tu cabeza eran ritmos para guiar la respiración, pero en la mía ahora son empujes).
3. La concentración no viene del porno raro ni de fantasear con brillos de neón, sino de un hombre que te sostiene la mirada mientras atraviesa todos tus despistes.

Lo miro de reojo. Lleva la chaqueta en su sitio, pero la corbata sigue colgándole como trofeo de guerra.

Sonrío.

Mañana llegarán las preguntas quirúrgicas y, tal vez, la hora de contar la verdad sobre aquella servilleta. Pero esta noche el león me

ha devorado sin masticar y he sobrevivido para contarlo… y para repetir.

—Iria.

—¿Hmm?

—¿Sigues aquí o estás calculando el IVA de la tarta?

Me encojo de hombros.

—Estaba pensando que, si Nikos se pone muy intenso le pasaré la receta de tu método dos dentro para que se tranquilice.

Andreas niega despacio, como si acabara de ver la lámpara de emergencia encenderse en un avión.

—Te prohíbo darle clases a mi hermano de lo que sea. Vamos, cumpleañera. Llevaremos la tarta a mi casa y… terminaremos el trabajo allí.

Y me dejo arrastrar hacia el ascensor sabiendo que, si mañana todo salta por los aires, al menos podré decir que una vez tuve a un dios heleno tatuándome los gemidos en los huesos.



19
Testosterona en oferta

«Andreas»

A Nikos siempre lo precede el zumbido eléctrico de la anticipación. Ese silencio denso que se instala en los pasillos cuando se intuye que algo, o alguien, viene a abrir en canal todo lo que toque.

Esta vez no es distinto. El ascensor se abre a las 08:03 y mi hermano mayor aparece con la misma pinta que lucía cuando reventó el protocolo de ciberseguridad de la Comisión Europea «para demostrar lagunas».

Americana gráfica sobre camiseta neutra, vaqueros carísimos con dobladillo descuidado y deportivas que cuestan un sueldo medio. En la mano derecha, un maletín blindado. En la izquierda, un café de filtro tamaño cráter con tapa rota. Detalle calculadísimo para salpicar migas de autoridad por el suelo impoluto de Helios & Olivo.

—Pequeño Sócrates —saluda, sin frenar el paso.

No me llama Andreas desde que gané mi primera medalla júnior. Decidió que un apodo con sorna era la forma correcta de recordarme que él llegó antes a todo.

—Hércules *low-cost* —replico, alcanzándolo—. Te queda grande el Olimpo, pero sigues empeñado en plantarte en la cima.

La comisura de Nikos se tuerce. Eso, en su dialecto, significa «me alegra que vengas armado».

Nos encerramos en mi despacho. Él deja el maletín sobre la mesa como si depositara un corazón palpitante y repasa su contenido con esos iris gris humo que convierten la curiosidad en deporte de contacto.

—¿Listo para la autopsia? —dice con esa media sonrisa de vendedor de biblias que esconde cuchillos detrás de los folios.

—Mientras no empieces por mí —gruño, sin moverme de detrás del escritorio.

Nikos da un repaso al despacho: la mesa ligeramente desalineada (gracias, Iria), un par de carpetas que aún tienen la huella de sus muslos, y mi corbata olvidada en la butaca. Alza una ceja, pero no pregunta. El muy cabrón almacena el dato para más tarde.

—¿Dónde está mi víctima favorita? —pregunta, arrastrando la silla delante de la pantalla que he reservado para él.

—Se llama Iria, no víctima. Y está reuniendo papeles para Price & Brookes.

—Perfecto. Tiempo suficiente para que me cuentes por qué prefieres arriesgarte a un informe demoledor antes que admitir que tu contable te tiene sorbido el seso.

Muerdo el interior de la mejilla para contenerme un segundo, luego respiro: cuatro fuera, dos dentro. Funciona incluso contra hermanos mayores.

—Quieres los *logs*, no la aburrida historia de mi vida.

—¿Aburrida? —Nikos ríe, un sonido seco—. No seas modesto. Aquí huele a sexo reciente. Déjame adivinar. Has tenido un numerito sobre la mesa. Sugiero que limpies mejor las pruebas la próxima vez. Por cierto, el cristal de esa mesa aguanta cien kilos. De nada.

Tiene toda la razón y eso es lo que me jode.
Anoche me juré otra vez que no tocaría a Iria hasta desenredar el tema de la servilleta, hasta escucharla decir «sí, era para Diego» sin que se me desgarre nada por dentro. Iba a ser el adulto que no mezcla deseo con responsabilidad moral.

Pero llegó Diego, llegó su cinismo, llegó el consejo insinuando que ella se vende por un bonus y toda mi disciplina se vino abajo como un decorado barato.

Bastó verla temblar para que me dieran igual los escrúpulos y la maldita mesa aguantara lo que yo no supe aguantar.

Ahora Nikos huele mi desliz como un sabueso y yo noto el juicio en su sonrisa torcida. Ni siquiera puedo fingir inocencia.

Perdí el control, sí. Y, lo que es peor, lo perdí con gusto.

—¿Vas a revisar los discos o la decoración? —mascullo—. El fiscal llega en 72 horas.

—Los dos sabemos que el fiscal no es tu preocupación —dice mientras abre su maletín, saca un disco de clonación, guantes de nitrilo, su inseparable *YubiKey*—. Te inquieta que revalide la teoría de la conspiración Morales-Beltrán.

—Morales es culpable —escupo—. Iria no.

—Mereces una medalla por lealtad, *aderfé*. Pero yo no reparto medallas, reparto evidencias. Y los servidores no se dejan impresionar por tu voz de barítono enamorado.

Lo ignoro y conecto el cable de red que he aislado para él. Nikos teclea como si fuese un piano. En veinte segundos tiene la pantalla llena de cadenas hexadecimales.

—IP 10.5.26.31… firma *IBELTRAN*… a las 11:42 —musita—. Interesante.

Se reclina y me taladra con sus ojos de búho inquisidor.

—¿Dónde estaba Morales mientras tú le enseñabas a tu contable el «procedimiento fiscal»? —pregunta, poniendo las comillas con los

dedos.

—Según él tomando café, pero Iria asegura que le llevó un donut minutos antes a su puesto de trabajo.

—¿Y el donut?

—Me lo comí.

—Joder, pequeño Sócrates, no puedes comerte las pruebas *y* a tu contable —resopla Nikos—. Lo único que entorpece más una investigación es un CEO enamorado.

—Porque no te callas y me das avances.

Nikos entrechoca los nudillos, «clic-clic», sobre el teclado.

—Avance uno: el 34B está claramente editado desde la sesión de Iria, pero las nueve notas de abono se crearon en… *exactamente* cuarenta y siete segundos. Había prisa. Ni siquiera tú llenas un campo numérico a ese ritmo y tú eres un psicópata de la velocidad.

Frunzo el ceño, pero él sigue.

—Así que es posible que el error de tu contable fuera dejar la puerta principal sin llave. —Golpea la mesa con el bolígrafo—. Seguro que no es lo único que le han colado… Dime… ¿de verdad te la has follado en tu despacho? No parece tu estilo… o ha sido ella la que te ha hecho un favorcito de rodillas para que la defiendas tanto.

Trago veneno. Nikos está pescando, y yo ya noto el anzuelo en la lengua.

—Cierra esa boca, Nikos —le espeto—, antes de que te recuerde que nunca he necesitado favores para partirte la cara. Iria es intocable. ¿Lo has entendido o te lo deletreo con los nudillos?

Mi hermano levanta las manos teatral.

—Mira cómo salta el pequeño Sócrates. Basta insinuar que la contable te la chupa para tenerte contento y te hierve la sangre. *Interesantísimo* para mi informe de riesgos.

—Anota esto también. Si vuelves a mencionarla en esos términos, vas a descubrir mi autocontrol está sobrevalorado y tu seguro dental, también —gruño, inclinándome sobre la mesa.

—Claro, tu mítico autocontrol. —Dedo sobre el *trackpad—.* Pero no parece que ahora estés pensando con la cabeza correcta.

— Mi cerebro está donde siempre —replico.

—Ajá. Pues tu mesa dice lo contrario —señala la huella de mis propias manos impresas sobre el cristal—. Y no me hagas sacar luz ultravioleta, porque a saber qué sale con el fluorescente.

—Nikos.

Él sonríe como un gato que ya ha visto caer el canario.

—Amenaza aceptada. Ahora respira, campeón. Creía que a los nadadores se os daban bien esas cosas.

—Funciona para no estrangular a la familia entrometida —respondo, mascando cada sílaba.

Se ríe bajo y vuelve a la pantalla. Durante diez minutos solo suenan teclas y el zumbido del *switch*. Entonces habla sin mirarme:

—Tendrá que sentarse conmigo a reconstruir cada venta dudosa. Háblame de ella sin las comas corporativas. ¿Estructura mental? ¿Vulnerabilidades?

—Tiene TDAH, coeficiente intelectual por encima de la media, memoria fotográfica para cifras y un sentido de la lealtad que la hará admitir un delito con tal de impedir que la compañía sangre.

Levanta la vista

—¿Te das cuenta de que eso la convierte en carnaza premium para un chantajista?

—Me doy cuenta de que la convierte en alguien que vale la pena proteger —espeto, más alto de lo necesario.

El silencio siguiente es un ring de boxeo sin árbitro. Nikos arquea una ceja, disfruta del temblor que acaba de provocarme.

—Confirmas mi hipótesis. Estás pillado por ella. Muy espectacular, poco práctico.

—Déjalo —gruño.

—Ni de broma. —Sonríe con esa candidez que precede al bisturí —. Cuéntame, ¿de verdad te la follas sobre la mesa?

La palabra choca contra el cristal. Le bastan un par de sílabas para desnudarme el orgullo. Contengo el puño en el bolsillo.

—No es asunto tuyo.

La servilleta, oculta en el doble fondo del cajón, arde más que nunca. Sigue sin nombre, pero el pulgar que escribe Morse en la nuca no es mío y lo sé.

Nikos no la ha visto, ni debe verla. Si descifra ese detalle y concluye que la nota apuntaba a Morales, no vacilará en usarlo como palanca.

Necesito mantener a mi tiburón en el tanque correcto y a Iria lejos de esas fauces… aunque, para hacerlo, yo haya tenido que devorarla primero.

—No destripo por morbo, Sócrates. Lo hago por diagnóstico. Dile que venga.

—¿Serás capaz de portarte bien?

—Soy perfectamente capaz.

—Veremos. —Me levanto, estiro la espalda y cojo mi móvil para avisar a Iria—. Cuando entre por esa puerta espero tu ego en reposo y los datos en orden.

Mi hermano sonríe, hambriento.

—Por supuesto —responde seco—. Ah, Andreas… un detalle pequeño. Esa mesa soporta cien kilos estáticos. Dinámicos no los he testeado. —Guiña un ojo—. No la factures como gasto si se te parte en dos. El auditor podría preguntar por la naturaleza del siniestro.

La puerta se abre con aroma a café recién molido, tacones decididos y un destello dorado en la mirada de Iria.

Se me agarrota algo en el pecho. Ella entra como si no hubiera pasado nada, pero mi mesa y mi cabeza aún no se han recuperado.

Nikos se pone en pie, con caballerosidad impostada, y dice su primera frase sin filtro:

—Así que la famosa contable —masculla—. Creía que tenías cuernos y garras. Veo que solo traes café.

—Tú traes ego y un portátil carísimo —contesta ella, apoyándose en la puerta—. Supongo que todos compensamos complejos como podemos.

Nikos se reclina como quien contempla una pieza de arte.

—Acércate. Vamos a hablar de firmas digitales, donuts sospechosos… y quizá del impacto térmico que un griego puede causar en una mesa de cristal.

El rubor le sube desde el cuello. Yo finjo toser.

—Iria —la llamo con suavidad—, ignora a mi hermano. Es todo humo y sarcasmo.

Nikos gira la cabeza, divertido. Yo finjo inspeccionar la pantalla.

—Quiero todas las contraseñas, tiempo de sesión y tu agenda completa. Mientras trabajas, yo hago preguntas —continúa Nikos—. Primera: aquí faltan trazas del veintiséis de abril a primera hora. ¿Por qué?

—El servidor secundario estaba en mantenimiento —explica—. Lo respaldé en local. Está aquí —pasa un pendrive—. No lo he tocado desde entonces, señor Karalis.

—Repítelo —insiste Nikos, apoyado en el respaldo como un juez de Got Talent—. Lo de «señor Karalis», pero esta vez despacio y

tocándote el pelo.

Yo carraspeo.

—Nikos, joder. A lo que vienes.

Iria pestañea una sola vez. Luego ladea la cabeza con aparente calma.

—¿También necesitas que me muerda el labio y te firme el consentimiento para tus fantasías, *señor* Karalis? —pregunta, y se lleva un mechón tras la oreja con gesto exageradamente lento.

Mi hermano deja escapar una pequeña carcajada. La mira, no con condescendencia, sino con genuino interés, y yo noto cómo mi mandíbula se tensa.

—Otra pregunta —dice—. ¿Eres consciente de que voy a leer todos tus correos, tus notas de voz, tus borradores y hasta el historial de Google?

—Adelante —responde ella—. Solo hallarás pedidos de material de oficina, vídeos de gatitos bailando y consultas absurdas sobre cómo sobrevivir a un lunes. Que disfrutes el show.

Nikos ríe, raro en él. Se vuelve a la pantalla.

—Me caes bien, contable. A ver si después de tres días sigues pensando lo mismo de mí.

—Eso dependerá de cuánto tardes en demostrar que mi firma fue usurpada —replica ella—. Cuanto antes lo hagas, antes puedo invitarte a una cerveza para celebrarlo.

—Tentador. —Desliza la YubiKey en el puerto USB—. Empecemos.



Iria conecta su portátil al switch con un clic que suena a desafío. Las líneas de código empiezan a desfilar y, por primera vez, Nikos guarda silencio. Sus dedos vuelan sobre su propio teclado, sincronizados con los de ella.

—¿Sabes? —dice al cabo de un minuto sin levantar la vista—. Me habían vendido tu caos como un problema. Resulta que documentas mejor que la mitad de mi equipo.

—Mejor que la mitad *presente*, imagino —puntualiza ella.

Él aprieta los labios para disimular la sonrisa. Yo entrecruzo los brazos y observo. Nikos solo reconoce talento cuando lo muerde, y ahora mismo mastica despacio.

—Agenda, correos y *logs* en un solo script… elegante —murmura —. Lástima que sigas usando la misma contraseña para el VPN y para tu lista de la compra.

—Los garbanzos también merecen seguridad —contesta ella.

—De acuerdo. Acepto lo de los garbanzos cifrados —concede Nikos—. Segundo round, contable: ¿por qué confiabas en que alguien no toquetearía tu sesión?

Iria suspira, pulsa *enter* y gira la pantalla hacia él. Un diagrama de red que señala la fecha, la hora y la IP del puesto de Morales.

—Porque pensé que todos estábamos en el mismo barco —dice.

—Nunca hables de barcos con un tipo que hunde flotas —le advierte Nikos, pero su tono ha perdido filo.

Ella se encoge de hombros.

—Pues ya tienes lo que buscabas. Si necesitas mi ADN, avisa con tiempo.

Mi hermano se reclina y entrelaza los dedos detrás de la nuca.

—Andreas, me robas talento —sentencia—. Si tu chica se aburre de cuadrarte las cuentas, dímelo y la ficho para mi laboratorio.

—Joder, ni de coña —respondo.

—Eso ya lo sabía —dice Nikos, y vuelve a Iria—. Una última cosa, ¿qué te parecería acompañarme a comer cuando terminen los volcados? Prometo no hablar de forenses ni de contraseñas. Solo de comida decente. Quiero examinar tu versión sin que Andreas haga de filtro.

Iria frunce los labios, divertida.

—¿Esto forma parte de la auditoría?

—Lo llamo trabajo de campo.

El muy cabrón acaba de invitar a mi… Iria a comer delante de mí, mientras indexa nuestro servidor como quien degüella un oso hibernando.

Iria posa el dedo sobre el teclado, ni una pestaña fuera de sitio.

—¿Comida de trabajo o safari de egos? —pregunta, y deja el portátil sobre la mesa—. Si es lo segundo, ya tengo bastante con uno de tu especie.

Nikos hace chasquear la lengua. Es un elogio encubierto, su sello.

—Adjudicado. Sabe negociar sin perder foco. —Me mira de soslayo—. No sé cómo respiras a su lado.

«No respiro», pienso, pero no se lo concedo.

Nikos abre otra ventana y la pantalla se convierte en una partitura de luces verdes con filas de números que desfilan como notas veloces. Iria le sigue el compás y teclea un dato, él contesta con otro, y cada línea nueva suena a reto. Esos dos están

coreografiando una puñetera composición de Bach en hexadecimal y no puedo decidir si admirarlo… o arrancar el cable de la pared.

*Nota mental: Nikos solo hace tándem con quien respeta.

Vamos, Andreas, setenta horas para atar a Morales, salvar a tu CFO… y demostrarle a tu hermano que los leones no comparten presa.



20

Músculo Griego en Salsa española

«Iria»

Sylkar no parece gran cosa desde fuera: ladrillo visto, toldo granate y dos mesas humildes pegadas a la fachada de la calle Espronceda, 17.

Está a tres manzanas exactas de Helios & Olivo, lo bastante cerca para volver andando y lo bastante lejos para que nadie se cuele en la conversación. Nada en esa puerta delata que, hace un rato, el hombre que me precede ha diseccionado mi vida digital con la frialdad de un forense.

En cuanto entramos, me golpean dos olores inconfundibles, café recién molido y tortilla de patata casi líquida.

Las vigas de madera del techo, la barra angosta de zinc y el murmullo de los clientes a la hora punta hacen que Sylkar destile la mezcla exacta de tasca y templo que un madrileño reconoce a la primera.

Nikos me abre paso con un gesto ensayado, en él la cortesía también es un bisturí, y nos acomodamos en una mesita junto a la ventana. La camarera llega con dos cañas heladas (0,0 %) y un pincho ancho que rezuma yema.

Nikos espera a que dé el primer mordisco antes de disparar preguntas. Lo hace con la entonación neutra de quien calibra

pulsaciones, no palabras.

—¿Cómo te las arreglas cuando la cabeza se te llena de ruido? —pregunta sin preámbulos.

Trago despacio.

—Con listas mentales y ruido blanco. Y con silencio si me lo puedo permitir.

—¿Incluso cuando alguien te provoca a propósito?

—Especialmente entonces. Cuando el TDAH quiere saltar, le doy algo que clasificar, no una persona a la que morder. —Respiro—. ¿Vas a probar mi estabilidad o a valorar si te parezco sospechosa?

—Ambas cosas —admite, sin pestañear.

Se reclina. La luz tenue subraya la línea afilada de su mandíbula. Él y Andreas comparten ese aire de estatua griega recién bajada del pedestal con sus hombros anchos, cuello de atleta, zona peligrosa donde la camisa parece reventar al flexionarse los bíceps.

Verlos juntos es como revisar el casting de la película *Troya* donde los pectorales helenos no cabían en una sola toma. La película gastó más en aceite que en vestuario.

Solo que, sentado frente a mí, Nikos no es Aquiles, sino Odiseo con menos músculo aparente y más filo oculto.

—Así que listas —dice—. Dame la tuya de factores de estrés.

—Inspectores de Hacienda, excompañeros con complejos de Mesías, hermanos mayores con exceso de carisma… —cuento con los dedos—, los plazos con vocación homicida, balances que cuadran solo si los amenazas. Ah, y que se me caiga un auricular por el desagüe. Eso me descompone más que una inspección sorpresa.

—¿Algo más?

—Sí. Fiestas a las que no me invitan, gente que responde «ok» sin emoticonos y condones que hacen el ruido de una bolsa de patatas.

Nikos parpadea una vez, como procesándome.

—¿Condones que…?

—No entres ahí si no estás preparado —le advierto, muy seria.

Él se reclina en la silla, se cruza de brazos y suelta un bufido seco.

—Andreas está jodidamente perdido contigo —dictamina, casi con resignación—. Y, lo que es peor, lo entiendo. Nadie debería parecer tan cuadra-cuentas y tan disfuncionalmente brillante al mismo tiempo. Me desestabilizas hasta a mí, y yo me blindé emocionalmente en 2009.

—¿Te blindaste con firewall o con terapia?

—Con whisky japonés y un gato que se llama Contraseña.

—¿Seguro que no eres el gemelo raro?

—No, soy el gemelo que no mezcla sexo con trabajo jamás. Tú te has metido en la versión porno de una fusión por absorción. Suerte con eso.

—Vaya, qué masculinidad tan bien encriptada. Todo un icono de la ciberseguridad emocional.

—Así es. Segunda prueba: presión lateral —dice, cambiando el foco—. ¿Qué se siente al trabajar más de ocho horas para alguien como Andreas?

—Se siente como nadar con boya de arrastre —respondo—. Hay resistencia, pero la boya te recuerda con cada brazada por qué empujas.

—Metáfora acuática. Se te ha pegado algo del pequeño Sócrates —observa Nikos, riéndose—. ¿Y Morales? El señor de los donuts.

—El señor de los falsos milagros de ventas. Paso —digo—. Me llevo mal con la bollería.

El camarero deja otras dos botellas de agua. Nikos lo despacha con un gracias que suena a orden de retirada. Hasta el servicio sabe

que aquello es un ring con manteles de hilo.

—Hablemos entonces de… momentos confusos. He encontrado una serie de borradores en tus emails con palabras sueltas, un «podría decirte», «tengo que aclarar» «los errores ocurren…» que nunca enviaste. ¿Algo que ver con el señor Morales?

La servilleta fantasmal late en mi memoria. No voy a regalarle ese pedazo de información.

—Fue un error de semántica. Quería hacer limpieza, pero terminé generando más basura temporal —respondo, bebiendo agua.

—¿Y la basura era romántica o contable? —pregunta, ladeando la cabeza.

—No afecta a impuestos ni a beneficios, si es lo que te preocupa.

—Me preocupa todo lo que pueda romper a mi hermano por la mitad —dice con calma quirúrgica—. ¿Romántico, entonces?

Me encojo de hombros, no aparto los ojos de los suyos.

—Digamos que fue un borrador mal clasificado. Los envié a la papelera y la papelera se vacía cada lunes.

—Pero siempre queda copia en el servidor —insiste.

—Y siempre hay alguien dispuesto a leerla fuera de contexto —respondo—. Por eso nunca la envié. Fin de la historia.

Silencio. Nikos apoya los codos en la mesa, junta las manos y se inclina.

—Iria, soy bueno cazando historias que la gente no quiere contar. Si hay algo que vaya a explotar durante el interrogatorio fiscal, prefiero saberlo hoy.

—Lo único que va a explotar es el ego de Morales cuando demuestres que falsificó las ventas —digo sin pestañear—. Si descubres otra cosa, me lo adviertes y la gestiono. No necesito salvadores.

Él deja escapar un resoplido que suena a risa contenida.

—Me queda claro que no. Pero Andreas sí cree que necesita salvarte. Por eso casi me rompe la mandíbula esta mañana.

—Es probable que te lo merecieras. Andreas no va repartiendo amenazas por ahí sin motivos.

—*Touché*. —Se reclina y bebe un trago de agua—. Vale, nueva prueba: ¿cuánto tardarías en rehacer el 34B sin macros, solo a mano?

—Cuarenta minutos.

—¿Memorizando importes o copiando?

—Memorizando. —Levanto una ceja—. ¿Quieres que te recite los primeros tres? 18 754, 23 912 y 7 065.

Nikos sonríe por primera vez como quien aprueba un examen.

—Bienvenida al selecto club de la gente que me descoloca —admite—. Última pregunta, esta de cortesía. ¿Andreas como jefe estresa o ayuda?

—Depende —digo—. Si habla, ayuda. Si se calla, estresa.

—Veo que los dos compartís la debilidad por la discreción selectiva.

Las manecillas de la pared marcan las 14:07 h cuando Nikos deja el móvil boca abajo sobre el mantel de lino crudo. Una gota pálida de agua resbala por la botella traza un charco diminuto y él la mira como si fuera un cronómetro al que se le escapa el último segundo.

—Quedan quince minutos antes de que vuelvan a necesitarte en la oficina —dice con voz tranquila—. Podríamos aprovecharlos para… simplificar el expediente.

Levanto la ceja. Simplificar no suele ser un verbo inocente.

Él arrastra la yema del dedo por el halo de condensación, dibujo breve que no llega a palabra.

—Tengo un contacto en la Agencia. Uno de esos técnicos que entienden que los márgenes, a veces, son flexibles. Con un trato

discreto bajo las sábanas podríamos rebajar el asunto a «despiste administrativo» y aquí paz y después gloria.

Se detiene. No aclara qué clase de trato. No lo necesita. La pausa y la mirada que me lanza, baja de mis ojos a mi boca y vuelve, lo dicen todo. No es un maletín de dinero, es algo más viejo y más obvio que cualquier acuerdo bajo mesa.

Respiro. Sabe que estoy viendo la trampa y quiere medir cuánto tardo en reaccionar.

—Interesante oferta —digo, apoyando los codos—. Si tu contacto en Hacienda necesita un soborno, no lo voy a pagar con mi dignidad. Y si lo que acabas de insinuar es otra de tus pruebas… anota en tu cuaderno que no es tonta.

Nikos parpadea una vez. Luego la sonrisa se le ensancha, franca, limpia, como si acabara de encontrar una pieza que le faltaba al puzle.

—Prueba superada, Beltrán —concede—. Y por si quedaba duda, el contacto existe, pero jamás te lo habría puesto delante como método de seducción. Solo necesitaba comprobar cuánta presión aguanta tu brújula antes de desviarse.

—¿Firmamos la paz?

Él alza la mano y hace un gesto al camarero.

—Pide postre. Por mí el interrogatorio terminó hace cinco minutos y ahora me interesa la persona que ha dejado a mi hermano sin respiración y con cara de adolescente.

—¿Andreas? —esbozo una risa incrédula—. Ese hombre solo respira cuando es absolutamente necesario para no morir.

—Justo por eso me sorprende —admite, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Andreas no se cuelga de nadie. Le fascina el reto, no la rutina. Con todos… salvo contigo.

Su tono no es ácido, sino casi curioso, como quien observa un eclipse por primera vez.

—No creo que se haya colgado… —musito—. Solo estamos intentando sobrevivir a la misma tormenta.

—Beltrán, soy su hermano. Lo he visto ganar oros, perder contratos y salir a flote de escándalos peores que este. Jamás dejó una reunión con temblor en las manos… hasta ayer, cuando me sacó el tema «Iria» cada cuarenta segundos —responde, y sus ojos grises chispean entre diversión y reparo—. Tú decides qué haces con ese dato.

La camarera deja dos lingotes de *brownie* con helado. El aroma a cacao derrite la tensión que flotaba sobre la mesa.

—Te advierto que como el postre como si fuera patrimonio nacional —bromeo, partiendo la esquina esponjosa para que escape el vapor.

Luego me lo como todo poco a poco.

—Joder… —Nikos se recuesta, vigilando cómo el helado se desliza por mi boca—. ¿Todo lo que te gusta lo comes así?

—No has dicho eso —protesto, intentando que no se me escape la risa.

—Lo he pensado en voz alta, mea culpa. Ahora entiendo mejor el tembleque de Andreas.

—Estás insinuando demasiado, Karalis.

—Te juro que era una prueba. —Alza las manos, teatral—. La gente que miente o está asustada pierde el apetito. Tú… —me señala con el tenedor— …tú disfrutas de manera obscena del postre.

—Porque me restrinjo el dulce casi a diario —digo, llevándome un trozo a la boca—. Engordo con solo olerlo, así que, cuando me lo permito, lo saboreo bien.

Paladeo el trozo, dejo el tenedor y limpio la comisura del labio con la yema del pulgar. Nikos sigue mis movimientos como si tomara notas mentales.

—No sé qué tienen de malo las mujeres con curvas —dice al fin.

—Tú céntrate en tu informe y deja mis calorías en paz —replico.

Su sonrisa destella blanca entre su moreno de dios del Olimpo.



Nikos paga la cuenta y salimos del restaurante con un plan muy concreto.

—Te resumo lo que falta —dice en cuanto pisamos la calle—. Clonaré tu ordenador esta misma tarde y el de Morales y extraeré los registros de red. Necesito que los entregues a IT para sellarlo como prueba.

—De acuerdo. Lo llevaré en cuanto volvamos —respondo.

—Segundo punto: tendrás que firmar una declaración técnica. Nada de admisiones de culpa. Solo detallarás el uso normal de tu equipo y quién tuvo acceso físico.

—Lo haré —confirmo.

—Tercer punto: vas a sentarte conmigo mañana a las nueve para revisar, uno por uno, los correos intercambiados con Morales en los últimos seis meses. Buscaremos cualquier intento de coacción o manipulación.

—Entendido. ¿Algo más?

Nikos se detiene, me mira de frente.

—Sí. Andreas confía en ti por completo. No dejes que nadie use eso en su contra, ni siquiera él mismo. No vuelvas a proponerte cubrir todo el problema con tu nombre. La empresa asume su parte, tú la tuya, y punto.

—De acuerdo.

Se abren las puertas del edificio y el aire acondicionado choca con el perfume de Nikos: madera, limón y «sé exactamente qué botón tocar».

Andamos juntos hasta la recepción. Él medio paso por delante, yo mordiéndome la lengua para no reír por la última broma que ha disparado cuando creía que no entendería la palabra orgásmica en griego.

En cuanto doblamos la esquina, me topo con Andreas**.** Está de pie junto al mostrador con el traje aún impecable, pero el nudo de la corbata pende, suelto, como una amenaza. Sus hombros se tensan al vernos. Dos metros de león enjaulado.

Clava los ojos primero en mí, luego en Nikos, después de nuevo en mí.

—Informe preliminar listo —anuncia Nikos, pasando su tarjeta por el lector—. Y la contable se defiende mejor de lo que prometía.

Andreas asiente sin quitarme la vista d encima. Sus dedos tamborilean sobre el pasamanos de acero.

—¿Todo bien? —pregunta, directo.

—Todo impecable. Hemos tenido una conversación productiva —respondo, intentando sonar neutra.

Nikos saca brillo al comentario.

—Impecable es poco. Créeme, *koukla*, mirar de cerca ha sido el privilegio del día. —Se inclina hacia su hermano—. Te juro que nunca había visto a alguien disfrutar de un *brownie* así. Si saborea todo igual me cambio por ti ahora mismo. Casi firmo un contrato nuevo solo para tener derechos de observación.

La tarjeta de Andreas se queda a medio camino del lector. No parpadea, pero el músculo del cuello se tensa como cuerda nueva.

—Nikos… —advierte, grave.

—¿Qué? Es un simple análisis gastronómico. —Sonríe, encantado de sí mismo—. Algunos nacemos para facilitar auditorías; otros, otros para ser envidiados.

—Y algunos —intervengo, pasando de largo— nacen para tocar las narices. Vete a clonar discos, Karalis —murmuro, intentando no reír y tampoco ruborizarme (fracaso absoluto en ambas cosas).

Rozo el codo de Andreas al pasar. Él exhala despacio, vuelve a la vida, desliza la tarjeta y me cede el paso sin soltar mi mirada.

Detrás, Nikos nos sigue silbando algo que podría ser la marcha de los gladiadores. Andreas se gira lo justo para espetar, bajo:

—Un comentario más y te revoco el pase de invitado.

—¿Ves? —susurra Nikos, guiñándome un ojo—. Deja de respirar.

Él se marcha sin dejar de silbar, dejándonos solos.

La temperatura baja cinco grados… y sube otros diez dentro de mi piel. Andreas me mira como si… como si… Joder, no sé cómo, pero me pone mucho.

—Color —musita, apenas con un hilo de voz.

—Azul mediterráneo —respondo. El tono me sale un poco agitado.

—Habéis tenido un buen día —comenta. No es una pregunta, es una evaluación de daños que incluye «¿por qué diablos se ríe contigo?».

Respondo con la verdad.

—Me ha tirado tres faroles técnicos, le he devuelto cuatro y ha pagado la cuenta.

—¿Y el… saboreo?

—Supongo que pretendía sonrojarme.

—Y lo ha conseguido.

El matiz aceituna de sus ojos se suaviza medio tono, solo medio. Aun así, me roza la muñeca con el pulgar, un gesto diminuto, privado.

—¿Te ha gustado el *brownie*? —pregunta al fin. Es ridículo que sea eso lo que elija decir, pero la tensión se afloja un milímetro.

—Mucho. —Levanto la barbilla—. ¿Celoso de un trozo de chocolate?

Me sostiene la mirada un latido entero y, cuando habla, la voz le baja de decibelios hasta ese territorio en el que solo caben dos personas.

—Celoso de mi hermano cuando hace chistes sobre tu boca —admite, bajo, solo para mí—. Tus *brown*ies son asunto mío. Punto

Traduzco: tus rubores, tu sabor, tus temblores… todo dentro de mi jurisdicción.

Se inclina y roza mi sien con los labios. Un contacto rápido, casi inexistente para cualquiera que mire desde recepción, pero suficiente para acelerarme los latidos.

—A las siete cierro la auditoria con Price & Brookes —susurra—. Después quiero mi propio postre.

—¿Y si soy yo la que pide Andreas a la carta? —le lanzo antes de empezar a caminar—. Prometo saborearlo con la misma devoción… o más.

Un gruñido bajo, áspero, se le escapa. El sonido de un hombre acorralado por el deseo. Su sonrisa llega un segundo después, fiera, resuelta, como quien acepta un reto que ya da por ganado.

—Trae apetito.



21

Cuatro fuera, dos dentro… de un lío monumental

«Iria»

El café de las 16:30 h es la verdadera frontera entre la supervivencia y la mutación en *zombie*. Cuando atravieso la puerta de la sala de descanso, Raquel me localiza como un misil tierra. Deja caer la grapadora, salta la cola de la cafetera y me cierra el paso con el ímpetu de un controlador aéreo en huelga.

—¿Quién es el nuevo espartano XXL que te escolta ahora?

Deja caer el café de cápsula sobre la mesa como si fuera un microescenario de un crimen y clava la mirada en la cristalera del pasillo.

Al otro lado, Nikos Karalis pasea con la misma solvencia con la que otros se cuelgan un Rolex. Consciente de cada hombro, de cada paso y, sobre todo, de cada retina que lo sigue.

—¿Te refieres al señor «me hackeo la NASA con un Alcatel» que lleva zapatillas de edición limitada?

—Ese mismo. El único tipo que puede alcanzar el récord de giros de cuello femeninos y homos por minuto que tiene Apolo. ¿De dónde ha salido?

—Tranquila, lo estás imprimiendo con la vista —respondo sin levantar la cabeza de la hoja de cálculo.

—Imprimido, sellado y compulsado. ¿De dónde ha salido ese monumento heleno?

—De Grecia, por lo visto el Ministerio de Esculturas vivas lo echa a volar cada cierto tiempo.

—¿Y para qué lo ha importado la empresa?

—Se llama Nikos Karalis. Hermano mayor del jefe. Auditor forense de ciberseguridad, narcisismo *premium* y un radar para dramas que haría llorar a Almodóvar. Viene a destripar nuestro ERP.

Raquel silba.

—Forense, sí. Lo entiendo. Me ha dejado muerta. ¿Van a empezar a clonar empleados también o solo dioses?

—Solo servidores… de momento. Digamos que Nikos tiene precisión milimétrica y cero filtros. Me ha pasado por el TAC, me ha contado las pestañas y luego me ha invitado a tortilla y *brownie* para ver si perdía los nervios.

—¿Y los perdiste?

—Solo los moderados.

Raquel me mira de arriba abajo, sospechando incendios.

—¿Y tú qué tal llevas tener otro monumento griego rondando? Porque con uno parecía que ya estabas al límite de la taquicardia. Aunque, chica, te gastas un brillo últimamente de los que no se compra en Sephora.

—Sobrevivo —digo, encogiéndome de hombros—. Nikos es puro algoritmo. Andreas es otra cosa.

—¿Y esa otra cosa va en serio? —pregunta, dando un sorbo dramático al café.

—Avanza —digo. Y dejo la palabra flotando en la taza.

Raquel me clava la ceja inquisidora, versión inspectora de Hacienda doméstica.

—Avanza es un verbo sospechoso. Traducción simultánea, por favor.

Me encojo de hombros.

—Bien. Digamos que el león ha salido de la jaula.

—SANTA NEVERA DE LOS CARBOHIDRATOS. Vale, pasemos al plato fuerte. *Andreas* estaba en la recepción con la vena del cuello lista para saltar cuando has llegado con el monumento número dos. O sea, ese hombre de verdad se preocupa por ti.

—Lo que quiere es demostrar que no manipulé nada.

—Quiere más cosas. Créeme. Y, francamente, se le nota a un kilómetro. ¿Le has contado ya lo del incidente de la servilleta?

El estómago me da un tirón. Diego Morales, el error 404 que todavía genera avisos fantasma.

—No —suspiro—. Y sigo dudando de si debo hacerlo.

—¿Perdona? Después del numerito de Diego claro que debes.

—Raquel, recuerda el contexto. Diego aseguró que yo alteré las cuentas para impresionarlo, y Andreas casi lo estrella contra la mesa. Si ahora confieso que la servilleta-confesión era para Diego, se pueden dar dos escenarios:

1. Andreas ríe, brinda por nuestra capacidad de meter la pata y lo ve como anécdota simpática.
2. Le estalla la aorta por segunda vez en un mes y la mesa de cristal no sobrevive a la réplica.

Raquel me observa con el ceño fruncido, como quien analiza una ecuación que se resiste.

—¿De verdad crees que preferirá enterarse en 2040 durante una barbacoa con los niños correteando y los suegros sordos?

—Lo pintas muy idílico para alguien que colecciona listas de control de daños.

—Iria, el tipo que te mira como si fueras comestible no va a bloquearse porque hace una eternidad garabatearas *Me gustas* en el reverso de una servilleta para otro.

—No era un *Me gustas*. Era un «me pones tonta» con comillas y paréntesis, muy mal explicado y peor entregado.

Intento no sonreír, pero me sale mal.

—Mira —sigue Raquel—, Diego manipuló tus cuentas, mintió y te lanzó toda clase de acusaciones. Andreas, en cambio, se planta con todo el consejo encima para defenderte. Si la servilleta explota, al menos dale la munición antes de que se la tire otro a la cara.

Sopeso las palabras, pesadas como un dossier.

—No quiero que piense que le elegí por descarte.

—Entonces cuéntale que no fue un descarte, sino que subiste de liga —dice, medio broma medio seria—. Y hazlo pronto, antes de que la historia la narre alguien con menos tacto que tú.

—¿Y quién se lo va a contar? —pregunto, bajando la voz como si los muros tuvieran oídos—. Solo lo sabemos tú y yo, ¿verdad?

Raquel se muerde el interior de la mejilla. Un segundo. Dos. Ese silencio raro que solo antecede a los terremotos.

—Vale —admite, juntando los dedos como si rezara—. No exactamente. Hubo… una derivación logística.

—¿Derivación? —repito, muy despacio—. Raquel, cuando algo «se deriva» es porque alguien lo movió de casilla. ¿A quién demonios le contaste lo de la servilleta?

—A Diego —dice de golpe, como quien arranca un esparadrapo —. Pero te juro que fue antes de que descubriéramos el agujero de las comisiones. Pensé que, si él sabía que le gustabas, dejaría de marearte y… no sé, te invitaría a un gintonic y decidiríais sin tanta tensión.

El mundo se me contrae hasta el diámetro de la taza.

—O sea, le entregaste la munición perfecta al tipo que luego me apuntó con el dedo delante de medio comité. Ahora entiendo por qué dijo eso, que yo me había declarado por escrito —susurro—. Perfecto. Genial. ¿Desde cuándo tomar decisiones por otra persona es ayudar?

Raquel baja la mirada y sus pestañas tiemblan sobre el borde del vasito de *espresso*.

—Lo siento —murmura—. Me pareció divertido, romántico incluso. No calculé que él fuera… Él.

Respiro hondo: cuatro fuera, dos dentro. Granate que vira a bermellón.

—¿Cómo se lo contaste, Raquel? —ratifico, la erre me sale como un disparo.

—Por correo interno —musita—. Dos líneas y un *emoji* de guiño.

Me obligo a pensar en modo auditoría:
Artículo 12, política TIC, buzón corporativo auditable… Nikos ya tiene la orden de RR. HH. para volcar los PST en caliente.

—Raquel, Nikos vive de encontrar balas perdidas. Le acabas de poner la mía sobre una bandeja.

—¿Puedes frenarlo?

—Podría frenar un camión. A Nikos Karalis no. —Recojo mi carpeta—. Si ese e-mail cae en su informe llegará a Andreas antes de la cena.

Echo a andar casi sin sentir las suelas. El pasillo parece más largo, las luces más frías. Doblo la esquina justo a tiempo para ver a Nikos deslizarse en el despacho de Andreas. Antes de entrar gira la cabeza y me clava la ceja alzada de un depredador que ya huele la presa.

La puerta de roble se cierra.

Un clic seco.

Respiro: cuatro fuera, dos dentro. Azul mediterráneo… No sirve. Grito en silencio y se convierte en magenta encendido.

Estoy acabada.



22

Cómo robar un Te quiero

«Andreas»

Nikos no llama, irrumpe. Las puertas batientes son un concepto que desconoce. Entra en mi despacho con un *pendrive* girando entre los dedos y la misma media sonrisa que se gastaba cuando de críos corría a enseñarme la rana que acababa de destripar por ciencia.

—Necesitamos hablar de *un* correo.

—Si es otro fallo del sistema, dispara.

—No. Disparo a quemarropa a tu propio miocardio —replica, plantándose delante del escritorio—. Asunto: *FW: Confesión en servilleta*. De una tal Raquel Losada a Diego Morales

Noto cómo me sube el calor a la nuca incluso antes de que el cerebro traduzca la línea. El pendrive cae sobre la mesa con un *clic* que resuena como un mazo de juez.

—No es relevante para la auditoría.

—Oh, vamos, Andreas. Un mensaje en el que se habla de que tu *crush* confesó que se muere por Morales sí es alimento para forenses: móvil, oportunidad, favorecimiento económico… Todo muy jugoso.

Le sostengo la mirada, mandíbula trabada.

—Ese correo no entra en tu informe, Nikos.

—¿Prohíbes evidencia de contexto? Eso es casi tan feo como borrar registros. —Hace girar la butaca y se deja caer—. A ver, te tiene pillado por los huevos. Lo entiendo. Puede curar la impotencia masculina solo con lamer un *brownie*, pero los hechos siguen siendo los hechos. La chica escribió su ardor romántico en una servilleta para otro tío. Para el mismo tío que, casualidad, te vació ciento ochenta mil de la caja.

—Cierra la boca, joder.

—Vale, pero antes ilumíname, Sócrates. Porque ahora mismo pareces el príncipe que defiende a la doncella que sigue enamorada del dragón. Venga, empieza. Peor que un imbécil ya no vas a quedar.

Cierro los ojos un segundo: cuatro fuera, dos dentro. La mesa sigue intacta; mis manos, no tanto.

—La servilleta acabó en mi chaqueta por error. —Lo digo de corrido, como si arrancara un vendaje—. Morales nunca llegó a verla y yo… fingí creer delante de ella que era para mí.

Nikos parpadea. Por primera vez hoy, no tiene respuesta inmediata.

—Déjame recapitular —dice al fin—. Encuentras una declaración obscenamente directa a otro tipo, decides que el destino te la ha concedido y te la apropias… ¿para qué?

—Para que dejara de mirarlo a él y empezara a mirarme a mí —respondo. La frase suena tan pobre que me gustaría tragármela entera.

Nikos se echa hacia atrás, palmas abiertas.

—Bravo, Sócrates, has inventado el fraude emocional. ¿Y funcionó?

—Más o menos. —Aprieto el puente de la nariz.

—Vale, hay un detalle que no me cuadra —dice echándose hacia atrás en el asiento—. Si la servilleta no era para ti, ¿por qué Iria no

te lo cantó a la cara al momento?

Me aguanto un bufido.

—Porque no la dejé ni respirar. —Apoyo las manos en la mesa—. Empecé a tirar de ese hilo… y cuando quiso darse cuenta yo ya lo había convertido en un tema del que no podía hablar. Era más fácil seguirme la corriente que desmontarme.

Nikos se gira en la silla, medio riendo, medio horrorizado.

—Impresionante. El gran Andreas León Karalis, campeón de natación y ahora plusmarquista del *gaslighting* romántico. ¿Usaste cronómetro o a ojo?

—No fue premeditado.

—Claro que no —asiente con fingida gravedad—. Tú jamás planeas enredarte sentimentalmente. Solo nadas a velocidades ilegales, firmas acuerdos letales y, de paso, birlas declaraciones de amor ajenas. Todo muy espontáneo.

—Basta, Nikos.

—No, no basta. —Se apoya en el borde del escritorio, disfrutando —. Estoy intentando imaginar la escena. Ella, confusa, pensando cómo recuperar su nota extraviada o explicarse y tú, con cara de «me lo merezco todo», soltando tu mejor sonrisa de anuncio… y ¡zas!, nuevo destino para la servilleta. ¿Te aplaudiste solo o esperaste al bis?

—Le gusto. —Lo digo sin alzar la voz—. Quizá no entonces, pero ahora sí. Y no pienso perderla por un maldito trozo de papel.

Nikos chasquea la lengua.

—Eso explica tu cara de perro rabioso cada vez que hablas de Morales. —Se cruza de brazos—. Aun así… ¿ni una pista le diste para que pudiera enmendar el embrollo? ¿Ni un «oye, si te has confundido, todavía podemos resetear»? Cualquiera diría que para ser campeón del dominio absoluto, te asusta una servilleta.

—No me asusta, me repatea haberla necesitado —gruño.

—¿Necesitado? Vamos a llamarlo por su nombre. La robaste para seducirla.

—¡No! —el golpe que doy en el tablero hace temblar las carpetas —. La robé porque estaba cansado de que ella se sintiera invisible y de que a mí me tratara como si fuera de mármol. ¿Tanto cuesta entenderlo?

—Cuesta porque suena patético —replica, sin pestañear—. Y lo peor es que la quieres de verdad.

Me paso la mano por el pelo. La oficina parece más pequeña, las paredes más cercanas.

—Ella no está enamorada de Morales —mascullo—, y desde que él soltó su basura menos todavía.

—¿Y de ti? —Nikos apoya los codos en las rodillas—. ¿Estás seguro de que lo está? ¿O solo disfruta de tu atención? Porque si descubriera que todo es resultado de esa servilleta…

—Calla.

—Se llamaría manipulación emocional. —Sacude el pendrive frente a mis ojos—. Y el tribunal de la vida lo castiga sin apelación.

—Joder, Nikos, ya lo sé. ¿Tú habrías soltado el anzuelo, sabiendo que ella podría haber acabado con ese imbécil?

—Yo no habría necesitado anzuelo. —Sonríe con descaro—. Pero tú sí, parece.

—Gracias por el apoyo fraternal.

—Siempre a tu servicio. —Se burla—. Mira, hermano, no voy a sermonearte sobre ética amorosa, tengo un historial laaargo de errores. Pero si sigues jugando a «esto nunca pasó» te estallará en la cara en el momento que Morales saque la carta y te deje en evidencia. Y ahí ni yo ni tus dorsales XXL podremos tapar el ridículo.

—Morales ni siquiera tiene la servilleta, Nikos.

—No necesita el papel. Con ese correo de Raquel puede recitar la historia entera y adornarla con violines. —Golpea el pendrive con un dedo—. Garantizo que ya lo ha impreso en color y plastificado.

No respondo. El silencio engrasa cada diente de la culpa.

Nikos suspira, no con condescendencia, sino con algo parecido a la preocupación.

—Andreas, no lo hago por ética profesional ni por justicia poética. Lo hago porque esto te va a estallar en la cara y… podrías perderla.

—Lo sé.

—Pues vete pensando cómo decírselo. —Se endereza—. Yo me encargaré de que el correo permanezca enterrado… de momento. Cuanto menos ruido sentimental en mi informe, mejor para todos, pero no podré hacerlo eternamente.

—No quiero favores.

—No es un favor. Es instinto de supervivencia familiar. —Me señala—. Y no te equivoques, voy a burlarme de ti cada vez que recuerde esta jugada.

—Y, por cierto… —Nikos apoya los nudillos en la mesa y baja la voz con regusto a chisme—. ¿Te la has tirado antes de decirle la verdad?

Aprieto el puente de la nariz, las sienes laten.

—Traté de esperar, Nikos. De verdad. —Resoplo—. Pero … Se desbordó todo. Quería que supiera que conmigo estaba a salvo y que la deseo más de lo que nunca la deseará un capullo que la usa de parapeto.

—O sea, mesa de cristal, pantalón a media asta y todavía sin confesar el punto de partida. —Chasquea la lengua—. Casi poético.

—No fue un plan premeditado. —Golpeo la mesa abierta, dedos extendidos—. Pasó porque los dos necesitábamos sentir que

estamos juntos de verdad. Y lo que sentimos ahora es real, servilleta o no.

—Perfecto. Lo que sentís es real. Pues díselo. Confiesa hoy. Cuéntale que sabías que no era para ti, que te cegó la inseguridad y que has estado aterrado de perderla desde entonces. Si te perdona, salís de aquí más fuertes, sino al menos no tendrá que enterarse de la boca del imbécil que la difamó.

—Lo haré. Maldita sea. No me presiones.

—Vale. Pero date prisa, Sócrates. El tiempo corre en tu contra —sentencia, girando sobre sus talones con una maliciosa sonrisa.

Nikos se marcha dejando el despacho lleno de un silencio pesado. Me quedo junto a la mesa. Respiro despacio pensando en ella. Pensando en cómo decirle que usé su equivocación de chaqueta para arrastrarla a mi órbita.

«¡Qué idiota, Karalis!».

Ojalá el coraje que me impulsó alguna vez me sirva ahora para enfrentarme a Iria y no perderla en el intento.



23

Servidores, servilletas y otros bugs del corazón

«Iria»

El cuarto de servidores es un frigorífico que zumba. Me cuelo antes de que Nikos cierre la puerta y me cruzo en su camino.

—Karalis, un minuto.

—Los minutos cuestan carísimos hoy, contable —responde sin girarse—. ¿Los vas a pagar en efectivo o en dramatismo?

—Tengo que hablar contigo de un correo —disparo sin preámbulos.

Él ni se inmuta. Deja el maletín en el suelo y se abrocha los guantes de nitrilo con la precisión de un cirujano.

—Aún no he terminado de volcar la bandeja de Morales —contesta—. Lo que sea, mañana.

—Nikos, ese asunto es importante. Se titula Confesión en servilleta. Lo envió Raquel.

Una ceja se arquea apenas, pero su mano ya está sobre el panel de conexión.

—No he visto nada con ese asunto —murmura, muy tranquilo—. Cuando descifre los últimos bloques, hablamos. Ahora mismo son

bits en el limbo.

—¿Ni una pista?

—Cero. Y aunque la tuviera, hoy tengo el cerebro *al dente*. Si te suelto algo inconexo, solo alimentaría paranoias infundadas. Dame hasta la mañana.

Aprieto los labios. El fluorescente emite un parpadeo que me taladra las sienes.

—Necesito saber si va a explotar delante del fiscal.

—Si mañana, después del café, veo que explota, serás la primera en enterarte —promete—. Hoy mi prioridad es cerrar el túnel remoto y dormir al menos cuatro horas seguidas.

—¿Y qué hago con la ansiedad mientras tanto?

Ahora sí se vuelve. Sus ojos grises me hacen el escáner completo.

—Respira. Cuatro fuera, dos dentro. —Imita el gesto de Andreas con burla suave—. Dile a Andreas que te ayude a hacerlo.

—Eso se llama plagio terapéutico.

—Llamémoslo servicio completo. —Echa un vistazo a mi mano, que golpea involuntariamente el marco metálico—. Mañana, a las ocho, me prestas tu superpoder para revisar las IPs que se cuelan en el servidor. Hasta entonces —señala la puerta—, fuera entretenimientos.

—Esto es importante.

—Iria, hoy estoy saturado. He destripado cifrados, contraseñas y egos. Mañana, cuando me ayudes con ese último log, me cuentas todo el capítulo de la servilleta, el correo y los unicornios si hace falta. Prometo escuchar sin interrumpir.

Entiendo la despedida. Suelto aire, recojo mi dignidad y retrocedo un paso.

—Ocho en punto. Que conste que diré lo que tengo que decir.

—Anotado. Se te distrae fácilmente, Iria. Ahora entiendo mejor a Andreas.

—Es que tengo TDAH. Las distracciones son mi especialidad. Pero ¿qué quieres decir con eso de que entiendes a Andreas? —insisto, sujetando la puerta para que no se cierre.

Nikos alza la cabeza justo lo necesario para que el haz del fluorescente le ilumine los ojos grises.

—Que ahora comprendo por qué, en medio de todo este vendaval, sigue eligiendo pelear por ti antes que por su propio ego. —Apunta al servidor con el destornillador—. Eres el mejor cortocircuito que he visto en años. Es imposible ignorarte y peligroso no prestarte atención.

Parpadeo.

—Suena a cumplido raro.

—Es la versión más amable que manejo a estas horas —se encoge de hombros—. Y, créeme, no quieres la versión sin filtro.

—Igual sí —murmuro—. Las versiones sin filtro se pierden menos entre mis distracciones.

Nikos sonríe, apenas un milímetro.

—Mira, contable, Andreas vive en modo hiper-foco. Tú saltas de idea en idea a la velocidad de la luz. Él necesita un motivo para bajar las pulsaciones; tú, uno para mantenerlas firmes. Es una combinación… singular.

—¿Y eso te hace «entenderlo»?

—Me hace ver por qué está dispuesto a tragarse tormentas que antes habría esquivado. —Golpea suavemente el bastidor metálico—. También me deja claro que no voy a sacar más bits útiles de este servidor si tú sigues aquí intentando cuadrar el universo antes de cenar.

Capto la indirecta. Aun así, no aflojo la mano del marco.

—Mañana me dejas entrar desde el minuto cero —le recuerdo—. Nada de puertas a medias.

—Trae café doble y promesa de silencio inicial —levanta dos dedos—. Después podrás hablar de unicornios.

—Está bien —cedo, clavándole los ojos—, pero prométeme que ese correo no lo abres hasta mañana. Quiero hablar primero con Andreas.

Nikos mira un segundo hacia el suelo.

—No voy a husmear nada más esta noche —responde al fin—. Palabra de Karalis. Esa bandeja queda sellada hasta que entres con tu café.

—Y con mi silencio inicial —le recuerdo, dibujando una media sonrisa cansada.

—Exacto. Café doble, boca cerrada, y luego me cuentas tu versión. Prometido.

Suelto por fin el marco metálico y retrocedo un paso.

—Mañana a las ocho, entonces.

—A las ocho en punto —ratifica y añade luego—: Iria…

Me detengo con una ceja alzada.

—No hagas daño a mi hermano. Él no es de los que se enamoran. Andreas no está hecho para sentir que alguien puede moverle el suelo.

Parpadeo, sin saber si eso es una advertencia o una confesión.

—Cuando éramos adolescentes —explica—, bastaba con que el cronómetro marcara una centésima más de lo previsto para que se quedara dos horas extra en la piscina. Controlarlo todo es su forma de respirar. Soltar ese control, aunque sea un milímetro, le da vértigo. Contigo ha soltado metros enteros. Por eso a veces parece de mármol. No es frialdad, es pánico a no dominar la corriente.

—¿Enamorado? Yo no creo que Andreas… ¿de mí? No, es imposible.

Nikos se apoya en el bastidor, cruza los brazos y niega muy despacio, como si corrigiera la ecuación más básica del universo.

—Lo tuyo son los números, Beltrán, así que haz esta suma: un hombre que no delega ni la temperatura del aire acondicionado te entregó su confianza, te prestó su ayuda incondicional y firmó ante todo el consejo que se quedaba contigo en la trinchera. —Levanta un dedo por cada punto—. Control absoluto, cero. Eso, para Andreas, es un salto sin red.

Las luces de los servidores parpadean verdes y yo siento el pulso en las sienes. Repaso las últimas cuarenta y ocho horas: la mesa que casi cruje, su respiración desbordada en mi clavícula, la orden tácita de cerrar la puerta con llave porque el mundo entero molestaba. Metros enteros soltados, dice Nikos. Late en mi estómago una certeza que asusta y alivia a la vez.

—Y si me equivoco —añade él, encogiéndose de hombros—, mañana vienes con tu café, me lo tiras a la cara y seguimos con los registros.

—¿Por qué tanta fe en mí? —pregunto, intentando que la voz no se me quiebre.

—Porque te he visto defenderte sin perder la educación y defenderlo a él sin perder la cabeza. —La media sonrisa habitual se le apaga—. Andreas necesita a alguien que le haga flotar cuando él se hunda por su propio peso. Tú lo consigues. Eso basta.

Me quedo un segundo sin palabras. El aire frío me araña los brazos y, aun así, tengo calor bajo la piel.

—No voy a hacerle daño —susurro, rotunda.

—Entonces sal de aquí y quítale el nudo que lleva en el pecho —replica Nikos, señalando la puerta con la barbilla.

Tomo aire, cuatro fuera, dos dentro, y asiento.

—Mañana a las ocho, café doble —le recuerdo, dando un paso atrás.

—Y tu historia completa. —Chasquea los guantes y vuelve a hundirse entre cables—. Ahora largo.

Salgo. La puerta se cierra con un chasquido neumático. Me quedo un segundo en el pasillo, escuchando solo el latido desordenado que me hace cosquillas en la tráquea.

¿Enamorado de mí? No. Imposible.

Repaso la lista de razones con las que intento blindarme:

1. Andreas es un atleta de la perfección: cataloga riesgos, diseña planes B, esquiva cualquier variable que no pueda cronometrar. El amor, sobre todo el mío, es la variable con patas más caótica de la ecuación.
2. Yo misma le serví la mentira perfecta: aquella servilleta que jamás le perteneció. Sigo sin haberle contado la verdad. El cimiento está hecho de papel y humo. Cuando sepa que el mensaje era para otro, ¿qué quedará en pie?
3. Si todo se derrumba, el que se quedará al margen flotando, como dice Nikos, será él. La que se hundirá seré yo. Esto ya lo he vivido y sé cómo termina. La chica invisible acaba deseando volver a ser, simple y llanamente, invisible.

Aun así, ninguna de esas razones explica cómo se me encajó el corazón cuando Andreas me sostuvo en la piscina o cómo mis pensamientos aprendieron un ritmo nuevo al compás de sus colores cuando me tocó.

«Curiosidad» me digo.

«Conveniencia» me miento.

Me detengo en el pasillo principal. Hay un reloj digital sobre la puerta de la piscina corporativa: 19:03.

Puedo perderlo, sí. Pero mantenerlo así, entre la culpa y el miedo a que me descubra, es perderme a mí misma por adelantado. Y,

contra todo pronóstico, hoy quiero mi nombre nítido en esta historia.

Empujo la puerta de emergencia que da a la escalera y bajo despacio, rozando la barandilla con los dedos. Cada peldaño es un redoble:

—Andreas, la confesión no era tuya.

—Andreas, lo convertí en secreto para protegerme.

—Andreas, aprendí a quererte mientras intentaba que dejaras de ver en mí una sombra.

—Andreas, si aún te quedo pequeña, dímelo ahora, antes de que… No, ya es tarde para mí.

La puerta giratoria exhala un soplo cálido de calle cuando salgo al vestíbulo. A esa hora el *hall* está casi vacío. Solo está el conserje apagando el ordenador y Andreas, apoyado en la mesa de recepción, la chaqueta del traje colgada al antebrazo y la camisa remangada hasta los codos. El aire acondicionado pelea contra los 35 °C que todavía cuecen fuera, y una fina película de sudor le brilla en la clavícula.

En cuanto me ve, endereza la espalda.

—Iria —saluda, grave. Su voz suena como si me hubiera estado esperando mucho rato. Después, con una calma estudiada, añade—: Vamos a la piscina. He reservado la calle tres, la misma de la otra vez.

Sujeto el asa de mi bolso para no enseñarle cómo me tiembla la mano.

—¿Ahora? —pregunto, aun sabiendo que es un «ahora» innegociable.

Asiente. En sus ojos no hay prisa, solo una determinación serena que me desarma.

—Necesito agua —dice—. Y conversación sin techo de hormigón ni goteos de fluorescentes. ¿Quedamos allí?

Asiento con la cabeza. Tengo que pasar por casa para recoger mi bañador y mi equipo.

Antes de desaparecer en dirección al garaje, él me roza la muñeca.

—Color —susurra.

—Gris nube —respondo, sincera.

—Dame media hora y te pinto un atardecer nuevo.

Se va, y el pulso me golpea la tráquea. Pienso en Nikos: «No hagas daño a mi hermano». Está bien. Voy a intentar no hacerlo, ni hacerme daño yo tampoco.



24

Depuración de culpas y reinicio con cloro

«Iria»

Cuando salgo del vestuario, el bañador oscuro se me pega a la tripa como un pedal de freno y acelerador al mismo tiempo. Me repito que no vengo a seducir, vengo a contar. A perderlo, quizá.

Pero en cuanto levanto la vista, el plan se me descose por completo.

La piscina está vacía de nuevo. Las luces sumergidas tiñen el agua de un zafiro limpio.

Andreas ya está en el agua.

Nadando.

Lo hace con una fluidez que parece mentira. Ni salpica ni se agita. Solo se desliza. Como si el agua lo hubiera estado esperando para recordar cómo se mueve.

Cada brazada traza un arco perfecto que corta la superficie sin violencia, y su cuerpo—*ese cuerpo*—, más que impulsarse, parece empujar el tiempo. Los músculos del hombro y la espalda se alargan y contraen en una sinfonía precisa. El oblicuo se le marca bajo la línea del bañador como un recordatorio clínico de que este hombre fue diseñado para esto.

Yo, mientras tanto, contemplo desde el borde como si acabara de toparme con un documental en vivo sobre los dioses del agua. No puedo apartar la vista. Es... desarmante.

Y lo peor es que él ni siquiera sabe que lo estoy mirando.

Una brazada más.

Otra.

Entonces gira con un volteo limpio, rápido. Regresa. Y cuando por fin se aproxima al extremo donde estoy de pie, **me ve**.

Pero no se detiene de golpe. No, Andreas frena como si el agua también obedeciera su voluntad. Pierde velocidad, se desliza hasta que solo queda su cabeza fuera, apoyada en el borde con las manos abiertas.

Me mira. Le cae un hilo de agua por la sien y su respiración está acelerada, pero no jadea. Solo me observa. Como si yo fuera la novedad y no él, recién salido del paraíso líquido.

—¿No hay nadie de nuevo? —susurro, más para mí que para él.

—Nadie es justo lo que necesito —contesta él. La voz baja se le queda pegada al azulejo como terciopelo mojado—. ¿Vienes?

—Tengo que decirte algo —empiezo a decir sin entrar, sentándome solo sobre el bordillo—. Y quizá después quieras irte.

Andreas niega despacio con un gesto mínimo, oceánico.

—Primero entra —indica y se lleva dos dedos al propio pecho como si se señalara como lugar de destino mientras se gira para mirarme.

Me zambullo despacio.

Andreas alarga la mano bajo la superficie y yo apoyo mi palma en la suya.

—Respira —susurra, sin romper el hilo del silencio. Su voz provoca ondas concéntricas más nítidas que mis brazadas.

Obedezco y exhalo. El aire se me escapa en un suspiro que roza casi la vergüenza. Cuando inhalo noto un temblor en la tráquea, un sollozo diminuto

Andreas me rodea la espalda y coloca el antebrazo en mi cintura, guiándome para que flote de espaldas sobre su pecho. Mi nuca encaja en el hueco de su clavícula como si lo hubiéramos ensayado toda la vida. Veo el techo de cristal invertido, las luces bailando, mi fragmento de cielo… y su respiración contra mi oído, segura, mecánica, como un metrónomo biológico.

—Deja que el agua aguante tu peso —murmura, tan cerca que la piel junto a mi oreja se eriza—. Y no pienses demasiado, Iria.

La obediencia es sencilla; la mente, no. Bajo el latido reposado emergen pensamientos que se retuercen como anguilas:

«Dios, todavía no sabe la verdad… ».

«¿Qué pasa si cree que jugué con él?».

«¿Y si esto solo es una delicada forma de terminar?».

«¿Cómo voy a poder vivir sin esto?».

«¿Quién enfocará mis pensamientos en colores y me recordará que debo respirar?».

El temblor interno se me cuela en la garganta. Mis talones patalean un poco cuando mi cuerpo se tensa. Él lo detecta de inmediato. Su otra mano abandona mi omóplato y se posa, con una delicadeza casi médica, en la base de mi garganta, justo donde late el miedo.

—Color —pregunta, apenas un soplo.

—Negro… —murmuro. No sé si es una respuesta o una confesión.

Andreas desliza el pulgar sobre el latido que retumba bajo mi piel, como si pudiera regularlo. Y de pronto, sin previo aviso, me gira para que me quede de cara a él, apoyándose sobre la pared de la

piscina. Sus ojos claros y esos toques aceituna me abarcan entera con la seriedad de quien examina un tesoro roto.

—Háblame —pide—. Vacía lo que te envenena antes de que lo haga yo. El agua amortigua todo.

La culpa y la ansiedad estallan. Palabras que llevaba días reteniendo se atropellan en mi boca.

—La servilleta… —empiezo, y la sola mención me seca la lengua —. No era para ti. Fue un… desvarío mío con Diego. Creí que nadie la vería, solo él, puede que incluso ni él. Había bebido y Raquel me convenció de escribirla, pero la metí en el bolsillo de tu chaqueta, creyendo que era de él. Cuando la encontraste me quedé paralizada. Luego te lanzaste con aquella seguridad y yo… dejé que siguieras creyendo que era para ti… —Me tiembla la barbilla. Odio que me tiemble, pero continúo—. He temido cada hora del día desde entonces que descubrieras lo patética que fui. Que todo esto se derrumbase y resultara en un chiste privado a mi costa.

Ni el más leve parpadeo.

—Lo sé —admite, muy despacio—. Lo supe desde el momento en que la leí. Reír habría sido fácil, pero preferí invertir en la posibilidad… de poder acercarme a ti y que tú me dejaras hacerlo — responde, y me desconcierta la honestidad desnuda—. No debes sentirte mal. Yo no te permití aclarármelo. Y lo intentaste. Ahora me doy cuenta de que ha sido más duro para ti de lo que predije y no debería haber dejado que esto fuera tan lejos.

Me quedo muda. Las palabras caen como sacos de arena dentro de mí, taponando el pánico. El agua nos mece. Mis manos siguen sobre su pecho, como si el cloro pegara la piel.

Cierro los ojos. Dos lágrimas tibias se disuelven en la superficie. El agua las devora en silencio. Andreas me recoge la cara con una mano, como quien sostiene porcelana.

—¿Lo supiste desde el principio? No lo entiendo. ¿Por qué fingiste creer que era para ti? —susurro.

—Fingí que no me dolía, Iria. Vi aquella frase… «me pones tonta» … y me sonó como agua en un desierto. Me colgué de la idea de que quizá, solo quizá, pudieras mirarme a mí así, sentirte conmigo de esa manera.

—Esto es una broma, ¿verdad? Lo has hecho para burlarte de mí y cuando salgamos de esta piscina habrá un montón de memes sobre mí circulando por la empresa.

—Joder, no, Iria. Necesito que escuches mi verdad completa. —Aprieta mis manos contra su pecho. Puedo notar el bombeo firme, sin fisuras.

Abro la boca para protestar, pero él niega con suavidad.

—Déjame hablar —susurra—. Respira… y deja que te sostenga. Yo también estuve cómodo detrás de esa mentira —confiesa—. No tenía que arriesgarme a que dijeras que no.

Me echo a reír, un sonido quebrado, casi incrédulo.

—¿Tú miedo a un «no»? Andreas León Karalis, el hombre que hace firmar al pánico cláusula de confidencialidad.

—El mismo. —Sus dedos buscan mi muñeca, palpando el pulso —. Porque contigo nada de lo que sé controlar sirve. Ni el cronómetro, ni la estrategia, ni los malditos logaritmos. Solo esto —aprieta—. Tenerte conmigo.

Su declaración queda suspendida en el espacio insonoro que hay entre dos respiraciones. El agua nos llega al esternón. Ningún chapoteo cubre lo que acaba de desnudar.

—Mi plan era indecente y, al mismo tiempo, absurdamente casto —continúa—. Quería acostumbrarte a mi presencia. Primero las reuniones en mi despacho, la piscina, luego el café, la cena, que me vieras en tu casa, tú en mi coche… después aquellos documentos que revisamos codo con codo. Una lenteja de atención cada día hasta que, sin darte cuenta, me miraras con hambre propia.

—Eres… incomprensiblemente paciente—balbuceo.

—Solo con lo que merece cada segundo. —Su pulgar dibuja un gesto mínimo debajo de mi ojo—. Vuelvo a preguntarte el color.

Aspiro. El mundo recupera nitidez.

—Turquesa… sin tormenta.

Sonríe, y la leve curva junto a su labio aparece. La rendija por la que se le escapa la humanidad.

—Ahora sé que me equivoqué —susurra—. Que no hay daño pequeño cuando se alimenta de silencio.

—Dime que te odiaste por ello —musito, todavía incrédula.

—Cada vez que te hacía sentir dudas y no podía decirte por qué —responde, sin pestañear—. Pero también me descubrí egoísta. Prefería la culpa a quedarme sin ti. Sí, Iria, cometo errores, soy el tipo que roba confesiones, pero también el que te mira cuando crees que nadie lo hace, el que sabe que has escrito algo para otro… y aun así se queda, el que respira contigo cuando tú olvidas cómo se hace**,** el que se traga la rabia y la transforma en protección, aunque le tiemble el alma, el que renuncia a tocarte para no hacerte daño**...** o al menos lo intenta. El que elige el amor incluso cuando no es correspondido… todavía**.** Si aún dudas, lo entiendo. Yo también aprendí a quererte a ciegas.

Ahí me rompo.

No por la grandeza de las palabras, sino por lo pequeño de los detalles… la obsesión suya de contarlo todo para no perder el control, puesta al servicio de mis grietas.

Su pulgar roza el pliegue entre mis dedos. La caricia es simple, casi austera, pero el corazón me pega un latigazo tan brutal que el agua se me agita alrededor.

—Robé tu error para sentirme elegido, pero no quiero ser ladrón de confesiones. Quiero que me las cuentes tú.

Me tiembla el labio, pero no de tristeza, de alivio crudo.

—Pregunta, entonces.

—¿A quién elegirías hoy, sin miedo, sin dudas, sin equivocaciones?

—A ti —respondo, con un hilo de voz que me quema el pecho—. Solo a ti. Mil veces.

El agua nos llega al mentón cuando Andreas nos mueve y me acorrala contra la escalera helada para apoyar mi culo sobre un escalón.

El metal me roba el calor. Su cuerpo me devuelve fuego cuando rodeo su cintura con mis piernas.

Me sostiene de la nuca, me obliga a mirarle y tira de la goma del gorro con delicadeza. Los mechones húmedos me caen sobre los hombros y la sensación es tan íntima que me muerdo la lengua para no suspirar.

El cloro le marca las pestañas en gotitas minúsculas que se deslizan hasta su barba.

—Color —ordena, voz de piedra mojada.

—Pizarra… con chispas turquesa —susurro. El mundo es gris oscuro con relámpagos de luz líquida.

Él ríe bajo. Una gota se suelta y le corre por la barba. Quiero lamerla antes de que llegue al mentón, pero él se adelanta y me agarra la cara con ambas manos y me besa. Directo, lengua primero, sin tanteos. Me muerde el labio, me devuelve lengua, saliva, aire. Lame mi paladar, mis dientes, todo sin suavidad.

—Otro —exige.

—Joder… granate sucio.

—Buen tono para correrse —responde, y en su boca asoma una media sonrisa con los caninos marcados, como si acabara de ganar una apuesta y quisiera morderme para sellarla.

Me quedo quieta un segundo, solo lo justo para que el cerebro empiece a procesar lo evidente. Estamos en una piscina corporativa y él me mira como si fuera a follarme contra la línea de corcheras.

—¿Aquí? —susurro, mirando de reojo a la puerta de acceso—. ¿Y si entra alguien?

Él ni parpadea.

—No va a entrar nadie. He alquilado toda la instalación para esta hora. La encargada del turno tiene orden de no asomarse ni para reponer cloro.

—¿Has alquilado la piscina entera?

—Y dejado aviso por escrito: «No molestar. Proceso terapéutico en curso».

—¿Y qué tipo de terapia es esta?

—Inmersiva. Intensiva. Y con final feliz si te portas bien.

La mano libre se hunde bajo el agua y pellizca mi pezón a través de la lycra. Un latigazo. Chupo aire. Él sonríe apenas y aprieta más fuerte. Sabe que el dolor rápido me ancla y frena al TDAH que camina por mi cerebro como un soldadito drogado.

—Describe la sensación —exige pegado a mi boca.

—Arde. Duele rico. Me… centra.

—Buena chica.

Me besa de nuevo. Nada de tanteo, sino lengua hasta la campanilla. Aspiro su aliento y me sabe a menta. Choco los dientes contra los suyos, muerdo, él gime grave como un trueno que me vibra la garganta. Reparte mordidas suaves por mis labios, baja a la mandíbula, muerde el mentón. Cada dentellada viaja de forma directa hasta mi clítoris donde el deseo me palpita descarado.

Su mano abandona mi pecho y baja entre nosotros, palpa mi bañador. Nota la humedad pegajosa que no es de piscina. Gruñe satisfecho.

—¿Así de mojada o quieres más? —susurro, descarada por pura necesidad.

Responde con dos dedos que se cuelan bajo la tela. Me penetra de golpe. Polla no, dedos. Tres falanges dentro, de una. Un gemido me corta en seco. Mueve la mano en gancho, roza la pared interna, vuelve a empujar. El agua chapotea entre nuestros vientres y el ruido suena indecente en la nave vacía.

—Cuenta pulsaciones.

Uno… dos… tres… cuatro… aguanto la respiración. Él bombea lento, retira, vuelve. Me despego de los azulejos y agarro sus hombros para no ir a la deriva. El agua nos hace mecernos el uno contra el otro.

Mis pensamientos quieren irse hacia la inspección, Diego, los ingresos falsos, la servilleta, ¿me depilé bien para esto…? Andreas lo nota porque mi pupila divaga. Coloca la palma de su mano libre en mi mejilla, firme, y me obliga a mirarle.

—Color.

—Carbón fundido.

Pasa el pulgar por mi clítoris, húmedo contra húmedo, un círculo suave. Mi cadera se sacude. Él me inmoviliza con la otra mano en la garganta. El pulgar dibuja un ocho, despacio, y la corriente eléctrica sube por la columna.

—Habla —bufa—. Quiero oír lo que pasa ahí dentro.

—Me arde —jadeo—. Me llena.

Se ríe bajo. Saca los dedos. Siento el chasquido viscoso al salir y me da un beso en los labios. Sus dientes pasan por mi trapecio, muerden la carne hasta casi doler.

—Necesito un puto condón —masculla contra mi boca.

Tarda un latido en decidir. Me aparta solo un poco del escalón para utilizarlo él, y sale con habilidad felina.

El bañador se le pega como una segunda piel. El bulto de su polla hinchada señala el techo sin vergüenza. Ni siquiera intenta disimularlo mientras avanza con largas zancadas silenciosas. Verle

alejarse, la espalda ancha cortando la luz, me deja un vacío físico, casi doloroso.

Cuento siete latidos y regresa. El envoltorio plateado brilla entre sus dientes. Su erección sigue clavada contra la tela, aún más evidente, con el glande marcado en el centro. Se me humedece la boca de pura anticipación.

Se sienta en el primer escalón cuando lo libero, haciendo pulso con sus manos sobre el pasamanos de la escalera y se baja el bañador de un tirón. La polla emerge libre, pesada, venas marcadas que palpitan con su pulso.

—¿Lo pongo yo? —pregunto, fingiendo inocencia.

Él asiente, pero al ver mi sonrisa torcida comprende el plan. Apoyo un pie en el último escalón para tener estabilidad y le quito el envoltorio de los dientes para dejarlo a un lado, todavía intacto. Primero, mi premio.

Saco la lengua y dibujo un círculo lento alrededor de su punta. El orificio del glande se contrae y una gota salada asoma y la recojo.

Él exhala un «joder» que retumba en el hueco acristalado del techo. Desciendo, lamo la vena que sube como un río encrespado hasta la base, trazo con la nariz el contorno húmedo de sus huevos, bajando un poco más su bañador para dejarlos salir.

Los ahueco con la palma y los beso. Uno, después el otro con la delicadeza que se reserva a un postre caro. Están tibios, tensos, huelen a piel limpia y a deseo contenido.

Mezclo saliva con el agua. La resbalo sobre el eje y, en un golpe de gula, me meto la polla entera hasta que la punta topa el fondo de la garganta. Fuerte. Y me muero.

Mis labios se cierran en un sello firme y chupo despacio, succiono, aflojo. Él se arquea, los dedos se le clavan en la barandilla. Lo escucho gruñir mi nombre, grave, casi vulnerable.

Subo y bajo en un ritmo que alterna profundidad y caricia. La lengua aprieta la cara inferior, traza espirales en el frenillo, saborea cada surco.

Al separar la boca, un hilo de saliva cuelga y se rompe sobre su pelvis. Le miro desde abajo, pestañas empapadas, y él maldice algo en voz baja, en griego, tal vez, antes de sujetarme la nuca con mano temblorosa.

—No te pases o me corro —advierte, pero la frase se le quiebra cuando vuelvo a tragarle hasta la campanilla.

Aumento la presión, succiono con hambre. Mis dedos masajean los huevos, los palpan, sienten el palpitar que precede al temblor.

Retiro la boca justo a tiempo para deslizarle el condón extra grande. Rompo el envoltorio con los dientes, lo despliego sobre el glande húmedo y lo bajo despacio, apretando con la yema para expulsar el aire.

El caucho chirría, se adhiere, aprisiona la dureza en un brillo mate. Mis labios besan la punta envainada como sello final.

—Listo —susurro, con voz ronca.

Él se mete en el agua con un bramido y me toma de la cintura, sus muslos deslizan entre los míos y vuelve a anclarme sobre la escalera. Flotamos pegados. Me besa antes de cualquier maniobra: beso hondo, lento, calibrado.

—Sujétate a mi cuello —ordena. Obedezco. Mis piernas se aferran a su cintura y él me sostiene con una mano bajo el culo.

—Color —exige de nuevo, la polla empujando mi vientre.

—Cobre líquido —jadeo. Tiemblo entera.

—Quiero oírlo cuando cambie —advierte.

Desplaza mi bañador a un lado. La tela se enrolla en la ingle. Siento la punta caliente buscando la entrada. Apenas la encaja, se queda quieto.

—Define lo que notas —susurra en mi oído.

—Presión —gimo—. Muy necesaria.

—Buen resumen.

Empuja. Dos, tres centímetros. El agua se cuela, resbala, amortigua, pero amplifica. Empuja más. El glande se abre paso, me estira al límite. Clavo las uñas en su espalda, araño la piel mojada. Él gruñe y se hunde entero.

Un gemido ahogado se mezcla con un chapoteo áspero.

Sus manos aprietan mi culo, me baja me sube, se sumerge, sale, un ritmo que pica, corto, rápido, y luego cambia a hondo, lento, caliente.

—Habla.

—Martilleo —contesto—. Martillo percutor.

Su risa retumba en mi cuello, muerde, chasquea. El agua salpica en nuestras caras. Lamo la gota de su barbilla. Él me acerca la boca, me besa sin ritmo, succiona mi lengua, la chupa fuerte. Saltan chasquidos entre labios.

De pronto se queda quieto, hondo.

—Color.

—Rojo volcánico —respondo en un susurro quebrado.

—Aguanta ahí —ordena. Y empieza el juego. Saca hasta la mitad, embiste. Saca, embiste. Pulgar en mi clítoris alterna con palmada líquida sobre mi pelvis. El sonido se mezcla con nuestras respiraciones desbocadas.

La presión sube, un zumbido bajo el cráneo. Sé que voy a estallar. Él también.

—Pídemelo —masculla.

—Joder… —gimo—. Fóllame más fuerte.

El pulgar apuñala círculos, la polla golpea el punto exacto. Mi cabeza choca contra el azulejo al arquear la espalda y exploto.

El orgasmo cruje, muerde, me electrocuta los nervios. Grito su nombre, el eco rebota en la bóveda.

Tres embestidas más. Andreas ruge, un bramido de animal grande. El cuerpo se le tensa. Siento el chorro de calor estirar la goma cuando se corre. Me abraza fuerte.



Tardo siglos en volver. Él aprieta la nariz en mi cuello. Su polla late una vez más dentro del condón. Gemimos al unísono, un dúo torpe y perfecto.

El silencio cae como manta húmeda. Solo jadeos y goteo de focos. El TDAH me lanza chispazos de ideas irrelevantes. Aprieta un poco más la mano en mi culo y todo ruido interno se apaga.

—Color —susurra al fin.

—Blanco semen —respondo, una risa exhausta enredada en la palabra.

Él me besa los labios, lento, y retira la polla. El chasqueo al salir me estremece otra vez. Anuda el condón, lo lanza al bordillo con efecto de nadador experto. Me gira, me envuelve. Seguimos sin hacer pie. Flotamos como pecadores absueltos.

—Te aguanto veinte largos más —bromea, con la respiración aún rota.

—Joder, Andreas… no me quites la motivación —murmuro, y lamo la gota de cloro de su labio—. Ya he conseguido la medalla de oro, no necesito más.

Su pecho vibra con la risa grave.

—No, contable. —Sus ojos chispean—. Esto ha sido solo la clasificación.

El mundo se reduce al vaivén del agua templada y a nuestros cuerpos que se siguen buscando incluso sin necesidad de empuje. Me acaricia la nuca con dedos perezosos, yo dibujo círculos en la cicatriz de su oblicuo. Nadie habla. La piscina devora los sonidos externos. Solo existe este silencio lleno de chasquidos leves, respiraciones y piel.

Pienso en lo absurdo que sería volver a hablar de números, de informes o de firmas. Aquí, cada uno es la cifra exacta que le falta al otro.

Él besa mi frente. Me froto la nariz en su clavícula. Reímos sin fuerza. Nos dejamos mecer hasta que el cloro nos recuerda, con un leve escozor en los ojos, que el mundo real sigue fuera.



25

Café, autoestima en toalla y CEO con complejo de Cupido

«Iria»

Despierto con el crujido conocido del somier de IKEA que juré cambiar cuando cobrase la paga extra de 2021… Y solo cuando rechina lo recuerdo.

Andreas duerme medio encajado contra mi espalda. Casi mide dos metros y la cama apenas uno treinta y cinco, así que su brazo hace de cinturón de seguridad para que no me despeñe al parqué.

Las persianas venecianas filtran un rayo suicida de julio, se cuela por el hueco roto de la lámina y le pinta la mandíbula a brochazos de luz.

Podría decir una cursilada como que parece un dios griego abandonado en un piso de estudiante, pero la verdad es que ronca un poco, muy sutil, como una respiración fuerte, pero cuenta como roncar, y tiene el pelo hecho un nido en la coronilla.

Glorioso, sí, pero mortal.

Intento zafarme con sigilo para llegar al baño antes de que se despierte, pero es una misión imposible. En cuanto levanto cinco milímetros la almohada, él refunfuña y aprieta.

—Cuatro fuera, dos dentro —murmura, todavía sumergido en sueños. No sé si me guía o me trolea.

—Voy a implosionar si no hago pis.

Su gruñido se convierte en un arrullo de perro grande. Me suelta un segundo. Aprovecho y ruedo hasta el borde como una croqueta experta. La puntera del pie toca el suelo y, entonces, mi móvil empieza a vibrar en la mesilla. Vibrar no, taladrar.

Pantalla: «Jerónimo».

Deslizo para aceptar y sus decibelios llenan el cuarto.

—¡IRI! ¡¿TE ACUERDAS DE MARISA LÓPEZ?!

El muy *karma boy* no sabe mantener un tono tranquilo como un adulto sensato. Él prefiere el megáfono incorporado de su tráquea.

Andreas abre un ojo. Solo uno, el izquierdo. El derecho sigue en huelga. Pero basta porque la ceja sube en alerta DEFCON-2.

—Jero, baja la voz. Son las… —busco el reloj, no lo encuentro— las horas en las que la gente civilizada duerme.

—¡Espabila! Escucha, hay grupo de WhatsApp para lo de la cena de antiguos alumnos. Nadie sabía cómo encontrarte, total, que me han añadido a mí.

—Jerónimo, gracias por la info, pero ahora no puedo…

—¡Claro que puedes! Te paso el enlace. Pero cuidado. Ahí está Manuel, el señor Hombre-Perfecto-Que-No-Te-Miro-Ni-Con-GPS.

Andreas se incorpora. Apolo versión *sin ropa* se materializa bajo el rayo de sol. Ni las ojeras le estropean el cuadro. Medio torso al aire bajo la sábana, músculos tensos, ojos verdes tornados a acero. Se apoya en la cabecera, que también cruje, traicionera, y me observa como si Jerónimo fuera un hacker ruso al otro lado del satélite.

Vuelvo al altavoz humano.

—Jero, que no me interesa —siseo.

—Vale, vale, reina del drama. Solo quería que lo supieras antes de que te llegara por otro lado y te pusieras en modo «nadie me invita a nada». Luego me llamas y me cuentas tu vida amorosa, que fijo está más interesante que la mía.

PUM.

Cuelga. No se despide, claro. Mi habitación recupera el silencio y un leve olor a sábana vívida. Ya puedo respirar…

—¿Qué cena es esa? —Andreas pronuncia cada sílaba como si fuera una infracción de tráfico.

—Es una chorrada del instituto —le respondo, restándole importancia mientras me siento al borde de la cama, espalda recta, dignidad en zapatillas desparejadas, claro que solo tengo un pie sobre el suelo—. No pienso ir. Tema zanjado.

Él no parpadea. Con una mano me agarra el tobillo que aún tengo sobre la cama, suave pero firme.

—Color.

Cierro los ojos.

—Amarillo mostaza.

—Ese no es tu código de estoy zen. Ese color es de alerta.

Mi carcajada sale ronca.

—Eres peor que un semáforo inteligente.

—Soy tu lector cromático —replica—. ¿Dónde vive tu hermano? Quiero mandarle un tutorial de decibelios aceptables.

Anoche cuando llegamos a mi piso, Andreas decidió que necesitaba el contexto completo de mi ecosistema doméstico. Dice que así calibra mejor a mis demonios, así que le concedí el tour rapidito:

Pasillo estrecho que huele a ladrillo viejo y spray anti moho, póster de Bowie despegado en la esquina.

Salón-cocina con sofá gris colonizado por la *República Independiente de las Bragas*. Sí, la misma exposición que lo recibió aquella tarde en la que subió sin previo aviso.

Dormitorio con cabecero de contrachapado pintado de negro mate, mesillas hackeadas de IKEA, ventana a patio interior tipo prisión turca. En la mesita, mi altavoz, tres libros subrayados y una figurita de Baby Yoda que ahora Andreas examina con sospecha.

—¿Grogu vigila o entretiene? —pregunta, sosteniéndolo como si fuera una reliquia.

—Ambas. Y le caes bien.

Deja el muñeco con cuidado, se sienta de nuevo y me tira de la muñeca para que vuelva a la cama.

—No estoy enfadado contigo —aclara—, estoy enfadado *por* ti.

—Lo sé. Pero no necesito guardaespaldas emocionales.

—Mentira piadosa —replica con media sonrisa torva—. Todos necesitamos uno de vez en cuando.

Se tumba boca arriba y abre el brazo como pista de aterrizaje. Me acurruco contra él con mi necesidad imperiosa de hacer pipí en pausa por causa mayor y más agradable. Su pecho funciona mejor que cualquier Himalaya de cojines.

—Y ahora, plan de daños —susurra—. Dime qué parte de esa cena te duele de verdad.

Pienso. Duele que el grupo no me recordara. Duele que Jerónimo lo suelte como noticia del telediario. Pero, sobre todo, duele que una parte de mí aún quiera que esos fantasmas del bachillerato confirmen que ahora sí valgo la pena.

—Me jode que todavía me importe —confieso.

Andreas hace un sonido breve, algo entre resoplido y risa.

—Perfecto. Hemos diagnosticado la herida. Próxima fase, tratamiento.

—¿Te refieres a ignorarlos?

—Me refiero a ir.

—¿Perdón?

—Iremos juntos. Tú con tu vestido rojo efecto semáforo y yo con mi mejor cara de «hola, si le haces daño, te mato». —Se incorpora en un codo. La sábana se desliza, dejando ver la V de sus abdominales.

«Dios, concentración».

—¡Eso es sobrerreaccionar! —protesto.

—Eso es… —me muerde la barbilla, leve— justicia poética.

Intento objetar, pero su argumento secundario es pasear la palma por mi muslo desnudo y dibujar ochos que desconectan mis sinapsis. Luego sube la mano a mi cintura hasta mi tatuaje.

—¿Sabes por qué escribiste un punto y coma y no un punto final? —pregunta, de pronto.

El vértigo me sube por el tatuaje hasta la nuca.

—Porque quise continuar la frase.

—Exacto. Propongo un plan académico. Tú entras, deslumbras a tu *ex-clase* con todo lo que eres. Luego bailamos un rato, torturamos a Manolo —sonríe con malicia, Dios mío— y nos marchamos cuando se aburran de sentirse inferiores a ti.

—Andreas, no necesito probar nada.

—No lo hago por ti, contable. Lo hago para que tu cerebro TDAH tenga un nuevo recuerdo del instituto que no sea gris cola de rata.

Su mano ya sube peligrosa por mi costado.

—Además —añade—, prometí enseñarte a respirar incluso en medio del caos. ¿Qué hay más caótico que un reencuentro con tu adolescencia?

—¿Y si me bloqueo? —pregunto, con voz pequeña.

—Entonces uso mi comodín favorito.

—¿Cuál?

—Esto.

Me besa. No como anoche. Ahora es un beso sigiloso que muerde la duda y la disuelve. Su lengua roza lenta, cálida, convenciéndome centímetro a centímetro de que el mundo no va a derrumbarse si atravieso la puerta de ese restaurante.

Cuando se separa, nos miramos un latido. La rabia se le ha ido de los ojos. Solo queda ese brillo travieso de se me acaba de ocurrir un plan mejor.

—¿Qué tramas?

—Nada ilegal. Quizá un pelín inmoral. Pero eso lo descubriremos juntos.

Mi móvil vibra otra vez. Jerónimo, en modo ametralladora de audios. Suspira Andreas y vuelve a tenderme el dispositivo.

—Ponle auriculares —gruñe con tono divertido—. O terminaré acordándome de su árbol genealógico.

Le beso la mejilla, finalmente en paz.

—No necesito ir ni quiero, Andreas, pero gracias por… esto.

—De nada. Pero recuerda que Grogu lo ha visto todo. Y ese bicho no olvida.

Río, y el sonido rebota en el techo bajo. El amarillo mostaza empieza a desteñir en un naranja soleado que sí podría llamarse esperanza.

Voy a cerrar los ojos de nuevo cuando el despertador del móvil suena a las 06:45 h con la melodía estándar cutre que trae el móvil.

Andreas, versión koala extra grande, gruñe y me aprieta como si el aparato fuera un rival olímpico.

—Apágalo. Diez minutos más —murmura, ronco. Sacudo el brazo que me sirve de cinturón de seguridad.

—No puedo. A las ocho he quedado con Nikos para revisar el último log.

Bostezo mientras intento descifrar dónde empieza su pecho y termina mi camiseta de pijama.

El cambio en su respiración es mínimo, pero ahí está. Un *clic* interno que solo su ego competitivo podría patentar.

—¿Mi hermano? —pronuncia la palabra hermano como si se acabara de acordar de que existe.

—Tu hermano, sí. —Estiro el cuello y descubro que la persiana sigue dejando pasar la misma rendija asesina de luz—. Quedamos ayer a las ocho en punto de la mañana.

—Mi hermano no necesita tu ayuda —dice de manera rotunda—. Y tú tampoco necesitas correr a hacerlo.

—Andreas, si ese log sale limpio, me cuelgan el cartel de «empleada estafadora».

Andreas apoya la espalda en el cabecero (el somier protesta con un *crac*). Se pasa la mano por el pelo revuelto, y entonces se pone en modo CEO. Y da un pelín de miedo.

—Si el log sale limpio no te ocurrirá nada, Iria. Yo me aseguraré de ello.

—¿Y luego qué? —pregunto—. Iré por ahí con la pegatina «contable responsable de negligencia potencial».

—No llegará a pegarse esa etiqueta —zanja él, con voz serena—. He pactado con el consejo que, incluso si pueden demostrar dolo, mala fe contable o intención de engañar tu sueldo seguiría íntegro: sueldo, antigüedad y bonus diferido.

Parpadeo. Eso no suena a un regalo corporativo gratis.

—¿Pacto? —repito—. ¿A cambio de qué, Andreas?

Silencio. El somier cruje cuando aprieta la mandíbula. Baja la mirada al edredón, como si el estampado supiera guardar secretos.

—Andreas.

Nada. Solo ese músculo terco de la mejilla marcándose. Me incorporo hasta quedar frente a él sobre sus muslos y le sostengo la cara con ambas manos.

—¿Qué les ofreciste?

—Nada que no pueda recuperar —murmura.

—Traducción.

Traga. Las pestañas largas se baten una vez.

—Ofrecí presentar mi dimisión irrevocable si el auditor externo concluye que hubo fraude y no consigo probar quién lo hizo.

Me clava los ojos verde jade y aceituna centrífuga. No hay drama ni martirio, solo determinación fría.

—Renuncias… a tu empresa —susurro—. A la criatura que levantaste de cero después de quedarte sin hombro para competir.

—Prefiero quedarme sin cargo antes que quedarme sin ti —lo dice en un hilo de voz, casi avergonzado de hacerlo sonar épico—. Y no lo haría por cualquiera, créeme.

Me falta el aire. Retrocedo una fracción, lo suficiente para verlo entero. Al hombre que nunca se rinde, listo para soltar el ancla que le define.

—Eso es amputarte otra vez —protesto—. No lo permito.

—No te pido permiso. Es mi decisión empresarial.

—Pues yo veto tu estrategia, CEO. —Le apunto con el dedo al pecho, para que vuelva a mirarme—. Vamos a encontrar esa maldita traza. Y, si no aparece, buscaremos otra forma. No pienso dejar que te tires por un precipicio para amortiguar mi caída.

Se le afloja la tensión de la mandíbula y una medio sonrisa triste asoma.

Acaricia mi mejilla con el pulgar.

—¿Tienes treinta segundos para recordar que anoche me dijiste «solo a ti, mil veces» o prefieres seguir abrazando la catástrofe?

—Me rindo. —Exhalo, cuatro fuera, dos dentro—. Pero necesito ir con Nikos, ahora más que antes y sin ti gruñendo cerca.

Esboza una pequeña mueca en la comisura de su boca. Su versión de *vale, me callo*. Se levanta, buenamente desnudo. Un griego malhumorado caminando sin toga que empeñe su visión de dios helénico es un lujo para cualquiera con ojos.

Cuando se inclina para recoger los bóxers, el sol furtivo de la persiana le marca la espalda y me regala una panorámica de atleta olímpico sin uniforme: hombros que dibujan triángulos, glúteos firmes como cláusulas blindadas y las dos joyas colgando bajo la línea perfecta entre sus muslos. Trago saliva. Que no se note la baba.

—¿Sabías que los antiguos griegos competían completamente desnudos? —suelta, sin volverse, como quien comenta el parte meteorológico—. No sé por qué, contable, pero me da que hubieras comprado entrada en primera fila.

—Con palomitas, cronometrando tu marca —replico, apoyada en el codo para disfrutar la vista—. Aunque apuesto a que tú hubieras batido récord en distracciones ajenas.

Se endereza con la ropa en la mano y esa media sonrisa canalla.

—Eso es relativo. Depende de quién mire y de cuánto se excite la concurrencia.

—Presumido.

—Observadora. —Se acerca, me planta un beso rápido en la frente.

Suelto la mano en un leve azote sobre su culo por puro reflejo científico, hay que testear la firmeza. Él chasquea la lengua, amenaza con devolverme el gesto y de paso me atrapa la muñeca y me acerca de un tirón suave. Nuestras narices casi chocan y el aire se espesa de repente.

—Tengo diez minutos antes de que la cafetera explote y tu hermano vuelva a mandar un audio bomba —susurra, con sonrisa canalla—. ¿Ducha para dos?

Mis pupilas, traicioneras, miran hacia el baño.

—Vale —dictamino—. Pero sin récord de resistencia, que sea exprés.

Andreas entorna los ojos, pura malicia.

—Defíneme exprés.

—Que me deje capaz de caminar hasta la empresa.

Aprieto su glúteo como punto y aparte.

—Eso es negociable —musita, mordiendo mi barbilla—. Si me dejas enjabonarte la espalda.

Acordado el armisticio, nos deslizamos al baño entre risas ahogadas y tropiezos contra la alfombrilla. El agua tibia nos envuelve. Andreas me aprieta contra los azulejos solo lo justo para robarme un beso largo, resbaladizo, que empuja la temperatura hacia peligro de incendio.

Cuando su erección pide protagonismo y mi muslo responde con descaro, él gruñe:

—Color.

—Mandarina… a punto de hervir —respondo contra su boca.

Me da la vuelta y desliza mi esponja entre mis piernas.

—Mantente en noventa grados —ordena—. Si subes a cien, te sancionaré con tiempo extra.

Reímos, jadeamos, nos acercamos a esa línea donde el juego se convierte en deseo, pero cumplimos el trato. Nada de maratón, solo un precalentamiento que deja las venas saltando y la piel oliendo a jabón neutro y promesas de venganza nocturna.

Cinco minutos después salgo envuelta en mi toalla, el corazón tamborileando, pero las piernas operativas. Andreas, ya con los pantalones puestos, mira su reloj de millonario.

Marca las 07:46, pero el que late es el mío. Jamás había empezado un día con esta certeza debajo de la piel de que soy deseo puro para alguien que podría elegir cualquier galaxia y, sin embargo, se queda orbitando la mía.

Recoloco la americana y compruebo que mis piernas funcionan. Pero lo que de verdad se estira es el eje de la espalda. Esa rectitud temprana que solo llega cuando alguien «él» me clava la mirada y dice:

—Si te vieras como yo te veo, nunca dudarías de ti misma.

La frase me hace cosquillas en los omóplatos. Él no habla de la falda tubo que me queda medio bien, sino de la Iria que hace listas imposibles, se dispersa entre pensamientos y todavía tiembla cuando se mira a sí misma. Esa Iria se siente elegida, no de rebote, no por descarte. Elegida porque sí, porque a él le bastó un instante para decidir que merecía la pena mirarme.

—Márchate o Nikos te tatuará una multa de impuntualidad.

—¿Y tú?

—Tengo que pasar por mi casa a recoger un traje y la cara de CEO serio. Nos vemos en la oficina.

Me planto sobre las puntas de mis pies para robarle un último beso, con la ironía bien marcada:

—Que tengas un buen día, *cielo*.

La puerta aún no se ha cerrado cuando lo oigo reír muy, muy bajo, apenas un soplo. Andreas sigue en el umbral, con las llaves del

coche colgando de un dedo, su pantalón de chándal y esa sonrisa ladeada que aparece pocas veces.

—Eso de cielo… —se encoge de hombros, casi tímido—. Suena peligrosamente a rutina de pareja. Y me gusta. Mucho. Podría acostumbrarme.

—No te emociones. Solo practico mi tono de esposa hastiada para dentro de veinte años.

Se inclina, me roba otro beso, sin prisa, caliente, y añade, con la comisura todavía levantada:

—Tú también, cielo. Ten el mejor día que te permita Nikos… y guarda energía para otro tipo de prácticas.

Cierra la puerta con ese golpe seco que antes me habría sonado a adiós y hoy, extrañamente, suena a «nos vemos luego».

No sabía que el amor podía latir justo aquí, entre la ropa por doblar y la prisa por fichar. Parece poca cosa, pero al dar el primer paso lejos de la puerta siento que el suelo ya no es tan resbaladizo.

Andreas es todo tamaño e impresión olímpica, sí, pero ha dejado en el aire una certeza sencilla, que volverá … y con él todo será exactamente igual de cotidiano y extraordinario.



26

Café, Katana y 86.000 mosquitos

«Iria»

Entro en la pecera que ahora es el lugar de trabajo de Nikos. Ese cubo de cristal y refrigerante donde Nikos vive enchufado a tres pantallas y le planto el café doble junto al teclado.

—No puedes dejar que Andreas dimita —disparo antes de que abra la boca.

Él levanta una ceja, ajusta los auriculares al cuello y da un sorbo sin pestañear.

—Buenos días, Iria. Yo también me alegro de verte.

—Nikos, en serio. Tú ahora eres el oráculo de esta empresa. Puedes conseguir otra salida. Si el log sale limpio y Hacienda sigue investigando, yo me como el marrón. Que me cuelguen el cartel de estafadora, me da igual. Cojo un vuelo y empiezo de cero en otra latitud. Pero Andreas no puede acabar archivado como CEO incompetente en… ¿cómo se llama ese purgatorio de directivos?

—*Registro de Titulares Inhabilitados de la CNMV* —contesta él, con parsimonia.

—Eso. Ahí, no.

Nikos deja la taza, enlaza las manos en la nuca y me observa, como si calibrara el nivel de gasolina emocional antes de arrancar.

—Llegas tarde. Su trato samurái ya está sobre la mesa —dice, como si me leyera el historial del pensamiento—. Si a las tres no tenemos pruebas contra Morales, él entrega la katana y asume el fracaso.

—No te burles. Le costó una vida rehacerse después de la lesión —espeto—. No voy a permitir que se arranque otra parte.

Nikos exhala por la nariz, algo entre risa y resignación.

—Él me dijo exactamente lo mismo cuando me obligó a venir, pero algo más brusco: «Mueve el culo y saca pruebas de donde sea. No permitiré que ella sea culpabilizada». —Teclea una combinación y un gráfico se despliega—. Así que aquí estoy. Culo en marcha.

—Si no encontramos nada, asumiré la culpa, Nikos, yo, no él.

—Tranquila, Juana de Arco. —Desliza la taza hacia mí—. El samurái es terco, pero no idiota. Ya previó que vendrías con la misma canción. Además, ya nadie se traga que tú fueras la *mastermind* de un fraude que no deja rastro. Serías culpabilizada de negligente, no de maquiavélica. Andreas te defendió bien. Si Hacienda saca la lupa, multa leve, y el consejo te pasa a un puesto lateral hasta que escampe. No hay cárcel ni exilio.

—¿Y ya está?

—Sí, y no hay nada que puedas hacer, excepto sentarte ahí y ayudarme. —me alcanza el segundo teclado—. Trajiste tu superpoder, ¿no? Busca patrones locos como tiempos, rutas, cualquier cosa que no siga su propia lógica.



08:07

Tengo la pantalla dividida. A la izquierda, las sesiones de acceso remoto. A la derecha, mi lluvia de pensamientos:

– Origen 10.0.3.14 (router laboratorio)

– Destino interno vía VPN

– Faltan 4 paquetes → hueco intencionado

Tecleo a toda velocidad.

—Ese hueco de cuatro paquetes… —susurro—. ¿Puedes reconstruir qué había?

Los paquetes son como sobres de información. Cuando faltan, es como si alguien hubiera arrancado páginas de una carta.

—No, está limpiado a nivel de bloque. Es una cirugía fina —contesta Nikos—. Pero mira esto. Resulta que cada mes el túnel apuntaba a la misma subred, o sea, al mismo rango de direcciones lógicas dentro de la red, excepto este último que salta a un rango fantasma.

—Un pez fuera del acuario —murmuro—. Quizá una IP falsa para despistar.

—No demuestra nada. Solo que alguien sabe borrar pistas —responde él, seco—.



11:29

Repito en voz alta las rutas, intentando fijar la secuencia. Mi cerebro TDAH zumba, hilando conexiones absurdas.

«10.0.3.14 → 172.22.** → sombra → vuelve».

—Ese brinco encaja con un router de pruebas que quitamos hace meses —digo de pronto.

Nikos mueve el ratón.

—Lo dimos de baja en mayo. Está guardado en el almacén de IT. Sin corriente.

—Si alguien lo reanimó solo para firmar el túnel y lo volvió a dormir, no deja huella MAC. Teoría bonita, cero pruebas.

Me froto la frente. Nada encaja todavía.

Él suspira.

—Iria, todo eso es teoría. Necesito un artefacto físico o un log con la fecha viva. Y lo único que tenemos es un hueco quirúrgico.



13:46

Andreas entra con su traje gris, la corbata a medio hacer y una mirada directa.

—Noticias —pide, sin rodeos.

Nikos y yo intercambiamos un gesto y él responde lacónico:

—Nada en claro.

Andreas aprieta la mandíbula.

—El fiscal espera un informe sólido —dice. Revisa el reloj—. En dos horas empieza la reunión de control interno. Si no hay evidencia, presento la dimisión.

El silencio entre nosotros se vuelve denso. El ventilador del *rack* pasa a máxima velocidad.

—Vete a comer algo, Iria —ordena Andreas con voz baja.

—No mientras tu dimisión siga sobre la mesa.

—Iria…

Me lanza una mirada rápida, pero mis ojos vuelven al mar de IPs que Nikos proyecta en la pared. Una lluvia interminable de números que se desplaza sin parar.

—He refrescado todos los accesos externos —explica él, adelantándose a mis preguntas—. Hablamos de más de cien mil direcciones que han tocado vuestro cortafuegos este año. Casi todas son robots, nubes de Microsoft o gente que se equivoca de puerto. Para quien no hable friki —dice, girándose a Andreas—. Imagina el parking de la empresa en plena madrugada con miles de matrículas tocando el lector automático. El portero deja pasar solo a las que tienen ticket. Las demás chocan contra la barrera y desaparecen. Eso es lo normal.

Andreas asiente, pero frunce el ceño.

—¿Cómo filtras entre tanto ruido?

—Primero descarté las matrículas corporativas (las nubes) y las que solo chocan una vez. Luego filtré por hora vampiro, entre las tres y las cuatro de la mañana, y por repetidas al menos dos noches seguidas. Con eso bajamos de ciento sesenta y dos mil a ochenta y seis mil.

En la pantalla el listado se detiene en ochenta y seis mil líneas de números blancos sobre fondo negro.

—Estas son las únicas que insisten justo entre las tres y las cuatro de la madrugada. Todas residenciales, pero sin orden judicial no puedo saber más, así que las etiqueté como *ruido inteligente*.

Andreas repasa la columna de horas.

—¿Por qué insisten siempre a esa hora? —pregunta.

—Tarifa nocturna barata y nadie paseando por la planta —aclaro —. El servidor está despierto, pero los humanos, no.

Los números desfilan por la pantalla como líneas verdes de *Matrix*: 86.361 IP distintas, cada una intentando colarse alguna vez en el último año. Nikos pasa el listado a toda velocidad. Es imposible inspeccionarlas una a una.



14:50

Andreas mira el reloj. Y se me enciende un tic tac homicida. Me planto delante, como un gato intentando frenar un autobús.

—No —susurro, rozándole el pecho con la palma. El tejido del traje está frío. Debajo, su pulso es un mazo. Me cuelgo de su

cintura, la frente en su esternón—. Fue mi fallo. No entregues tu nombre por mi estupidez, te lo suplico.

Andreas me rodea, fuerte, como si pudiera soldarme la culpa.

—No fue fallo tuyo. Tú solo hiciste tus registros tal y cómo los recibías, Iria. No los modificaste —susurra—. Si tengo que caerme para que nadie te toque, lo haré de pie.

Lo aprieto más fuerte. Puedo oír su corazón retumbar bajo la tela.

—No soy esa chica que necesita un caballero que la salve —balbuceo—. Soy la que se pone el casco y vuelve al campo de batalla.

—No es cuestión de salvarte —dice con un hilo de voz—. Es cuestión de que puedas mirar atrás sin sentir que yo te arranqué el futuro para proteger el mío.

Me trago el nudo de la garganta. Él alisa mi cabello detrás de la oreja, un gesto breve, casi clandestino.

—Es mi empresa, Iria, mi responsabilidad.

—Precisamente por eso. Yo todavía puedo buscar curro empaquetando tornillos en Islandia. Tú eres el timón de esto.

Una sonrisa mínima le vibra en la comisura que no llega a declararse gesto. Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos, apenas un roce.

Nikos carraspea teatral desde la silla.

—¿Terminó ya la retransmisión de *Lo que el viento se llevó*? —pregunta—. Algunos tenemos cien mil IP que filtrar.

—Dejadlo ya —nos ordena a ambos antes de mirarme de nuevo —. Come algo. Y bebe agua. Y deja de flagelarte.

Dicho lo cual, se vuelve hacia la puerta. Dos zancadas y el pasillo se lo engulle. La cortina del silencio tarda un segundo en caer.

—Dioses olímpicos, qué dramón —bufa Nikos, quitándose los auriculares—. Si me das dos días, os compongo la banda sonora.

—¿Siempre bromeas cuando tu hermano se va al matadero? —gruño, limpiándome el lagrimón que me resbala sin permiso.

—Cuando él se empecina en morir por amor, sí —contesta, tecleando de nuevo—. Es mi mecanismo de defensa. Él es de tragedia, yo de comedia. Compensamos.

—Cállate y pásame la lista de nuevo —respondo, limpiándome la mejilla con el dorso del índice.

Las columnas de números vuelven a desfilar como lluvia de código. Cuento respiraciones: cuatro fuera, dos dentro. El caos todavía no canta nada distinto… pero late, escondido, esperando turno. Aunque será difícil concentrarme en algo que no sea Andreas solo ante todo el comité firmando su dimisión.



15:36

Mi mirada se engancha a una secuencia que reluce como si alguien le hubiera puesto neón:

62 · 183 · 17 · 11

No sé por qué esa dirección brilla entre las demás. Solo sé que la reconozco.

Espero a que mi mente busque sola. Vi esa cifra en la factura de la compañía telefónica que Diego llevó hace dos veranos, la que el técnico informático señaló riéndose.

—Vaya pastizal pagas por ver la Liga, macho.

Fue el día que quise desvanecerme de la vergüenza porque choqué con su espalda por ir distraída y, para protegerme, memoricé los dígitos frente a mi cara como si fueran un mantra.

Ahora esa matrícula reaparece, perdida en un océano de ochenta y seis mil coches digitales. Pero mi cerebro TDAH la saca a la superficie como un corcho.

—Nikos, para en 62.183.17.11 —digo, segura.

Ahí empieza a encajar todo lo que antes era simple ruido.

—Abre el gestor de tickets de 2021 y busca proyecto Lisboa —pido.

—¿En serio? Son veinte mil registros.

—Ticket 472 o 473, creo —apunto sin pensar. El número me salta solo. Él teclea.

—Aquí está. Ticket 472 – Alta temporal VPN – Diego Morales. IP: 62.183.17.11. Validez 7 días (14-07-21 a 21-07-21). Apoyo fin de semana en el proyecto Lisboa desde domicilio. Ese permiso caducó hace dos años, exactamente a las 23:59 del último día. El firewall la borró del *whitelist* después… pero si reactivó manualmente el túnel, quedó en el *log* externo. El registro de accesos más allá del corta fuegos de seguridad.

—Misma matrícula, mismo dueño, pero sin autorización —resumo —. Si puedes demostrar que esa IP se conecta justo cuando se tocan los registros de ventas, ya no es ruido, Nikos. Es Diego colándose con su antiguo pase.

—Efectivamente, no es lo mismo comprobar una IP que 86.361, Iria. ¿Cómo narices reconoces ese número entre miles? —Nikos se queda con los dedos congelados sobre el teclado—. Es como pescar una hormiga en un estadio.

—Mi cerebro guarda datos inútiles cuando van pegados a una emoción —respondo sin apartar la vista de la IP—. Aquel día me

choqué con la espalda de Diego, el técnico se rio de su factura, yo quería que me tragara el suelo… y esta cifra se me tatuó detrás de los párpados.

Nikos enarca una ceja. La comisura izquierda se alza apenas.

—Y, por lo visto, en aquel momento Diego te interesaba.

Me muerdo el labio, aparto la réplica y señalo la pantalla.

—Lo importante es que solo existe una explicación para que esa matrícula vuelva a aparecer. Cruza la hora del ticket con el log de ventas —pido.

Nikos superpone los dos listados.

03-10-27 Conexión VPN — IP 62.183.17.11
03-10-32 Cambio tabla COMISIONES_34B — usuario auditadmin

—Cinco segundos entre ingresar y tocar el archivo —explica—. No es un *álibi*, al contrario, es su firma. Solo alguien que acaba de conectar podría modificar tan rápido.

Asiente y abre otra búsqueda. En pantalla aparecen tres líneas más, de distintos meses:

02-05-23 03-12-14 Conexión IP — 62.183.17.11
02-05-23 03-12-20 Cambio COMISIONES_Mayo

12-04-23 03-11-48 Conexión IP — 62.183.17.11
12-04-23 03-11-54 Cambio COMISIONES_Abril

14-03-23 03-09-03 Conexión IP — 62.183.17.11
14-03-23 03-09-09 Cambio COMISIONES_Marzo

—¿Tienes tacones cómodos? —pregunta Nikos mientras la impresora vomita folios calientes.

—Sabes poco de tacones. Nunca son cómodos y menos para una carrera en modo Misión Imposible —contesto y me quito los zapatos de un tirón.

Agarro los papeles con una mano y los zapatos con la otra. Nikos ya ha desenchufado su portátil y se lo cuelga como si fuera una riñonera de guerra.

—Venga, contable, cardio gratis —me guiña—. Y no cobro matrícula.

Salimos al pasillo. El suelo de mármol hace eco con cada uno de mis pasos descalzos. Al fondo, el ascensor parpadea ocupado. No hay tiempo para esperar.

—Por las escaleras —decido.

—Perfecto, así compenso el croissant de esta mañana.

Empuja la puerta metálica con el hombro.

El fluorescente parpadea. Parece un médico tomando el pulso al tiempo. Empiezo a subir de dos en dos los peldaños sin mirar donde piso. Nikos me adelanta sin esfuerzo. Maldito metabolismo griego.

—¿Siempre corres así o solo cuando hay un CEO en peligro de extinción? —me vacila, saltando un tramo entero.

—Nikos. —Le lanzo uno de mis zapatos y fallo por milímetros—. Menos chistes, más velocidad.

Tercera planta a pie. Las luces de emergencia zumban. Siento el asfalto en los gemelos, pero la adrenalina va por encima del dolor. Cuando doblamos la esquina de ese piso, oigo mi respiración mezclada con la de él. Un dúo de trompetas desafinadas.

—Último sprint —anuncia—. Luego entras tú con los papeles, yo hago de telonero informático y le pintamos la cara al tal Morales.

—¿Y si llegamos tarde?

Nikos me mira de reojo mientras empuja la puerta de salida.

—Entonces sacamos la artillería dramática. Tú lloras, yo hackeo en directo, y Andreas hace su numerito de héroe. Algo funcionará.

—Eres un imbécil encantador —gruño, pero se me escapa la risa.

En el pasillo principal de la undécima planta del edificio AZCA, ya se oyen voces al fondo en la sala del comité. Nikos me tiende la carpeta recién impresa. El borde aún quema en los dedos.

—Listo, hermanita política. Hora de rematar el entuerto.

Asiento, ajusto la americana y respiro hondo. Cuatro fuera, dos dentro.



27

Dimisión exprés y otros deportes de riesgo corporativo

«Andreas»

El cristal blindado de la ventana en la sala de juntas es cruel. Devuelve un tipo con traje gris arrugado, barba de último turno y las ojeras de quien ha envejecido un año por hora. Nada de aura CEO. Hoy solo soy uno más que comparece ante su clan con la cabeza empaquetada.

La mesa oval rebosa jerarquía. Nueve consejeros, la abogada y accionistas de este lado y cuatro ventanitas de videoconferencia al fondo.

Londres, Dubái, São Paulo, Singapur y, presidiendo, el núcleo duro familiar desde Santorini: Konstantinos Karalis, mi padre, con un bastón apoyado en la rodilla y gesto de esfinge. A su derecha, Helena, mi madre, con *tablet* en la mano y bisturí en la voz. Entre ellos queda justo el hueco exacto para recordarme que soy heredero… pero no intocable.

Cuando Mariela Palmor, la abogada, activa la grabación oficial, el aire se densifica.

—Queda registrada la sesión extraordinaria de Helios & Olivo, 28 de julio, 15:00 —dicta.

Me pongo en pie y abro la carpeta con mi dimisión irrevocable, la asunción íntegra de cualquier negligencia y mi firma aún húmeda que huele a pólvora mojada.

—Consejo —empiezo, aspirando el aire filtrado—, presento mi renuncia efectiva al cierre de esta sesión y sumo en exclusiva toda responsabilidad administrativa y penal derivada de las inconsistencias contables.

Mi madre alza la vista un centímetro. Sus ojos grises interrogan, no suplican. Konstantinos aprieta el bastón sin furia ni perdón, solo contención.

—Ya has firmado, ¿verdad? —pregunta mi madre, sin necesidad de mirar.

—La incertidumbre pondría en riesgo la línea de crédito de ABN —respondo—. Y Helios & Olivo no merece un reguero de titulares tóxicos.

Nuestra reputación, debería decir, pero hoy me declaro pararrayos antes que heredero.

Miguel Soto, minoritario madrileño, interviene desde su ventanita.

—¿Y la directora financiera? —inquiere—. ¿Queda exonerada así, sin más?

—Ese era el trato —contesto—. Ella no alteró nada.

Mi madre hace tintinear la pulsera. Sabe leer entre líneas y que ella significa algo más.

Konstantinos carraspea.

—Si tomas la culpa, la tomas por completo. ¿Hay algo que debamos saber antes de votar?

«Que prefiero mi ruina a la suya», pienso, pero callo. El bastón golpea la alfombra dos veces y punto final.

Mariela desplaza el micrófono y proyecta la carta en la pantalla. El encabezado con mi nombre late como un disparo silencioso.

—Procedemos a votación.

Y, entonces, llega un estruendo. La puerta se abre de golpe. Iria entra y detrás, Nikos agita un fajo de folios como banderas capturadas.

Los ojos de los consejeros se mueven hacia ellos detrás de mí.

—Prueba sobrevenida —dispara Nikos—. Identificación de la IP 62.183.17.11 del sujeto Diego Morales.

Conecta el portátil. El proyector escupe líneas de código sobre la pared. Amplía hasta que los dígitos brillan verde neón.

—El patrón es calcado. La IP de su casa entra cada mes, siempre sobre las tres de la madrugada, y a los pocos segundos engorda las ventas y en consecuencia sus comisiones de ese mismo periodo. Por eso descuadran los ingresos declarados.

Un hormigueo sacude la mesa. Mi madre ladea la cabeza, fascinada.

—¿Cómo vinculan una IP residencial a Morales? —pregunta la consejera de riesgos, cruzando los brazos.

Nikos sonríe con malicia académica.

—Con la herramienta más avanzada del siglo. La memoria de Iria Beltrán. Hace dos veranos, Morales solicitó un alta temporal para teletrabajar en el *proyecto Lisboa*. Ticket 472. Su módem se registró con esa dirección. El permiso expiró, pero él conservó el túnel. Iria ha visto estos once números en el log entre más de 86.000 IP y lo reconoció de memoria.

Hace un gesto y la pantalla clona el viejo *PDF* del ticket, firma de Morales, fecha, hora, IP. No queda nada que objetar, la prueba es autoinculpatoria.

—Añadiré —apunta Nikos, girándose a los consejeros remotos— que los auditores externos de Price & Brookes pueden verificar la

integridad de los *logs*. Están firmados con *hash* SHA-256. Estos registros tienen su huella digital única. Si alguien hubiera tocado algo en estos días, se rompería la cadena.

La consejera de riesgos asiente, convencida al fin. Mariela Palmor rebobina la grabación.

—Queda incorporada la evidencia. Propongo suspender la votación de dimisión, abrir diligencias disciplinarias contra el señor Morales y entregar las pruebas al fiscal.

—Sin objeciones —gruñe mi padre.

Yo exhalo por primera vez en días. La carpeta con mi renuncia vuelve a ser cartón y tinta, no una sentencia. Cierro el broche metálico y me permito un segundo de debilidad y miro a Iria.

Brilla. Tiene el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas, la respiración aún desbocada por la carrera. Y sin embargo sostiene la mirada inquisitiva de mi madre con una calma que yo nunca tuve en este cuarto.

Helena se reclina y deja una última frase caer como una moneda de oro:

—Registraste un número de once dígitos hace dos años en tiempo récord y ahora lo has localizado entre más de 86.000… Es admirable.

—Uhm… gracias, pero lo único que hice fue tropezarme con él dos veces —contesta Iria, todavía con la voz agitada—. Una en la cola del departamento de IT y otra en la lista de IPs. Mi cerebro se encarga de guardar tonterías.

Iria toma aire. Yo contengo el mío. Sé que odia exponer su manera de pensar, como si al hacerlo diera ventajas al enemigo.

—Veo la información… de manera distinta —confiesa—. Cuando algo encaja con una huella emocional, resalta. Es como si resplandeciera. No es magia ni memoria fotográfica absoluta. Es… atención sesgada. La cifra de Morales me generó una sensación muy

concreta, vergüenza porque choqué contra su espalda. Cuando hoy he repasado las IP, esa misma sensación hizo clic. Así supe dónde mirar.

Helena esboza una media sonrisa. No llega a ternura, pero la reconoce.

Los consejeros externos empiezan a recogerse. Londres da un *good luck, folks* antes de que su ventanita se apague. Dubái levanta los pulgares. São Paulo y Singapur cierran sesión con un clic. La sala queda en semipenumbra corporativa.

Cuando el último asistente sale, la puerta se sella con un chasquido seco. Solo quedamos cinco personas y el eco del aire acondicionado.

Mi padre pone el foco en mí.

—Te enseñamos a controlar el fuego, no a tirarte dentro —dice en griego, sin levantar la voz—. ¿Pensabas quemarte vivo para pagar la factura de otro?

—Pensaba pagar para que la empresa siguiera funcionando. El apellido va impreso en cada botella y en cada nota de prensa — respondo, también en griego.

—Que funcione a costa de tu cuello es un negocio ruinoso — tercia Helena, ahora en castellano para incluir a Iria.

Iria se aclara la garganta.

—No quiero que esto se convierta en un juicio sobre Andreas o sobre mí. Diego falsificó, punto. Si falta eficiencia, lo asumo yo.

—Señorita Beltrán —la corrige Helena con suavidad—, lo que falta son horas de sueño, no protocolo. Usted entregó los informes que le pasaron. Eso no es delito, es buena fe. Sin embargo, su capacidad de detección no puede depender de que un sospechoso alardee de la factura del fútbol o choque contra él. Necesitamos un protocolo automatizado que detecte este tipo de modificaciones.

Iria traga saliva, pero no retrocede.

—Sí, señora Karalis.

—Nikos puede ayudarte —sugiere mi madre, pensativa—. Me gustaría ver un piloto operativo en quince días.

Helena no especula con halagos. El encargo es su manera de decir «vales la pena». Y lo ha dicho delante de Konstantinos, lo cual equivale a cincelar la frase en granito.

Nikos empuja sus gafas invisibles sobre el puente de la nariz y se apoya en el respaldo.

—Traducido al cristiano, ni cárcel ni Islandia empaquetando tornillos. La contable se queda.

Mi madre lo mira de reojo, más divertida que irritada.
Konstantinos se inclina hacia el micro que ya está apagado, pero nadie se atreve a recordárselo. Mi madre alarga un brazo y se lo activa.

—Abriré una comisión interna. Morales quedará suspendido y, si el peritaje confirma la autenticidad, lo denunciaremos. ¿Alguna objeción?

Silencio.

—Perfecto —cierra la carpeta con un golpe suave—. Tengo un viñedo que supervisar.

La conexión griega se silencia. Mis padres se despiden con un leve asentimiento. Siento cómo la tensión se desploma por dentro y un latigazo de adrenalina seguido de un cansancio me entumece el pecho.

Nikos suelta un silbido, entre admiración y alivio.

—Registraste un número de once dígitos porque un friki del fútbol te hizo pasar vergüenza… y lo sacas dos años después para salvarnos el cuello. Gracias al fosforito mental —suelta, mirando a Iria.

—No la vas a reclutar para tu equipo —advierto, medio en serio —. Es mía.

Las cejas de Nikos se disparan, encantadas con el regalo.

—¿«Mía» en qué sentido? —Ladea la cabeza—. ¿Propiedad intelectual o emocional?

No pienso darle el gustazo de verme titubear. Cruzo los brazos y me apoyo en la mesa, fingiendo un aplomo que ya no sé si poseo.

—En todos los que te imagines.

La risotada contenida de Nikos rebota en la sala vacía.

—Vaya, vaya… —Se pasa la mano por la barba inexistente—. Has dicho dos palabras y ya sumas tres posibles demandas: una por acoso laboral, otra por abuso de poder y otro por romanticismo hortera. Todo un récord para el señor control absoluto.

Me arde la nuca y estoy a punto de replicar cuando él remata, certero:

—¿Sabes lo peor, Andreas? Que declararlo todo tuyo solo confirma que estás perdidamente enganchado. Y eso, en tu planeta de mármol, es casi blasfemia.

No lo niego. No podría. Solo dejo escapar una mueca torcida, lo más parecido a una sonrisa que me queda después de esta montaña rusa.

—Tú fórrate de ironía todo lo que quieras —contesto—. Yo me quedo con la persona que acaba de desmontar un fraude de meses en cinco minutos.

Él me clava la mirada, afilada y divertida.

—¿Te das cuenta de que no le estás dejando decidir a ella? ¿Qué dice eso de ti, pequeño Sócrates?

—Cállate y lárgate de una vez, Nikos.

Alza las manos, teatral.

—Lo pillo. Salgo por la izquierda antes de que empiece la función de amor imposible. —Coge el portátil, nos dedica una reverencia burlona y desaparece.

El portazo amortiguado de Nikos deja la sala al fin en silencio.

Madera, cristal y la respiración de dos personas que todavía no saben si creérselo.

Apoyo las manos en la mesa oval, inhalo el olor a barniz y tinta seca. Mis nudillos tiemblan y no quiero que lo note.

Aún no la miro. Necesito un latido más para desactivar el modo guerra.

Ella no dice nada, pero oigo el golpecito irregular de los tacones contra su muslo, colgando todavía de su mano. El sonido me descose. Levanto la vista. Ojos avellana, todavía llenos de la luz azulada de los monitores.

—Acércate —susurro, la voz áspera de horas sin agua.

Da dos pasos. A dos metros huelo ya la mezcla de ella y perfume ligero que le conozco desde el primer día y me golpea la certeza de que podría caer de bruces y ella seguiría ahí.

Despego la mano de la mesa, aunque pesa como plomo y la tiendo hacia su cintura. La seda arrugada de su blusa cruje.

Ella no duda, deja caer los tacones en el suelo, se acerca un centímetro más y mis dedos encuentran la curva templada de su talle.

Tiro con suavidad, lo justo para que entienda que la quiero cerca. Aun así, cuando la tengo a tiro, todo el cansancio se derrama y me rindo. Doblo mi espalda y apoyo mi cabeza en el hueco suave de su vientre.

Se oye mi exhalación, larga, vencida. Cierro los ojos.

Sus manos se pierden en mi pelo. Sus dedos masajean la raíz, rozan la piel tensa de mi cuello. Me doy cuenta de que llevo horas sin permitir que nadie me toque con calma. Ni siquiera yo mismo. La tensión se deshace costilla a costilla.

—Dame un segundo —murmuro—. Necesito recordar cómo suena el mundo sin alarmas.

Su abdomen sube y baja bajo mi coronilla, como si me meciera.

—Tómate los que quieras. —Y continúa peinando el caos que llevo por cabello, con caricias sedantes.

Aspiro hondo, y la presión detrás de los ojos se afloja por primera vez en días.

—Color —pido, sin moverme. Un ancla, un código privado.

—Verde aceituna con purpurina —responde con una sonrisa que siento más que veo.

Abro los ojos y me incorporo un palmo, todavía con las manos en sus caderas. Entonces ella hace algo que no esperaba. Apoya ambas palmas en mis mejillas, me obliga a levantar la vista hasta sus pupilas veladas de brillo.

—Escúchame bien, Andreas León Karalis —empieza, la voz grave de la emoción contenida—. Nunca nadie había hecho algo así por mí.

—¿Algo así?

—Defenderme hasta las últimas consecuencias. Plantarte delante del consejo, de tus padres, de todo el puto universo, y decir: «Si hace falta, caigo yo, pero a ella ni la rozáis». —La garganta se le quiebra y traga—. Nadie. Jamás.

Siento el peso de cada palabra como un martillo y un bálsamo a la vez.

—Tú me miras —continúa— como si fuese lo más importante del mundo. Como si todo el valor que manejas a diario estuviera, de pronto, metido en mi pecho.

Se le escapa una risa húmeda, mezcla de incredulidad y llanto y me parte el pecho.

—Es surrealista. Increíble. —Sacude la cabeza—. Una devoción… una nobleza… que no sé si merezco. Y aun así estás aquí. Sin traje de caballero andante ni espada, pero sosteniéndome con tu nombre y tus manos. Y me asusta no saber mantener algo tan grande.

Le cubro las manos con las mías, las aprieto contra mi rostro.

—Lo mereces —digo, y la voz se me rompe un poco—. Si lo dudas, empezaré de nuevo, las veces que haga falta.

Un sollozo mínimo escapa de sus labios, pero no es tristeza, es desbordamiento. Inclina la frente y la apoya sobre la mía.

—No sé cómo corresponder a algo tan… inmenso —susurra.

—Empieza por dejar que me apoye —respondo—. Y luego cena conmigo. El resto lo improvisamos.

Ríe entre lágrimas. El sonido me reconstruye.

Entonces baja la cabeza y besa mi frente, justo donde late el miedo que se va diluyendo. Sus labios permanecen ahí, quietos, imprimiendo un juramento silencioso. Yo cierro los ojos y dejo que esa caricia lo reorganice todo.

Cuando se separa, el mundo vuelve a tener forma. Recojo sus tacones, le tiendo una mano y ella la enlaza sin vacilar.

—¿Listos? —pregunto, con la voz por fin en calma.

—Listos —asiente.



28

De la servilleta humillante al mármol ardiente

«Iria»

La tele parpadea frente a nosotros, pero las imágenes me resbalan por la corteza como la lluvia en un parabrisas.

Andreas se ha apropiado de mi sofá con una pierna estirada, la otra doblada, los pies descalzos impecables y yo me pego a su costado con la excusa de usarlo de cojín.

La película avanza sin mí. No sé ni el título. Algo de atracos en Las Vegas, luces de neón, protagonista con mandíbula cincelada que debería recordarme a Andreas… pero mi cerebro salta de escena en escena como un mono con cafeína.

Y, en cada salto, se golpea con el mismo muro.

¿Cómo se enamora una mujer que nunca se ha querido?

Porque yo, Iria Beltrán, sigo viéndome con los ojos de mis verdugos. Esa niña gorda del último pupitre, la rara que se pasaba más tiempo distraída soñando despierta con su TDAH de fuegos artificiales, la chica que aprendió a reírse de sí misma antes de que lo hicieran los demás. Me sé de memoria el catálogo de mis fallos. Todavía me cuesta ver las virtudes.

Recuerdo el bastón de Konstantinos golpeando la alfombra, el destello de orgullo en la mirada de Helena, el derrumbe dulce cuando Andreas se rindió con la coronilla en mi vientre. Todo eso cabe aquí, entre mi cojín humano y el latido que me golpea la tráquea. Y, aun así, siento que no me cabe una pizca de dignidad propia.

—¿Estás viendo algo? —pregunta. Me ha pillado mirándolo a él, no a los ladrones.

—Estoy… admirando la trama —miento. Él sonríe, poco convencido.

—Siéntete libre de admirar lo que quieras —bromea sin apartar la vista de la pantalla.

—Entiéndeme. Esto roza la publicidad engañosa —murmuro, paseando la mirada por su perfil—. Pedí un servicio de «compañero de Netflix» y me han mandado una escultura de Apolo sin camiseta.

Andreas arquea una ceja.

—Apolo tocaba la lira y yo desafino hasta cuando cierro la puerta del coche.

—Ah, pero tú eres el Apolo de salón, *edición limitada.* Viene con mando a distancia y ego ampliable —le lanzo, pellizcándole el tríceps como si comprobara la calidad del mármol.

—El ego es accesorio, pero el paquete *premium* incluye abdominales antideslizantes y garantía de abrazos —contesta, girando lentamente la cara para clavarme esa mirada de «vas a cobrarte esta insolencia en intereses».

—¿Y el manual de instrucciones? —pregunto, fingiendo interés profesional—. Porque, limitada o no, alguna advertencia tendrá la deidad, ¿no?

Pausa la peli y, con ella, el ruido blanco en mi pecho.

—Nunca había pensado en hacer nada que no fuese trabajo —confiesa de pronto, con esa voz que usa cuando se desnuda más allá

de los músculos—. Pero contigo me apetece todo lo doméstico y absurdo que jamás tuve tiempo de imaginar.

—Define todo. —Me enderezo; sí, con curiosidad, pero también miedo.

Porque sé que a los dioses no se les retiene con costumbres de mortales.

—Ver una peli sin tomar apuntes mentales sobre productividad, salir a pasear agarrados de la mano sin calcular pasos por minuto, comer mermelada de tu tostada…

No puedo evitar la carcajada.

—¿Comer mi mermelada? —repito, con la mente dando un salto inevitable al terreno censurado—. Suena a eufemismo muy específico.

Él parpadea y cae en la trampa, enrojece. Milagro.

—Hablo de desayuno —protesta, y la palabra «desayuno» se vuelve pornográfica en su boca.

—Ya, desayuno. —Marco las comillas con los dedos—. Claro. Muy nutritivo. Lleno de vitaminas.

Termina rindiéndose. Su hombro me choca suave, como si enderezarme el alma fuera tan fácil como encajar piezas de Lego.

—Vale, lo admito —cede—. También quiero… lamerte la mermelada. ¿Así está más claro?

La carcajada me muerde las costillas. Todo en mí se descomprime, se aligera.

Es justo entonces cuando el móvil vibra sobre la mesita. El nombre de Diego taladra la pantalla. La risa se me corta de raíz.

Andreas se tensa a mi lado. Yo abro el mensaje sin pensarlo:

«Felicidades, Iria. Ya sé que me llegará la citación gracias a ti. Qué heroína. La contable más lista del planeta… o la más tonta. ¿De verdad creíste que me fijaría en alguien como tú? Tan

desequilibrada, tan emocionalmente dispersa. Raquel y yo nos reíamos a base de bien por tu enamoramiento por mí. Fue idea suya que te confesaras para pasárnoslo bien a tu costa y tuya meter esa servilleta cutre en la chaqueta equivocada. TDAH de manual. Sí, me lo contó todo después por email. Ese email que te hizo creer que escribió para ayudarte y solo sirvió para que nos riéramos más. Que te aproveche la gloria».

La pantalla arde en mi mano. Siento el picotazo de mil chinchetas bajo la piel: rabia, vergüenza, esa náusea antigua que creía curada. Las palabras «desequilibrada y emocionalmente dispersa» me taladran el estómago.

Él me repite, con otras letras, lo que llevo oyendo desde que era niña.

No vales.

No encajas.

Nunca serás suficiente.

Parpadeo para ajustar la vista. Andreas, alarmado por mi silencio, coge el móvil. Lee en diagonal y le cambia el color de la cara.

—Ese cabrón… —gruñe.

Apaga la tele con un golpe seco. La penumbra del salón se llena de estática.

Yo solo alcanzo a hilar un pensamiento. *Nikos debió leer ese email y no me dijo nada sobre su contenido.* Me protegió de la versión cruda, de la humillación completa. Un nudo agrio se me instala en la garganta. Gratitud y dolor en la misma cucharada.

—Mírame —ordena Andreas, pero su voz tiembla de ira.

Lo hago. Sus ojos se clavan en los míos.

—Ni una palabra de ese mensaje es verdad. Ni una —declara—. Que se te quede grabado. Es su forma de intentar recuperar el control. Y no vamos a permitírselo.

Trago saliva. La náusea baja un escalón, pero no desaparece. Alzo la vista y las lágrimas amenazan con desbordarse. Me coloca la mano en el cuello, pulgar sobre mi pulso.

—Eh. Color.

Parpadeo. Digo:

—Amarillo vómito.

—Podrías denunciarlo por acoso.

—Déjalo —le pido y la voz me sale hecha trizas—. Un bufido suyo no va a romper lo que arreglamos.

Andreas niega muy despacio, esa negación de atleta que mide cada músculo.

—No es por nosotros, Iria. Es por cualquiera que alguna vez se creyó esas mierdas. —Levanta el móvil—. Hay gente que solo sabe sentirse grande encogiendo a los demás. Necesitan un saco de boxeo con cara para tapar su propio vacío. Cuando alguien brilla, les recuerda cuánta sombra cargan. Por eso atacan.

Capto la lógica, pero la herida late igual.

—Que Diego y Raquel se rían de tus curvas mentales solo demuestra ellos son lineales y pobres de pensamiento.

La rabia se transforma de ácido a lava. Caliente, dirigida.

—Te defendería mil veces, Iria, pero lo importante es que te defiendas tú —prosigue, más suave.

Le miro las manos. Tiene los nudillos blancos, domando la tensión a pulso. Pienso en el bastón de Konstantinos, en Raquel escribiendo correos que sabían a ácido, en mis ex-compañeros de instituto preparando cenas en las que yo nunca encajo.

—No pienso dejar que las palabras de los demás me afecten ni un minuto más.

Mi determinación me sorprende, también a él, porque sonríe apenas, orgulloso.

—Entonces decide por dónde quieres empezar.

Cierro los ojos. Un latido. Dos. Todo mi pasado se apretuja en ese silencio: la niña que escondía la tripa en la foto de fin de curso, la adolescente que se aprendía chistes de autodefensa antes que álgebra, la universitaria que duplicaba horas para que el TDAH no la dejara fuera de juego. Todas ellas tiemblan detrás de mis costillas, preguntando si de verdad pienso exponerlas otra vez al foco. Me las arranco una a una del pellejo y todavía sangro, pero sangro *libre*. Cuando hablo sueno áspera.

—Voy a ir a la cena de antiguos alumnos —susurro, y cada letra es el primer ladrillo de la casa que voy a construirme desde dentro.

Andreas arquea una ceja.

—¿La de antiguos alumnos?

—Esa misma. —Siento cómo la idea se infla en el pecho.

Andreas sonríe, lento, satisfecho.

—¿Necesitas escolta? Puedo quedarme en un rincón, muy serio, haciendo de tótem disuasorio.

—No quiero escolta, pero sí un acompañante. —Le aprieto la mano—. Esta batalla la peleo yo. Pero luego, cuando volvamos, puedes… robarme la mermelada.

Su risa baja me sacude el estómago más que cualquier discurso motivador. Me acurruco bajo su brazo, él deja un beso en mi sien.

Y se levanta de repente. Camina hasta la cocina abierta y separada del salón por una pequeña isla.

La cocina queda en penumbra cuando Andreas apaga todas las luces salvo la de la nevera. El resplandor azul-blanco se derrama como una marea lunar sobre el suelo de baldosas y sobre su torso, desnudo desde que se deshizo de la camisa al entrar en mi casa.

Lleva los pantalones de traje sin cinturón y la tela se le descuelga de las caderas de manera obscena.

En la mano sostiene un tarro de mermelada light (marca sin azúcar, porque hasta en el apocalipsis respetamos mi neurosis calórica). Lo alza a la altura de sus ojos, como un ladrón examinando un diamante robado.

—Ven —ordena, voz grave, y la palabra vibra más allá del tímpano.

Doy un paso nerviosa. El azulejo está fresco bajo la planta del pie, recuerdo tangible de que es verano y yo solo llevo una camiseta vieja, demasiado grande, y esas bragas de algodón blanco que nunca esperan audiencia.

La puerta de la nevera queda abierta detrás de él, el aire frío lame mis pantorrillas.

Andreas extiende la mano libre, acaricia el dobladillo de mi camiseta, tira apenas. La prenda sube, roza el ombligo, mis pulmones olvidan el manual de inhalar.

—¿Me está robando la mermelada, señor Karalis?

No contesta. Solo pone sus manos en mi cintura y me alza para sentarme sobre la encimera.

Lo hace con la facilidad con la que yo levanto una taza. Ni se esfuerza. Y ahí está la prueba empírica de que mis estándares tenían base científica.

Los bíceps nivel categoría olímpica tienen fuerza más que suficiente para alzarme sin que yo tenga que colaborar… y confirmado: puede empotrarme contra una pared sin necesidad de ayuda.

—Iria… —me llama con suavidad para que vuelva.

El mármol de la isla me roza los muslos. El salón queda detrás, oscuro, testigo mudo. Muevo las piernas para dejarle sitio, él se coloca entre ellas. La altura le queda perfecta para dominar.

—Tú mandas. Lameré la mermelada solo donde me indiques —dice, ofreciendo el tarro como quien entrega una antorcha.

Meto el dedo índice, la gelatina de fresa fría se adhiere. Respiro hondo. Empiezo por lo seguro, la hendidura de la clavícula. El punto rojo late bajo la luz azul.

—Aquí.

Andreas inclina la cabeza. El pelo le cae un poco sobre la frente. No toca, lame despacio. La punta de su lengua chupa la gota y deja un beso succionado que aspira el frío y deja calor líquido recorriéndome hasta el estómago. Mi pulso hace tic-tac contra la piel.

—Siguiente —murmura, ya ronco.

El juego me sube a la cabeza. Meto de nuevo el dedo, ahora lo mojo más y trazo una línea en el borde interno del muslo, bajo la camiseta que se me ha subido dejando a la vista el triángulo de mis bragas.

Sus manos me abren las piernas con calma. Cuando su lengua encuentra la franja dulce, el estómago se me contrae en puro calor líquido. Chasquea.

—¿Dónde más, contable? —susurra ronco, la voz vibrando contra mi piel.

Empapo el índice otra vez y meto mi mano bajo la camiseta hasta alcanzar uno de mis pezones, ya duro bajo la tela, y la extiendo en un pequeño círculo pegajoso.

Andreas observa cada milímetro del recorrido con la respiración pesada. Cuando retiro la mano, enrolla la camiseta hacia arriba hasta atraparme los brazos por encima de la cabeza. La prenda queda tensa, convertida en una improvisada atadura que deja mi torso desnudo para él. El contraste del aire fresco y la luz azul me eriza la piel.

—Ahí —indico, aunque la palabra apenas se oye.

Él no responde, se limita a atrapar mi cintura para mantenerme quieta. Baja la cabeza y lame la mermelada en círculos que se

estrechan hasta engullir el pezón por completo. Chupa una vez, suave, y un temblor súbito me hace golpear el canto de la encimera con la espalda.

—Más —susurro, sin poder contenerme.

Su mordisco siguiente es leve pero firme, y la lengua calma después el ardor diminuto. Repite el gesto en el pecho opuesto, ahora sin guía de fresa, solo con la memoria de mi jadeo como indicación. Cada succión tira de un hilo invisible que se enrosca en lo más bajo de mi vientre.

—Mermelada —pide, mirándome desde abajo. Los ojos chispean con ese tono aceituna que siempre juega a esconderse.

Toco el tarro con los dedos temblorosos. Esta vez mojo ambos y dibujo un trazo en zigzag que baja desde el ombligo hasta el límite de la tela blanca entre mis piernas. El algodón se tiñe de rosa justo sobre mi sexo. Me arde la piel, me arde el miedo, me arde el recuerdo. Diego. Su mensaje. Las palabras «desequilibrada», «dispersa», «nos reíamos de ti».

Mi mente salta, mi pecho se cierra.

Andreas lo nota.

Me arrastra dos centímetros hacia el borde con sus manos firmes y cálidas bajo los muslos. Se inclina. Comienza a lamer el rastro dulce con una lentitud calculada. Cada trazo de su lengua limpia la mermelada, pero no mi caos. No del todo.

Y, justo cuando llego al borde del pensamiento oscuro, se detiene. Me mira desde entre mis muslos y pregunta, sin elevar la voz:

—Color.

Parpadeo. Respondo en un susurro:

—Ceniza… con vetas de granate.

—Textura.

—Vidrio helado… que se agrieta.

—Sonido.

—Un zumbido bajo. Como un dron que no se apaga.

—Sigue conmigo —murmura contra la piel sensible—. Aquí, Iria. Aquí.

Y yo obedezco. Sus dedos tensan la cinturilla y las bragas resbalan por mis caderas, quedan en un nudo laxo a mitad de los muslos hasta que me las quita del todo.

Obstáculo deliberado.

Me tiene abierta, expuesta a la luz gélida y a su aliento ardiente. Antes de tocar con la lengua, moja dos dedos en la mermelada restante y pinta un semicírculo sobre mi clítoris.

Chupa despacio, alternando tramos suaves con golpecitos rápidos que me roban el aire. Su nariz roza, su barba incipiente raspa lo justo para arrancarme un gemido que resuena en la cocina silenciosa.

—Andreas…

—Shhh.

Entra con la lengua con un trazo vertical, lento. Mis piernas se aferran a sus hombros, buscando ancla. El mármol me sostiene la espalda, él sostiene todo lo demás. Cada lamida está llena de cálculo y ternura, cada pausa, puro diseño para que el clímax no llegue antes de tiempo.

Cuando estoy al borde, él lo sabe. Su pulgar se hunde dentro de mí. Un roce circular y ya no hay marcha atrás. La presión se desborda, la explosión es interior, fuego líquido que me arquea.

Grito y no me importa que los vecinos me oigan. Andreas prolonga cada onda, lame y aprieta hasta que el temblor disminuye.

Después, me besa entre los muslos. Un beso lento. Agradecido. Como si yo fuera el lugar al que se regresa.

Y entonces lo entiendo.

No es la mermelada. No es la cocina. No es el sexo.

Es que por fin alguien ha encontrado la forma exacta de traerme de vuelta.

Deja que el pulso de mi orgasmo se disipe un suspiro más antes de erguirse. No retira del todo la mano que todavía tiembla entre mis muslos, solo la alza, despacio, y envuelve dos de sus dedos en el resto de mermelada, brillante bajo la luz azulada de la nevera.

—Chupa —murmura, ronquísimo.

La orden cae como un chispazo. Abro los labios y atrapo sus dedos. El sabor dulce de la fresa se mezcla con la sal de mi propia piel aún vibrante.

Cierro los ojos, succiono lenta, limpiando cada relieve de su yema. Él contiene el aliento, siento el leve temblor que recorre su brazo. Cuando los retiro con un beso húmedo, su respiración quiebra el silencio.

Se inclina y me besa sin aviso. Sus labios están pegajosos, la lengua golosa busca, comparte, exige.

La mermelada hace que todo sea más viscoso, más urgente. Nuestros labios se pegan y se separan con un hilo dulce que vuelve a unirnos. Andreas gime en mi boca, como si el sabor fuese gasolina.

Con un movimiento mínimo me da la vuelta sobre la encimera. El mármol, frío y pulido, acaricia mi vientre y mis pechos aún sensibles.

Oigo la cremallera de su pantalón deslizarse. Su mano se planta en la mitad de mi espalda, firme.

—Color.

—Lumbre —susurro, y la palabra se deshace en un gemido cuando pellizca mi culo.

—Di cuándo —murmura y sé que espera a que esté centrada para hundirme la polla. Porque él es así, espera lo que tenga que esperar para que mi atención no se desvíe de él y lo que me hace sentir.

—Ahora. —No distingo si lo pienso o lo digo.

Entra despacio, un empuje largo que rellena cada costura recién aflojada. El mármol frío debajo, su torso ardiente encima. Soy sándwich de sensaciones y cada una empuja más alto.

Las embestidas comienzan profundas, lentas, dictadas para sentir la fricción completa. Sus manos me mantienen anclada, un pulso de poder que me incendia.

—Dime si… —empieza, pero la frase se disuelve en un gruñido ahogado cuando me aprieto contra él, buscándolo más hondo.

Su cadera choca con mis muslos con cada embestida. Sus dedos, pegajosos todavía, encuentran mi boca otra vez. Los recibo, los muerdo apenas mientras él avanza, reclamando todo el espacio que hay en mí.

—Eso es… —jadea—. Quédate conmigo aquí.

Siento cómo su control se fractura y me folla más profundo, más urgente. Yo también me precipito hacía mi segundo orgasmo mientras su vaivén hace que mi clítoris se presione contra la encimera.

—Andreas… —susurro.

—Suelta —ordena, y eso más que nada es lo que me hace correrme de nuevo.

Me dejo ir, estremecida. Él me sigue un instante después, enterrado, estremeciéndose entero, con un rugido. El eco de nuestros gemidos flota entre baldosas y armarios como un vapor dulce.

Nos quedamos quietos. Su aliento acaricia mi nuca, su peso me cubre, y cierra la puerta de la nevera con el talón y la oscuridad nos

envuelve. Solo respiro, escucho mi propio corazón desbocado, la sangre retumbando todavía entre las orejas.

Andreas se aparta lo justo para que me dé la vuelta en sus brazos. Me besa la frente y sonríe con fatiga satisfecha.

—Creo… —se ríe suave— que acabamos de redefinir el concepto de tomar la mermelada prestada.

Apoyo la frente en su clavícula, dejándome envolver por ese olor a piel fresca y bergamota que es tan suyo.

—Y eso que aún no hemos probado la de albaricoque —susurro, sintiendo la carcajada que le explota en el pecho y me sacude, deliciosa.

El mundo, por un instante, encaja.



29

Pasado pisado con tacones de ala delta

«Iria»

Si un brujo hubiese mezclado Versalles con la portada de *Architectural Digest* habría parido la terraza de Papagena: bóvedas acristaladas, lámparas de Murano en modo aurora boreal y un techo que esta noche refleja una luna de Madrid, limpia como un bol recién fregado.

El reencuentro oficial de la Promoción 2008 del IES Calderón pretende ser elegante. Yo cuento veinte globos morados y una cinta de bienvenida con arrugas.

Respiro. El vestido que estoy estrenando no es un diseño clásico, es una declaración de alto voltaje firmada por un atelier del Barrio de las Letras que solo abre con cita secreta.

Una segunda piel de tul ahumado que se pega al cuerpo como una exhalación y, sobre él, un mapa de bordados de flores colocados con la precisión de un francotirador pudoroso en aquellas partes que no quiero mostrar. Dejando claro que el territorio se muestra solo bajo invitación.

Cuando Andreas me ha visto al abrirle la puerta de mi casa, se ha quedado quieto medio segundo, una pequeña eternidad para

quien se mueve a ritmo de Bolsa, y ha ladeado la cabeza como si acabara de encontrar una grieta en su lenguaje.

No ha dicho estás guapa, solo ha resoplado con una sonrisa torva y ha sentenciado en griego: *«O kosmos tha stamatisi na pernaei an den proxís»* (el mundo dejará de girar si no caminas).

Ahora, Andreas me cierra la cremallera del mundo con su metro noventa y seis, traje azul medianoche y la camisa abierta dos botones. No lleva corbata porque los dioses no necesitan correa.

—¿Lista? —susurra, con su voz baja de violonchelo.

—Para huir —confieso.

—Para reinar —corrige—. Ya huiste suficiente.

Al cruzar el umbral, se forma un túnel de miradas. Los vasos se detienen, hay risitas sofocadas, un «¿es ella?» que vibra como un enjambre de mosquitos.

Andreas me roza la espalda con su pulgar y murmura:

—Vamos a tomar el centro.

Lo que quiere decir: «*nunca te pares en las esquinas donde te arrinconaron»*. Dirty Dancing versión Andreas León Karalis.

—Hemos llegado pronto —digo, más para mí que para él.

—Exactamente a tiempo para coger el mejor ángulo —contesta, guiñando un ojo hacia el espejo convexo del techo que refleja nuestras nucas.

Caray, el espejo confirma que mis hombros han adquirido forma de ala delta gracias al *crossfit*. Lástima que mi cerebro todavía esté anclado en la foto de la adolescencia con mis granos, el chándal y el sudor frío.

Un camarero nos señala la sala con un cartelito lamentable: «Promoción 4º B - 2008». Letras *Times New Roman*, tamaño 72. Impacto cero, dolor retroactivo cien.

Bajo esa tipografía, allí, mi nombre aparece impreso dos veces porque años atrás alguien creyó gracioso etiquetarme como «la doble ración».

—Qué ironía —murmura Andreas, leyendo la tarjeta—. Lo que daría yo a veces por tener el doble de manos para poder tocarte más a la vez.

El comentario me arranca una carcajada que vibra en las lámparas doradas.

—¿Andreas versión pulpo?

—Oh, sí. Para qué conformarme con cuatro cuando pueden ser ocho.

Avanzamos entre filas de antiguos compañeros convertidos en técnicos de informes, coleccionistas de cursos online y opositores perpetuos.

Me taladran con miradas que van de mi cintura al universo desconocido que palpita tras mi espalda con su mano sobre el hueco exacto de mis lumbares.

Es un gesto mínimo, posesivo sin ser agresivo, tan natural que casi olvido que hace un año me temblaban las piernas cuando abría la puerta de su despacho.

La música cambia a un ritmo suave y los focos móviles pintan la bóveda acristalada con destellos azules.

No hay mesas asignadas. Solo *islas* altas con manteles de lino y camareros que surcan la sala ofreciendo bandejas de croquetas de jamón ibérico, vasitos de salmorejo y mini hamburguesas de vaca vieja.

A la derecha, un trío de exdivas: Lucía, Patricia y Sofía, las reinas del patio, ahora gerentes de algo, esposas y madres a tiempo completo o influencers de barrio.

Del otro lado, los exfutbolistas frustrados que viven del recuerdo de algún gol de chiripa.

De frente, Víctor «el Opinólogo», el que todo lo sabe, pero nada certifica.

Y ocupando un lugar que la vida reservó para la ironía, Manuel Gómez Ruiz. El que forró mi mesa con la palabra *cerdita* después de rechazarme.

Cuando me ve, el tipo frena la risa que compartía con su colega como si se tragara una canica. Su mandíbula baja a velocidad de ascensor averiado. Luego levanta la mirada hacia Andreas y le sube un color rojo Rioja desde el cuello hasta las mejillas.

Respiro. Mi psicóloga diría que identifique la emoción: satisfacción curada en barrica.

—¡Iria, vaya cambio! —Su voz resuena con un eco de incredulidad poco elegante y el salón se entera de su asombro, poniéndome en un foco que no quiero.

Sonrío sin dientes, como me enseñó Andreas para parecer dueña de la situación.

—Hola, Manuel. —Pausa exacta—. Tú sigues igual.

Andreas se inclina para ofrecerle la mano.

—Andreas León Karalis —dice con ese español que aún conserva la sal del Egeo—. Encantado.

Los ojos de Jorge, sí, el mismo que en el instituto circulaba con zapato náutico, chófer a la puerta y la tarjeta de visita del «Grupo Inmobiliario Torres-de-Papá» calentándole el bolsillo, se abren un milímetro.

Ese apellido queda flotando en el aire como un titular de portada: «El holding griego Karalis cierra la mayor operación inmobiliaria del trimestre en Madrid».

—¿El… el Karalis de…? —balbucea.

—El mismo —responde él, cortés.

Sofía, la de las mechas estratégicas, se adelanta.

—¿Y a qué te dedicas ahora tú, guapa?

Lo pregunta con el tono condescendiente de quien presupone que sigo siendo una sombra en algún rincón.

—Soy su directora financiera —aclaro, apoyando la copa con calma.

—O sea, ¿qué eres su jefe? —le pregunta a Andreas, genuinamente intrigada.

—Yo llevo el timón, pero si ella dice «esa ola se nos traga», reduzco máquina sin rechistar.

Sofía alza la copa medio centímetro, sonríe con un punto de sorna.

—Qué bien. No es fácil encontrar jefes que sepan ser también compañeros de travesía.

—O que te acompañen a estas cenas —remata Patricia, mirando a Andreas como si aún estuviera calibrando qué papel juega en todo esto.

Y lo cierto es que ninguno ha preguntado abiertamente si estamos juntos. Tal vez porque no les cabe en la cabeza.

—De verdad, Iria, me alucina lo que has cambiado —Manuel me barre con la mirada, indiscreto—. ¿En qué momento te convertiste en… —busca la palabra en la copa— …incendio?

Le sostengo la mirada, ladeo la cabeza.

—Entre la primera hipoteca emocional y la última sentadilla. Hay trayectoria.

—De verdad, me alegro. Antes ya eras maja, pero ahora… —se atraganta buscando palabra—. Es que… ¡guauu!

Se me escapa la risa, no pienso darle alas.

—Tu vocabulario sigue en primero de la ESO.

Manuel intenta remontar:

—Venga, no te piques. Lo digo en plan bien. —Se gira a Andreas —. Tú me entiendes, ¿no?

Andreas levanta la ceja sin responder.

—En serio, estás impresionante. Sé que fui un capullo contigo en el pasado, pero espero que ahora podamos dejar eso en el pasado.

Mastica la palabra *impresionante* como si pesara. Siento un zumbido en la nuca. La vergüenza del pasado y la vanidad presente chocan como trenes.

Antes de que mi cerebro elija una respuesta diplomática, noto la mano de Andreas apoyarse en la parte alta de mi espalda, ligera, pero lo bastante firme para que me enderece un centímetro. Inclina la cabeza y roza mi sien con un beso que no necesita subtítulos.

Una manera sutil de marcar territorio sin tener que abrir la boca.

—¿Vais en serio? ¿Lleváis mucho tiempo juntos? Porque no sé quién me dijo que estabas sola —pregunta entonces Patricia.

—Estoy loco por ella —confirma Andreas—. Y por si queda duda, soy muy malo compartiendo lo que me importa.

No alza la voz ni se inclina hacia delante, la frase cae despacio, del tipo que no necesitas repetir. Sofía se muerde el labio, divertida, Lucía emite un «uy» casi inaudible.

Manuel alza las manos en gesto de todo claro.



La conversación salta al nuevo gastrobar de Chamberí y yo puedo respirar tranquila porque he dejado de ser el centro de atención.

Andreas aprovecha el cambio de tema para rozar mi muñeca con los dedos y levanto la mirada hacia él.

—¿Demasiado alfa? —susurra, ladeando una sonrisa que solo yo veo.

—Justo en el punto —le contesto.

Víctor intenta resucitar la camaradería:

—¿Te acuerdas de cuando te escondíamos las zapatillas en educación física? Era en plan broma…

Lucía alza la cabeza con un mueca.

—Yo a veces pienso que todos fuimos un poco salvajes. El instituto era… otro planeta.

—Sí —asiento, sin esfuerzo—. Un planeta que por suerte se extinguió.

Las risas chasquean sobre el cristal de las copas como confeti sonoro. Arranca el estribillo de *Bien por ti d*e Viva Suecia.

Levanto la mirada.

«Y tú, tan decidida a celebrar que me perdiste…».

El verso se desliza por el techo abovedado como un susurro vengativo del universo.

Ni el DJ se resiste a darle banda sonora a mi revancha.

Lucía desfila hasta mí con paso estudiado y una brocheta de langostino en alto como una bandera blanca.

—Vale, confieso que te envidio un poco —dice, con una sonrisa amplia, pero ojos muy abiertos—. ¿Cuántas horas metes al día en el gimnasio para tener esos tríceps firmes?

—Las suficientes para que duelan justo lo necesario —respondo, palmeando mis deltoides—. Y, sobre todo, más horas limpiando basura mental que haciendo peso muerto.

Patricia, que llega arrastrando a Sofía, se apunta:

—Lo de la basura mental suena a détox de lujo.

Andreas me roza la espalda otra vez, y Lucía lo nota.

—Te lo has currado, Iria —admite—. Cuerpo y actitud.

—Y acompañante —añade Sofía, guiñando un ojo a Andreas—. Ese traje pide pase de pasarela.

Él eleva la copa con un gesto mínimo, su manera de decir gracias sin meterse en su conversación. Yo atrapo un canutillo de *steak* tartar que pasa volando en una bandeja y muerdo la mitad.

—Es un kit completo de sudor, terapia y un griego que cocina *pastitsio* para reponer hidratos —les guiño—. Eso sí, cero milagros.

—Vaya si se nota —resopla Lucía, atacando su langostino—. Brindemos por los no-milagros que funcionan.

Chocamos cristal, las exdivas se escabullen con sonrisas sinceras y un «luego seguimos» que suena menos cínico que hace media hora.



Un camarero pasa con una torre de copas cuando algunos ya están pasaditos y Manuel con coloretes de Tempranillo y temblor en la mano secuestra una.

Golpea el cristal con un tenedor hasta que la música baja. Me lamento, prefiero escuchar a Ivan Ferreiro y Turnedo que a este tipo. Todos giran la cabeza, incluso el DJ levanta las cejas.

—¡Atención un segundo! —balbucea, la voz más alta que su equilibrio mientras sus ojos se disparan hacía mí—. Tengo que decir algo… algo importante.

Un presentimiento me taladra el estómago. Andreas aprieta mi cintura, listo por si hay que intervenir.

Manuel alza la copa torcida.

—Promoción Dos mil ocho, ¡brindemos por la chica que… que me desmonta la cabeza desde tercero!

Ya ha soltado la bomba y aún acelera.

—Sí, Iria Beltrán. —Me señala con el brazo como si fuera un foco —. La llamé cerdita, vale, sí, fui un capullo… ¡porque me flipaba! Y tenía tanto miedo de que se notara, que preferí reírme de ella antes de admitir que… que me gustaba.

El murmullo se convierte en ola de incómodos «uuuuh». Yo trago aire, la vergüenza trepa de mis clavículas a las orejas.

—Hijo de puta —masculla Andreas como si masticara piedras.

—Y ahora —prosigue, dando un traspié—, ahora descubro que mi mujer me pone los cuernos, que lo mismo ni el crío es mío y que los tíos como yo no sabemos elegir la dirección correcta.

Y entonces, se le escapa un hipido. No uno elegante. Uno de los que arrastran mocos, pena de karaoke y borrachera máxima.

—Y yo… yo con la brújula rota desde 2008.

Se palmea el pecho y levanta la copa demasiado brusca, la mitad del cava salpica a Sofía, que suelta un gritito. Él ni se entera.

—Maldito idiota —se queja Sofía mientras alguien la tiende una servilleta.

Silencio absoluto. Los focos reflejan el desastre en 360º. Yo noto el peso de cien miradas expectante que parecen sugerir, *remátalo o muere*.

Andreas relaja la mano de mi cintura, me cede pista como quien abre la jaula a un tigre.

Tomo aire, doy dos pasos hacia Manuel con tacón firme y la cabeza alta. Le quito la copa con un gesto lento. La voz me sale clara, templada, sin temblor:

—Gracias por compartir tus problemas conyugales, Manuel.

Risas ahogadas. Continúo, sin parpadear:

—Entiendo que tu brújula esté rota. Pero un consejo, si la aguja apunta siempre al ego, no es norte, es narcisismo. Da un giro en U y a seguir perdiéndote.

Levanto la copa (la suya) y la vacío de un trago. Le devuelvo el cristal, ahora inofensivo.

—Brinda por ti mismo cuando no estés tan borracho.

Manuel se queda clavado con la copa vacía, el orgullo goteando por la pechera. Balbucea un «lo siento» imposible de oír.

Andreas se inclina hacía mi oído con una sonrisa.

—No sabía si pegarle o aplaudirte.



La fiesta decae en su mejor punto. El *staff* retira bandejas vacías y los globos se desinflan, un poco borrachos también.

—Te noto saturada —observa Andreas.

—Lo estoy. ¿Subimos a la azotea? Necesito cielo real y tranquilidad.

—Por supuesto.

El ascensor de cristal nos sube hasta el ático. Madrid, a las dos de la mañana, es un tablero de luces que titilan como monedas. El viento me revoluciona el tul del vestido.

—¿Balance final? —pregunta.

—Los beneficios netos han sido mayor autoestima y croquetas deliciosas.

—¿Pérdidas?

—Una etiqueta vieja menos. Y cero ganas de recuperarla.

Él suelta un bien casi reverente. Apoya la espalda en la barandilla, me atrae entre sus brazos.

Me sostiene la mirada, se aclara la garganta, casi un gesto tímido en un dios de metro noventa y seis, y deja caer en griego, ronco, sin preámbulos:

—Σε αγαπώ, contable.

Le miro con los ojos entrecerrados.

—Un momento, ¿qué significa eso?

Él solo sonríe de forma misteriosa y se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para… extenderme en la palma de su mano, una servilleta doblada en cuatro. La famosa servilleta y a mí casi me da un infarto.

—La traje por si querías tirarla al viento —dice—. Pero decidas lo que decidas, ya no tiene poder sobre nosotros.

Deslizo los dedos bajo el escote negro, saco otra servilleta, impecable, escrita en rojo, nuestro color. Se la ofrezco.

—Te la cambio. Léela antes de que me arrepienta.

Andreas parpadea, sus manos titubean al abrir el cuadrado de papel. Empieza a leer y se le aprieta la mandíbula. Sé lo que dice sin

que la lea en voz alta.

«Lo siento, pero no me pones tonta.

Sería una confesión pequeña para lo que me provocas.

- *— Me pones en pausa cuando mi cabeza va a trescientos pensamientos por segundo.*
- *— Me pones en marcha cuando amanezco sin batería y tú traes café y un beso.*
- *— Me centras enseñándome a respirar.*
- *— Me pones a salvo cada vez que palpitas dos centímetros detrás de mi espalda.*

No sé definirlo: tampoco sé definirte. Solo sé contar momentos:

- *— El día que quitaste el sonido al mundo enseñándome el tuyo.*
- *— La mañana que pasaste el dedo por mi ceja sin decir nada porque sabías que temblaba.*
- *— Las noches en las que el miedo no durmió conmigo porque ocupabas su lado de la cama.*

Con todo eso, ¿cómo voy a llamarlo ponerse tonta?

Si necesitas etiqueta, pon esta: quiero seguir aprendiendo tu manera de estar.

Siempre te miré, Andreas. Nunca fue falta de ganas, era vértigo por apuntar tan alto.

Hoy ya no, porque tú me has enseñado a quererme, Andreas León Karalis, me ves entera incluso cuando yo misma solo distingo los pedazos.

Sin embargo, no te quiero por eso, te quiero porque incluso con el traje puesto o con el cloro de la piscina pegado a la piel, sigues siendo el mismo cabezota honesto que no presume de nada y, aun así, lo levanta todo».

Sus labios se separan, pero no sale sonido. Se le arruga el entrecejo: incrédulo, emocionado, algo torpe en mi versión favorita de él. Lo vuelve a leer una, dos veces, como si necesitara cerciorarse de lo que pone.

Dobla la servilleta con cuidado extremo y la guarda en el bolsillo interior de la chaqueta, pero no aparta la palma de su pecho. Parece comprobar que el papel late al mismo ritmo que el músculo.

—Dime algo —susurro, porque mi propia respiración está disparada.

Tarda un instante, medido en dos respiraciones y medio semáforo de la Gran Vía, en contestarme. Como cuando abres un paraguas de silencio en mitad del tráfico y todo se acalla.

—Mírame —pide al fin.

Lo hago. Sus pupilas son negras de madrugada, pero alrededor hay un halo más claro, casi gris.

—Cada día, desde que te conozco, anoto mentalmente dos columnas —explica—. En la izquierda escribo esos gestos tuyos que me desarman. En la derecha; mis miedos a que te escapes por exceso de ruido, de pasado o de luz. Hoy la izquierda desborda. Y la derecha... se ha quedado en blanco. Como yo.

Vuelve a cogerme por la cintura y pegarme a él. No hay viento que nos meta prisa.

—No pienso decir «te quiero» porque ya lo solté en griego y sé que aún no has buscado la traducción, pero lo harás. —Aspira hondo —. Cuando tu cabeza se disperse, voy a sentarme a tu lado y preguntar de qué color es el caos. Luego lo pintaré contigo hasta que podamos nombrarlo sin miedo.

La timidez se enreda con la seguridad cuando se lleva los dedos a las sienes, marcando un leve temblor.

—Y cuando sea yo quien pierda el eje, quiero tu risa recordándome que no pasa nada por estar descentrado, quiero tus

dedos golpeteando mi reloj hasta recordarme que vivir no es controlarlo todo. Así que, contable, tú me enseñas a nadar entre el caos. Yo a ti a parar el mundo cuando necesites silencio.

Coloca mi espalda frente al horizonte, sus manos en mis omóplatos, su frente contra la mía. No hay beso inmediato. Solo un silencio denso, elegido, en el que mi mente salta, patalea y, poco a poco, se queda quieta.

Cuando las luces de la ciudad parpadean, él me pregunta:

—¿Color?

—Rojo —respondo, sorprendida de la calma—. Calor que no quema.

—Perfecto —asiente—. Ese es mi color favorito.

Ahora sí, el beso llega firme, templado, sin fanfarrias. Y justo antes de cerrar los ojos, le oigo prometer, tan bajo que parece pensado:

—Mañana compro pinceles.

Sin dejar de besarle. Extiendo la mano por encima de la baranda con la servilleta que me ha devuelto, la que guardaba sentimientos que ya no pesan. La suelto y la dejo volar. El papel planea, describe un giro perezoso y desaparece bajo el resplandor de la Gran Vía como un copo que ha cumplido su misión.

El ascensor nos espera, pero ninguno mira hacia la puerta. Madrid puede aguardar. Estamos archivando un silencio que vale más que cualquier declaración en voz alta o escrita.

Epílogo

Amanezco enredada en la camiseta de Andreas y con una taza de café lo bastante cargada como para reanimar a un muerto.

Estoy en Santorini. En el nuevo viñedo adquirido por Konstantinos y mi cabeza se infla con la lista de posibles catástrofes griegas: tropezar con mármol antiguo, confundir un *efcharistó* con un *efcháristo* y que Helena Karalis descubra que vine con el coraje alquilado.

La finca familiar sobresale entre viñas y casas cúbicas. Rectángulos de cal blanca, contraventanas añil y buganvillas que parecen explosiones controladas.

Helena irrumpe en la cocina con su perfume de albahaca y una agenda en mano como si encabezara un comité de crisis. Se planta delante de nosotros, sacude unos papeles y sentencia:

—Cambio de planes. Os quedáis en la isla una semana más.

Andreas deja la cafetera a medio verter, se le van dos mililitros de espresso por la encimera:

—Mamá, el lunes tenemos que estar en Nueva York.

Helena gira hacia mí con la precisión de un torbellino.

—Iria, cariño, ¿te importa hacerle entender que no puede arrastrarte de un avión a otro así? ¿Y si estás embarazada?

Yo escupo (literalmente) un hilo de café. Andreas se atraganta con el suyo imaginario.

—Mamá —se pone serio—, no está embarazada.

—Bueno, ¿y tú qué sabes?

—Creo que tengo información de primera mano —replica él, con una ceja en punta.

—¡No me digas que lo vuestro es platónico o esas tonterías!

—No, mamá. Pero tomamos precauciones.

—Eres un mal hijo. —Se lleva la mano al pecho. Esto es auténtico drama a fuego lento—. Años pensando que serías un monje del Bloomberg y, cuando por fin te enamoras, me quitas la ilusión de ver críos correteando por este patio. ¿Para quién crees que compró tu padre el viñedo? ¡Para sus nietos!

—¿Para que se emborrachen? —Andreas amortigua el comentario con un sorbo de café de su taza finalmente rellenada.

Helena, ni caso. Me dedica una mirada conspirativa, baja la voz medio tono.

—No dejes que use esas cosas infernales de látex. Dile que tomas la píldora y, si algún día se te olvida…

—¡Mamá!

—La madre de Iria opina lo mismo. Queremos nietos.

Parpadeo.

—¿Mi madre?

—Claro, hablamos por videoconferencia anoche. Es divertidísima. Dice que los yogures griegos del Mercadona están de muerte. —Hace una pausa para calibrar el efecto—. Yo le contesté que la paella congelada del Carrefour es sublime.

Yo cambio de color interno a un verde pistacho histérico. Esa mezcla imposible entre «me parto de risa» y «tierra, trágame».

—Y Jerónimo tuvo un sueño profético. Así que no me digáis que exagero con lo de los nietos.

—¿Qué clase de profecía? —pregunto, entre curiosa y acojonada.

Helena se aclara la garganta con teatralidad:

—Según tu hermano, aparecía un mono levantando a un cachorrito de león con tus ojos —señala mis pupilas con el abanico—

y la mandíbula de Andreas —le apunta a él con la misma precisión.

—¿Había musiquita de «El ciclo sin fin»? —inquiere mi griego, rendido.

—No te rías, Andreas. La imagen se desintegraba en nubes con forma de uva. Jerónimo despertó convencido de que eso significa que hay un bebé en camino**.** Y yo estoy convencida de que será concebido ahora.

—¿Ahora? ¿Ahora… mismo? —Andreas vuelve la vista a la puerta, como si buscara una salida o… cumplir su cometido.

—Me refiero a que será aquí. En los viñedos. No me hagáis esperar mucho. Podría morirme en cualquier momento sin poder conocer a mis nietos… ¿Para esto crie a dos hijos? ¿Para que se me marchite el linaje?

Andreas susurra una plegaria en griego que, intuyo, contiene la palabra «paciencia» tres veces.

Helena sigue, subiendo la apuesta, da un paso hacia la ventana que da al viñedo y, con el mar de fondo, alza el abanico igual que si fuese una antorcha olímpica.

—¿Veis esas uvas? —espeta—. Se hinchan de vida, explotan de dulzor, cumplen su destino… ¡y yo, pobre matriarca, condenada a tostarme al sol de la esterilidad!

Ahora entiendo por qué, además de la filosofía y la democracia, a estos se les daba tan bien la tragedia griega. Te acorralan con un abanico, te declaman su epitafio por adelantado y tú, si pestañeas, te conviertes en coro.

Soplo el café y dejo que la puerta se cierre tras una Helena que se larga llena de aspavientos. El eco de su lamento sigue vibrando en los azulejos cuando Nikos se cuela en la cocina. Trae su portátil bajo el brazo, el pelo revuelto y esa media sonrisa de niño que ha descubierto un *bug* nuevo en el sistema solar.

—Ha llegado la carta oficial de RR. HH. —anuncia, dejando el ordenador sobre el mármol—. Raquel firmó anoche la baja voluntaria y cláusula de silencio. Se marcha hoy mismo con seis nóminas enlatadas y dos años fuera del sector.

El vapor de mi taza empaña la pantalla, pero alcanzo a leer la cabecera del correo: «Acuerdo de rescisión amistosa». Me arden los pómulos. No de ira, ni siquiera de alivio, sino de ese pudor que aparece cuando giras la llave y, al otro lado, solo queda polvo.

—¿Amistosa? —murmuro—. Qué adjetivo más elástico.

Trabajamos codo con codo durante meses después de que me enfrentara a ella con la información de Diego, pero podría haber sido a años luz porque dejaron de haber entre nosotras cafés cruzados, ni chistes de media mañana, sin ese choque involuntario de miradas que antes bastaba para traducirnos el día.

Le di la oportunidad de hablar. De inventarse una infancia dura o un momento de debilidad, de desmentirlo a él. Cualquier excusa mediocre que yo estaba dispuesta a envolver en celofán de segunda oportunidad. Pero no la trajo. Se presentó en mi mesa una tarde con la boca seca, las ojeras del color de la tinta barata y solo fue capaz de decirme que no tenía explicación.

Y aun así, no la odio. Me dio un espejo sucio, pero me sirvió para limpiarme la vista.

Al principio creí que aguantaría. Que se quedaría porque le podían más la ambición y el sueldo fijo que la culpa.

Sin embargo, cada vez que teníamos una reunión con Andreas y lo veía escucharme con esa atención militante que exaspera a la mitad de la plantilla, Raquel apretaba los labios como quien se traga una pastilla sin agua.

Supongo que acabó pesándole trabajar a diez metros de la persona que adora el jefe y a la que, de paso, has apuñalado con una servilleta.

A veces, la gente se escuda en un «no tengo explicación» para no admitir que la única verdad es que podían… y lo hicieron sin tener en cuenta a quién hacia daño.

Como Diego que fue lo bastante listo para pactar con la fiscalía y evitar una condena de barrotes por dos años y un día.

También él «pudo… y lo hizo». Firmó, se colgó el cartel de arrepentido y salió por la puerta de atrás con su ego magullado, sí, pero todavía en pie.



Nikos deja el plato de *baklava* sobre el mármol como quien lanza un desafío.

—A ver, contable —dice, con la sonrisa ladeada—. ¿Sigues devorando el azúcar con esa entrega casi pornográfica?

Andreas apoya el codo junto a la cafetera con la ceja alzada. No habla, pero su gesto de «te estoy vigilando» es clarísimo.

—¿Pornográfica? —repito, divertida. Arranco un triángulo del postre.

El filo cruje, la miel chorrea lenta por mi pulgar. Nikos observa con una devoción que roza lo cómico.

—Exacto —confirma—. El dulce suspira cada vez que te acercas.

Llevo el bocado a la boca y cierro los ojos un segundo. Las capas de mantequilla, especias y nuez me estallan contra el paladar.

Cuando los abro, Nikos se abanica con un folio.

—Necesitaba verlo de nuevo para creerlo —admite.

Andreas extiende la mano, roba el extremo de mi porción y lo prueba sin apartar la mirada de mi cara.

—Me reservo los derechos de degustación exclusiva —dictamina.

—Propiedad intelectual, ya. —Nikos pone los ojos en blanco, se sirve café y se retira un paso—. Vale, lo pillo.

Andreas me observa lamer la hebra de miel que resbala por mi dedo como quien ve caer las bolsas asiáticas antes de la apertura en Wall Street: hipnotizado y ligeramente sudoroso.

—Te estás pringando —advierte, ronco, pero el temblor mínimo en su mandíbula lo traiciona.

—Uhm… lo disfruto —corrijo, llevándome a la boca la última esquina de *baklava*. El crujido del filo parece quebrar algo más que la masa como la paciencia de mi griego, por ejemplo.

—Definitivamente pornográ… —masculla Nikos.

No llega al «fico». Andreas me rodea las caderas, desliza una mano bajo la curva de mi muslo y, sin delicadezas diplomáticas, me carga al hombro como quien traslada un barril de la mejor añada.

El mundo gira con el filo azul del mar filtrándose por las contraventanas. Yo a medio reír, medio incendiada por el aplomo con que me transporta, intento quejarme.

—¡Eh! ¡Mi *baklava*! —protesto, medio ahogada.

—Lo terminamos en nuestro anexo —sentencia, con voz grave que me vibra contra las costillas—. No quiero testigos ni herencias auditivas.

—¡Hakuna matata, chicos! —jalea Nikos desde la puerta, brindando con el cucharón como si nos diera bendición tribal—. ¡Y dad gracias luego por el aporte calórico!

Andreas ni se inmuta. Su mano da un azote posesivo en mi culo mientras avanza con paso firme hacia la casita blanca que se esconde al fondo del jardín, medio cubierta de buganvillas y promesas no aptas para compartir con el resto de la familia que nos han cedido para que tengamos más privacidad que en la casa principal.

Desde mi posición puedo ver a Konstantinos y Nikos chocando las palmas como si sellaran un buen trato anterior mientras desde una ventana Helena sonríe satisfecha, con un pulgar hacia arriba.

Ya en la entrada, me devuelve a la vertical con la misma soltura con que se descorcha una botella. Su boca busca el punto pegajoso en mi comisura, apenas un roce, pero la corriente trepa hasta detrás de mis orejas.

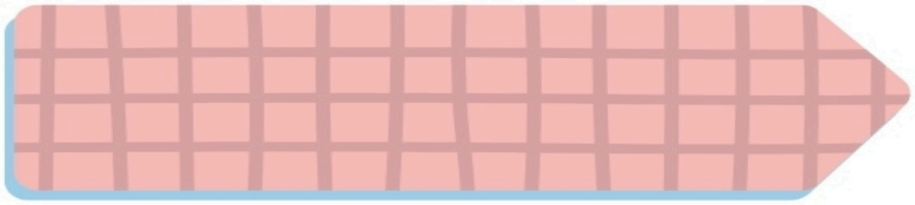
—Color —murmura, con la respiración acelerada, el pulgar dibujándome un semicírculo bajo la mandíbula.

—Ámbar descarado mutando a… coral inflamable —acierto a decir antes de que me acorrale contra la pared de piedra caliente.

Andreas sonríe y en sus ojos un destello oliva en las pupilas brilla con profundidad y deseo mezclados, Empuja la puerta de nuestra habitación con la cadera. El golpe de aire fresco trae olor a buganvilla y mar. La miel, entretanto, sigue marcando un camino dulzón por mi cuello.

—Entonces celebremos la mutación —susurra.

A lo lejos, el mar susurra un todo en calma. Pero aquí, entre el calor de sus manos y mi cuerpo temblando antes de que su lengua me obligue a centrarme en un solo color, nada está quieto. Solo el instante exacto antes de que el coral inflamable conquiste toda la paleta.



EPÍLOGO DEL EPÍLOGO

Dashboard emocional «Karalis v2025»

Columna Izquierda: Gestos, escenas y silencios que me ponen en tierra

La primera vez que te vi *cuadrando garbanzos* en tu mesa para explicarme liquidez.

Cómo se te erizó la piel cuando mi mano rozó, sin querer, la tuya sobre un documento.

El ritual de atarte el pelo con el lápiz antes de hacer una exposición imposible… y clavarla.

La carcajada que se te escapó al descubrir que confundo el magenta con el fucsia, y cómo apagaste enseguida la burla para no herir mi

ego cromático.

Tu manía de dejar un Post-it de ánimo en la pantalla de quien tuvo un mal día, sin firmarlo jamás.

La distracción con la que te colocas la chaqueta al revés cuando vas pensando en dos cosas a la vez (sucede más de lo que crees).

La delicadeza con la que doblaste la primera nómina que firmé mal. Dos veces hacia dentro, como si blindaras el error para que nadie más lo viera.

Tu vergüenza cuando aquella servilleta acabó en mi bolsillo y se convirtió en mi salida de meta.

Tu espalda recta en la reunión de exalumnos, desmontando el *cerdita* con solo alzar la copa.

El silencio de la piscina con la respiración sincronizada y el miedo fuera de servicio.

Cómo muerdes postres: tú te relames y yo pierdo el control.

Tu risa franca al oír a mi madre presionar por nietos.

Tu gratitud cuando *Konstantinos* pone una mano en tu hombro al servirte vino y te pregunta tres veces si comes lo suficiente.

Ese color del caos que inventas al vuelo y que siempre termina calmándome.

Ese segundo, justo antes de dormir, en que tu mano busca la mía y la aprietas dos veces. Código Morse de «te amo».

Tu risa mitad burla, mitad horror, cuando Nikos reenvió un mensaje a nivel masivo titulado «*Mufasa confirma línea sucesoria*».

Columna Derecha – Riesgos reales o imaginados a vigilar

Que el TDAH te gire a «no valgo» cuando el mundo sube el volumen.

Que el mundo te grite tan alto que tu color del día llegue a amarillo sobresalto antes de que pueda abrazarlo contigo.

La posibilidad de que mis silencios, pensados para cobijarte, un día parezcan muros y no refugios.

Que alguna noche el pasado toque a la puerta con voz de Diego o de Raquel y yo tarde un suspiro en cerrar el cerrojo.

Perderme revisando balances en vez de memorizar tu risa.

Que mi deseo se adelante a tu pausa y precipitar colores cuando tú solo necesitas un beige neutro para respirar.

Que el día que dudes de ti, no me creas cuando te diga que yo no tengo dudas.

Que un día te hartes de que yo mida todo y quieras a alguien que simplemente salte sin mirar.

Que te esfuerces tanto por no ser una carga que no me dejes sostenerte.

Que no haya suficientes colores en el mundo para explicarte lo mucho que te quiero… y lo mal que lo haría si no te tuviera cerca.

Que la ferocidad con la que te protejo termine pareciéndote unos barrotes y no un escudo.

Y, cuando llegue el leóncillo / leóncilla, descubrir que el color de su caos todavía no existe en tu paleta… y temer no poder inventarlo a tiempo.

Nota a pie de página:

Cada uno de estos sustos cabe en la palma de mi mano si tú la aprietas dos veces.

Fin

¡Hey! Si has llegado hasta aquí, no te vayas sin dejar tu huella.

Tu opinión o valoración es como el último capítulo de esta historia: ¡¡imprescindible!

Dale a este QR



Nota de autora

Dicen que toda novela es un espejo torcido. En este, el reflejo es muy claro: Iria lleva mucho de mí. No, no me he topado con un dios helénico de metro noventa y seis, por desgracia, pero sí con algo que, de algún modo, ha revolucionado mi propia historia y es que hace poco me diagnosticaron TDAH en la edad adulta.

Durante años pensé que mi mente "distraída" era un fallo de fábrica, que los olvidos crónicos y los mil hilos de pensamiento corriendo en paralelo venían de ser despistada sin remedio.

También fui esa niña tímida que se escondía en los bordes de la foto de clase y que prefería pasar inadvertida por si alguien señalaba todas las cosas que no encajaban. Resulta que solo había una explicación que aún no conocía.

Saberlo ha sido un desahogo. Comprender por qué el caos mental convive con ráfagas de hiperfoco cuando escribo o leo me ha quitado un peso de encima. Quise regalárselo a mi protagonista para visibilizarlo, para decirle a quien lo lea que sentirse "diferente" no es un error, sino una forma alternativa de procesar el mundo.

Si tú que estás leyendo te reconoces en ese torbellino interno, que sepas que no estás sola. Que tu velocidad no es un defecto y que, a veces, basta con encender la luz correcta para ver que el desorden contiene brillo propio.

Gracias por acompañarme en esta novela y en todas las que vengan. Aquí seguiremos, mente a mil y corazón abierto, contándonos historias.

Si quieres enterarte de la siguiente publicación, escanea el QR y pulsa **Seguir** en mi página de Amazon. Así te llegarán avisos de ofertas, preventas y tal vez confesiones de escritora con ojeras, TDHA, traumas y mucha locura, aunque para eso mejor mi Instagram @annekausten.



Agradecimientos

A ti, lectora incansable que has estado desde **Un mundo de diferencias** y **Una noche sin reglas** o que llegaste más tarde y ahora esta nueva locura. Siete historias y todavía sigues ahí, regalándome tu tiempo y tu entusiasmo. No hay manera de poner en una frase lo que significa verte volver una y otra vez a mis páginas.

Gracias a las bookstagrammers que preparan fotos con más arte que un bodegón del Prado. A las que subís un reel con el corazón en la mano. A los clubes de lectura que convierten mis libros en tema de debate y a quienes hacéis maratón de madrugada porque *solo un capítulo más* nunca es suficiente.

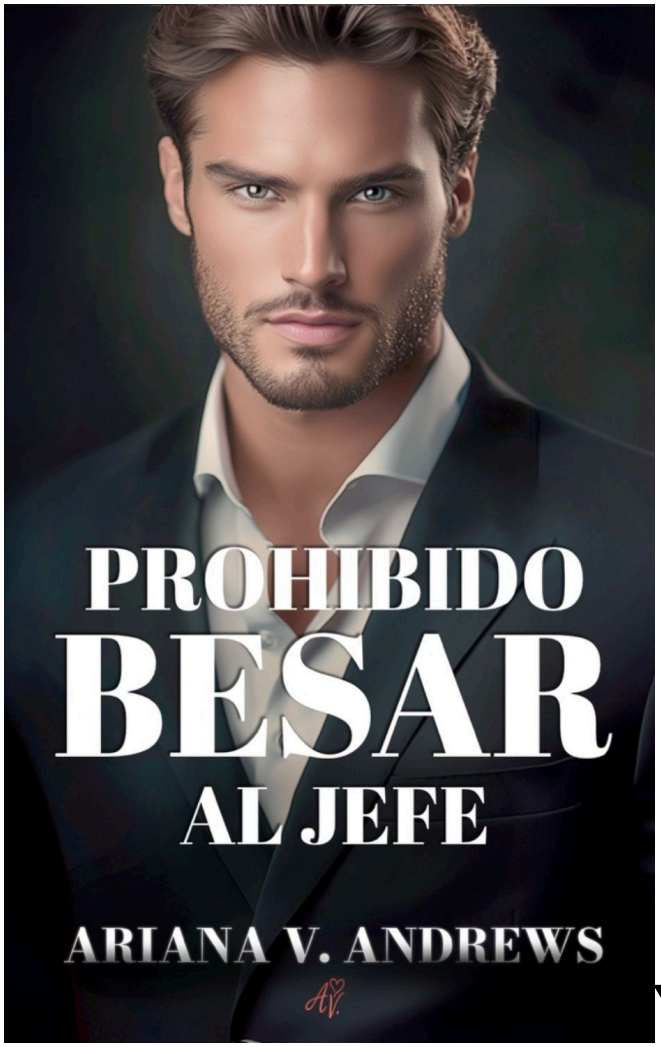
A las reseñas sinceras, incluso a las que duelen un poco. Sin ellas no mejoraría. A las estrellas que dejáis en Amazon porque sabéis que un clic sostiene la visibilidad de una autora autopublicada. A las amigas que regaláis mis novelas en cumpleaños y a los lectores que me escribís para decir que una frase os acompañó todo el día.

A quienes llegáis nuevos con esta séptima entrega: bienvenidas, queda mucha tinta por derramar.

Prometo no bajar el listón. Mantendré diálogos con chispa, emoción sin edulcorar y un final que siempre merezca la pérdida de sueño.

Nos leemos pronto.

Ariana.



Y después…

Soñó con ella y despertó con la piel en llamas. Ahora la tentación trabaja a un paso de distancia

Lara Salvatierra dedica las madrugadas a rastrear brechas de seguridad en Karalis Solutions. La compañía del CEO más brillante y escurridizo que jamás ha conocido: Nikos Karalis, un dios griego con talento para la ironía y alergia crónica al compromiso

Ella respeta a rajatabla cada protocolo. Él improvisa hasta con el pulso.

Una tarde, mientras prepara un té, Lara escucha la voz de Nikos al otro lado de una puerta entornada:

—No puedo sacarla de la cabeza, Markos. El sueño fue tan vívido que tuve que ducharme con agua fría.

Cuando oye su nombre enredado en aquella confesión, la taza se le escurre de los dedos. Porque de la boca de su jefe jamás había salido su nombre mezclado con deseo; sólo bromas, encargos y ese templado «Bien hecho, Salvatierra».

Ahora, Lara sabe que Nikos lleva su piel grabada en la memoria y no sabe cómo actuar, y, al parecer, él tampoco.

Lo que está en juego:

Regla de oro: trabajo y placer no se mezclan… justo cuando el nuevo encargo les obliga a viajar solos durante una semana.

Objetivo de Lara: mantener intacta su reputación (y su sueldo) mientras su autocontrol flaquea cada vez que él la mira con esos ojos de pecado.

Defensa de Nikos: Fue solo un sueño. Pero cada minuto juntos acerca esa fantasía más a la realidad.

Entre aeropuertos, discusiones a medianoche y una habitación con una sola cama, Lara descubrirá que el verdadero peligro no está en las brechas de seguridad, sino en un hombre que lleva años huyendo del compromiso… hasta que soñó con ella.

